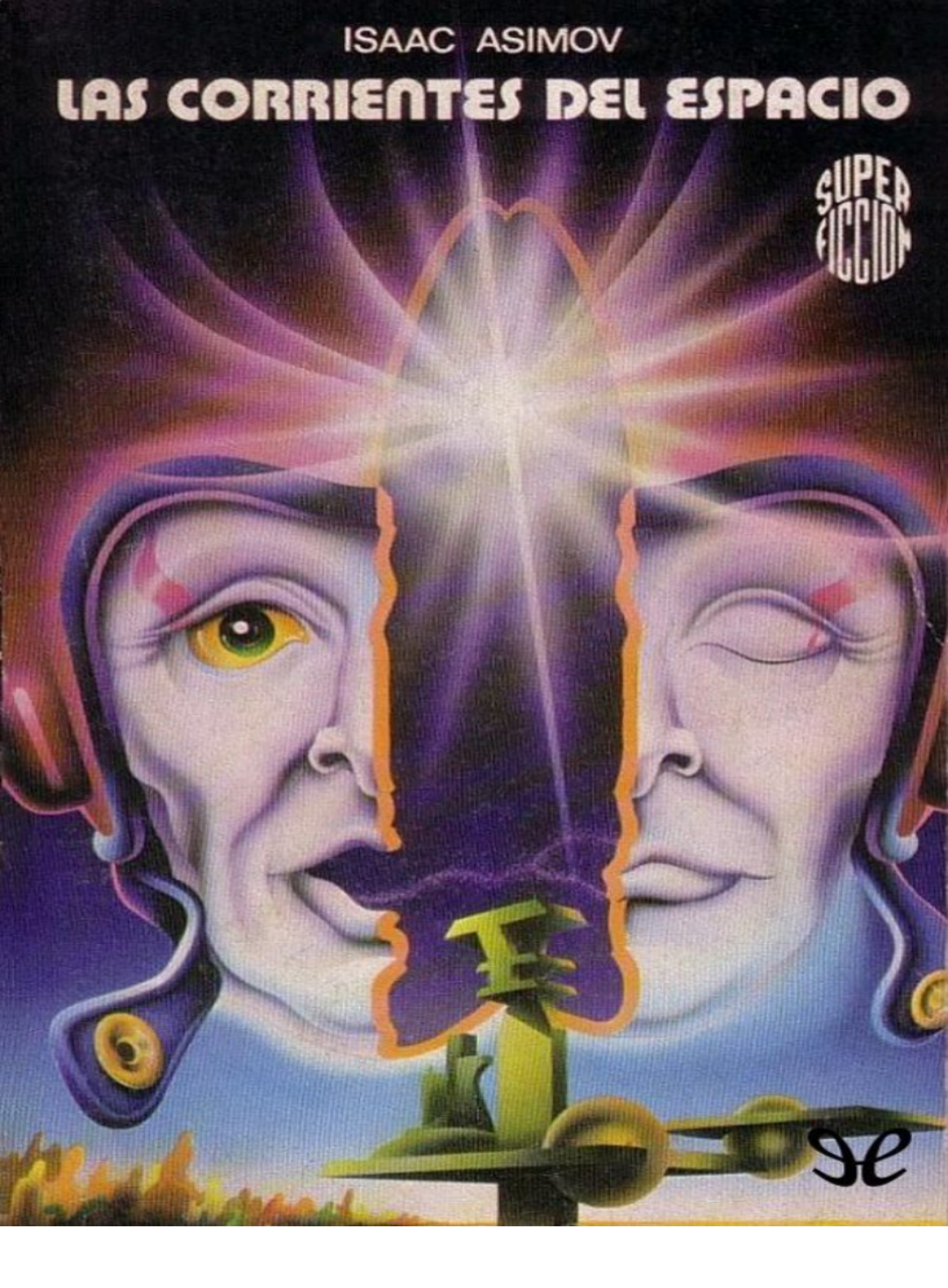

ISAAC ASIMOV
LAS CORRIENTES DEL ESPACIO
SUPER FICCION

Las corrientes del espacio es una novela escrita en 1952 por el autor estadounidense de ciencia ficción Isaac Asimov. Es el segundo libro del Tríptico del Imperio Galáctico, que a su vez es la segunda parte de la Saga de la Fundación. El Tríptico del Imperio está ubicado en la época de la Segunda Oleada de Colonización, que avanzó más allá de los Mundos Espaciales, colonizando numerosos planetas de la Vía Láctea. Cada uno de los 3 libros del Tríptico está conectado a los otros libros, que están separados por un intervalo bastante grande de siglos.



Isaac Asimov

Las corrientes del espacio

Trilogía del Imperio - 2

Para David,
que tardó en venir,
pero valía la pena esperarle.

Prólogo
Un año antes

El hombre de Tierra tomó una decisión. Había sido lento en tomarla y desarrollarla, pero por fin llegó.

Habían transcurrido ya semanas desde que sintió por última vez la reconfortante cubierta de su nave y el frío y negro manto del espacio que la envolvía. Inicialmente había tenido intención de hacer un rápido informe a la oficina central del Centro Analítico del Espacio Interestelar y retirarse rápidamente al espacio, pero había sido retenido allá.

Era casi como una prisión.

Se sirvió el té y miró al hombre que tenía delante por encima de la mesa.

—No voy a quedarme más tiempo —dijo.

El otro tomó también su decisión. Había sido lento en tomarla y desarrollarla, pero por fin llegó. Necesitaría tiempo, mucho más tiempo. La respuesta a las primeras cartas había sido nula. Por el resultado obtenido lo mismo hubieran podido caer en una estrella.

No dieron ni mejor ni peor resultado del que esperaba, pero era sólo el primer movimiento.

Era indudable que mientras se produjesen los siguientes no podía permitir que el hombre de Tierra se pusiese fuera de su alcance. Acarició la regla negra que llevaba en el bolsillo.

—No aprecias lo delicado del problema —dijo.

—¿Qué delicadeza puede haber en la destrucción de un planeta? —dijo el hombre de Tierra—. Quiero que radies los detalles de todo esto a Sark; a todo el mundo del planeta.

—No podemos hacer eso. Ya sabes que significaría el pánico.

—Al principio dijiste que lo harías.

—Lo he pensado mejor y no es práctico.

—El representante del CAEI no ha llegado —dijo el hombre de Tierra volviendo a su segunda preocupación.

—Lo sé. Están preparando el procedimiento indicado para estos momentos críticos. Un día o dos.

—¡Otro día o dos! ¡Siempre un día o dos! ¿Tan ocupados están

que no pueden dedicarme un momento? ¡Ni siquiera han visto mis cálculos!

—Me he ofrecido a llevárselos y no quieres.

—Sigo sin querer. O vienen ellos a mí o voy yo a ellos. ¡Me parece que no me crees! —añadió violentamente—. ¿No crees que Florina será destruida?

—Te creo.

—No. Sé que no. Veo que no. Me estás adulando. No puedes comprender mis datos. No eres un analista espacial. No creo que seas siquiera lo que dices ser. ¿Quién eres?

—Te estás excitando.

—Sí, es verdad. ¿Es acaso sorprendente? ¿O es que estás pensando: «Pobre hombre, el espacio ha podido con él…»? Crees que estoy loco.

—¡Qué tontería!

—¡Seguro, lo crees! Por eso quiero ver a los del CAEI. Sabrán si estoy loco o no. Lo sabrán…

El otro le recordó su decisión.

—Ahora no te sientes bien —le dijo—. Voy a ayudarte.

—¡No! —exclamó el hombre de Tierra histéricamente—. ¡Porque voy a marcharme! Si quieres detenerme, mátame. Pero no te atreverás. La sangre de la población de un mundo entero caería sobre tus manos si me matases.

El otro empezó a gritar también para hacerse oír.

—¡No te mataré! ¡Escúchame, no te mataré! ¡No hay necesidad de matarte!

—¿Me vas a atar? —preguntó el hombre de Tierra—. ¿Me vas a mantener aquí? ¿Es esto lo que piensas? ¿Y qué harán cuando el CAEI empiece a buscarme? Tengo que mandar informes regularmente, ya lo sabes.

—El Centro sabe que conmigo están seguros.

—¿Sí? No sé si saben siquiera que he llegado al planeta. ¡Habrán recibido mi mensaje original!

El hombre de Tierra estaba agitado.

Sentía sus miembros rígidos. El otro se levantó. Veía claramente que ya era hora de tomar su decisión. Avanzó lentamente hacia la larga mesa donde estaba sentado el hombre de Tierra. Sacó su negra regla del bolsillo y con voz suave, dijo:

—Será por tu propio bien.

—Es una prueba psíquica —graznó el hombre de Tierra con voz turbada. Trató de levantarse pero sus brazos y piernas apenas temblaban.

—¡Drogado! —dijo entre sus dientes, que castañeaban.

—¡Drogado! —asintió el otro—. Ahora escucha. No te haré daño.

Te es difícil entender la verdadera delicadeza del asunto mientras estás tan excitado. Te quitaré sólo la excitación. Sólo la excitación.

El hombre de Tierra no podía ya hablar. Permanecía sentado allí. Sólo podía pensar de una manera turbia, *Gran Espacio, me han drogado…* Quería gritar, chillar, correr, pero no podía. El otro estaba delante de él, mirándole.

El hombre de Tierra levantó la vista. Sus ojos podían moverse todavía.

La prueba psíquica era de autocontención. Los alambres tenían que quedar simplemente fijados en los lugares apropiados del cráneo. El hombre de Tierra miraba, presa de pánico, hasta que los músculos de sus ojos se helaron. No sintió el pinchazo cuando las delgadas agujas atravesaron piel y carne para ponerse en contacto con las suturas de los huesos de su cráneo.

En el silencio de su cerebro gritaba, gritaba… *¡No, no puedes comprenderlo! Es un planeta lleno de gente. No puedes correr riesgos con centenares de millones de seres vivos…*

Las palabras de su interlocutor llegaban a él tenues y lejanas, como oídas a través de un túnel azotado por el viento.

—No te haré daño. Dentro de una hora te encontrarás bien, realmente bien. Te reirás de todo esto conmigo.

El hombre de Tierra sintió una tenue vibración en su cráneo, y después también eso se desvaneció.

La oscuridad se espesó a su alrededor. Una parte de ella no volvió a levantarse jamás. Incluso las partes más leves necesitaron un año para recuperarse.

1
El expósito

Rik dejó a un lado su alimentador y se puso en pie de un salto. Temblaba con tanta fuerza que tuvo que apoyarse contra la desnuda pared de un blanco de leche.

—¡Recuerdo! —gritó.

Todos le miraron y el confuso murmullo de los hombres comiendo se desvaneció. Los ojos de todos los rostros diferentemente afeitados o indiferentemente imberbes se fijaron en los suyos bajo la imperfecta luz blanca de las paredes. Los ojos no reflejaban mucho interés, sino sólo la atención refleja atraída por el inesperado grito.

—¡Recuerdo mi trabajo! ¡Tengo un trabajo! —gritó Rik nuevamente.

—¡Cállate! —gritó alguien. Y alguien más añadió:

—¡Siéntate!

Los rostros se apartaron y el murmullo de las conversaciones se reanudó. Rik miró sin expresión hacia la mesa y oyó la observación: «Rik está loco», y vio los hombros encogerse. Vio un dedo dibujar una espiral en la sien de uno de ellos. Pero todo aquello no quería decir nada para él. Nada llegó a su cerebro.

Volvió a sentarse lentamente. De nuevo cogió su alimentador, una especie de cuchara de bordes agudos y pequeñas puntas que se proyectaban desde la curva delantera del fondo y que podía, por lo tanto, con la misma perfección cortar, vaciar o pinchar. Para un obrero de los molinos bastaba. Le dio media vuelta y miró sin verlo el número grabado en el mango. No tenía por qué mirarlo. Lo sabía de memoria. Todos los demás tenían número de registro, como él, pero los demás tenían nombre además. Él no. Le llamaban Rik porque recordaba el ruido que producían los molinos, y a menudo le llamaban también «Rik el Loco».

Pero quizás ahora iría recordando más y más. Era la primera vez desde que había venido al molino que había recordado algo anterior al principio. ¡Si pensase con fuerza…! ¡Si pensase con todo su pensamiento!

Al principio no tenía apetito; no tenía el menor apetito. Con un gesto arrojó su tenedor al montón de carne gelatinosa y legumbres que tenía delante, apartó el plato y ocultó sus ojos en la palma de las manos. Sus dedos se hundieron en la cabellera y trató dolorosamente

de seguir el rastro de su pensamiento en el pozo del cual había extraído una sola idea; una idea fangosa, indescifrable.

Después rompió en lágrimas, en el momento en que la campana anunciaba el final de la rápida comida.

Cuando aquella tarde salió del molino vio a Valona March delante de él. Al principio apenas sí la advirtió, por lo menos individualmente. Sólo se dio cuenta cuando oyó unos pasos acompasándose con los suyos. Se detuvo y la miró. Su cabello era entre rubio y castaño y lo llevaba peinado en dos grandes trenzas que sujetaba con agujas consistentes en pequeñas piedras verdes magnetizadas. Eran agujas baratas y tenían un aspecto bastante deteriorado. Llevaba un simple traje de algodón que era todo lo que necesitaba en aquel clima suave, como Rik no necesitaba tampoco más que una camisa abierta y sin mangas y unos pantalones de algodón.

—He oído decir que había pasado algo durante el almuerzo —dijo ella.

Tenía la voz vibrante y campesina que era de esperar en ella. La voz de Rik era ligeramente nasal y acentuaba las vocales. Se reían de él por este defecto y trataban de imitarlo, pero Valona le decía que aquello era debido a la ignorancia general.

—No ha pasado nada, Valona —murmuró Rik.

—He oído decir que habías dicho que recordabas algo —insistió ella—. ¿Es verdad, Rik?

También ella le llamaba Rik. No había otra manera de llamarle. Él mismo no podía recordar su verdadero nombre. Bastante lo había intentado desesperadamente, ayudado por Valona. Un día Valona había encontrado una vieja lista de teléfonos y le había leído los primeros nombres. Ninguno le había parecido conocido. La miró fijamente a la cara y dijo:

—Tendré que dejar el molino.

Valona frunció el ceño y su rostro ancho y protuberante en los pómulos pareció turbado.

—No creo que puedas. No estaría bien.

—Tengo que averiguar algo más.

—No creo que lo consigas —dijo Valona lamiéndose los labios.

Rik se volvió. Conocía la preocupación de Valona por ser sincera. Le había conseguido el empleo en el molino, en primer lugar. No tenía ninguna experiencia en la maquinaria de un molino; o quizá la tenía, pero no la recordaba. En todo caso, Lona había insistido en que era demasiado pequeño para un trabajo manual y habían aceptado darle un empleo técnico sin cargo. Antes, durante los días de pesadilla en que apenas podía producir sonidos y no sabía siquiera para qué era la

comida, ella le había cuidado y alimentado. Le había mantenido en vida.

—Tengo que hacerlo —insistió él.

—¿Otra vez las jaquecas, Rik?

—No; recuerdo realmente algo. Recuerdo cuál era mi oficio antes. ¡Antes!

No estaba muy seguro de querérselo decir. Miró a lo lejos. El cálido y agradable sol estaba bastante por encima del horizonte. Las monótonas hileras de cubículos de los obreros que se extendían alrededor de los molinos eran desagradables de ver, pero Rik sabía que en cuanto llegasen a lo alto de la loma el campo se extendería delante de ellos con toda su belleza de oro y escarlata.

Le gustaba ver los campos. Desde la primera vez aquella visión le había gustado y calmado. Aun antes de que supiese que los colores eran oro y escarlata, antes de que supiese que existían unas cosas que se llamaban colores, antes de que pudiese expresar su placer de una forma superior a un vago mugido, sus jaquecas se desvanecían en la distancia de los campos. En aquellos días Valona solía alquilar un scooter diamagnético y lo sacaba del pueblo cada día que tenían libre. Así se alejaban a un pie del suelo, meciéndose en la acolchonada suavidad del campo antimagnético, hasta que se encontraban a millas y millas de toda habitación humana y sólo sentían el viento contra su rostro embalsamado con el perfume de las flores silvestres.

Entonces se sentaban al lado del camino, rodeados de color y perfume, colocando entre ellos un paquete de comida mientras el sol iba bajando y llegaba la hora de regresar.

Rik se sintió impresionado por el recuerdo.

—Vamos a los campos, Lona —dijo.

—Es tarde.

—Por favor, sólo salir de la población.

Buscó en el pequeño portamonedas que llevaba dentro del cinturón de cuero azul, único lujo vestimentario que se permitía.

—Vamos a pie —dijo Rik cogiéndola del brazo.

En media hora dejaron el camino principal para seguir otro ondulado y sin polvo, cubierto de arena. Entre ellos reinaba un pesado silencio y Valona sentía un cierto temor ya conocido apoderándose de ella. No tenía palabras para expresarle sus sentimientos hacia él, de manera que no lo había intentado nunca.

¿Qué ocurriría si la dejaba? Era un pobre hombre no más alto que ella y que pesaba menos. Desde muchos puntos de vista era todavía como un muchacho indefenso. Pero antes de que sus ideas desaparecieran de su mente debía ser educado. Un hombre importante, muy educado.

Valona no había tenido nunca más educación que leer y escribir y

la tecnología escolar suficiente para hacer funcionar la maquinaria de los molinos, pero sabía lo suficiente para comprender que no todo el mundo tenía conocimientos tan limitados. Allí estaba el Edil, por ejemplo, cuyos vastos conocimientos eran tan útiles a todos. Algunas veces venían directivos a hacer alguna inspección. No los había visto nunca de cerca, pero una vez, durante unas vacaciones, visitó la ciudad y vio grupos de seres increíblemente bellos a distancia.

Accidentalmente se permitía a los molineros escuchar cómo sonaba la gente educada. Hablaban de una manera diferente, más fluida, con palabras más largas y sonidos más suaves. Rik iba hablando así cada vez más a medida que su memoria renacía.

Lona se había asustado al oír sus primeras palabras. Vinieron tan súbitamente después de tanto hablar de jaquecas… Cuando ella trató de corregirlo, no quiso cambiar.

Incluso entonces tuvo miedo de que recordase demasiado y quisiera dejarla. No era más que Valona March. La llamaban la Gran Lona. No se había casado nunca. Ni se casaría. Una muchacha fuerte, de pies grandes y manos enrojecidas por el trabajo no podía dejar de mirar a los hombres con cierto resentimiento cuando no le hacían caso los días de descanso o cuando se celebraba algún festejo. Era demasiado grande para bromear y juguetear con ellos.

No tendría nunca un chiquillo al cual mecer y mimar. Las demás muchachas los tenían, una tras otra, y a ella sólo le quedaba soñar algo rojizo y sin dientes, y unos ojos redondos y fijos, con los puños cerrados, una boca de goma…

—¿Cuándo tendrás un hijo, Lona?

No le quedaba otro camino que marcharse.

Pero cuando conoció a Rik era como un chiquillo. Había que alimentarlo y cuidarlo, sacarlo al sol, acunarlo hasta dormirse cuando le daban las jaquecas. Los chiquillos corrían tras ella, riéndose. Gritaban: «Lona tiene novio. La Gran Lona tiene un novio idiota».

Más tarde, cuando Rik pudo andar solo (Lona se había sentido tan orgullosa el día que dio el primer paso como si tuviese un año en lugar de tener más de treinta) y salió, sin ser acompañado, a las calles de la población. Los chiquillos corrieron en torno a él, chillando, gritándole y burlándose de él al ver a un hombre taparse los ojos de miedo y temblar, contestándoles sólo con aullidos. Docenas de veces Lona había salido de su casa para arremeter contra ellos, chillándoles, agitando sus grandes puños.

Incluso los mayores temían aquellos puños. Una vez derribó a su jefe de sección de un solo puñetazo, la primera vez que trajo a Rik al molino, por una alusión indecente referente a ellos que había oído. El comité de trabajo le había impuesto una multa de una semana de trabajo y hubiera podido mandarla comparecer ante el tribunal de la

Directiva a no ser por la intervención del jefe de talleres y el argumento de que había habido provocación.

Quería, por lo tanto, detener el proceso del recuerdo de Rik. Sabía que no tenía nada que ofrecerle; era egoísmo por su parte querer que siguiese siendo incapaz y desmemoriado para siempre. Pero era porque había hasta entonces dependido de ella tan completamente. Es que temía volver a la soledad.

—¿Estás seguro de que recuerdas, Rik? —le preguntó.

—Sí.

Se detuvieron allí, en los campos, con el sol añadiendo su rojizo resplandor a cuanto los rodeaba. La suave y perfumada brisa no tardaría en levantarse y los cuadros de la trama de los canales empezaban a enrojecer.

—Puedo confiar en mis recuerdos a medida que vuelven a mí, Lona —dijo—. Ya lo sabes. No me enseñaste tú a hablar, por ejemplo. Recordé las palabras solo. ¿No es verdad? ¿No es verdad?

—Sí —dijo ella con repugnancia.

—Recuerdo incluso las veces que me llevabas al campo antes de que pudiese hablar. Iba recordando constantemente cosas. Ayer recordé que una vez cogiste una mariposa para mí. La mantuviste cerrada en tu mano y me hiciste poner el ojo entre tu pulgar y tu índice para que pudiese ver su abrigo anaranjado y púrpura en la oscuridad. Yo me reí y traté de meter a la fuerza mi mano dentro de las tuyas para cogerla, de manera que voló y me quedé llorando. En aquel momento no sabía que fuese una mariposa. Yo no sabía nada acerca de ella, pero ahora lo veo todo muy claro. No me has hablado nunca de esto, ¿verdad, Lona?

Lona movió la cabeza.

—Pero ocurrió, ¿verdad? Recuerdo lo que ocurrió, ¿no es cierto?

—Sí, Rik.

—Y ahora recuerdo algo más de mí…, de antes. Tiene que haber habido un antes, Lona.

Tenía que haberlo habido. Cuando pensaba en esto Lona sentía un peso en el corazón. Era un «antes» diferente, nada parecido al ahora que estaba viviendo. Tenía que haber sido en otro mundo. Lona lo sabía porque una palabra que no había recordado era Rik. Había tenido necesidad de enseñarle la palabra que indicaba la cosa más importante del mundo de Florina.

—¿Qué es lo que recuerdas? —preguntó ella.

Ante esta pregunta la excitación de Rik pareció desvanecerse súbitamente. Se echó atrás.

—No tiene gran sentido, Lona. Es únicamente que sé que antes tenía un oficio y sé cuál era. Por lo menos, en cierto modo.

—¿Qué era?

—Analizaba. Nada.

Lona se volvió rápidamente hacia él, mirándole a los ojos. Durante un momento le puso la palma de la mano sobre la frente hasta que él se apartó irritado.

—¿No tienes jaqueca otra vez, verdad, Rik? —dijo Lona—. Hace semanas que no has tenido ninguna.

—Estoy bien. No sigas molestándome.

Ella apartó la vista y Rik añadió en el acto:

—No es que me molestes, Lona. Es sólo que me siento bien y no quiero que te preocupes.

—¿Qué quiere decir «analizar», Rik? —dijo ella animándose. Rik sabía palabras que ella ignoraba. Se sentía muy humilde al pensar cuán educado debía haber sido en otro tiempo.

—Quiere decir, quiere decir…, «separar aparte». ¿Comprendes? Como tú separarías o pondrías aparte un seleccionador para saber por qué el rayo de alineación está fuera de la fila.

—Sí, Rik, pero ¿cómo puede uno tener el oficio de «analizar Nada»? ¡Con N mayúscula! ¿No es lo mismo? —Ya se acercaba. Ya empezaba a parecerle estúpida. Pronto la echaría, cansado de ella.

—No, desde luego, no —dijo Rik con un profundo suspiro—. Temo no podértelo explicar; sin embargo, es todo cuanto recuerdo de esto. Pero debía ser un oficio muy importante. Por lo menos así lo parece. Yo no podía haber sido un criminal.

Valona le miró. Jamás le hubiera dicho esto. Se había dicho que sólo por su propia protección lo había convertido, pero ahora se daba cuenta de que lo había realmente mantenido estrechamente atado a ella.

Fue cuando por primera vez empezó a hablar. Fue tan rápido que la había asustado. No se había atrevido siquiera a hablar de ello al Edil. El primer día que tuvo desocupado retiró cinco créditos de su libreta de seguro —no habría nunca ningún hombre que los reclamase como dote, de manera que no tenía importancia— y llevó a Rik a un médico de la ciudad. Tenía el nombre y dirección apuntados en un trozo de papel, pero aun así necesitó dos espantosas horas para encontrar el camino indicado a través de los inmensos pilares que sostenían Ciudad Alta al sol.

Lona insistió en asistir a la visita y el doctor hizo toda clase de cosas espantosas con extraños instrumentos.

Cuando puso la cabeza de Rik entre dos objetos de metal y los hizo brillar como una mosca de luz de noche, Lona se puso de pie de un salto intentando hacerle parar. El doctor llamó a dos hombres que se la llevaron fuera a rastras, luchando denodadamente.

Media hora después el doctor salió y se acercó a ella, frunciendo el ceño. Ella no se encontraba a gusto con él porque no era Señor, pese a que tuviese un despacho en Ciudad Baja, pero sus ojos eran suaves, incluso amables. Se estaba enjugando las manos con una toalla que arrojó a una cesta de ropa sucia, pese a que a ella le pareció completamente limpia.

—¿Cuándo conoció usted a este hombre? —le preguntó.

Ella le explicó las circunstancias cautelosamente, reduciéndolo todo a lo más esencial y apartando toda mención al Edil y los patrulleros.

—¿Entonces no sabe usted nada de él?

—Antes de esto, nada —dijo moviendo la cabeza.

—Este hombre ha sido sometido a una prueba psíquica —dijo el doctor—. ¿Sabe usted lo que es esto?

Al principio había movido nuevamente la cabeza, pero después, en un tenue susurro, dijo:

—¿Es lo que se hace con la gente loca, doctor?

—Y con los criminales. Se hace para cambiar la mentalidad por su propio bien. Da a los cerebros mayor salud, o cambia la parte de ellos que les hace querer robar y matar. ¿Comprende?

Comprendía. Se puso de color rojo ladrillo y dijo:

—Rik no ha robado nunca ni ha hecho daño a nadie.

—¿Le llama usted Rik? —Parecía hacerle gracia—. Ahora escuche; ¿cómo sabe usted lo que hacía antes de que usted lo encontrase? Por el estado actual de su cerebro es difícil decirlo. La prueba fue completa y brutal. Es imposible decir qué cantidad mental ha quedado permanentemente suprimida y cuál se ha perdido temporalmente a consecuencia del shock. Quiero decir que una parte de su inteligencia volverá a él, con el habla, con el transcurso del tiempo, pero no toda. Hay que mantenerle en observación.

—No, no… Va a estar conmigo. Lo he estado cuidando ya muy bien, doctor.

El doctor frunció el ceño y su voz se suavizó ligeramente.

—En fin, pensaba en usted, muchacha. No todo lo malo que pudiese haber en él tiene que haber desaparecido de su mente. No querrá usted que algún día le haga daño…

En aquel momento una enfermera sacó a Rik. La enfermera iba haciendo pequeños ruiditos para tranquilizarle, como se hace con un chiquillo. Rik se llevó una mano a la cabeza y permaneció mirando en el vacío hasta que sus ojos se posaron sobre Valona; después, levantó las manos y débilmente dijo:

—Lona…

Ella saltó a su lado y apoyó su cabeza sobre el hombro, sosteniéndola con fuerza.

—Jamás sería capaz de hacerme daño, doctor —dijo.

—Es necesario dar cuenta de su caso, desde luego —dijo el doctor, pensativo—. No sé cómo pudo huir de las autoridades en el estado en que debía encontrarse.

—¿Quiere decir que se lo va a llevar, doctor?

—Así lo temo.

—Por favor, doctor, no lo haga. —Retorcía el pañuelo en el cual guardaba las cinco monedas de sus economías—. Tome esto, doctor. Yo cuidaré muy bien de él. No le hará daño a nadie…

—Es usted una obrera de los molinos, ¿no? —dijo el doctor mirando las monedas en su mano.

Valona asintió.

—¿Cuánto gana usted por semana?

—Dos créditos punto ocho.

El doctor volvió a poner las monedas en la palma de la mano de la muchacha y la mantuvo estrechamente cerrada.

—Tome esto, muchacha. No vale nada.

Valona las aceptó, extrañada.

—¿No va a decirle nada a nadie, doctor? —Pero él respondió:

—Temo tener que hacerlo; lo siento. Es la ley.

Regresó al pueblo alocadamente, guiando a ciegas, agarrándose a Rik desesperadamente. La semana siguiente en la emisora de la hipervisión se dio la noticia de la muerte de un doctor en un accidente de giroscopio durante la corta avería de uno de los transmisores de energía de tránsito local. El nombre era conocido y aquella noche en su habitación Valona lo comparó con el que tenía escrito en un trozo de papel. Era el mismo.

Estaba apenada, porque había sido muy bueno. Le había dado su nombre otro obrero de los molinos como hombre de gran bondad con los obreros y los había salvado de casos graves. Y cuando el caso grave se había presentado fue bueno con ella también. Y sin embargo, su alegría ahogó su dolor. No había tenido tiempo de notificar el caso de Rik. Por lo menos nadie vendría al pueblo a hacer averiguaciones.

Más tarde, cuando el entendimiento de Rik mejoró, le explicó lo que el doctor había dicho, de manera que podía seguir en el pueblo con toda seguridad.

Rik la estaba sacudiendo y Valona abandonó sus sueños.

—¿Es que no me oyes? —le decía—. No podía ser un criminal si tenía un cargo importante.

—¿No puedes haber cometido algún crimen? —empezó ella vacilante—. Aunque hubieses sido un gran hombre, hubiera sido posible. Incluso…

—Estoy seguro de que no. Pero ¿no comprendes que tengo que averiguarlo a fin de que los demás puedan estar seguros? No hay otro camino. Tengo que abandonar el molino, y el pueblo, y averiguar algo más acerca de mí.

—¡Rik! —exclamó ella sintiendo crecer su pánico—. ¡Puede ser peligroso! ¿Para qué? Incluso si analizabas Nada… ¿Por qué es tan importante saber algo más acerca de eso?

—A causa de lo otro que recuerdo.

—¿Qué más recuerdas?

—No quiero decírtelo… —susurró.

—¡Tienes que decírselo a alguien! ¡Puedes olvidarlo de nuevo!

—Tienes razón —dijo él cogiéndola del brazo—. No se lo dirás a nadie más, ¿verdad, Lona? ¿Serás sólo mi segunda memoria en caso de que lo olvidase?

—Palabra, Rik.

Rik miró a su alrededor. El mundo era muy bello. Valona le había dicho que a algunas millas encima de Ciudad Alta había un enorme letrero brillante que decía: «De todos los Planetas de la Galaxia, Florina es el Más Bello». Y cuando miraba a su alrededor le era fácil creerlo.

—Es una cosa terrible de recordar, pero cuando lo recuerdo, lo recuerdo perfectamente. Me ha ocurrido esta tarde.

—¿Y…?

Rik la estaba mirando horrorizado.

—Todos los habitantes del mundo van a morir. Todos los habitantes de Florina.

2
El Edil

Myrlyn Terens estaba sacando un libro-film de su sitio cuando sonó el timbre de la puerta. Las duras facciones de su rostro indicaban un profundo pensamiento, pero en el acto se desvanecieron, apareciendo una expresión más usual de ligera precaución. Apartó sus pensamientos con un gesto de la mano y exclamó:

—¡Un momento!

Volvió a dejar el film en su sitio y apretó el contacto que permitía a la sección móvil volver a su sitio sin distinguirse del resto de la pared. Para los simples obreros y trabajadores de los molinos, con quienes trataba, era un cierto orgullo que uno de ellos, por nacimiento por lo menos, poseyese films. Realzaba, por un tenue reflejo, la constante monotonía que cubría sus mentes. Y sin embargo no hubiera mostrado sus films abiertamente. Verlos hubiera estropeado las cosas. Hubiera enmudecido sus no demasiado articuladas lenguas. Podían vanagloriarse de los libros de su Edil, pero la exhibición ante sus ojos hubiera hecho que Terens se pareciese demasiado a un Noble.

Desde luego, también estaban los Nobles. No era probable que alguno de ellos fuese a hacerle una visita oficial a su casa, pero si entrase uno de ellos allí, una hilera de films a la vista hubiera resultado imprudente. Era un Edil y la costumbre le daba ciertos privilegios, pero no hubiera sido cuerdo abusar de ellos.

—¡Voy enseguida! —exclamó de nuevo.

Esta vez se dirigió hacia la puerta abrochándose parte de su túnica. Incluso su indumentaria era Noble. Algunas veces llegaba casi a olvidar que había nacido en Florina.

Valona March estaba en el umbral. Dobló las rodillas e inclinó la cabeza en un respetuoso saludo. Terens abrió la puerta de par en par.

—Entre, Valona. Siéntese. Debe ser ya pasado el toque de queda. Espero que las patrullas no la hayan visto.

—No lo creo, Edil.

—Bien, esperémoslo. Tiene usted un mal informe, ¿sabe?

—Sí, Edil. Le estoy muy agradecida por lo que ha hecho usted por mí en el pasado.

—No tiene importancia. Siéntese. ¿Quiere comer o beber algo?

—No, gracias, Edil. He comido ya.

Se sentó, se echó atrás en su sillón y movió la cabeza. Era de

buena educación entre los habitantes ofrecerse refrescos. Era de mala educación aceptarlos. Terens lo sabía. No insistió.

—¿Qué ocurre, Valona? ¿Otra vez Rik? —preguntó.

Valona asintió, pero pareció incapaz de dar más explicaciones.

—¿Le pasa algo en el molino?

—No, Edil.

—¿Otra vez las jaquecas?

—No, Edil.

Terens esperó, agudizando la intensidad de su mirada.

—Bien, Valona, no pretenderá usted que adivine lo que le pasa. Hable, o no podré ayudarla. Necesita usted alguna ayuda, supongo…

—Sí, Edil —dijo. Y entonces estalló—. ¿Cómo puedo decírselo, Edil? ¡Si casi parece cosa de locos!

Terens tuvo la tentación de acariciar su hombro, pero sabía que ella sentiría un estremecimiento a su contacto.

Permanecía sentada con sus grandes manos ocultas, como era su costumbre, en su traje. Se fijó en que sus gruesos dedos se entrelazaban y retorcían.

—Sea lo que sea, la escucharé —dijo él.

—¿Recuerda, Edil, el día que vine a verle y le hablé del doctor y de lo que había dicho?

—Sí, muy bien, Valona. Y le dije a usted parcialmente que no tenía que hacer nunca más una cosa así sin consultarme. ¿Lo recuerda?

Valona abrió los ojos. No necesitaba estímulos para lamentar su error.

—¡Y no volveré a hacerlo nunca más! Edil. Es sólo porque quiero recordarle que me dijo usted que haría cuanto fuese necesario por ayudarme a conservar a Rik…

—Y lo haré, Valona. Bien, entonces, ¿es que las patrullas han preguntado por él?

—¡Oh, no, Edil! ¿Cree que pueden?

—Estoy seguro de que no —dijo, empezando a perder la paciencia —. Venga, Valona, dígame ya lo que pasa.

—Edil, dice que quiere dejarme —dijo ella entornando los ojos—. Quiero que se lo impida.

—¿Y por qué quiere dejarla?

—Dice que está recordando cosas…

El interés apareció en el rostro de Terens. Se inclinó hacia delante y estuvo a punto de coger su mano.

—¿Recordando cosas? ¿Qué cosas?

Terens recordaba el día en que habían encontrado a Rik. Había

visto un grupo de muchachos jóvenes reunidos cerca de uno de los canales de riego en las afueras del pueblo. Lanzaron sus estridentes voces para llamarle.

—¡Edil! ¡Edil!

—¿Qué pasa, Rasie? —preguntó al llegar corriendo. Se había propuesto conocer los nombres de todos los muchachos cuando venía a la ciudad. Rasie parecía contrariado.

—Mire allí, Edil —dijo.

Señalaba algo blanco que se retorcía y era Rik. Los demás chiquillos le daban a gritos confusas explicaciones.

Terens consiguió entender que estaban jugando a un juego que comportaba correr, esconderse y perseguirse.

Le explicaban apasionadamente el nombre del juego, cómo se jugaba, el momento en que había sido interrumpido, con una ligera discusión adicional acerca de cuál era el bando que estaba «ganando». Todo eso no tenía importancia, desde luego.

Rasie, un muchacho moreno de doce años, había oído sollozar y se acercó cautelosamente. Esperaba encontrar algún animal, quizás una rata de los campos que hubiera resultado una buena caza y encontró a Rik.

Todos los muchachos se encontraban en un estado de entre fascinación y asco ante la extraña visión. Era un ser humano casi desnudo, con la barbilla húmeda de baba, gimiendo y gritando débilmente, agitando con desaliento brazos y piernas. Unos ojos azules y vagos parecían brotar de su rostro cubierto por una pelusa parda. Por un instante sus ojos parecieron fijarse en los de Terens y levantando lentamente el pulgar se lo metió en la boca.

—¡Mire, mire, Edil, se chupa el dedo! —gritó uno de los muchachos.

El grito hizo estremecerse a la extraña figura. Su rostro se puso colorado y se contorsionó. Se oía un leve gemido no acompañado de lágrimas, pero el dedo seguía donde estaba. Aparecía rojo y húmedo en contraste con el resto de la pringosa mano. Terens trató de salir de su propio asombro ante la visión.

—Bueno, bueno, muchachos; estáis corriendo por aquí y vais a pisotear el campo de trigo. Estáis estropeando la cosecha y ya sabéis lo que significa como os pesquen. Seguid vuestro camino y no digáis nada de todo esto. Y oye, Rasie, corre a casa de Jencus y que venga enseguida.

Jencus era lo más parecido a un doctor que la población disponía. Había pasado algún tiempo haciendo el aprendizaje con un verdadero doctor de la ciudad y debido a esto había sido relevado de todo trabajo en las granjas o los molinos. La cosa no salió del todo mal. Sabía tomar la temperatura, poner inyecciones, recetar píldoras y, lo

más importante, podía decir cuándo algún trastorno era suficientemente importante para merecer un viaje al hospital de la ciudad. Sin este apoyo semiprofesional, los alcanzados por meningitis espinal o apendicitis aguda hubieran sufrido atrozmente pero, en general, por poco tiempo. Tal como era, los capataces murmuraban y acusaban a Jencus, de todas las formas posibles menos con palabras, de ser cómplice de una superchería.

Jencus ayudó a Terens a subir al enfermo en un scooter y, tan disimuladamente como fue posible, lo llevaron a la ciudad.

Juntos lo lavaron de toda la suciedad y porquería que se había acumulado sobre su cuerpo. Con el cabello no había nada que hacer. Jencus lo afeitó de pies a cabeza y lo reconoció lo mejor que supo.

—No veo infección alguna, Edil —dijo Jencus—. Ha sido alimentado. Las costillas no salen mucho. No sé qué hacer con él. ¿Cómo supone que llegó hasta allí, Edil?

Hizo la pregunta en el tono pesimista del que no cree que Terens pudiese tener contestación a nada. Terens lo aceptó filosóficamente. Cuando una población ha perdido el Edil a que estaba acostumbrada durante cincuenta años, el Edil joven que lo sustituye tiene que resignarse a un período de desconfianza y recelo.

—No lo sé, desde luego —dijo Terens.

—No puede andar. No puede dar un paso, sabe usted. Habrá que meterlo aquí. Por lo que puedo juzgar, lo mismo podría ser un chiquillo. Parece haber perdido las facultades mentales.

—¿Hay alguna enfermedad que produzca estos efectos?

—Que yo sepa no. La perturbación mental podría producirlo, pero no veo nada que lo justifique. Será cosa de mandarle a la ciudad. ¿Había visto usted ya algún otro caso, Edil?

—Llevo sólo un mes aquí —dijo Terens sonriendo amablemente.

Jencus era un hombre rollizo. Tenía todo el aspecto de haber nacido así y, si a esta constitución natural se le añade el efecto de una vida sedentaria, no era sorprendente que tuviese la tendencia de apoyar siempre sus breves frases con el inútil gesto de secarse la brillante frente con un pañuelo rojo.

—No sé qué decir exactamente a los patrulleros —dijo.

Los patrulleros llegaron, desde luego. Era imposible evitarlo. Los chiquillos se lo dijeron a sus padres; los padres se lo dijeron a otros.

La vida de la ciudad era bastante tranquila. Incluso un hecho como aquél era digno de que se contase con todas las combinaciones posibles entre narrador y narrado. Y ante esta narración, era imposible que los patrulleros no se enterasen.

Los patrulleros, así llamados, eran miembros de la Patrulla Floriniana. No eran indígenas de Florina y, por otra parte, no eran tampoco compatriotas de los Nobles del planeta Sark. Eran simples

mercenarios con los cuales se podía contar para mantener el orden a cambio de la paga que recibían sin dejarse jamás arrastrar por una simpatía, mala consejera, hacia los florinianos por lazos de sangre o cuna.

Acudieron dos de ellos acompañados por uno de los capataces del molino, en pleno uso de su limitada autoridad.

Los patrulleros se mostraban contrariados e indiferentes. Un enajenado idiota podía formar parte del trabajo cotidiano pero difícilmente podía provocar interés. Uno de ellos le dijo al capataz:

—¿Cuánto tiempo necesitas para hacer una identificación? ¿Quién es este hombre?

—No le he visto en mi vida —dijo el capataz moviendo la cabeza enérgicamente—. No es de por aquí.

—¿Llevaba papeles encima? —le preguntó un patrullero a Jencus.

—No. No llevaba más que unos harapos. Los he quemado para evitar la infección.

—¿Y qué le pasa?

—Ha perdido el juicio. Eso es todo lo que puedo ver.

En aquel momento Terens se llevó a los patrulleros aparte. Puesto que estaban contrariados serían manejables. El patrullero que había estado haciendo preguntas dejó su libretita y dijo:

—Bien, no vale siquiera la pena de dar parte. No tiene nada que ver con nosotros. Líbrense de él como puedan.

Y se marcharon.

El capataz se quedó. Era un hombre pecoso, de cabello rojo y un gran bigote hirsuto. Llevaba cinco años de capataz de rígidos principios, lo cual quería decir que la responsabilidad del exacto cumplimiento de los reglamentos pesaba sobre él.

—Bien —dijo—. ¿Y qué vamos a hacer con todo esto? La gente está tan ocupada hablando que nadie trabaja.

—Mandarlo al hospital de la ciudad, me parece; es lo único que se puede hacer —dijo Jencus agitando afanosamente su pañuelo—. No puedo hacer nada.

—¡A la Ciudad! —dijo el capataz preocupado—. ¿Y quién va a pagar? ¿Quién se hará cargo de las tarifas? No es uno de los nuestros, ¿verdad?

—Que yo sepa, no —dijo Jencus.

—Entonces, ¿por qué tenemos que pagar? Averigüen a quién pertenece. ¡Qué pague su ciudad!

—¿Y cómo quiere que lo averigüemos? ¡Dígamelo!

El capataz reflexionó. Su lengua comenzó a juguetear con la frondosa vegetación de su labio superior.

—Entonces limitémonos a librarnos de él. Como ha dicho el patrullero.

—¡Oiga! —interrumpió Terens—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Lo mismo podría estar muerto —dijo el capataz—, sería un favor.

—¡No se puede matar a una persona viva!

—Entonces diga usted qué se puede hacer.

—¿No podría hacerse cargo de él alguien del pueblo?

—¿Y quién quiere que se haga cargo? ¿Lo aceptaría usted?

Terens pasó por alto la actitud abiertamente insolente:

—Tengo otras cosas que hacer.

—Como todo el mundo. No puedo dejar que nadie olvide el trabajo del molino para ocuparse de este pobre chiflado.

Terens lanzó un suspiro, y con rencor dijo:

—Vamos a ver, capataz, seamos razonables. Si hace usted que uno de sus hombres se ocupe de este pobre infeliz hablaré en su favor a los Nobles, de lo contrario diré solamente que no veo ninguna razón por la cual no podía ocuparse de él.

El capataz reflexionó. El Edil llevaba allí sólo un mes pero había intervenido ya en asuntos de personal que llevaban en la ciudad toda su vida. Sin embargo, tenía apoyos entre los Nobles y no convenía enfrentarse con él mucho tiempo:

—Pero ¿quién va a aceptarlo? —dijo. Una horrible sospecha se apoderó de él—. ¡Yo no puedo! Tengo tres chiquillos y mi mujer está enferma.

—No le he insinuado que lo hiciese.

Terens miró hacia la ventana. Una vez los patrulleros se marcharon, la muchedumbre se acumuló, cada vez más numerosa, frente a la casa del Edil. La mayoría era gente joven, demasiado jóvenes para ser obreros; otros eran mozos de labranza de las granjas próximas. Algunos eran obreros de los molinos que no estaban de turno.

Terens vio a una muchacha gruesa a un lado de la muchedumbre. Durante el mes transcurrido la había observado varias veces. Era fuerte, competente y trabajadora. Bajo su expresión desdichada se ocultaban buenos sentimientos. Si hubiese sido un hombre hubiera podido ser nombrado instructor de ediles. Pero era una mujer; sus padres habían muerto y se veía claramente que había que descartar en ella el interés romántico. Era una muchacha solitaria, en una palabra, y que seguiría siéndolo.

—¿Y ésta? —preguntó.

El capataz la miró y soltó un rugido.

—¡Maldita sea, tendría que estar trabajando!

—Bien. ¿Cómo se llama?

—Es Valona March.

—Muy bien. Ahora la recuerdo. Llámela.

Un momento después Terens se había convertido en el tutor oficioso de la pareja. Hizo cuanto pudo por tener raciones suplementarias para ella, cupones extra de ropa y cuanto era necesario para permitir a dos adultos (uno de ellos no inscrito) vivir con los ingresos de uno. Fue el instrumento que consiguió obtener un aprendizaje para Rik en los molinos de Florina. Intervino para evitar un mayor castigo de Valona cuando su disputa con el jefe de sección. La muerte del doctor de la ciudad hizo innecesario intentar una acción más enérgica que la que se había adoptado, pero hubiera estado dispuesto a ello.

Era natural que Valona acudiese a él en todas sus tribulaciones y ahora él estaba esperando a que contestase su pregunta.

Valona seguía vacilando.

—Dice que todos los habitantes del mundo morirán —dijo finalmente.

—¿Dijo qué? —preguntó Terens al parecer asombrado.

—Dice que no lo sabe. Recuerda sólo que antes era, sabe usted, así, como es. Y dice recordar que desempeñaba un importante cargo, pero no entiendo qué es.

—¿Cómo lo describe?

—Dice que… que analizaba Nada, N mayúscula.

Valona esperó un momento y se apresuró a explicar:

—Analizar quiere decir poner las cosas aparte como…

—Sé lo que quiere decir, muchacha.

—¿Sabe lo que quiere decir, Edil? —dijo la muchacha mirándole asombrada.

—Quizá, Valona.

—Pero, Edil, ¿puede alguien hacer algo con Nada?

—¿Cómo, Valona? —dijo Terens poniéndose de pie y sonriendo —. ¿No sabes que todo en toda la Galaxia es en gran parte Nada?

Ningún destello de comprensión brilló en la mente de Valona pero aceptó el hecho. El Edil era un hombre muy educado. Con un súbito arranque de orgullo tuvo la súbita sensación de que Rik era más instruido todavía.

—Ven —dijo Terens, tendiéndole la mano—. ¿Dónde está Rik?

—En casa. Durmiendo.

—Muy bien. Te llevo allí. ¿Quieres que los patrulleros te encuentren por la calle sola?

Por la noche la población parecía desprovista de vida. Las luces

de la calle que partía en dos zonas las casas de los obreros relucían sin resplandor. En el aire había síntomas de lluvia, pero sólo de aquella lluvia caliente y ligera que caía casi cada noche. No había necesidad de tomar precauciones especiales.

Valona no se había encontrado nunca tan tarde por las calles y estaba asustada. Trataba de evitar el sonido de sus pasos, mientras escuchaba temerosa oír el distante eco de los patrulleros.

—Deja ya de andar de puntillas, Valona —dijo Terens—. Voy contigo.

Su voz resonó con fuerza y Valona se estremeció; apretó el paso respondiendo a su exigencia.

Cuando entraron en la cabaña de Valona estaba tan oscura como todo lo demás. Terens había nacido y le habían educado en una cabaña como aquélla y, pese a que desde entonces había vivido en Sark y ahora ocupaba una casa con tres habitaciones y agua corriente, sentía aún cierta nostalgia de lo vacío del interior. Una habitación era todo lo que se necesitaba: una cama, una cómoda, dos sillas, un suelo liso y brillante de cemento, y un orinal en una esquina.

No había necesidad de cocina puesto que todas las comidas se hacían en el molino, ni de un cuarto de baño, puesto que había una hilera de duchas comunes que corría detrás de las casas. En aquel suave e invariable clima las ventanas no estaban adaptadas contra el viento y la lluvia. Las cuatro paredes estaban horadadas por aberturas y las vigas del techo eran suficiente protección contra las lloviznas de las noches sin viento.

A la tenue luz de un encendedor de mano Terens observó que uno de los rincones de la estancia estaba oculto por un deteriorado biombo. Recordaba habérselo proporcionado a Valona cuando Rik había dejado de ser un chiquillo y no era todavía un hombre. Oía la respiración acompasada de un durmiente detrás de él.

—Despiértalo, Valona —dijo, señalando hacia el rincón.

—¡Rik, Rik, muchacho! —dijo Valona, golpeando el biombo.

Se oyó un ligero gemido.

—Soy Lona… —Dieron la vuelta al biombo, y Terens enfocó la luz del encendedor sobre su rostro y después sobre el de Rik.

Éste levantó un brazo, protegiéndose contra el resplandor.

—¿Qué ocurre?

Terens se sentó en el borde de la cama. Rik dormía en la plancha original de la cabaña. Le había conseguido un lecho al principio, pero se lo había guardado para ella.

—Rik —dijo—. Valona dice que empiezas a recordar cosas…

—Sí, Edil.

Rik era siempre muy humilde ante el Edil, que era el hombre más importante que había visto. Incluso el superintendente del molino era respetuoso con el Edil. Rik repitió los fragmentos de ideas que había reunido durante el día.

—¿Has recordado algo más desde que se lo dijiste a Valona? —le preguntó Terens.

—Nada más, Edil.

Terens juntó los dedos de una mano con los de la otra.

—Muy bien, Rik. Vuélvete a dormir.

Valona salió con él de la casa. Hacía un esfuerzo para que su rostro no se contorsionase apoyando una ruda mano sobre sus ojos.

—¿Tendrá que dejarme, Edil?

Terens le cogió las manos y, gravemente, le dijo:

—Tienes que portarte como una mujer, Valona. Va a tener que venir conmigo por algún tiempo, pero te lo volveré a traer.

—¿Y después?

—No sé. Tienes que comprenderlo, Valona. Hoy lo más importante de este mundo es que averigüemos más cosas sobre los recuerdos de Rik.

—¿Quiere decir que todo el mundo de Florina puede morir como él dice? —estalló súbitamente Valona.

—No le digas esto jamás a nadie, Valona —dijo Terens acentuando su presión en las manos—, o los patrulleros pueden llevarse a Rik para siempre. Te lo digo en serio.

Terens dio media vuelta y se dirigió hacia su casa pensativo, caminando lentamente, sin darse siquiera cuenta de que sus manos temblaban. Trató en vano de dormirse y, al cabo de una hora de esfuerzos, conectó el narcocampo.

Era uno de los pocos objetos de Sark que se había traído cuando regresó. Era como un casquete de fieltro negro. Ajustó los controles a cinco horas y estableció contacto.

Tuvo tiempo de arrellanarse cómodamente en la cama antes de que la acción del instrumento obrase sobre los centros de la conciencia de su cerebro y le sumiese en un profundo y apacible sueño.

3
La bibliotecaria

Dejaron el scooter diamagnético en un recinto situado fuera de los límites de la ciudad. Los scooters eran raros en la ciudad y Terens no experimentaba el menor deseo de llamar innecesariamente la atención. Pensó durante un momento con rabia en los de Ciudad Alta con sus coches diamagnéticos terrestres y sus giróscopos de antigravedad. Pero aquello era Ciudad Alta. Era diferente.

Rik esperó a que Terens cerrase el recinto y la sellase con la presión digital. Iba vestido con un traje nuevo de una sola pieza y se encontraba incómodo. Con cierto recelo siguió al Edil bajo la primera de las estructuras altas que en forma de puente soportaban Ciudad Alta.

En Florina todas las demás ciudades tenían nombre, pero ésta era simplemente la «Ciudad». Los obreros y campesinos que vivían en ella se consideraban afortunados comparados con el resto del planeta. En la Ciudad había mejores médicos y hospitales, más fábricas y más almacenes de bebidas, incluso algunos establecimientos de cierto lujo. Los mismos habitantes eran en cierto modo menos entusiastas. Vivían a las sombras de Ciudad Alta.

Ciudad Alta era exactamente la que el nombre indicaba, porque la ciudad era noble, estaba rígidamente dividida por una extensión horizontal de cincuenta millas cuadradas de cemento apoyado sobre unos veinte mil pilares con viguetas de acero. Abajo, en las sombras, estaban los «indígenas». Arriba, en el sol, estaban los Nobles.

Arriba, en Ciudad Alta, era difícil creer que el planeta fuese Florina; la población era casi exclusivamente sarkita, con un cierto número de patrulleros. Allí vivían, literalmente hablando, las clases altas.

Terens conocía su camino. Andaba deprisa, evitando las miradas de los transeúntes que vigilaban la indumentaria de su Edil con una mezcla de envidia y resentimiento. Las cortas piernas de Rik hacían su paso menos digno. No recordaba gran cosa de su anterior y única visita a la ciudad. Todo le parecía diferente. La primera vez estaba nublado. Ahora el sol caía con fuerza sobre la superficie de cemento poniendo más de relieve el contraste entre el sol y las sombras. Siguieron avanzando de una manera rítmica y casi hipnótica.

Los viejos estaban sentados en sillones de ruedas en las franjas de

luz, gozando del calor y moviéndose a medida que las franjas se movían. Algunas veces se quedaban dormidos en la sombra, cabeceando, hasta que el chirrido de las ruedas de algún otro sillón los despertaba. Con frecuencia las madres casi bloqueaban las franjas de luz con los cochecitos de sus hijos.

—Y ahora, Rik, mantente firme, vamos a subir —dijo Terens.

Se encontraba delante de una estructura que llenaba el espacio entre cuatro pilares que formaban un cuadrado y el suelo de Ciudad Alta.

—Tengo miedo —dijo Rik.

Rik supuso qué era la estructura. Era un ascensor que llevaba al nivel superior. Eran necesarios, desde luego. La producción estaba abajo, pero el consumo era arriba. Los productos químicos básicos, las primeras materias alimenticias se consumían en Ciudad Baja, pero los objetos de plástico refinados y la comida de mejor calidad eran géneros de Ciudad Alta. El exceso de población se esparcía hacia abajo; doncellas, jardineros, chóferes, obreros de la construcción eran empleados arriba.

Terens no escuchó la reflexión temerosa de Rik. Estaba asombrado de que su propio corazón latiese con tanta violencia. No de miedo, desde luego. Más bien de satisfacción al pensar que iba arriba. Pisaría aquel sagrado suelo de asfalto… Como Edil podía hacerlo. Desde luego, seguía no siendo más que un indígena floriniano entre los Nobles, pero era Edil y podía pisar el suelo de cemento cuando quisiera.

Se detuvo, hizo una honda aspiración y llamó al ascensor con un gesto. Odiaba a los de arriba, pero era inútil pensar en odios. Había pasado muchos años en Sark, el centro y lugar de educación de los Nobles. No iría a olvidar ahora lo que había aprendido a soportar en silencio. Sobre todo ahora.

Oyó el zumbido del ascensor que bajaba y la entrada se detuvo delante de él. El indígena que lo operaba les miró contrariado.

—¿Sólo dos personas?

—Sólo dos —respondió Terens, entrando seguido de Rik.

El operador no hizo nada por cerrar las puertas del ascensor.

—Me parece que hubiera podido esperar la subida de las dos. No voy a subir y bajar ex profeso por dos personas. —Escupió cuidadosamente, asegurándose de que manchaba el suelo del piso bajo y no el de su ascensor—. ¿Dónde están sus billetes de empleo? —prosiguió.

—Soy Edil —dijo Terens—. ¿No lo ve usted por mi traje?

—Los trajes no significan nada. Oiga, ¿cree que me voy a jugar este puesto porque quizás haya pescado este uniforme en alguna parte? ¿Dónde está su carnet?

Sin decir una palabra más, Terens exhibió el carnet que los naturales tenían que llevar encima en toda ocasión; número de registro, certificado de empleo, recibos de impuestos. El operador lo miró rápidamente.

—Bueno, a lo mejor ha pescado esto también, pero no es asunto mío. Lo tiene y listos, por más que Edil me parece un nombre un poco raro para un indígena, a mi modo de ver. ¿Y el otro?

—Está a mi cargo. ¿Puede venir conmigo o voy a por un patrullero a que haga cumplir las reglas?

Era lo último que Terens hubiera deseado, pero formuló la amenaza con visible arrogancia.

—Muy bien, no vale la pena enfadarse.

El ascensor se cerró y con una sacudida emprendió la subida mientras el operador seguía refunfuñando entre dientes.

Terens sonrió porque sabía que aquello era inevitable. Los que trabajaban directamente para los Nobles estaban encantados de identificarse con los gobernantes y disimular su inferioridad real con una estricta observancia de las reglas de segregación, una actitud arrogante ante sus compañeros. Era para los «de arriba» para quienes los demás florinianos reservaban su odio, junto con un cierto temor que sentían ante los Nobles.

La distancia en vertical era sólo de treinta pies, pero la puerta volvió a abrirse ante un nuevo mundo. Como las ciudades indígenas de Sark, Ciudad Alta tenía una tendencia a la variedad de colores. Los edificios, ya destinados a viviendas o a centros oficiales, eran un complicado mosaico de colores que de cerca formaba una amalgama sin significado, pero a la distancia de cien yardas adquiría una suave mezcla de matices que se fundían según el punto de vista.

—Ven, Rik —dijo Terens.

Rik estaba mirando con los ojos abiertos. ¡Nada vivo ni que creciese! Sólo piedra y color en enormes masas.

Jamás creyó que las casas pudieran ser tan grandes. Algo impresionó momentáneamente su cerebro… durante un segundo aquellas dimensiones no fueron tan extrañas… y la memoria volvió a cerrarse. Pasó un coche a toda velocidad.

—¿Son éstos Nobles? —preguntó.

No había tiempo más que para dirigirles una mirada. El cabello corto, camisas con anchas mangas sedosas de colores que iban del azul al violeta, pantalones de aspecto aterciopelado y medias que brillaban como si hubiesen sido tejidas con un delgado hilo de cobre. No perdieron el tiempo en dirigir una sola mirada a Rik y Terens.

—Jóvenes —dijo Terens.

No los había visto nunca tan cerca desde que salió de Sark. En Sark ya eran desagradables, pero por lo menos estaban en su sitio. Los

ángeles no se adaptaban, aquí, a treinta pies del infierno. De nuevo hizo un esfuerzo por sofocar un inútil estremecimiento de odio.

Un dos plazas pasó silbando ante ellos. Era un nuevo modelo con controles de aire. En aquel momento avanzaba a dos pulgadas sobre la superficie con su plano fondo reluciente formando ángulo para cortar la resistencia del aire, lo cual bastaba para producir el silbido que significaba «patrulleros».

Eran corpulentos, como todos los patrulleros; de ancho rostro, cabello negro y lacio, de tez ligeramente oscura.

Para los indígenas todos los patrulleros eran iguales. El tétrico negro de sus uniformes, realzado por la plata de las hebillas estratégicamente colocadas y los botones de adorno, anulaban la importancia del rostro y aumentaban todavía la semejanza entre ellos.

Un patrullero llevaba los controles. El otro saltó ligeramente a tierra.

—¡Carnet! —dijo. Lo miró mecánicamente un momento y se la devolvió a Terens—. ¿Qué hace usted aquí?

—Pensaba consultar al librero. Es mi privilegio.

—¿Y éste? —dijo el patrullero volviéndose hacia Rik.

—Yo… —empezó Rik.

—Es mi ayudante —dijo Terens—. No tiene privilegios de Edil. —Respondo por él.

—Allá usted —dijo el patrullero encogiéndose de hombros—. Los Ediles tienen privilegios, pero no son nobles. Recuérdelo.

—Bien, gracias. A propósito, ¿podría usted indicarme la biblioteca?

El patrullero se la indicó, utilizando para ello el cañón de una pistola del calibre de una aguja. Desde aquel ángulo la biblioteca era una mancha de bermellón brillante que se oscurecía hasta el escarlata oscuro en los pisos más altos. A medida que se acercaba, el escarlata fue bajando.

—¡Qué feo es eso! —dijo Rik con súbita violencia.

Terens le dirigió una rápida mirada de sorpresa. Estaba acostumbrado a ver todo aquello en Sark, pero también él encontraba la ornamentación de Ciudad Alta un poco vulgar. Ciudad Alta era más Sark que el propio Sark. En Sark no todos los hombres eran aristócratas. Había incluso sarkitas pobres, algunos apenas en mejor situación que los florinianos corrientes. Aquí sólo existía la punta de la pirámide, y la biblioteca lo demostraba.

Era mayor que todo Sark, mucho mayor que lo que ciudad Alta requería, lo cual demostraba la ventaja del trabajo barato. Terens se detuvo en la rampa que llevaba a la entrada principal. El color de la rampa daba la impresión de escalones, lo cual desconcertó ligeramente a Rik, pero dando a la biblioteca el debido aire de

arcaísmo que tradicionalmente acompañaba a las estructuras académicas.

La sala principal era vasta, fría y todo menos vacía. El bibliotecario, que se encontraba detrás del único pupitre, parecía un guisante arrugado en una vaina hinchada. Levantó la vista y se incorporó a medias.

—Soy un Edil —se apresuró a decirle—. Privilegios especiales. Respondo de este indígena. —Tenía los papeles en regla y se los puso delante de la vista.

El bibliotecario se sentó y los miró fijamente. Cogió una ficha de metal de una ranura y se la tendió a Terens. El Edil apoyó con fuerza su pulgar sobre ella y se la devolvió. El bibliotecario la metió en otra ranura donde relució brevemente ante una tenue luz violeta.

—Sala 242 —dijo.

—Gracias.

Las estancias del segundo piso tenían aquella helada falta de personalidad que tienen los eslabones de una interminable cadena. Algunas estaban llenas, las puertas de glasita, esmeriladas y opacas. La mayoría, no.

—Dos cuatro dos —dijo Rik con voz áspera y vibrante.

—¿Qué te pasa, Rik?

—No sé. Estoy muy excitado.

—¿Habías estado ya en alguna biblioteca?

—No lo sé.

Terens puso su pulgar en el disco redondo de aluminio que cinco minutos antes había sido sensibilizado con su impresión digital. La puerta de cristal transparente se abrió y volvió a cerrarse silenciosamente una vez hubieron entrado y, como si hubiesen bajado sobre ella una cortina, se volvió opaca.

La habitación tenía casi cuatro metros cuadrados, sin ventanas ni adornos. Estaba iluminada por una luz difusa que caía del techo y ventilada por aire inyectado a presión. Lo único que contenía era un pupitre que se iba de pared a pared y un banquillo sin respaldo entre él y la puerta. Sobre el pupitre había tres «lectores». Su cara delantera de cristal esmerilado se inclinaba en un ángulo de treinta grados. Delante de cada uno de ellos había varias esferas de control.

—¿Sabes qué es esto? —dijo Terens tendiendo su mano hacia uno de los lectores.

Rik se sentó también.

—¿Libros? —preguntó con ansia.

—Bien —dijo Terens, al parecer incierto—. Esto es una biblioteca, de manera que tu suposición no quiere decir gran cosa. ¿Sabes cómo

manejar un lector?

—No, no lo creo, Edil.

—¿Seguro? Piensa un poco…

Rik trató valientemente de hacerlo.

—Lo siento, Edil.

—Entonces, te enseñaré. ¡Mira! Primero, ¿ves?, aquí hay un botón, hasta la «E», y apretaremos a fondo.

Lo hizo así y en el acto ocurrieron varias cosas. El cristal estaba esmerilado, adquirió vida y apareció sobre él algo impreso. Era negro sobre amarillo y la luz del techo fue disminuyendo.

La larga lista del material catalogado por orden alfabético fue apareciendo por títulos, autores, materias, números de catálogos y se detuvo en el número que indicaba la enciclopedia. Súbitamente, Rik exclamó:

—Aprietas los números y las letras de los libros que quieres en estos botones y aparecen en la pantalla.

Terens se volvió hacia él.

—¿Cómo lo sabes? ¿Lo recuerdas?

—Quizá sí. No lo sé. Me parece lo natural.

—Bien; llámalo una suposición inteligente.

Apretó una combinación letra-número. La luz del cristal se apagó y volvió a brillar. Decía: «Enciclopedia de Sark, Volumen 54, Sol-Spec».

—Mira, Rik —dijo Terens—, no quiero meter ideas en tu cerebro; de manera que no te diré lo que pienso. Quiero solamente que recorras este volumen y te detengas delante de algo que te parezca conocido. ¿Comprendes?

—Sí.

—Bien. Ahora toma tu tiempo.

Los minutos pasaron. Súbitamente Rik hizo una aspiración e hizo retroceder las agujas de la esfera. Cuando se detuvo leyó lo marcado y pareció satisfecho.

—¿Recuerdas ahora? ¿No es una suposición? ¿Recuerdas?

Rik movió vigorosamente la cabeza.

—Me ha venido así, Edil, súbitamente.

Era el artículo sobre el análisis del Espacio.

—Sé lo que dice —dijo Rik—. Ya verás, ya verás.

Le costaba respirar normalmente y Terens por su parte, estaba igualmente excitado.

—Mira —dijo Rik—, siempre tienen esta parte.

Leyó en voz alta vacilante, pero con mucha mayor eficiencia de la que podía esperarse por las varías lecciones de lectura que Valona le había dado. El artículo decía:

«No es sorprendente que el analista del Espacio sea por

temperamento un individuo introvertido y, con mucha frecuencia, mal ajustado. Consagrar la mayor parte de la vida de un adulto al solitario registro del terrible vacío que existe entre las estrellas es más de lo que se le puede pedir a un hombre enteramente normal. Quizá dándose en cierto modo cuenta de ello, el Instituto de Análisis Especial ha adoptado como un slogan oficial la hasta cierto punto extravagante declaración: “Analizamos la Nada”».

Rik terminó casi con un estremecimiento.

—¿Entiendes lo que leemos? —preguntó Terens.

Él le miró con ojos relucientes.

—Dice: «Analizamos la Nada». Esto es lo que recuerdo. Yo era uno de ellos.

—¿Eres un analista del Espacio?

—¡Sí! —exclamó. Después, bajando la voz, añadió—: Me duele la cabeza.

—¿Porque recuerdas?

—Supongo que sí. —Levantó la vista frunciendo la frente—. Tengo que recordar más. Hay peligro. ¡Un tremendo peligro! No sé qué hacer…

—La biblioteca está a tu disposición, Rik —dijo Terens, observándole atentamente y pesando sus palabras—. Usa tú mismo el catálogo y busca algunos textos sobre el análisis del Espacio. A ver dónde te lleva.

Rik se arrojó sobre el «lector». Se estremecía visiblemente. Terens se apartó para dejarle espacio.

—¿Qué hay del *Tratado de Instrumentación Analítica Espacial*, de Wrijt? ¿Aparece indicado?

—Eso es cosa tuya, Rik.

Rik apretó el número del catálogo y la pantalla se puso en funcionamiento. Dijo: «Consultar Bibliotecaria para Libro en Cuestión».

Terens tendió rápidamente la mano y neutralizó la pantalla.

—Es mejor buscar otro libro, Rik —dijo.

—Pero… —Rik vacilaba pero obedeció la orden. Otro estudio del catálogo y eligió la *Composición del Espacio*, de Enning.

La pantalla indicó nuevamente la conveniencia de consultar a la bibliotecaria.

—¡Maldita sea! —dijo Terens, apagando nuevamente la pantalla.

—¿Qué pasa? —preguntó Rik.

—Nada, nada… —dijo Terens—. No tengas miedo, Rik; sólo que no veo…

Detrás de la reja al lado del mecanismo lector había un pequeño altavoz. La tenue y dúctil voz de la bibliotecaria salió de él y les heló a los dos.

—¡Sala 242! ¿Hay alguien en la sala 242?

—¿Qué quiere? —respondió Terens secamente.

—¿Qué libro es el que quiere? —preguntó la voz.

—Ninguno, gracias. Probamos solamente el lector.

Hubo una pausa como si se procediese a alguna invisible consulta. Después, en un tono más seco y ácido todavía, la voz dijo:

—El registro señala una solicitud de lectura del *Tratado de instrumentación analítica espacial*, de Wrijt, y *Composición del espacio*, de Enning. ¿Es correcto?

—Apretábamos números al azar.

—¿Puedo preguntarles la razón de desear estos libros? —preguntó inexorablemente la voz.

—Le digo a usted que no los queremos… y ahora, basta. —Estas últimas palabras las dijo con violencia Rik, que había empezado a gemir.

De nuevo hubo una pausa, y la voz insistió:

—Si quieren ustedes bajar aquí, podrán tener acceso a los libros. Están en un depósito reservado y tendrán ustedes que llenar una hoja.

—Vamos —dijo Terens, tendiéndole una mano a Rik.

—Quizá hemos infringido una regla —se lamentó Rik.

—Qué tontería, Rik. Vámonos.

—¿No llenaremos el formulario?

—No, ya lo veremos en otro momento.

Terens se apresuraba, obligando a Rik a seguirle. Salió al vestíbulo principal. La bibliotecaria levantó la vista.

—¡Oiga! ¡Oiga! ¡Un momento!… —dijo levantándose y saliendo de su pupitre.

No se detendrían.

Es decir, hasta que se interpuso un patrullero.

—Llevan una prisa de miedo, muchachos…

La bibliotecaria, jadeante, se puso delante de ellos.

—Son ustedes del 242, ¿verdad?

—Oiga —dijo Terens con firmeza—. ¿Y por qué nos detiene?

—¿Han preguntado por ciertos libros? Quisiéramos proporcionárselos.

—Es demasiado tarde. Otra vez. ¿Es que no entiende que no quiero los libros? Mañana volveré.

—La biblioteca —dijo la muchacha cortésmente— trata siempre de dar satisfacción a los lectores. Los libros estarán a su disposición en un momento —añadió con dos manchitas rojas que aparecieron en sus pómulos. Dio media vuelta, saliendo precipitadamente por una puertecilla que se abrió al acercársele.

—Si no le importa… —dijo Terens dirigiéndose al patrullero.

Pero el patrullero levantó un látigo neurónico de una longitud

moderada, que podía usarse como una excelente cachiporra o como arma de larga distancia cuyo poder era paralizante.

—Oiga, muchacho —dijo—, ¿por qué no se sienta usted aquí tranquilamente y espera a que esta dama regrese? Me parece lo más cortés, además.

El patrullero no era joven ni delgado. Parecía estar cerca de la edad del retiro y terminaba probablemente su tiempo de servicio vegetando como guarda de la biblioteca, pero iba armado, y la jovialidad que se pintaba en su arrugado rostro tenía un escaso sello de sinceridad.

La frente de Terens estaba húmeda y sentía el sudor correr por su espina dorsal. Había por lo visto subestimado la situación. Estaba seguro de su propio análisis del asunto, de todo. Y no obstante, así estaba la cosa. No hubiera debido ser tan imprudente. Era su maldito deseo de invadir Ciudad Alta, de recorrer los pasillos de la biblioteca como si fuese un sarkita.

Durante un desesperado momento estuvo tentado de atacar el patrullero, pero después, inesperadamente, no tuvo necesidad.

Al principio fue como un destello. El patrullero empezó a volverse un poco demasiado tarde. Las lentas reacciones de la edad le traicionaron. El látigo neurónico le fue arrancado de las manos y antes de que pudiese hacer más que iniciar un ronco grito, fue alcanzado en la sien. Cayó al suelo.

Rik gritaba con deleite y Terens exclamó:

—¡Valona! ¡Por todos los demonios de Sark, Valona!

4
El rebelde

Terens reaccionó casi en el acto.

—¡Fuera! ¡Pronto! —dijo, echando a andar.

Por un momento sintió el impulso de arrastrar el cuerpo del inconsciente patrullero a la sombra de los pilares que bordeaban el vestíbulo principal, pero era obvio que no tenía tiempo.

Salieron a la rampa cuando el sol de la tarde caldeaba y daba brillantez al mundo que les rodeaba. Los colores de Ciudad Alta tenían un matiz anaranjado.

—¡Venga! —dijo Valona con ansia.

Pero Terens la cogió por el brazo. Sonreía, pero su voz era dura y baja.

—No corras. Anda con naturalidad y sígueme. Sujeta a Rik. No le dejes correr.

Dieron algunos pasos con la sensación de estar caminando sobre algo pegajoso. ¿Había ruido detrás de ellos en la biblioteca? ¿O era su imaginación? Terens no se atrevía a volverse.

—Entremos aquí —dijo.

El letrero indicador de la acera relucía bajo la luz de la tarde. No podía competir con el sol de Florina. Decía:

«Entrada a la Ambulancia».

Entraron por una puerta lateral y siguieron entre unas paredes increíblemente blancas. Sobre el material aséptico de las paredes se veían algunas bombillas de una materia desconocida. Una mujer de uniforme los contemplaba desde lejos y no vaciló, frunció el ceño al verles acercarse. Terens no la esperó. Dio media vuelta, siguió otro corredor y después otro. Pasaron junto a otras mujeres de uniforme y Terens podía darse cuenta de la perplejidad que suscitaba. Era un hecho sin precedentes ver indígenas rondando sin compañía por los pisos altos del hospital. ¿Qué había que hacer?

Eventualmente, desde luego, serían detenidos. Así, pues, el corazón de Terens latió con más fuerza cuando vio una puerta que decía: «A la Sección Indígena». El ascensor estaba a su nivel. Metió en él a Rik y a Valona y el zumbido del artefacto al arrancar fue la sensación más deliciosa del día.

En la Ciudad había tres clases de edificios. La mayoría eran edificios bajos, construidos enteramente en el nivel bajo. Alojamientos

de obreros y trabajadores, generalmente de tres pisos. Fábricas, panaderías, oficinas. Otros eran edificios altos; domicilios de los sarkitas, teatros, la biblioteca, arenas para deportes. Pero unos pocos eran dobles, con pisos y entradas abajo y arriba; las estaciones de patrulleros, por ejemplo, y los hospitales.

Era, pues, posible trasladarse de Ciudad Baja a Ciudad Alta utilizando uno de los hospitales a fin de evitar los grandes ascensores de carga con sus lentas ascensiones y sus poco amables operadores. Para un indígena, hacerlo era completamente ilegal, desde luego, pero el delito era un acicate más para el culpable del delito de haber agredido a un patrullero.

Salieron por el nivel inferior. El esmalte aséptico de las paredes seguía allí, pero tenía un aspecto menos ligeramente opaco, como si lo hubiesen limpiado con menor frecuencia. Los bancos que se alineaban a lo largo de las paredes de Ciudad Alta habían desaparecido. La mayoría de ellos estaban en una sala de espera llena de hombres y mujeres cansados y temerosos. Un solo ayudante trataba de poner orden en aquel zafarrancho, consiguiendo pobres resultados.

La enfermera estaba hablando con un pobre viejo que doblaba y desdoblaba la rodillera de su raído pantalón y contestaba sus preguntas con tono plañidero.

—¿De qué se queja usted, exactamente?… ¿Desde cuándo estos dolores?… ¿Ha estado usted ya en algún hospital? Bien, escuche; no pretenderán ustedes venir a molestarnos por cualquier tontería. Siéntese y el doctor le verá y le dará alguna medicina.

Con voz aguda gritó:

—¡El siguiente! —Y murmuró algo en voz baja.

Terens, Valona y Rik salían cautelosamente de entre la muchedumbre. Valona, como si la presencia de sus compatriotas florinianos hubiese liberado su lengua de la parálisis, susurraba tensamente.

—Tenía que venir, Edil. Estaba tan inquieta por Rik. Creía que no volvería a traérmelo y…

—¿Cómo has subido a Ciudad Alta? —preguntó Terens mientras se abría paso entre los indígenas.

—Les seguí y vi que tomaban el gran ascensor. Cuando volvió a bajar dije que iba con ustedes y me subió.

—¿Así, por las buenas?

—Tuve que sacudirle un poco.

—¡Diablos de Sark…! —gruñó Terens.

—Tuve que hacerlo —explicó Lona, plañidera—. Después vi a los patrulleros señalándoles un edificio. Esperé a que se hubiesen marchado y fui allá también. Pero no me atrevía a entrar. No hubiera sabido qué decir, de manera que me escondí como pude hasta que les

vi volver a salir con el…

—¡Eh, ustedes, aquí! —gritó la aguda voz impaciente de la enfermera.

Ahora estaba de pie y el duro golpear de su estilete de metal sobre la superficie de su pupitre reducía a la tumultuosa muchedumbre a un jadeante silencio.

—¡Eh, estos que quieren marcharse, vengan aquí! No se puede salir sin ser visitado. Nada de evasiones del trabajo con falsas enfermedades. ¡Vengan aquí!

Pero los tres estaban ya fuera en las sombras de Ciudad Baja. En torno a ellos se percibían los olores y ruidos de lo que los sarkitas llamaban el «Barrio Indígena» y la Ciudad Alta era nuevamente tan sólo un techo para ellos. Pero por muy aliviados que Valona y Rik pudiesen sentirse al estar ya fuera de la oprimente riqueza del ambiente sarkita, Terens no sentía aliviarse su ansiedad. Habían ido demasiado lejos y por consiguiente podían no encontrar ya seguridad en ninguna parte.

Esta idea cruzaba todavía su turbulento cerebro cuando Rik gritó:

—¡Mirad!

Terens sintió que se le secaba la garganta. Era quizá la visión más aterradora que los habitantes de Ciudad Baja podían ver. Por una de las aberturas de Ciudad Alta podía ver flotar una especie de pájaro gigante. Tapaba el sol y aumentaba la amenazadora oscuridad de esta parte de la Ciudad. Pero no era un pájaro. Era una de las naves armadas de los patrulleros.

Los indígenas gritaban y empezaron a correr. Podían no tener ninguna razón específica de temor, pero de todos modos corrían. Un hombre que seguía el mismo camino que el vehículo se echó a un lado con desgana. Había estado corriendo por alguna razón particular cuando la sombra le alcanzó. Miró a su alrededor, como una roca en la calma del desierto. Era de media estatura, pero de una amplitud de hombros casi grotesca. Una de las mangas de su túnica estaba desgarrada de arriba abajo, mostrando un brazo como el muslo de otro hombre.

Terens vacilaba y Rik y Valona no podían hacer nada sin él. La incertidumbre de Terens había llegado a un grado casi febril. Si huían, ¿dónde podrían ir? Si se quedaban donde estaban, ¿qué podrían hacer? Era posible que los patrulleros anduviesen detrás de alguien más, pero con un patrullero sin conocimiento en el vestíbulo de la biblioteca las probabilidades de salvación eran escasas.

El hombre ancho se acercaba a un trote corto. Se detuvo un momento al pasar por su lado, como inseguro de lo que tenía que hacer. En un tono completamente natural, dijo:

—Panadería de Khorow, segundo izquierda, más allá de la

lavandería. —Y retrocedió corriendo.

—¡Venid! —dijo Terens.

Sudaba copiosamente al correr. A través del terrible tumulto oía las órdenes bruscas que salían con naturalidad de las gargantas de los patrulleros. Dirigió una mirada por encima de su hombro. Media docena de ellos se apeaban del vehículo abriéndose en abanico. No les pasaría nada, lo sabía. Con aquel maldito uniforme de Edil era tan importante como uno de los pilares que soportaban Ciudad Alta.

Dos de los patrulleros corrían en dirección a ellos. No sabía si le habían visto o no, pero no tenía importancia.

Ambos chocaron con el hombre que acababa de dirigirse a Terens. Los tres estaban suficientemente próximos para oír el aullido del hombre y las brutales maldiciones de los patrulleros. Terens hizo dar la vuelta a la esquina a Rik y Valona.

La panadería de Khorow podía reconocerse por el nombre escrito en un letrero luminoso tubular en diferentes lugares y el agradable olor que se filtraba por la puerta abierta. Bastaba con entrar, y eso fue lo que hicieron.

Un hombre de edad les miró desde la habitación interior, en la cual podían ver el resplandor de la harina oscurecida en los hornos de rayos. No tuvo ocasión de preguntarles qué deseaban.

—Un hombre gordo... —empezó Terens. Abría los brazos a fin de dar a entender qué quería decir, cuando fuera empezaron a oírse los gritos de «¡Patrulleros! ¡Patrulleros!».

—¡Por aquí! ¡Pronto! —dijo el hombre con voz ronca.

—¿Aquí dentro? —dijo Terens echándose atrás.

—Esto es falso —dijo el hombre.

Primero Rik, después Valona y por fin Terens se metieron por la puerta del horno.

Se produjo un leve chasquido en la pared posterior del horno y se abrió girando sobre sus goznes superiores. La empujaron y se encontraron en una diminuta habitación tenuemente iluminada.

Esperaron. La ventilación era mala y el olor del pan aumentaba el hambre sin satisfacerla. Valona estaba mirando a Rik acariciándole la mano de cuando en cuando. Rik la miraba también sin expresión. Alguna que otra vez pasaba la mano por el rostro encarnado de la muchacha.

—Edil... —empezó Valona.

—¡Ahora no, por favor, Valona! —susurró Terens. Se pasó el dorso de la mano por la frente y trató de ver los nudillos en la penumbra.

Se oyó un chasquido, aumentado por el estrecho confinamiento de su escondrijo.

Terens se puso rígido, y sin casi darse cuenta cerró con fuerza los

puños.

Era el hombrecillo ancho que metía sus inmensos hombros por el intersticio. Casi no cabían. Miró a Terens y sonrió.

—¡Vamos, hombre! No es momento de luchar.

Terens miró sus puños y los dejó caer.

El hombrecillo estaba visiblemente en peor estado que cuando lo habían visto la primera vez. Su camisa era casi inexistente en la espalda y un cardenal reciente con su irisación roja y purpúrea marcaba su pómulo derecho. Sus ojos, ya pequeños, eran casi invisibles entre los dos párpados superior e inferior.

—Se han detenido a registrar —dijo—. Si tienen hambre, el precio aquí no es ninguna tontería, pero hay tanto como quieran. ¿Qué les parece?

En la Ciudad era ya de noche. En Ciudad Alta había luces que iluminaban el cielo a lo largo de muchas millas, pero en Ciudad Baja reinaba una tétrica oscuridad. Las sombras rodeaban la ilegal panadería ocultando las luces del interior una vez pasado el toque de queda.

Rik se sintió mejor cuando hubo comido algo caliente. Sus dolores de cabeza empezaron a disminuir. Fijó su mirada en la sien del hombrecillo ancho.

—¿Le han hecho daño, señor? —preguntó tímidamente.

—Un poco —dijo el otro—, pero no tiene importancia. En mi negocio ocurre todos los días.

Se echó a reír mostrando unos grandes dientes.

—Tuvieron que reconocer que no había hecho otra cosa que ponerme en su camino mientras iban buscando a alguien más. El sistema más sencillo de quitarse un indígena de en medio…

Su mano se levantó, sosteniendo un arma invisible, apuntando.

Rik retrocedió y Valona protegió su rostro con un brazo. El hombrecillo se echó atrás, chupando sus dientes para extraerles partículas de comida.

—Soy Matt Khorow —dijo—, pero me llaman sólo el Panadero. ¿Quiénes sois vosotros, muchachos?

—Pues… —dijo Terens vacilando.

—Ya os veo venir —dijo el Panadero—. Lo que no sé si herirá a nadie. Quizá sí, quizá sí. Aparte de esto, podéis tener confianza en mí. Os he salvado de los patrulleros, ¿no?

—Sí, gracias. —A Terens le era difícil dar cordialidad a su voz, y añadió—: ¿Cómo has adivinado que andaban detrás de nosotros? Había mucha gente corriendo…

—Ninguno de los demás ponía la cara que poníais vosotros —dijo

el hombrecillo sonriendo—. Las vuestras podían removerse y ser utilizadas como cal.

Terens trató de sonreír a su vez, pero le fue difícil conseguirlo.

—Te juro que no sé por qué has arriesgado tu vida salvándonos, pero gracias de todos modos. No es que baste con decir «gracias…», desde luego, pero de momento veo difícil hacer algo más.

—No tenéis que hacer nada —dijo el Panadero apoyando sus anchos hombros contra la pared—. Lo hago tan a menudo como puedo. No es nada personal. Si los patrulleros andan detrás de alguien hago lo que puedo por él. Odio a los patrulleros.

—¿Y no tienes disgustos? —preguntó Valona.

—¡Seguro! Mira eso. —Puso su dedo en la sien lesionada—. Pero no creerás que esto va a detenerme, espero. Para eso construí este falso horno. Así los patrulleros no pueden pescarme y hacerme cosas demasiado feas.

En los anchos ojos de Valona brillaba el terror y la fascinación.

—¿Por qué no? —prosiguió el Panadero—. ¿Sabes cuántos nobles hay en Florina? Diez mil. ¿Sabes cuántos patrulleros? Quizá veinte mil, y nosotros, los indígenas, somos cinco millones. Si nos juntásemos todos contra ellos… —hizo chasquear los dedos.

—Nos juntaríamos contra pistolas de aguja y cañones explosivos, Panadero —dijo Terens.

—Sí —respondió el Panadero—. Tendríamos que tener algunos nosotros también. Vosotros, Ediles, habéis vivido demasiado cerca de los Nobles. Les tenéis miedo.

El mundo de Valona se volvía hoy cabeza abajo. Aquel hombre luchaba contra los patrulleros y hablaba sin la menor desconfianza con el Edil. Cuando Rik la sujetó por la mano, ella se liberó amablemente y le dijo que durmiese. Apenas le miró. Quería oír lo que decía aquel hombre. Éste seguía diciendo:

—Incluso con pistolas de aguja y cañones, la única forma que tienen los nobles de mantener Florina en su poder es con la ayuda de cien Ediles.

Terens pareció ofenderse, pero el Panadero prosiguió:

—Por ejemplo, tú. Bonitas ropas. Limpias. Elegantes. Debes tener además una linda residencia, supongo, con libros films, coche privado y nada de toque de queda. Puedes incluso ir a la Ciudad Alta si quieres. Los nobles no hacen esto por nada…

Terens no se sentía en situación de perder la calma.

—Bien —dijo—. ¿Qué quieres que hagamos los Ediles? ¿Empezar a luchar contra los patrulleros? ¿De qué serviría? Reconozco que hago cumplir los reglamentos en la ciudad, pero les evito también disgustos. Trato de ayudarlos, hasta donde la ley lo permite. ¿No es ya algo eso? Algún día…

—¡Ah, algún día…! ¿Quién puede esperar ese algún día? Cuando tú y yo estemos muertos, ¿qué nos importará quién gobierne Florina? Para nosotros, quiero decir.

—En primer lugar —dijo Terens—, odio a los Nobles más que tú. Sin embargo… —se detuvo, sonrojándose.

—Sigue —dijo el Panadero riendo—. Dilo otra vez. No te delataré porque odies a los Nobles. ¿Qué habías hecho para tener a los patrulleros detrás de ti?

Terens permanecía silencioso.

—Podría adivinarlo —dijo el Panadero—. Cuando los patrulleros cayeron sobre mí estaban muy molestos. Molestos personalmente, quiero decir, no porque algún Noble les dijese que tenían que estarlo. Los conozco y puedo decirlo. De manera que calculo que sólo puede haber ocurrido una cosa. Has debido atacar a algún patrullero. O le has matado, quizá.

Terens seguía silencioso. El Panadero no había perdido su tono divertido.

—Bien está permanecer tranquilo, pero hay una cosa que se llama ser demasiado cauteloso, Edil. Vas a necesitar ayuda. Saben quién eres.

—No lo saben —dijo Terens precipitadamente.

—Tienen que haber visto tu carnet en Ciudad Alta.

—¿Quién ha dicho que estaba en Ciudad Alta?

—Una suposición. Apostaría a que estabas.

—Vieron mi carnet, pero no lo suficiente para leer mi nombre.

—Lo suficiente para saber que eras un Edil. Lo único que tienen que hacer es buscar un Edil ausente de su ciudad o uno que no pueda explicar lo que ha hecho hoy. Los telégrafos de todo Florina deben estar probablemente funcionando ya. Me parece que estás en mala situación.

—Quizá sí.

—Ya sabes que no hay quizá que valga. ¿Necesitas ayuda?

Hablaban en voz baja. Rik se había acurrucado en un rincón y dormía. Los ojos de Valona iban siguiendo a los de los dos que hablaban.

—No, gracias. Ya saldré de ésta —dijo Terens.

El Panadero volvió a echarse a reír tranquilamente.

—Sería interesante saber cómo. No me mires de arriba a abajo porque no tenga educación. Tengo otras cosas. Mira, pasa la noche pensando en esto. Quizá decidas que necesitas ayuda.

Valona permanecía en la oscuridad con los ojos abiertos. Su cama consistía en una manta echada en el suelo, pero era casi tan buena como las camas a que estaba acostumbrada. Rik estaba profundamente dormido sobre otra manta en el rincón opuesto. Dormía siempre

profundamente en días de excitación, una vez se le habían pasado las jaquecas.

Terens había rechazado una cama y el Panadero se había echado a reír (se reía de todo, al parecer), apagó la luz y le dijo que le daba la bienvenida en la oscuridad.

Valona seguía con los ojos abiertos. El sueño se había alejado de ella. ¿Volvería a dormir alguna vez? ¡Había derribado al suelo a un patrullero de un puñetazo!

Sin saber por qué, estaba pensando en su padre y su madre.

Su mente estaba muy turbia. Había hecho cuanto estuvo en su mano por olvidarlos durante los años transcurridos. Pero ahora recordaba el susurro de sus conversaciones en voz baja, por la noche, cuando la creían dormida. Recordaba la gente que venía en la oscuridad.

Una noche vinieron los patrulleros y le hicieron unas preguntas que ella no entendía pero trataba de contestar.

Después de aquello no volvió a ver a sus padres. Se habían marchado, le dijeron, y al día siguiente la pusieron a trabajar cuando los demás chiquillos de su edad tenían todavía dos años por delante para jugar. La gente la miraba cuando ella pasaba y los demás chiquillos no podían jugar con ella aunque hubiese terminado la hora del trabajo. Aprendió a vivir para sí misma. Aprendió a no hablar. La llamaban la «Gran Lona» y se reían de ella y decían que era medio imbécil.

¿Por qué la conversación de aquella noche le habría recordado a sus padres?

—Valona…

La voz estaba tan cerca que el soplo agitó su cabello y tan apagada que casi no la oyó. Sintió una tensión, en parte de miedo, en parte de embarazo. No tenía más que una sábana sobre su cuerpo desnudo.

Era el Edil.

—No digas nada —dijo—. Escucha nada más. Voy a marcharme. La puerta no está cerrada. Pero volveré. ¿Me oyes? ¿Me entiendes?

Buscó a tientas y cogió la mano de Terens y la estrechó con los dedos. Terens quedó satisfecho.

—Y vigila a Rik. No lo pierdas de vista. Y, Valona… —Hubo una larga pausa y después prosiguió—: No te fíes mucho de este Panadero. No sé nada de él. ¿Me entiendes?

Se oyó un leve ruido, un chasquido leve todavía más lejano, y estuvo fuera. Valona se incorporó apoyándose sobre un codo, pero aparte la respiración de Rik y la suya todo estaba en silencio.

Apretó sus párpados en la oscuridad, y haciendo un esfuerzo trató de pensar. ¿Por qué habría el Edil, que lo sabía todo, dicho aquello del

Panadero que odiaba a los patrulleros y les había salvado? Sólo se le ocurría una cosa. Los había encontrado cuando las cosas se ponían tan negras y había obrado rápidamente, salvándolos.

Era casi como si hubiese sido una cosa arreglada o el Panadero hubiese estado allí esperando a ver qué pasaba.

Movió la cabeza. Todo aquello parecía muy extraño. Si no hubiese sido por lo que le había dicho el Edil no hubiera pensado nunca en todo aquello.

El silencio se hizo añicos por una fuerte voz y una despreocupada pregunta.

—¿Hola? ¿Estás todavía aquí?

Se estremeció al posarse sobre ella un rayo de luz. Lentamente levantó, estirándola, la sábana hasta su cuello.

La luz se apartó.

No tenía necesidad de preguntar la identidad del que había hablado. Su cuadrada figura se destacaba levemente en la penumbra que formaba el rayo de luz.

—Creía que te habías marchado con él —dijo el Panadero.

—¿Quién? —preguntó Valona débilmente.

—El Edil. Ya sabes que se ha marchado. No pierdas tiempo fingiendo.

—Volverá.

—¿Dijo que volvería? Si lo ha dicho, se equivoca. Los patrulleros le pescarán. No es muy inteligente este Edil, de lo contrario hubiera sabido cuándo se deja abierta una puerta a propósito. ¿Proyectas marcharte también?

—Esperaré al Edil —respondió Valona.

—Como quieras. Será una larga espera. Puedes marcharte cuando te plazca.

El rayo de luz de su lámpara cruzó la habitación y se fijó en el pálido y largo rostro de Rik. Sus párpados se contrajeron automáticamente al impacto de la luz, pero siguió durmiendo. La voz del Panadero parecía pensativa.

—Pero, de todos modos, deja a éste aquí. Me entiendes, supongo. La puerta está abierta para ti, pero no para él.

—No es más que un infeliz desgraciado… —dijo Valona con terror en su voz.

—¿Sí? Pues yo colecciono infelices desgraciados, y éste se queda aquí. ¡Recuérdalo!

El rayo de luz no se apartaba del rostro dormido de Rik.

5
El científico

Hacía un año que el doctor Selim Junz estaba impaciente, pero el tiempo no le acostumbra a uno a la paciencia. Más bien al revés. Sin embargo, el año le había enseñado que con el Servicio Civil Sarkita no hay que tener prisa; tanto más cuanto los funcionarios civiles eran en su mayoría florinianos trasplantados y, por consiguiente, terriblemente puntillosos con su dignidad.

Una vez le había preguntado al viejo Abel, embajador de Trantor que había vivido en Sark lo suficiente para que las suelas de sus zapatos echasen raíces en el suelo, por qué los sarkitas permitían que sus departamentos gubernamentales fuesen regidos por el pueblo que tan profundamente despreciaban.

Abel había guiñado el ojo mirando un vaso de vino verde.

—Política, Junz, política —le había dicho—. Es una cuestión de genética práctica llevada a cabo con una lógica sarkita. Estos sarkitas, en sí mismos, forman un mundo pequeño, insignificante, y sólo son importantes en cuanto dominan esta inagotable mina de oro que es Florina. Y así, cada año, llevan la flor y nata de la juventud de sus campos y ciudades a Sark para su entrenamiento. Los mediocres se quedan para llenar sus hojas y formularios y los verdaderamente inteligentes regresan a Florina para actuar como gobernantes de las ciudades. Son los llamados Ediles u Hombres de la Ciudad.

El doctor Junz era ante todo un espacio-analista. No acababa de ver la utilidad de todo aquello y así se lo dijo.

Abel le señaló con su grueso dedo índice y el reflejo verde del vaso tocó el borde de su uña y despidió unos destellos grises y amarillentos.

—No serviría usted nunca para administrador —dijo—. No me pida recomendaciones. Mire, los elementos más inteligentes de Florina están ganados de todo corazón a la causa de Sark, ya que, mientras sirven en Sark, se les trata admirablemente, pero, si le vuelven la espalda, lo mejor que pueden esperar es volver a la existencia floriniana, lo cual no es muy bueno, amigo mío, no es muy bueno.

Bebió el vino de un trago y prosiguió:

—Es más, ni los Ediles ni los ayudantes clericales de Sark pueden procrear sin perder sus posiciones. Incluso con hembras de Florina. El cruce con sarkitas está, desde luego, fuera del caso. De esta forma, lo

mejor de la generación de Florina va siendo gradualmente retirado de la circulación de manera que en breve Florina no será más que montones de leña y depósitos de agua.

—Se van a quedar cortos de funcionarios a este paso, ¿no?

—Eso es asunto del futuro.

El doctor Junz estaba sentado ahora en una de las antesalas exteriores del Departamento de Asuntos Florinianos y esperaba con impaciencia a que se le permitiese franquear las lentas barreras, mientras los subalternos florinianos seguían interminablemente sumergidos en el caos burocrático.

Un anciano floriniano, consumido en el servicio, se puso en pie delante de él.

—¿El doctor Junz?

—Yo mismo.

—Venga conmigo.

Un número, apareciendo en una pantalla, hubiera sido igualmente eficaz para llamarle y un canal fluorescente en el aire igualmente eficaz para guiarle, pero cuando la mano del hombre es barata, no hay necesidad de substituirla. El doctor Junz juzgaba la «mano del hombre» correctamente. No había visto una mujer en una oficina del gobierno de Sark. Las mujeres de Florina se quedaban en su planeta, a excepción de algunas empleadas como servicio doméstico, y a las que les estaba igualmente prohibido procrear, y las mujeres sarkitas estaban, como había dicho Abel, fuera del caso.

Un gesto le invitó a sentarse en un sillón delante de la mesa del funcionario que representaba al Subsecretario. El doctor Junz sabía que podía ocasionalmente encontrar y conocer socialmente al Subsecretario e incluso al Secretario de Asuntos Florinianos, que tendrían que ser, naturalmente, sarkitas, pero no los vería nunca aquí, en su departamento.

Estaba sentado, todavía impaciente, por lo menos cerca de la meta.

El funcionario estaba examinando minuciosamente su expediente, volviendo cada hoja codificada con la misma atención que si contuviese todos los secretos del universo. El hombre era joven, recientemente graduado, quizá, y como todos los florinianos, muy blanco de piel y cabello.

El doctor Junz sentía una emoción atávica. Era oriundo de Libair.

Algunos de los jóvenes antropólogos radicales acariciaban la idea de que los hombres de los mundos como Libair, por ejemplo, habían salido de una evolución independiente, si bien convergente. Los viejos rechazaban amargamente toda idea de evolución que transformase

diferentes especies hasta el punto en que el cruce de razas fuese posible, como con toda seguridad lo era entre todos los mundos de la Galaxia. Insistían en que en el planeta original, fuese el que fuese, la humanidad había sido ya fraccionada en subgrupos de diferentes pigmentaciones.

Esta teoría no hacía más que situar el problema en un momento de tiempo anterior y no contestaba nada, de manera que el doctor Junz no encontraba ninguna explicación satisfactoria. Y no obstante, incluso ahora, se encontraba algunas veces pensando en el problema. Por una causa desconocida las leyendas del pasado del conflicto habían permanecido en los mundos sombríos. Los mitos de Libair, por ejemplo, hablaban de tiempos de guerra entre hombres de diferente pigmentación, y el mismo descubrimiento de Libair se debió a un grupo de hombres oscuros que huían de la derrota en una batalla.

Cuando el doctor Linz salió de Libair para ingresar en el Instituto Arcturiano de Tecnología Espacial y más tarde asumió su profesión, las viejas historias de hadas habían sido olvidadas. Desde entonces, sólo una vez sintió cierta extrañeza. En el curso de sus actividades había estado en uno de aquellos antiguos mundos del Sector de Centauro; uno de aquellos mundos cuya historia puede contarse por milenios y cuyo lenguaje era tan arcaico que su dialecto podría haber sido el perdido y mítico inglés. Tenía una palabra especial para designar a los hombres de piel oscura.

¿Y por qué tenía que haber una palabra especial para designar el hombre de piel oscura? No había ninguna palabra especial para designar al hombre de ojos azules, y de orejas grandes, o de cabello rizado. No había…

La voz indiferente del funcionario le arrancó de sus sueños.

—Ha estado en esta oficina antes, de acuerdo a los registros.

—Ciertamente sí, señor —dijo el Dr. Junz con cierta aspereza.

—Pero no recientemente.

—No, no recientemente.

—Sigue usted buscando un analista del espacio que desapareció… —el funcionario consultó varios papeles— Hace once meses y trece días.

—Exacto.

—Durante todo ese tiempo —añadió el funcionario con aquella voz seca de la cual parecía que hubiese exprimido todo el jugo— no ha habido rastro del desaparecido ni prueba de que se hallase en algún lugar del territorio Sarkita.

—Se le localizó por última vez en el espacio cerca de Sark —dijo el científico.

El empleado levantó la vista, fijó por un instante sus pálidos ojos en el Doctor Junz, y los volvió a bajar.

—Es posible que sea así, pero no hay pruebas de su presencia en Sark.

¡No había pruebas! El doctor Junz apretó los labios. Era lo que el Centro Analítico del Espacio Interestelar llevaba meses diciéndole obstinadamente.

«No hay pruebas, Doctor Junz. Nos parece que podría usted emplear mejor el tiempo, Doctor Junz. El Centro se ocupará de que continúen las investigaciones, Doctor Junz».

Lo que en realidad querían decir, era: «¡No nos haga gastar más dinero, Doctor Junz!».

La cosa había empezado, como el funcionario le había precisado exactamente, hacía once meses y trece días de Tiempo Medio Interestelar (el funcionario no sería, desde luego, culpable de utilizar el tiempo local para una cosa de este género). Dos días antes de que él aterrizase en Sark en lo que tenía que ser misión rutinaria de inspección de los centros oficiales de este planeta, pero que tenía que resultar… bien, lo que tenía que resultar fue lo que resultó.

Le recibió el representante local del CAEI, un activo joven que quedó clavado en el recuerdo del doctor Junz principalmente por el hecho de que mascaba incesantemente algún elástico de la industria química de Sark.

La inspección había casi terminado y el activo joven sentía algo clavado en un espacio intermolar cuando dijo:

—Un mensaje de uno de los inspectores de campo, doctor. Probablemente sin importancia. Ya los conoce usted.

Era la expresión usual en estos casos, «Ya los conoce usted». El Doctor Junz levantó la vista con un instantáneo destello de indignación. Estaba a punto de decir que hacía quince años también él había sido «inspector de campo» cuando recordó que al cabo de tres meses había sido incapaz de soportarlo por más tiempo. Pero ese resto de cólera le hizo leer el mensaje con mayor atención.

Decía así: «Ruego mantenga línea clave Central Cuartel General CAEI para mensaje detallado por asunto de gran importancia. Toda Galaxia afectada. Aterrizo por mínima trayectoria».

El agente estaba de buen humor. Sus mandíbulas habían reanudado su rítmico movimiento y dijo:

—¡Imagínese, doctor! «Toda la Galaxia afectada». No está mal, incluso para un inspector de campo. Lo he llamado para ver si podía sacar algo en claro de todo esto, pero chochea. Insiste en decir que todos los seres humanos de Florina están en peligro. Ya lo sabe, quinientos millones de vidas en la balanza. Me suena un poco psicopático. De manera que, francamente, no quisiera entendérmelas

solo con él cuando aterrice. ¿Qué aconseja usted?

—¿Tiene usted una transcripción de su mensaje? —dijo el Doctor Junz.

—Sí, doctor. —Pasó algunos minutos buscando y finalmente sacó un hilo de plata.

El doctor lo puso en el lector y una vez hubo funcionado, dijo, frunciendo el ceño:

—Esto es una copia, ¿verdad?

—He mandado el original al Centro de Transportes Extraplanetarios de aquí, de Sark. Me ha parecido que era mejor fuesen a buscarle al campo de aterrizaje con una ambulancia. Probablemente está muy mal.

El Doctor Junz sintió el impulso de estar de acuerdo con el agitado joven. Cuando los analistas aislados en las profundidades del espacio sucumben a su trabajo, las reacciones psicopáticas suelen ser muy violentas.

—Pero, espere… por lo que dice parece que no ha aterrizado todavía —dijo.

—Supongo que sí, pero nadie me ha llamado para decírmelo —dijo el agente, al parecer sorprendido.

—Bien, llame a Transportes y pida detalles. Psicopáticos o no, los detalles deben figurar en nuestros ficheros.

El analista del espacio fue a informarse nuevamente durante los últimos minutos antes de marcharse. Tenía otros asuntos de qué ocuparse en otros mundos y llevaba cierta prisa. Casi en el umbral dijo, volviendo la cabeza:

—¿Qué hay del inspector de campo?

—¡Ah, sí, quería decírselo! Transportes no ha oído hablar de él. Ha mandado toda la potencia de energía de su motor hiperatómico y dice que su nave no está en el espacio próximo. Debe haber cambiado de opinión sobre lo de aterrizar.

El doctor Junz decidió aplazar su marcha veinticuatro horas. Al día siguiente fue al Centro de Transportes Interplanetarios de Sark City, capital del planeta. Allí vio, por primera vez a toda la burocracia floriniana, que le miró moviendo la cabeza. Habían recibido un mensaje referente al próximo aterrizaje del analista del CAEI, pero no había aterrizado ninguna nave.

El doctor insistió en que la cosa era importante. El hombre estaba enfermo. ¿No había recibido una copia de su conversación con el agente del CAEI? Le miraron con los ojos abiertos de par en par. ¿Copia? No se encontró a nadie que recordase haberla recibido. Sentían infinito que el hombre estuviese enfermo, pero ni había aterrizado ninguna nave del CAEI ni ninguna de ellas se encontraba en el próximo espacio.

El doctor regresó a su hotel pensativo. Abandonó la idea de marcharse. Llamó a la recepción y se hizo trasladar a otra habitación más apropiada para su intensa ocupación. Después fijó una cita con Ludigan Abel, embajador de Trantor.

Pasó el día siguiente leyendo libros sobre la historia de Sark y, cuando llegó la hora de la cita con Abel, su corazón redoblaba con un latido de odio. La cosa no iba a ser fácil, lo sabía.

El anciano embajador le recibió con toda ceremonia, le estrechó efusivamente la mano, puso en funcionamiento su barman mecánico y no le permitió hablar de cosas serias antes de las dos primeras copas. Junz aprovechó la oportunidad para charlar sobre asuntos de menor importancia, se informó acerca del Servicio Civil de Florina y recibió la exposición de la genética práctica de Sark. Su odio aumentó.

Junz siempre recordaría a Abel como lo había visto ese día. Unos ojos profundamente hundidos bajo unas cejas blancas extraordinariamente pobladas, una nariz aguileña que se sumergía periódicamente en su vaso de vino, unas mejillas hundidas que acentuaban la delgadez de su rostro y de su cuerpo y un dedo levantado que parecía dirigir una música inaudible. Junz empezó a exponerle el caso con una lacónica economía de palabras. Abel le escuchaba atentamente y sin la menor interrupción. Cuando Junz hubo terminado, el embajador se limpió los labios cuidadosamente y dijo:

—¿Conocía usted a ese hombre que ha desaparecido?

—No.

—¿Ni se habían encontrado nunca?

—Nuestros inspectores de campo son hombres que difícilmente se encuentran.

—¿Había sufrido ya alguna otra alucinación?

—Es la primera, según el fichero central del CAEI… si es una alucinación.

—¿Sí…? —el embajador no parecía comprender—. ¿Y por qué ha venido usted a verme a mí? —preguntó.

—En busca de ayuda.

—Es obvio… Pero ¿en qué forma? ¿Qué puedo hacer yo?

—Déjeme que se lo explique. El Centro Sarkita de Transportes Extraplanetarios ha buscado en el espacio próximo el tipo de energía de los motores de la nave de nuestro hombre y no hay signos de él. En esto no mentirían. No diré que los sarkitas estén por encima de la mentira, pero están por encima de la mentira inútil, y saben que puedo comprobarlo en el espacio de dos o tres horas.

—En efecto. ¿Qué más?

—Hay dos casos en que el rastreo del tipo de energía falla. Una, cuando la nave no está en el próximo espacio, porque ha aterrizado en

un planeta. No puedo creer que nuestro hombre haya saltado. Si sus declaraciones acerca de la importancia del peligro que amenaza Florina y la Galaxia son alucinaciones de un megalómano, nada le impediría venir a Sark a comunicarlas. No hubiera cambiado de idea marchándose. Tengo quince años de experiencia en estas cosas. Si, por casualidad, sus declaraciones eran cuerdas y reales, el asunto sería, con toda seguridad, demasiado serio para que cambiase de idea y abandonase el espacio próximo.

El viejo trantoriano levantó un dedo y lo movió pausadamente.

—Su conclusión en este caso es que está en Sark.

—Exactamente. Una vez más, no hay más que dos alternativas. Primera, si está bajo influencia de una psicosis, puede haber aterrizado en otro lugar del planeta distinto de los puertos espaciales reconocidos. Puede andar errante por cualquier sitio, amnésico, enfermo… Son cosas bastante inusitadas incluso entre los hombres del espacio, pero han ocurrido algunas veces. En estos casos, los ataques son generalmente temporales. Cuando pasan, la víctima empieza a recordar detalles de su trabajo antes del menor recuerdo personal. Después de todo, la misión del analista del espacio es su vida. Con mucha frecuencia el amnésico es detenido porque anda errante por una biblioteca pública buscando referencias al análisis del espacio.

—Comprendo. Entonces quiere usted que arregle una cita con el Gremio de Bibliotecarios para que le comunique en el acto esta situación.

—No, porque no preveo ninguna perturbación en este sentido. Quisiera pedir que se hiciese una reserva de ciertas obras sobre el análisis del espacio y que todo aquel que las pidiese, fuera de los que pueden probar que son indígenas sarkitas, fuese detenido e interrogado. Estarán de acuerdo en ello porque sabrán que este plan no dará ningún resultado.

—¿Por qué no?

—Porque —respondió Junz hablando apresuradamente, presa de un acceso de furia temblorosa— estoy seguro de que nuestro hombre aterrizó en el aeropuerto de Sark tal como lo había proyectado y, cuerdo o psicótico, fue encarcelado y probablemente muerto por las autoridades de Sark.

Abel dejó sobre la mesa un vaso casi vacío.

—¿Está usted bromeando?

—¿Tengo aspecto de bromear? ¿Qué me ha dicho usted hace apenas media hora acerca de Sark? Su vida, su prosperidad y su poderío dependen de su dominio de Florina. ¿Qué me han demostrado mis lecturas durante estas últimas veinticuatro horas? Que los campos de kyrt de Florina son la riqueza de Sark. Y aquí nos encontramos con un hombre que, cuerdo o psicótico, no tiene importancia, proclama

que algo de importancia galáctica ha puesto en peligro la vida de todos los habitantes de Florina. Fíjese en la trascripción de la última conversación de este hombre.

Abel cogió el alambre de plata que Junz le había arrojado al regazo al entrar y aceptó el aparato lector que le tendía. El hilo se desarrolló lentamente mientras los ojos vagos de Abel iban animándose.

—No es muy informativo —dijo.

—Desde luego, no. Dice que hay un peligro. Dice que el peligro es urgente, pero no hubiera debido ser nunca mandado a los sarkitas. Aunque el hombre esté equivocado, ¿puede el gobierno sarkita permitir la radiación de cualquier locura, admitiendo que sea una locura lo que tenga en la cabeza y esparcirla por toda la Galaxia? Dejando aparte el pánico que podría suscitarse en Florina, la interferencia con la producción de kyrt, se da el hecho de que toda la sucia combinación de las relaciones políticas Florina-Sark quedaría expuesta a la vista de toda la Galaxia. Considere además que les bastaría suprimir un hombre para evitar todo esto; puesto que yo no puedo intentar acción alguna por la sola trascripción, y lo saben. ¿Se detendría Sark ante un asesinato en este caso? Un mundo basado en experimentos genéticos como el que usted describe no vacilaría.

—¿Y qué quiere usted que yo haga? No estoy todavía muy seguro, debo confesarlo —dijo Abel, al parecer inconmovible.

—Descubrir si lo han matado —dijo Junz severo—. Debe usted tener una organización de espionaje aquí. ¡Oh, no finjamos…! Llevo el tiempo suficiente rondando por la Galaxia para haber pasado mi adolescencia política. Llegue usted al fondo del asunto mientras yo distraigo su atención con mis negociaciones bibliotecarias. Y una vez haya usted descubierto quiénes son los asesinos, quiero que Trantor se ocupe de que nunca más un gobierno de la Galaxia se imagine que puede matar a un hombre del CAEI y quedar impune.

Y aquí había terminado su primera entrevista con Abel.

Junz tenía razón en una cosa. Los funcionarios sarkitas cooperaban e incluso simpatizaban con cuanto hacía referencia a los arreglos bibliotecarios. Pero no parecía tener razón en nada más. Pasaron los meses y los agentes de Abel no consiguieron encontrar rastro del desaparecido en Sark, ni vivo ni muerto.

Durante once meses la situación no cambió y Junz empezó a mostrarse dispuesto a abandonar la partida. Casi decidió esperar sólo hasta el doceavo mes y no más. Y entonces la ruptura se produjo, pero no por parte de Abel, sino por el casi olvidado hombre de paja que él mismo había puesto en acción. Llegó a él una comunicación de la Biblioteca Pública de Sark y Junz se encontró un día sentado delante de un funcionario civil floriniano en el Centro de Asuntos Florinianos.

El funcionario completó su composición mental del asunto. Había vuelto la última página.

—Y ahora, ¿qué puedo hacer por usted? —preguntó levantando la vista.

—Ayer a las 4,22 de la tarde —dijo Junz con precisión—, fui informado de que la Biblioteca Pública de Sark tenía a mi disposición un hombre que había intentado consultar dos textos sobre análisis espacial y que no era un indígena sarkita, No he sabido nada más de la biblioteca desde entonces.

Continuó llevando la voz, para cortar en seco algún comentario iniciado por el empleado.

—Un telenoticiario, recibido mediante un instrumento público propiedad del hotel donde me hospedo, y fechado a las 5,05 de ayer tarde, afirma que un miembro de la Patrulla de Florina había sido dejado sin sentido en la sección floriniana de la Biblioteca Pública de Sark y que tres florinianos, presuntos autores del atentado, eran perseguidos. Este boletín no se repitió en los posteriores noticiarios radiados. No me cabe la menor duda —prosiguió— de que las dos informaciones están relacionadas. No dudo que el hombre que busco está ahora en manos de los patrulleros. He pedido autorización para ir a Florina y me ha sido denegada. He mandado por subéter a Florina la petición de que el hombre en cuestión sea enviado a Sark y no he recibido contestación. Vengo al Centro de Asuntos Florinianos a pedir que se actúe en este sentido. O yo voy allá o a él lo mandan aquí.

—El gobierno de Sark —dijo el oficial con voz descolorida— no puede aceptar ultimátums de los funcionarios del CAEI. He sido advertido por mis superiores de que probablemente me interrogaría usted sobre estos particulares, y he recibido instrucción sobre los hechos que debo comunicarle a usted. El hombre que fue sorprendido consultando los textos reservados, con sus dos compañeros, un Edil y una mujer floriniana, cometieron, en efecto, la agresión a que se ha referido usted, y fueron perseguidos por las patrullas. Pero no fueron, sin embargo, capturados.

Una amarga decepción se pintó en el rostro de Junz. No trató de ocultarla.

—¿Han huido?

—No exactamente. Fueron localizados en una panadería de un tal Matt Khorow.

—¿Y se les permitió seguir allí? —dijo el doctor abriendo los ojos.

—¿Ha conferenciado usted recientemente con Su Excelencia Ludigan Abel?

—¿Qué tiene esto que ver con…?

—Estamos informados de que ha sido usted visto con frecuencia en la Embajada de Trantor.

—No he visto al embajador desde hace una semana.

—Entonces le aconsejo que le vea. Hemos permitido que los criminales siguiesen en la tienda de Khorow, e inofensivos, por el respeto debido a nuestras delicadas relaciones interestelares con Trantor. Tengo instrucciones de decirle a usted, si me parece necesario, que Khorow, como seguramente no le sorprenderá saber —y aquí el blanco rostro adquirió una inusitada expresión de burla—, es muy conocido en el Departamento de Seguridad como agente de Trantor.

6
El embajador

Faltaban todavía diez horas para que Junz tuviese su entrevista con el funcionario cuando Terens salió de la panadería de Khorow.

Avanzando a buen paso por las calles de la ciudad, pasaba la mano por las ásperas superficies de las cabañas de los trabajadores al pasar. A excepción de la pálida luz que se filtraba desde la Ciudad Alta, se encontraba en una oscuridad total. La única luz que podía verse en Ciudad Baja era el resplandor opalino de las linternas de los patrulleros que circulaban en grupos de dos o tres.

Al oír unos pasos lejanos que se aproximaban, Terens se metió en una calle polvorienta, ya que incluso de noche los riegos de Florina difícilmente podían penetrar en las oscuras regiones inferiores al cementoide.

Aparecieron unas luces, pasaron y desaparecieron cien metros más abajo.

Durante toda la noche las patrullas estuvieron circulando. Les bastaba con eso, circular. El miedo que inspiraban era suficiente para mantener el orden sin el menor alarde de fuerza. Sin luces en la ciudad, la oscuridad hubiera podido servir de manto para numerosos seres humanos errantes, pero incluso sin los patrulleros como lejana amenaza, este peligro hubiera podido descartarse. Los almacenes de comida y los talleres estaban bien guardados; el lujo de Ciudad Alta era inasequible; y robarse unos a los otros, explotar la miseria del semejante, hubiera sido claramente fútil.

Lo que se hubiera considerado delito en otros mundos, era prácticamente inexistente aquí, en la oscuridad. Los pobres estaban fácilmente a mano pero no había nada que sacar de ellos y los ricos estaban fuera de alcance.

Terens siguió avanzando, y al pasar por debajo de una de las aberturas del cementoide superior no pudo menos que levantar la vista.

¡Fuera de alcance!

¿Estaban realmente fuera de alcance? ¿Cuántos cambios de actitud respecto a los Nobles de Sark había experimentado durante su vida? De chiquillo no había sido más que un chiquillo. Los patrulleros eran unos monstruos vestidos de plata y negro, de los cuales se huía, hubiese uno hecho algo malo o no. Los Nobles eran superhombres

legendarios y míticos, inmensamente ricos, que vivían en un paraíso conocido por Sark y velaban atenta y celosamente por el bienestar de la estúpida población masculina y femenina de Florina.

Cada día en la escuela tenía que repetir: «¡Que el espíritu de la Galaxia vele por los Nobles como ellos velan por nosotros!».

Sí, pensaba ahora, ¡exacto!, ¡exacto! Que el espíritu fuese para ellos lo que ellos para nosotros. Ni más ni menos. Sus puños se cerraron en las sombras.

Cuando tenía diez años había escrito un ensayo en el colegio sobre lo que imaginaba debía ser la vida en Sark. Era una obra de pura imaginación creativa destinada a revelar sus condiciones de escritor. Recordaba muy poco, sólo un fragmento en realidad. En él describía a los Nobles reuniéndose cada mañana en un amplio vestíbulo pintado de colores como los de la flor del kyrt, de pie bajo el esplendor de veinte pies de altura discutiendo sobre los pecados de los florinianos y meditando sombríamente acerca de la triste necesidad de volverlos a la virtud.

El maestro había quedado muy satisfecho y a final de curso, cuando los demás discípulos de ambos sexos siguieron sus cortas lecciones de lectura, escritura y moral, él fue ascendido a una clase superior donde empezó a aprender aritmética, galactografía, e historia sarkita. A los dieciséis años le llevaron a Sark.

Podía recordar todavía la grandiosidad del día y se estremecía aún al evocarlo. Sólo esa idea le avergonzaba.

Terens se acercaba a los arrabales de la ciudad. Algún que otro soplo de brisa llevaba hasta él el fuerte olor nocturno de las flores de kyrt. Se encontraría durante algunos minutos todavía en la relativa seguridad del campo abierto donde no había guardias regulares de patrulleros y donde, a través de los barrancos desgarrados, volvería a ver las estrellas. E incluso la estrella de luz dura y amarillenta que era el sol de Sark.

Había sido su sol durante la mitad de su vida. Cuando por primera vez lo vio a través de la portilla de la nave del espacio, apenas más que una estrella, como una canica de una insoportable brillantez, sintió deseos de caer de rodillas. La idea de que se estaba aproximando al paraíso alejaba incluso el paralizante terror de aquel primer vuelo a través del espacio.

Aterrizó en aquel paraíso y fue entregado a un viejo floriniano que se ocupó de que fuese debidamente bañado y vestido. Lo llevaban hacia un gran edificio cuando por el camino el anciano guía se inclinó profundamente ante una figura que pasaba.

—¡Saluda! —dijo en voz baja el anciano al joven Terens.

—¿Quién era? —preguntó Terens confuso, después de haber obedecido.

—¡Un Noble, ignorante campesino!

—¿Eh? ¿Un Noble?

Se detuvo en seco donde estaba y hubo que insistir para hacerle continuar su camino. Era la primera vez que veía a un Noble. Nada de veinte pies de altura, sino un hombre como los demás hombres. Otros muchachos florinianos podrían haberse recuperado de su desilusión, pero Terens no. En él se había producido un cambio interno, permanente.

Durante toda su educación, durante todos sus profundos estudios, jamás olvidó que los Nobles eran hombres.

Durante diez años estudió, y cuando no estudiaba, ni comía, ni dormía, aprendía a ser útil de mil maneras diferentes. Aprendió a llevar mensajes y varias cestas de papeles, a hacer una profunda inclinación cuando pasaba un Noble y a volverse respetuosamente de cara a la pared cuando pasaba una mujer noble.

Durante cinco años más trabajó en el Servicio Civil, mandado como de costumbre de un puesto a otro a fin de poner más eficazmente a prueba sus capacidades en una gran variedad de condiciones.

Una vez recibió la visita de un rollizo floriniano que le brindó su amistad con una sonrisa, dándole gentilmente golpecitos en el hombro y le preguntó qué opinaba de los Nobles. Terens refrenó sus deseos de dar media vuelta y echar a correr. Se preguntó si sus sentimientos no estarían impresos con alguna misteriosa clave en las líneas de su frente. Movió la cabeza y murmuró una serie de trivialidades sobre la gentileza de los nobles. Pero el hombrecito rollizo avanzó los labios y dijo:

—No piensas eso. Ven a este sitio esta noche —y le dio una tarjeta que se arrugó y abrasó a los pocos minutos.

Terens fue. Tenía miedo, pero sentía curiosidad. Allí encontró amigos suyos que le miraron con el secreto pintado en los ojos y compartieron más tarde su trabajo con vacías miradas de indiferencia. Escuchó lo que decían y descubrió que muchos de ellos parecían creer lo que él a su vez había acumulado en su mente y creía con toda sinceridad ser de su propia creación y de la de nadie más.

Aprendió que algunos por lo menos de los florinianos consideraban a los Nobles como unos villanos brutos que ordenaban Florina por sus riquezas y su propio interés, mientras los pobres indígenas sucumbían en la ignorancia y la pobreza. Aprendió que se acercaba el momento en que se produciría un gigantesco alzamiento contra Sark y todo el lujo de Florina caería en manos de sus legítimos dueños.

—¿Cómo? —preguntó Terens. Lo preguntó una y otra vez. Después de todo eran los Nobles y los patrulleros quienes tenían las

armas.

Y le hablaron de Trantor, del gigantesco mundo que se había hinchado durante los últimos siglos hasta formar parte de él la mitad de los mundos habitados de la Galaxia. Trantor, decían, destruiría a Sark con la ayuda de Florina.

Pero, se decía Terens, primero a sí mismo, y después se lo decía a los demás, si Trantor era tan grande y Florina tan pequeño, ¿por qué Trantor no sustituiría a Sark como más vasto y más tiránico dueño? Si era el único camino, era preferible soportar a Sark. Era mejor un dueño conocido que un dueño por conocer.

Se rieron de él y le despreciaron, amenazando su vida si decía una palabra de lo que había oído. Pero algún tiempo después fue observando que uno tras otro todos los que formaban la conspiración iban desapareciendo hasta que sólo quedó el primer individuo rollizo.

Algunas veces lo veía susurrar misteriosas palabras a algún conocido, pero no hubiera sido prudente advertir a la presunta víctima que le ofrecían una tentación para ponerle a prueba. Que buscase él mismo la calidad, como la había buscado Terens.

Terens había pasado algún tiempo en el Departamento de Seguridad, cosa que muy pocos florinianos podían esperar conseguir. Fue una corta estancia, porque el poder concedido a un funcionario de Seguridad era tal que el tiempo pasado en su ejercicio era siempre más corto que el pasado en cualquier otro servicio. Pero en él Terens descubrió, con cierta sorpresa, que había realmente una conspiración que sofocar. Los hombres y las mujeres de Florina se reunían clandestinamente y tramaban una rebelión. Generalmente eran subrepticiamente apoyados por el dinero de Trantor. Algunas veces los presuntos rebeldes llegaban a creer que Florina podía triunfar sin ayuda ajena.

Terens meditaba sobre todo esto. Hablaba poco, observaba una conducta correcta, pero sus pensamientos estaban en desorden. Odiaba a los Nobles, en parte porque no tenían veinte pies de altura, en parte porque no podía mirar a sus mujeres y también porque había servido a algunos con la cabeza baja, y encontró que pese a toda su arrogancia no eran más que unas criaturas idiotas no mejor educadas que él mismo y generalmente mucho menos inteligentes.

Y sin embargo, ¿qué alternativa le quedaba a aquella esclavitud personal suya? Cambiar la estúpida Nobleza Sarkita por el Imperialismo Trantoriano era inútil. Esperar que los campesinos florinianos hiciesen algo por cuenta propia era sencillamente una locura. Por lo tanto, no había salida.

Éste era el problema que ocupaba su mente desde hacía muchos años, como estudiante, como modesto funcionario y como Edil.

Y entonces se había producido aquella inesperada serie de

circunstancias que pusieron en sus manos una inesperada respuesta en la persona de aspecto insignificante que había sido en un tiempo analista del espacio y ahora balbuceaba algo acerca del peligro que corrían todos los habitantes, hombres y mujeres de Florina.

Terens estaba ya en campo abierto donde la lluvia de la noche cesaba ya y las estrellas brillaban húmedas entre las nubes. Lanzó un profundo suspiro pensando en el kyrt que era el tesoro de Florina y a la vez su melancolía.

No se hacía ilusiones. Ya no era Edil. No era siquiera un campesino floriniano libre. Era un criminal en fuga, un fugitivo que tenía que ocultarse.

Y no obstante en su mente ardía algo. Durante las últimas veinticuatro horas había tenido en sus manos el arma más poderosa que se pudiese soñar contra Sark. Sabía que Rik recordaba correctamente que había sido antes analista del espacio, que había sufrido la prueba psíquica del vaciado de cerebro; y que recordaba algo verdadero, horrible y poderoso.

Estaba seguro de ello. Y ahora Rik estaba en manos de un hombre que fingía ser un patriota floriniano pero era en realidad un agente trantoriano.

Terens sintió la amargura de su cólera en el fondo de la garganta. Desde luego el panadero aquel era un agente de Trantor. No había tenido la menor duda desde el primer momento. ¿Qué otro habitante de Ciudad Baja hubiera dispuesto del capital suficiente para construir un falso horno de radar?

No podía dejar que Rik cayese en manos del agente de Trantor. Estaba dispuesto a correr riesgos sin límites, ¿qué importancia tenían los riesgos? Había incurrido ya en la condena a pena de muerte…

En un rincón del cielo había una vaga claridad. Esperaría a que amaneciese. Las diferentes estaciones patrulleras debían tener su identificación, desde luego, pero quizá tardasen algún tiempo en registrar su aparición.

Y durante pocos minutos sería aún Edil. Aquello le daba el poder de hacer algo que incluso ahora, incluso ahora…, no se atrevía a permitir a su mente pensar en ello…

Habían transcurrido diez horas desde la entrevista de Junz con el funcionario cuando vio a Abel Ludigan nuevamente.

El embajador recibió a Junz con su habitual cordialidad superficial, esta vez con una definida y turbadora sensación de culpabilidad. Durante su primera entrevista hacía ya mucho tiempo (había transcurrido cerca de un Año Standard), no había prestado gran atención a la historia que le referían per se. Su único pensamiento

había sido: «¿Puede esto ayudar a Trantor?».

¡Trantor! Ésta era siempre su primera idea, y, sin embargo, no pertenecía a la especie de idiotas capaces de adorar un grupo de estrellas o el dorado emblema del sol y la nave que las fuerzas armadas de Trantor usaban.

En una palabra, no era un patriota en el sentido corriente del término, y Trantor, como tal, no significaba nada para él.

Pero adoraba la paz; tanto más cuanto iba envejeciendo y le gustaba su vaso de vino, su atmósfera saturada de música suave y perfumes, su siestecita por la tarde, y su apacible espera de la muerte. Era como, a su manera de ver, tenían que sentir todos los hombres; y no obstante todos los hombres sufrían la guerra y la destrucción.

Morían helados en el vacío del espacio, convertidos en vapor por una explosión atómica, hambrientos en un planeta asediado y bombardeado.

¿Cómo forzar, pues, la paz? No mediante la razón, seguramente, ni por la educación. Si un hombre no era capaz de pensar en la paz y en la guerra y elegir la primera preferencia a la segunda, ¿qué otro argumento podía persuadirle? ¿Qué condena de la guerra podía haber más elocuente que la guerra misma? ¿Qué tremenda acumulación de dialéctica podía llevar en sí la décima parte de la fuerza de una sola nave destruida con su cargamento de muerte?

Así pues, para terminar el mal empleo de la fuerza sólo quedaba una solución, la fuerza misma.

Abel tenía un mapa de Trantor en su estudio diseñado para mostrar la aplicación de esta fuerza. Era un ovoide cristalino en el cual se habían insertado lentes galácticas de tres dimensiones. Sus estrellas eran puntas de polvo de diamante blanco, sus nebulosas manchas de luz o de niebla negra, y en la profundidad central había algunos puntos rojos que habían sido la República Trantoriana.

No «eran», sino «habían sido». La república Trantoriana había consistido sólo en cinco mundos, hacía quinientos años.

Pero era un mapa histórico y mostraba la República en aquel estado sólo cuando la esfera marcaba cero.

Adelantando la aguja un punto, la imagen de la Galaxia aparecía tal como era cincuenta años después y una corona de estrellas se enrojecía en el borde de Trantor.

En diez épocas, transcurría medio milenio y el rojo se extendía como una mancha de sangre que se desparrama hasta que más de la mitad de la Galaxia había caído en la charca roja.

El rojo era un rojo sangre en un sentido no sólo fantástico. Mientras la República Trantoriana se convertía en Confederación Trantoriana e Imperio Trantoriano, su avance había tenido lugar a través de una intrincada selva de hombres aniquilados, de naves

destruidas y mundos desolados. Y a pesar de todo, Trantor había llegado a ser fuerte y en su rojo interior reinaba la paz.

Ahora Trantor se estremecía en el borde de una nueva conversión. De Imperio a Imperio Galáctico y entonces el rojo absorbería todas las estrellas y reinaría una paz universal. Pax Trantorica.

Era lo que Abel quería. Quinientos años, cuatrocientos años, doscientos años antes, Abel hubiera visto a Trantor como un desagradable nido de gente malvada, agresiva y materialista, indiferente a los derechos de los demás, imperfectamente democrática en sí misma pero muy dispuesta a ver la menor esclavitud en los demás, rencorosa sin finalidad. Pero ese tiempo había pasado.

No era Trantor sino el fin universal que Trantor representaba. De manera que la pregunta: «¿Hasta dónde apoyaría esto la paz en la Galaxia?», se convertía en: «¿Hasta dónde apoyaría esto a Trantor?».

El mal estaba en que sobre este punto determinado no podía tener certeza alguna. Para Junz la solución era única y exclusivamente una: Trantor tenía que apoyar al CAEI y castigar a Sark.

Esto podría ser posiblemente algo bueno, siempre que pudiese probarse algo en contra de Sark. Posiblemente no, ni aun en este caso. Ciertamente no, si nada podía probarse. Pero en ningún caso Trantor podía actuar violentamente. Toda la Galaxia podía ver que Trantor se encontraba en el borde del dominio galáctico y cabía todavía la posibilidad de que los planetas no-trantorianos que quedaban se uniesen contra esto. Trantor podía ganar incluso esta guerra, pero quizá no sin pagar un precio que no haría de la victoria más que una humorística palabra para designar la derrota.

Trantor no podía, por lo tanto, hacer ningún movimiento en aquella fase final del juego. Abel tenía, por lo tanto, que obrar lentamente, tendiendo su sutil red a través del laberinto del Servicio Civil y el centelleo de la Nobleza de Sark, empujando con una sonrisa y preguntando sin parecer hacerlo. No olvidaba tampoco mantener los ojos del servicio secreto trantoriano sobre el propio Junz, no fuese que el colérico libariano causase en un momento daños que Abel no podría reparar en un año.

Abel estaba asombrado por la persistente cólera del libariano. Una vez le había preguntado: «¿Qué es lo que le preocupa a usted?», pero en lugar del discurso que esperaba sobre la integridad del CAEI y el deber de todos de sostener el Centro como un instrumento, no de este mundo o del de más allá, sino de toda la humanidad, se había limitado a fruncir el ceño y a decir:

—Que en el fondo de todo esto están las relaciones entre Sark y Florina. Quiero delatar estas relaciones y destruirlas.

Abel sentía náuseas. Siempre, por todas partes, la eterna preocupación de los mundos aislados que impedían, una y otra vez,

toda concentración inteligente sobre el problema de la unidad de la Galaxia. Era indudable que aquí y allá existían injusticias sociales. Era indudable que a veces parecían imposibles de digerir, pero ¿quién hubiera sido capaz de imaginar que estas injusticias podían solucionarse a una escala menor que la galáctica?

En primer lugar, había que poner fin a la guerra y a la rivalidad nacional y sólo entonces era posible ir contra las miserias intestinas que, después de todo, tenían el conflicto exterior como primera causa.

Y Junz no era siquiera de Florina. No tenía siquiera esta excusa para tener aquella cortedad de vista emocional.

—¿Qué representa Florina para usted? —le preguntó Abel.

Junz vaciló. Hizo una pausa y respondió:

—Advierto una analogía.

—Pero usted es de Libair… O por lo menos ésta es mi impresión.

—Lo soy; pero en esto estriba la analogía. Ambos somos extremos en una Galaxia media.

—¿Extremos? No le entiendo.

—En la pigmentación cutánea —dijo Junz—. Ellos son naturalmente pálidos. Nosotros somos naturalmente oscuros. Eso quiere decir algo. Nos une un lazo. Tenemos algo en común. Me parece que nuestros antepasados debieron sostener grandes conflictos por ser diferentes, incluso por ser excluidos de la mayoría social. Nosotros somos desgraciadamente blancos y oscuros, hermanos con una diferencia.

Esta vez, con gran asombro de Abel Junz se detuvo. El tema no volvió a tratarse nunca más.

Y ahora, al cabo de un año, sin la menor advertencia, sin una previa intimación, en el preciso momento en que podía esperarse quizá una solución pacífica de la tensa situación, e incluso el mismo Junz daba síntomas de su ardiente celo, todo estalló súbitamente.

El conflicto se encontró ante un Junz diferente, un Junz cuyo rencor no estaba reservado a Sark, sino que alcanzaba también a Abel.

—No es —decía Junz— que me resienta del hecho de que sus agentes anden detrás de mis talones. Es de suponer que es usted cauteloso y no se puede fiar de nadie ni de nada. Hasta aquí muy bien. Pero ¿por qué no fui informado en cuanto localizó usted a su hombre?

La suave mano de Abel acariciaba la fina tela del brazo del sillón.

—El asunto es complicado. Siempre complicado. Había dispuesto que toda información procedente de un investigador no autorizado referente a un asunto espacio-analítico fuese comunicada a ciertos agentes míos, así como a usted. Pensé incluso que podía usted necesitar protección. Pero en Florina…

—Sí —interrumpió Junz amargamente—. Fuimos unos locos al no tener en cuenta eso. Pasamos casi un año demostrando que podíamos encontrarlo en algún sitio de Sark. Tenía que estar en Florina y en eso estuvimos ciegos. En todo caso, ahora lo tenemos. O lo tiene usted, y es de suponer que se arreglará que yo pueda verlo…

Abel no quiso contestar directamente. En su lugar, dijo:

—¿Dijo usted que le dijeron que este Khorow era un agente de Trantor?

—¿No lo es? ¿Por qué mentirían? ¿O es que están mal informados?

—Ni mienten, ni están mal informados. Hace diez años que es agente nuestro y me preocupa que estén enterados de ello. Esto hace que me pregunte qué más sabe de nosotros y si no se tambalea toda nuestra estructura, pero ¿no le hace a usted esto preguntarse por qué le dijeron escuetamente que era uno de nuestros agentes?

—Porque era la verdad, imagino, y para evitar, de una vez y para siempre que siguiese importunándolos con nuevas preguntas que sólo podían causar perturbaciones entre nosotros y Trantor.

—La verdad es un método desacreditado entre diplomáticos. Por otra parte, ¿qué mayores perturbaciones pueden causarse ellos mismos que hacernos saber todo lo que conocen acerca de nosotros, darnos la oportunidad, antes de que sea demasiado tarde, de retirar nuestra red averiada, zurcirla y tenderla nuevamente?

—Entonces conteste usted mismo su pregunta.

—Yo diría que le comunicaron a usted su conocimiento de la verdadera identidad de Khorow como un rasgo de triunfo. Sabían que el hecho de que lo supiesen no podía ya ni favorecerles ni dañarles, puesto que yo supe desde hacía doce horas que sabían que Khorow era uno de nuestros hombres.

—Pero ¿cómo?

—Por la insinuación más imposible de error. Escuche. Hace doce horas, Matt Khorow, agente de Trantor, fue muerto por un agente de la patrulla de Florina. Los dos florinianos que ocultaba en aquel momento, un hombre, según todas las probabilidades el inspector de campo que anda usted buscando, y una mujer, han huido, se han desvanecido. Probablemente están en manos de los Nobles.

Junz lanzó un grito y se levantó de su asiento. Abel se llevó un vaso a los labios con toda calma y dijo:

—Oficialmente, no puedo hacer nada. El muerto era un floriniano y los dos desaparecidos, mientras no podamos probar lo contrario, lo eran también. De manera que ya lo ve, nos han ganado por la mano y ahora, encima, se burlan de nosotros.

7
El patrullero

Rik vio cuando mataron al Panadero. Lo vio derrumbarse sin un grito, con el pecho destrozado y abrasado echando humo bajo el silencioso ímpetu del explosivo. Fue una visión que borró en él mucho de lo que había precedido y casi todo lo que siguió.

Había el vago recuerdo de la primera aproximación del patrullero, del lento pero intencionado gesto con que sacó su arma. El Panadero había levantado la cabeza abriendo los labios para decir una palabra que no tuvo tiempo de formular. Una vez muerto, Rik sintió un chorro de sangre afluir a sus oídos y el salvaje griterío de la gente huyendo en todas direcciones como un río desbordado.

Durante un momento se borró el alivio que dos horas de sueño habían producido en la mente de Rik. El patrullero se había arrojado contra el grupo de hombres y mujeres que aullaban como si fuesen un viscoso mar de fango que había que atravesar. A Rik y Lona les cogió el alud y les apartó. Había flujos y reflujos que respondían a los movimientos de los vehículos de los patrulleros que seguían avanzando. Valona arrastraba a Rik hacia algún rincón de las afueras de la ciudad. Durante algún tiempo fue el chiquillo asustado de ayer, no el ya casi adulto de hoy. Aquella mañana había despertado en medio de un alba gris que le hacía imposible ver en aquella habitación sin ventanas en la que dormía. Durante algunos minutos permaneció echado inspeccionando su mente. Algo se había curado aquella noche; algo se había conectado formando un todo. Llevaba ya dos días a punto de que esto sucediese, desde aquel momento en que empezó a «recordar». El proceso se completó el día anterior. La entrada en Ciudad Alta y en la biblioteca, la agresión contra el patrullero y la fuga que siguió, el encuentro con el Panadero, todo había obrado como un fermento. Las temblorosas fibras de su mente, desde tan largo tiempo alteradas, habían sido estiradas, forzadas a desplegar una dolorosa actividad, y ahora, después del sueño, manifestaban una especie de débil latido.

Pensaba en el espacio y en las estrellas, en largas, largas extensiones y en profundos silencios. Finalmente volvió la cabeza y dijo:

—Lona…

Lona se despertó, incorporándose sobre un codo, y miró en su

dirección.

—¿Rik?

—Aquí estoy, Lona.

—¿Estás bien?

—Sí… —No podía calmar su excitación—. Me siento bien, Lona. ¡Escucha! Ahora recuerdo más cosas. Estaba en un barco exactamente…

Pero ella no le escuchaba. Estaba poniéndose el traje y dándole la espalda. Abrochó la parte delantera y se puso el cinturón. Después se acercó a él.

—No quería dormir, Rik. He tratado de estar despierta.

—¿Ocurre algo? —preguntó Rik, sintiéndose contagiado por su nerviosismo.

—¡Psss…! No hables tan alto. No ocurre nada.

—¿Dónde está el Edil?

—No está aquí. Ha… tenido que marcharse. ¿Por qué no te vuelves a dormir, Rik?

Tendió un brazo hacia él en gesto de consuelo.

—Estoy bien —dijo él—. No quiero dormir. Quiero hablarle del barco al Edil…

Pero el Edil no estaba allá y Lona no quería escucharle. Rik se sometió y por primera vez sintió cierto rencor contra Valona. Le trataba como si fuese un chiquillo y él empezaba a sentirse como un hombre.

Una luz entró en la habitación y con ella la ancha figura del Panadero. Rik lo miró entornando los ojos y quedó un momento intimidado. No puso ninguna objeción cuando el brazo de Valona rodeó sus hombros reconfortándolo. Los gruesos labios del Panadero esbozaron una sonrisa.

—Os habéis despertado temprano.

Nadie contestó.

—Tanto mejor —continuó el Panadero—. Tendréis que marcharos hoy.

—¿No nos vas a entregar a los patrulleros? —preguntó Valona con los labios secos.

Recordaba de qué manera había mirado a Rik una vez se hubo marchado el Edil. Seguía mirando sólo a Rik.

—A los patrulleros, no —dijo—. Las personas adecuadas han sido informadas y estaréis en seguridad.

Salió, y cuando regresó, pocos instantes después, traía comida, ropa y dos jofainas de agua. Las ropas eran nuevas y parecían completamente extrañas. Estuvo mirándolos mientras comieron, y dijo:

—Voy a daros nuevos nombres y nuevos pasados. Quiero que me

escuchéis y no lo olvidéis. No sois florinianos, ¿comprendéis? Sois hermanos y venís del planeta Wotex. Estabais visitando Florina…

Siguió explicando detalles, haciendo preguntas, escuchando sus respuestas.

Rik estaba satisfecho de poder demostrar los progresos de su memoria, de su capacidad de aprender, pero en los ojos de Valona había una sombra de preocupación. El Panadero no dejó de verlo. Dirigiéndose a la muchacha, le dijo:

—Como me causes la menor molestia le mando a él solo y te dejo atrás.

—No te causaré la menor molestia —dijo Valona retorciéndose las manos espasmódicamente.

La mañana había avanzado ya cuando el Panadero se puso de pie.

—¡Vamos! —dijo. Su último gesto fue meter plaquitas de cuero negro en los bolsillos del pecho de todos.

Una vez fuera, Rik miró asombrado lo que podía ver de sí mismo. No sabía que la indumentaria pudiese ser tan complicada. El Panadero le había ayudado a vestirse, pero ¿quién le ayudaría a quitárselo? Valona no parecía ya una campesina. Incluso sus piernas estaban cubiertas por una materia delgada y sus zapatos estaban atados a los tobillos de manera que tenía que balancearse cautelosamente al andar.

Los transeúntes se detenían, juntándose, llamándose unos a otros. La mayoría eran chiquillos, mujeres que iban de compras y tipos errantes y desastrados. El Panadero no parecía observar nada de todo esto. Llevaba un grueso bastón que se encontraba de vez en cuando, como por accidente, entre las piernas de los que se acercaban demasiado.

Y entonces, cuando estaban sólo a cien metros de la panadería y no habían doblado más que una esquina, la parte más alejada de la muchedumbre pareció alborotarse y Rik vio la figura negra y plata de un patrullero.

Así fue como ocurrió. El arma, la detonación, y de nuevo una desesperada huida. ¿Existió acaso jamás un tiempo en que el terror no se apoderase de él, en que la sombra de un patrullero no siguiese sus pasos?

Se encontraron entre la suciedad de uno de los barrios exteriores de la Ciudad. Valona jadeaba furiosamente; su vestido nuevo tenía manchas de sudor.

—No puedo correr más —jadeó Rik.

—No tenemos más remedio.

—Me es imposible. Escucha. —Se echó atrás con firmeza para resistir el tirón de la mano de la muchacha—. ¡Escúchame!

El miedo empezaba a alejarse de él.

—¿Por qué no seguimos adelante y hacemos lo que el Panadero

quería que hiciésemos? —preguntó.

—¿Cómo sabes lo que quería que hiciésemos? —dijo ella con ansiedad.

—Quería seguir adelante. Teníamos que fingir pertenecer a otro mundo y nos dio estas ropas —dijo Rik excitado, sacando del bolsillo el pequeño rectángulo, mirándolo por ambos lados y tratando de abrirlo como si fuese una cartera.

No pudo. Era una sola hoja. Tanteó con los dedos y, al ejercer una presión en una esquina, sintió que algo cedía y la cara interior se convirtió en algo de una blancura asombrosa. La diminuta escritura de la nueva superficie era difícil de entender, pero comenzó a deletrear laboriosamente las sílabas.

—Es un pasaporte —dijo finalmente.

—¿Qué es esto?

—Algo para que podamos irnos. —Estaba seguro de ello. Se lo había metido en la cabeza. Una sola palabra, «pasaporte», nada más— ¿No lo ves? Quería que saliésemos de Florina en una nave. Sigamos adelante.

—No —dijo ella—. Le detuvieron. Lo mataron. ¡No podemos, Rik, no podemos!

Rik insistía, casi suplicaba.

—¡Pero es lo mejor que podemos hacer! No pueden esperar que hagamos esto. Y no iremos en la nave que él quería que tomásemos. Ésa la vigilarán. Tomaremos otra nave. Cualquier otra nave.

Una nave. Cualquier nave. Las palabras resonaban en sus oídos. Le tenía sin cuidado que su idea fuese buena o no. Quería tomar una nave. Quería encontrarse en el espacio.

—¡Por favor, Lona!

—Muy bien —dijo ella—. Perfectamente. Si lo crees así… Sé dónde está el puerto del espacio. Cuando era chiquilla solíamos ir allá los días desocupados a ver desde lejos las naves lanzarse al espacio.

De nuevo se pusieron en camino y sólo un ligero malestar rascaba en vano las puertas de la conciencia de Rik.

Un vago recuerdo, no del remoto pasado, sino de un pasado muy próximo; algo que debería recordar y no podía.

Ahogó su pensamiento en la imagen de la nave que les estaba esperando.

El floriniano de guardia en la entrada tenía su buena ración de emociones aquella mañana, pero eran emociones a larga distancia. La tarde anterior habían corrido emocionantes versiones de patrulleros agredidos y osadas fugas. Esta mañana las versiones se habían extendido y se hablaba de patrulleros muertos.

No se atrevía a abandonar su puesto, pero alargaba el cuello viendo pasar los vehículos del aire y los siniestros patrulleros, y el

contingente espacial iba reduciéndose y reduciéndose hasta que no quedaba casi nada de él.

La ciudad estaba llena de patrulleros, pensó; la idea le causó terror y a la vez una especie de embriaguez. ¿Por qué tenía que hacerle feliz pensar en patrulleros muertos? No le habían molestado nunca. Por lo menos, no mucho. Tenía un buen cargo. No era como si fuese un estúpido campesino. Pero se sentía feliz.

Apenas tuvo tiempo de fijarse en la pareja que tenía delante, sudando, incómodos dentro de los extravagantes trajes que los delataban como extranjeros. La mujer le tendía un pasaporte por la ranura. Una mirada a ella, una mirada al pasaporte, una mirada a la lista de plazas reservadas. Apretó el botón indicado y hacia ella brotaron dos cintas de película transparente.

—Pronto. Pónganselas en las muñecas y sigan —dijo.

—¿Qué nave es la nuestra? —preguntó la mujer con un cortés susurro.

Aquello le gustó. Los extranjeros no eran frecuentes en el espacio-puerto de Florina. Durante los últimos años habían ido siendo más y más raros. Pero cuando venían no eran ni patrulleros ni Nobles. No parecían darse cuenta de que él no era más que un floriniano y le hablaban cortésmente.

Le hizo sentirse dos pulgadas más alto.

—La encontrarán en la Sección 17, señora. Que tengan buen viaje a Wotex —dijo con aires de gran señor.

Volvió a su tarea de llamar disimuladamente a sus amigos de la Ciudad en busca de nuevas informaciones y tratar, todavía más disimuladamente, de captar alguna interferencia de conversaciones privadas de Ciudad Alta.

Transcurrieron horas antes de que se diese cuenta de que había cometido un espantoso error.

—¡Lona! —dijo Rik.

Le empujó el codo, señalando rápidamente y susurró:

—¡Ésta!

Valona miró perpleja la nave indicada. Era mucho más pequeña que la nave de la Sección 17 que marcaban sus billetes. Parecía más bruñida. Cuatro compuertas de aire estaban abiertas y del portalón principal salía una larga rampa que, como una lengua, se extendía hasta el nivel del suelo.

—La están aireando —dijo Rik—. Generalmente ventilan siempre las naves de pasajeros antes de emprender el vuelo, para librarla del olor del oxígeno comprimido una y otra vez.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Valona, mirándolo.

Rik sintió una ola de vanidad invadirlo.

—Lo sé; nada más. Ves, ahora no hay nadie dentro. Es incómodo con la corriente de aire en circulación. No sé cómo no hay más gente por aquí, de todos modos —añadió mirando a su alrededor, inquieto —. ¿Era así cuando venías a mirarlos?

A Valona le parecía que no, pero casi no lo recordaba. Los recuerdos infantiles estaban muy lejos…

No había un solo patrullero a la vista cuando subieron la rampa con las piernas vacilantes. La única gente que veían eran empleados civiles absorbidos en su trabajo y empequeñecidos por la distancia.

El aire corriente les azotó al entrar hasta el punto que Valona tuvo que sujetarse la falda para evitar que el aire hinchase su traje metiéndose por debajo de ella.

—¿Es siempre así? —preguntó—. No había entrado nunca en una nave del espacio; no lo había soñado siquiera.

Apretó los labios y su corazón aumentó los latidos.

—No, sólo durante la aireación —dijo Rik.

Avanzaba alegre por los corredores de metal examinando los compartimientos vacíos.

—Aquí —dijo. Era la despensa—. No tanto por la comida como por el agua —añadió—. Sin comida se puede pasar mucho tiempo.

Anduvo hurgando por los diferentes estantes y compartimientos hasta que encontró un gran receptáculo con tapa. Buscó con la vista un grifo con la esperanza de que no hubiesen olvidado llenar los tanques de agua y suspiró de satisfacción cuando ésta se vertió con el suave correr del líquido.

—Ahora tomemos algunas latas. No muchas. No deben darse cuenta.

Rik trataba desesperadamente de encontrar la manera de evitar que les descubriesen. De nuevo buscó algo que no podía recordar. De vez en cuando se encontraba todavía delante de uno de aquellos fallos de su memoria y, cobardemente, los evitaba, los negaba. Con cierta falta de confianza, dijo:

—No vendrán sino en caso de peligro. ¿Tienes miedo, Lona?

—No tendré miedo contigo, Rik —dijo ella humildemente.

Hacía dos días, no, hacía doce días, había sido muy diferente. Pero a bordo de la nave, por una especie de transmutación de personalidad, no hacía preguntas, era Rik quien era el adulto y ella la muchacha.

—No podremos usar luz porque notarían la toma de corriente —dijo—, y para utilizar los lavabos tendremos que esperar las horas de descanso y evitar pasar por delante de ningún miembro de la

tripulación.

La corriente de aire se cortó súbitamente. Ya no sentían en sus rostros el frío contacto y el suave zumbido dejaba que el silencio ocupase su lugar.

—Van a embarcar pronto y nos encontraremos en el espacio —dijo Rik.

Valona no había visto jamás una tal expresión de júbilo en su rostro. Era el enamorado yendo al encuentro de su amada.

Si Rik se había sentido un hombre al despertar aquella madrugada, era un gigante ahora extendiendo sus brazos hasta los límites de la Galaxia. Las estrellas eran sus canicas y las nebulosas, telarañas que había que apartar.

¡Estaba en una nave! Los recuerdos acudían a él a chorros y otros se alejaban para dejar lugar a los nuevos, olvidaba los campos de kyrt y el molino, y Valona cantándole en la oscuridad. Eran sólo momentáneas grietas en un todo que volvían ahora a él con los destrozados extremos remendándose lentamente.

¡Era la nave! Si le hubiesen metido en una nave mucho tiempo antes no hubiera tenido que esperar tanto a que las células quemadas de su cerebro se regenerasen. Habló suavemente a Valona en la oscuridad.

—Ahora no te preocupes. Vas a oír una vibración y oirás un ruido, pero serán los motores. Sentirás un fuerte peso sobre ti, pero será la aceleración.

El lenguaje floriniano no tenía palabras para expresar este concepto y empleó otra palabra que acudió normalmente a su cerebro y que Valona no entendió.

—¿Duele?

—Será un poco desagradable —dijo Rik—, porque no llevamos dispositivo de antiaceleración para evitar la presión, pero no durará. Mantente apoyada contra la pared y cuando te sientas empujada contra ella, relájate. Ves, es el principio…

Había elegido la pared apropiada y a medida que aumentaba el zumbido de los impulsores hiperatómicos, la aparente gravedad disminuía y la pared que había sido vertical iba haciéndose más y más diagonal.

Valona lanzó un gemido y se sumió en un jadeante silencio. Sus gargantas se secaban mientras las paredes de sus pechos, sin la protección de las franjas ni de los absorbentes hidráulicos, trabajaban para liberar sus pulmones lo suficiente para una pequeña inspiración de aire. Rik consiguió articular las palabras suficientes para hacer saber a Valona que estaba allí y calmar el terrible miedo a lo

desconocido que debía estar dominándola ahora. Era sólo una nave, sólo una maravillosa nave; pero era la primera vez que se encontraba en una de ellas.

—Cuando penetremos en el hiperespacio y cortemos la mayor parte de la distancia entre las estrellas de una sola vez, pegaremos un salto, desde luego, pero no debe preocuparte —dijo—. No te darás siquiera cuenta. No es nada comparado con esto. Una pequeña sacudida en tu interior y ya ha pasado. —Pronunció estas palabras sílaba tras sílaba, laboriosamente. Necesitó mucho tiempo.

Lentamente el peso de su pecho fue disminuyendo y la cadena que los sujetaba a la pared invisible se estiró y cayó. También ellos cayeron, jadeantes, al suelo. Finalmente, Valona dijo:

—¿Te has hecho daño, Rik?

—¿Yo, daño? —Consiguió reírse. No había reaccionado del todo todavía, pero le hacía reír la idea de que él pudiese hacerse daño en una nave del espacio—. He vivido en una nave años enteros, en otros tiempos. A veces estaba meses sin aterrizar en un planeta.

—¿Por qué? —preguntó ella. Se había arrastrado hasta él y le ponía una mano en la mejilla para cerciorarse de que estaba allí.

Rik pasó el brazo alrededor de su hombro y ella permaneció apoyada contra él, inmóvil, aceptando el cambio.

—¿Por qué? —repitió ella.

Rik no podía recordar el porqué. Lo había hecho; había odiado aterrizar en un planeta. Por alguna razón se había visto obligado a permanecer en el espacio, pero no podía recordar por qué. De nuevo evitó la brecha.

—Tenía una misión —dijo.

—Sí —dijo ella—. Analizabas la Nada.

—Exacto —estaba complacido—. Es exactamente lo que hacía. ¿Sabes lo que quiere decir?

—No.

No esperaba que lo comprendiese, pero tenía que hablar. Tenía que deleitarse con su memoria, sentir la deliciosa embriaguez de poder evocar hechos pretéritos con un solo gesto de su dedo mental.

—¿Comprendes? —prosiguió—, todo el material del universo está formado por cien diferentes géneros de substancias. A estas substancias las llamamos elementos. El hierro y el cobre son elementos.

—Creí que eran metales.

—Y lo son, pero elementos también. Y el oxígeno y el nitrógeno, el carbón y el paladium. Los más importantes de todos, el hidrógeno y el helio. Son los más simples y los más comunes.

—No había oído hablar nunca de ellos —dijo Valona sinceramente.

—El noventa y cinco por ciento del Universo es hidrógeno y la mayor parte del resto es helio. Incluso el espacio.

—Una vez me dijeron que el espacio es el vacío —dijo Valona—. Dicen que quiere decir que no hay nada. ¿Es falso?

—No del todo. No hay casi nada. Pero, comprendes, yo era un analista del espacio, lo cual quiere decir que andaba a través del espacio recogiendo las sumamente ínfimas cantidades de elementos que encontraba y analizándolas. Es decir, que decidía qué cantidad era hidrógeno, qué cantidad helio y cuál otros elementos.

—¿Para qué?

—Bien…, es complicado. ¿Comprendes? La proporción de elementos no es la misma en todas partes del espacio. En algunos lugares hay más helio del normal; en otros más sodio que lo normal; y así sucesivamente. Estas regiones de composición analítica especial soplan a través del espacio como corrientes de aire y es importante saber en qué forma están combinadas estas corrientes porque pueden explicar cómo fue creado el universo y cómo se desarrolló.

—¿Cómo lo explicarías?

Rik vaciló un momento.

—Nadie lo sabe exactamente.

Siguió hablando precipitadamente, embarazado por aquel inmenso cúmulo de conocimientos en el cual su mente iba introduciéndose, temiendo que pudiese llegar fácilmente a un final marcado con un cartel, «desconocido», al pie de la pregunta… Súbitamente se le ocurrió pensar que Valona, después de todo, no era más que una campesina de Florina.

—Entonces —prosiguió—, de nuevo buscamos la densidad, comprendes, el espesor de este gas del espacio en todas las regiones de la Galaxia. Es diferente en sitios diferentes y tenemos que saber exactamente cuál es, a fin de permitir a las naves calcular en qué forma desplazarse a través del hiperespacio. Es como… —Su voz se apagó.

Valona se puso rígida y esperó que continuase, pero sólo siguió el silencio. Su voz resonó ronca en la completa oscuridad.

—¡Rik! ¿Qué pasa, Rik?

Seguía el silencio. Sus manos lo agarraron por los hombros, sacudiéndole.

—¡Rik! ¡Rik!

Y fue la voz de Rik la que, en cierto modo, contestó. Una voz débil, asustada, toda su alegría y su confianza desvanecida.

—Lona. Hemos hecho algo mal.

—¿Qué ocurre? ¿Qué es lo que hemos hecho mal?

El recuerdo de la escena durante la cual el patrullero había matado al Panadero estaba en su mente, perfilada, dura y clara, como

evocada por su exacto recuerdo de tantas otras cosas.

—No hubiésemos debido huir —dijo—. No deberíamos estar en esta nave.

Temblaba sin poderse dominar y Valona trataba en vano de secar la humedad de su frente con la mano.

—¿Por qué? —preguntó ella—. ¿Por qué?

—Porque hubiéramos debido saber que si el Panadero estaba dispuesto a sacarnos de su casa de día era porque no esperaba complicación alguna con los patrulleros. ¿Recuerdas al patrullero? ¿El que mató al Panadero?

—Sí.

—¿Recuerdas su rostro?

—No me atrevía a mirarlo.

—Yo sí; y aquí viene lo extraño, pero no pensé en ello. No pensé. Lona, no era un patrullero. Era el Edil, Lona.

8
La dama

Samia de Fife tenía exactamente cinco pies de altura y cada una de sus sesenta pulgadas estaban en un estado de temblorosa exasperación. Pesaba una libra y media por pulgada y en aquel momento las noventa libras representaban dieciséis onzas de sólido furor.

Andaba rápidamente de un extremo a otro de la habitación con su negro cabello peinado en espesa masa, su estatura realzada por los agudos tacones y su estrecha barbilla, con su pronunciada hendidura temblorosa.

—¡No, no, no lo hará! —decía—. ¡No puede hacerme esto a mí! ¡El capitán no puede hacerme esto!

Su voz era aguda y arrastraba el peso de la autoridad. El capitán Racety se inclinó ante la tormenta.

Para cualquier floriniano el capitán Racety hubiese sido un «Noble», sencillamente, nada más. Para todos los florinianos cualquier sarkita era un Noble. Pero entre los sarkitas había Nobles y Nobles. El capitán era un simple Noble. Samia de Fife eran una verdadera Noble; o el equivalente femenino de tal, lo cual equivalía a lo mismo.

—¿Milady…? —preguntó.

—No tengo por qué recibir órdenes —dijo ella—. Tengo edad suficiente. Soy dueña de mí misma y decido quedarme aquí.

—Le ruego que comprenda, milady —dijo el capitán con cautela —, que no se trata en absoluto de órdenes mías. No me pidieron mi opinión. He recibido escuetamente órdenes de lo que tengo que hacer.

Jugueteaba con la orden que tenía en la mano, embarazado. Había tratado ya de mostrarle la prueba de su deber dos veces y ella se había negado a tenerla en cuenta como si al no quererla ver pudiese seguir negando, con la conciencia tranquila, cuál era su deber.

—No me interesan en absoluto cuáles sean sus órdenes —dijo ella una vez más, exactamente como antes.

Dio media vuelta con un fuerte taconeo y se alejó rápidamente de él. El capitán la siguió, diciéndole suavemente:

—Las órdenes incluyeron instrucciones ordenándome que, en el caso en que no se prestase usted a seguirme voluntariamente, tendría que llevarla, si me permite expresarme así, a la fuerza, a la nave.

—¡Jamás osará usted hacer cosa semejante! —gritó ella.

—Cuando considero quién es el que me ha dado estas órdenes osaría hacer cualquier cosa —respondió el capitán.

Samia probó los halagos y la zalamería.

—Capitán, diga la verdad, no hay un verdadero peligro. Todo esto es ridículo, completamente loco. La Ciudad está en calma. ¡Lo único que ha ocurrido fue que un patrullero fue agredido ayer tarde en la biblioteca! ¡Eso es todo!

—Esta madrugada ha sido agredido otro patrullero, también por un floriniano.

Esto le hizo dar media vuelta, pero su piel olivácea y sus ojos negros centellearon.

—¿Y yo qué tengo que ver con eso? ¡No soy ningún patrullero!

—Milady, la nave está a punto. No tardará en zarpar. Tiene usted que estar a bordo.

—¿Y mi trabajo? ¿Y mis investigaciones? ¿No se da cuenta?… ¡No, no se da cuenta!

El capitán no decía nada. Samia se había alejado de él. Su reluciente traje de kyrt cobrizo con los adornos de plata, ponía de relieve la extraordinaria y suave calidad de sus brazos y sus hombros. El capitán Racety la miró con algo más que la ritual cortesía y humilde objetividad de un mero sarkita ante una real dama. Se preguntaba por qué aquel apetecible y delicioso bocado tenía que consagrar su tiempo a seguir las investigaciones de los doctos universitarios.

Samia sabía muy bien que su docto apasionamiento por la ciencia la hacía objeto de irrisión para aquellos que estaban acostumbrados a considerar a las aristocráticas damas de Sark consagradas exclusivamente al brillo de la política social y, eventualmente, actuando como incubadoras de por lo menos, pero no más, dos futuros nobles de Sark. No le importaba. La gente se acercaba a ella y le preguntaba:

—¿Es verdad que escribes un libro, Samia? —y pedían verlo y se reían.

Esto, las mujeres. Los hombres eran todavía peores, con su amable condescendencia y su íntima convicción de que les bastaría una mirada profunda o un brazo pasado alrededor de su cintura para curarla de su absurda manía y hacer que su atención se dirigiera hacia cosas de verdadera importancia.

La cosa había cambiado, al menos por lo que podía recordar, porque siempre había sido una entusiasta del kyrt. ¡El kyrt! ¡El emperador, el dios de los tejidos! No había metáfora capaz de describirlo.

Químicamente, era algo más que una variedad de celulosa. Los químicos lo juraban, y sin embargo, con todos sus instrumentos y teorías no habían conseguido explicar nunca por qué en Florina, y sólo en Florina de toda la Galaxia, la celulosa se convertía en kyrt. Era una cuestión de estado físico, decían. Pero preguntadles de qué forma exacta el estado físico cambiaba la composición de la celulosa ordinaria y se quedaban mudos.

Había intentado salir originalmente de su ignorancia por su nurse.

—¿Por qué brilla, Nanny?

—Porque es kyrt, Miakins.

—¿Y por qué no brillan así las demás cosas?

—Porque no son kyrt, Miakins.

Y eso era todo. Hacía sólo tres años se había escrito una monografía en dos volúmenes. Samia la leyó cuidadosamente y se quedó como con las explicaciones de Nanny. Kyrt era kyrt porque era kyrt. Las demás cosas que no eran kyrt, no eran kyrt porque no eran kyrt.

Desde luego el kyrt no brillaba por sí mismo, sino que, debidamente tejido, brillaba metálicamente al sol con todos los colores a la vez. Otra forma de tratamiento podía darle un brillo de diamante a la trama. Con un pequeño esfuerzo podía hacérsele resistente a una temperatura de 600 grados centígrados; y casi inmune a la mayoría de las substancias químicas. Sus fibras podían hilarse más delgadas que todos los demás materiales sintéticos, y estas mismas fibras tenían una resistencia a la tensión que ninguna aleación de acero conocida podía doblar.

Tenía más usos, más versatilidad que cualquier otra sustancia conocida. Si no fuese tan caro hubiese podido utilizarse para sustituir al cristal, al metal o al plástico en cualquiera de sus infinitas aplicaciones industriales. Era el único material usado para los puntos de mira de los equipos ópticos, en los moldes de fundición de hidrocronos usados en los motores hiperatómicos, y como material ligero y de larga duración cuando el metal era demasiado quebradizo o demasiado pesado.

Pero todo esto era, como se ha dicho, un uso a pequeña escala, porque el empleo en gran cantidad era prohibitivo. Actualmente la producción de kyrt de Florina se empleaba en la manufactura de telas usadas para las vestiduras más fabulosas de la historia de la Galaxia. Florina vestía a la aristocracia de millones de mundos, y la producción de kyrt de un solo mundo, de Florina, tenía por lo tanto que ser distribuida con parquedad. Veinte mujeres de un solo mundo podían usar vestiduras de kyrt, dos mil podían llegar a una chaqueta de vestir del mismo material, o quizás un par de guantes. Veinte millones más esperaban a distancia anhelando poseerlo.

El millón de mundos de la Galaxia usaba una expresión corriente para designar a los snobs. Era el único idiotismo de lenguaje que se entendía con exactitud en todas partes. Decía: «¡Cualquiera diría que se suena la nariz con kyrt!» Cuando Samia fue mayor le preguntó a su padre:

—¿Qué es el kyrt, papá?

—Es tu pan y tu mantequilla, Mia.

—¿El mío?

—No sólo el tuyo, Mia. El pan y la mantequilla de todo Sark.

¡Desde luego! Comprendió la razón fácilmente. Ni un solo mundo de la Galaxia había intentado cultivar kyrt en su propio suelo. Al principio, Sark había aplicado la pena de muerte a todo el que, indígena o no, fuese descubierto sacando kyrt fuera del planeta. Eso no había evitado las salidas clandestinas, y con el transcurso de los siglos la verdad brilló en Sark y la pena fue abolida. Se dispensaba buena acogida a los hombres que viniesen de cualquier parte a cambiar semilla de kyrt al precio (peso por peso, desde luego) de tela de kyrt tejida.

Esto era posible porque resultó que el kyrt cultivado en cualquier parte de la Galaxia, menos en Florina, era simple celulosa. Blanco, blando, débil e inútil. No era siquiera un buen algodón.

¿Había algo en el suelo? ¿Algo en las características de la irradiación del sol de Florina? ¿Algo en la composición bacteriológica de la vida de Florina? Se había probado todo. Se habían tomado muestras del suelo de Florina. Se construyeron arcos eléctricos duplicando el espectro conocido del sol de Florina. Suelos forasteros se habían contaminado con bacterias de Florina. Y siempre el kyrt crecía blanco, débil, blando e inútil.

Había sobre el kyrt mucho más que decir de lo que se había dicho. Había mucho más material que el contenido en las memorias técnicas, en las revistas de investigación o incluso en libros de viajes. Durante cinco años Samia había estado soñando escribir un libro sobre la verdadera historia del kyrt, de la tierra que lo producía y del pueblo que lo cultivaba.

Era un sueño rodeado de burlas e ironías, pero ella se aferraba a él. Insistía en ir a Florina. Pasaría una temporada en los campos y algunos meses en los molinos. Iría a…

Pero ¿qué importaba lo que quisiere hacer? Recibía órdenes de marcharse…

Con el súbito impulso que caracterizaba todos sus actos tomó su decisión. Sería capaz de luchar desde Sark.

Se prometió a sí misma estar de regreso en Florina dentro de una semana. Volviéndose al capitán le dijo fríamente:

—¿Cuándo salimos?

Samia permaneció detrás de la portilla de observación mientras Florina fue visible. Era un mundo verde, primaveral, con un clima mucho más agradable que Sark. Había proyectado estudiar a los indígenas. No le gustaban los florinianos de Sark, hombres insípidos que no se atrevían a mirarla cuando pasaba y se alejaban de ella de acuerdo con la ley. En su propio mundo, sin embargo, los indígenas, según era universalmente conocido, eran felices e indolentes. Irresponsables como chiquillos, desde luego, pero tenían su encanto.

El capitán Racety interrumpió sus sueños.

—Milady —le dijo—, ¿quiere retirarse a su habitación?

Samia levantó la vista, con una profunda arruga entre las cejas.

—¿Qué nuevas órdenes ha recibido usted, capitán Racety? ¿Soy acaso una prisionera?

—En modo alguno. Es una simple precaución. El espacio-puerto estaba inusitadamente vacío antes de esta situación. Parece que ha tenido lugar un nuevo asesinato, también por parte de un floriniano, y el contingente de patrullas del puerto se ha unido a los demás en la caza al hombre por la Ciudad.

—¿Y cuál es la relación de todo esto conmigo?

—Es sólo que en estas circunstancias, ante las cuales hubiera debido reaccionar colocando un centinela de vista (no quiero disminuir mi propia falta), personas no autorizadas podrían haber fletado la nave.

—¿Por qué razón?

—No puedo decirlo, pero difícilmente para causarnos placer.

—Está usted imaginando novelas, capitán.

—Temo que no, milady. Nuestros energiómetros eran, desde luego, inútiles dentro de la distancia planetaria del sol de Florina, pero ahora no es éste el caso y temo que haya un definitivo exceso de radiación de calor en los Departamentos de Urgencia.

—¿Habla usted en serio?

El rostro delgado e inexpresivo del capitán la miró fríamente durante un momento.

—La radiación es equivalente a la que producirían dos personas ordinarias.

—O un generador de calor que alguien ha olvidado cerrar.

—No hay pérdida alguna en nuestra producción de energía, milady. Estamos dispuestos a hacer una investigación, milady, y sólo le rogamos que antes se retire a su habitación.

Samia asintió silenciosamente y salió. Dos minutos más tarde la pausada voz del capitán decía por los tubos de intercomunicación:

—Avería en los Departamentos de Urgencia.

Myrlyn Terens, si hubiese cedido tan sólo un poco a la tensión de sus nervios, hubiera podido sufrir un ataque de histeria. Había tardado un instante de más en regresar a la panadería. Los otros se habían marchado ya y sólo por suerte los encontró en la calle. Su acción le había sido dictada; no había sido algo de su elección; y ahora el Panadero yacía allí muerto, horrible, ante sus ojos.

Después, con la muchedumbre arremolinándose, Rik y Valona desvaneciéndose entre los transeúntes y los patrulleros, los verdaderos patrulleros haciendo su aparición de buitre… ¿qué podría hacer?

Su primer impulso de correr detrás de Rik pronto desapareció. No serviría de nada. No conseguiría encontrarlos y había muchas probabilidades de que los patrulleros no fallasen al dispararle a él. Tomó otra dirección, hacia la panadería.

Su única probabilidad residía en la organización misma de los patrulleros. Había habido generaciones de vida tranquila. Por lo menos no había habido rebeliones en Florina dignas de tal nombre durante dos siglos. La institución de los Ediles (hizo una mueca feroz al pensar en ello) había hecho maravillas y desde entonces los patrulleros no tenían más que una vaga misión policíaca. Carecían de aquel espíritu de cuerpo que se hubiese desarrollado en ellos en condiciones más violentas.

Le fue posible entrar en una estación de patrulla al alba, pese a que su identidad hubiese sido ya recibida, si bien debió ser poco atendida. El solitario patrullero de guardia era una mezcla de indiferencia y torpeza que le pidió que expusiese su asunto, y su asunto comprendía una porra de plástico que había recogido en una cabaña de los suburbios.

Una vez la porra hubo caído sobre el cráneo del patrullero, hubo un cambio de armas y vestidos. La lista de sus crímenes era ya tan formidable que no se tomó la molestia de comprobar si el patrullero estaba muerto.

Sin embargo, se encontraba todavía libre y la herrumbrosa maquinaria de la justicia patrullera había, hasta entonces, chirriado contra él en vano.

Llegó a la panadería. El viejo ayudante, de pie delante de la puerta, trataba en vano de averiguar el motivo de toda aquella alteración y lanzó un gemido ante la aparición de un patrullero negro y plata y desapareció en el interior de la tienda.

El Edil entró tras él, agarrando el harinoso cuello del ayudante con su robusto puño y retorciéndolo.

—¿Adónde iba el Panadero?

Los labios del pobre hombre se abrieron pero no salió de ellos ningún sonido.

—Acabo de matar a un hombre hace dos minutos —dijo el Edil—.

No me importa matar otro.

—¡Por favor! ¡Por favor! ¡No lo sé, Edil!

—Pues vas a morir por no saberlo.

—¡Pero si no me lo dijo! Habló de no sé qué reservas…

—Has oído algo, ¿verdad? ¿Qué más has oído?

—Mencionó Wotex una vez. Me parece que las reservas eran para una nave del espacio.

Terens le empujó con fuerza. Tendría que esperar. Tenía que esperar a que se calmase lo peor de la excitación exterior. Tendría que enfrentarse con la llegada de auténticos patrulleros a la panadería. Pero no por mucho tiempo. Podía imaginar lo que harían sus compañeros. Con Rik no se podía contar, desde luego, pero Valona era una muchacha inteligente. Por su forma de huir debieron tomarlo por un verdadero patrullero y con toda seguridad Valona debió decidir que su única seguridad estribaba en continuar con el plan de la fuga que el Panadero había preparado.

El Panadero les había reservado algo. Una nave del espacio debía estar esperando. Debían estar allí, y él tenía que estar allí también primero.

Éste era el punto crucial de la situación. Nada más importaba. Si perdía a Rik perdía el arma potencial contra los tiranos de Sark; su vida era una pequeña pérdida adicional.

Así, pues, cuando salió, lo hizo con plena tranquilidad, a pesar de que era ya de día, a pesar de que los patrulleros tenían que saber ya que el hombre que buscaban iba vestido de patrullero, y a pesar de que los vehículos del aire eran fácilmente visibles.

Terens conocía la nave del espacio a que debían referirse. No había más que una de ese tipo en el planeta.

Había doce más de menor tamaño en Ciudad Alta para uso privado, como yates aéreos, y centenares más esparcidas por todo el planeta para uso exclusivo de los cargueros que transportaban gigantescas balas de tela de kyrt con destino a Sark y traían a cambio maquinaria y otros artículos de consumo común. Pero entre todos ellos había sólo una nave destinada al transporte de pasajeros, para los pobres sarkitas, funcionarios civiles florinianos y los escasos forasteros que conseguían un permiso para visitar Florina.

El floriniano de guardia en la puerta del aeropuerto observó la aproximación de Terens con síntomas de vivo interés. El vacío que le rodeaba había llegado a ser insoportable.

—Salud, señor —dijo, con visible calor en el tono de su voz. Después de todo, estaban matando patrulleros—. ¿Hay mucha excitación en la Ciudad, no es eso?

Terens no mordió el cebo. Había bajado la visera de su gorra y cerrado su chaqueta hasta arriba. Con un gruñido, contestó:

—¿Han entrado en el puerto dos personas, un hombre y una mujer, en camino hacia Wotex?

El portero pareció sorprendido. Tragó saliva y en voz baja respondió:

—Sí, oficial. Hará cosa de media hora. Quizá menos —súbitamente se sonrojó—. ¿Hay alguna relación entre ellos y…? Tenían reservas que estaban completamente en orden. No hubiera dejado pasar extranjeros si no estuviesen completamente en regla.

Terens no le hizo caso. ¡Completamente en regla! El Panadero había conseguido prepararlo en el transcurso de una noche. ¿Hasta qué profundidad llegaba la organización del espionaje de Trantor de la administración sarkita?

—¿Qué nombres dieron?

—Gareth y Hansa Barne.

—¿Ha salido ya su nave? ¡Pronto! ¡Pronto!

—No… no, señor.

—¿Qué sección?

—Diecisiete.

Terens hizo un esfuerzo por no correr, pero su paso no estaba muy lejos de ello. De haber habido algún auténtico patrullero que le viese, aquella rápida y poco digna manera de correr hubiera sido su último paso hacia la libertad.

Un oficial del espacio, de uniforme, estaba de pie al lado de la compuerta principal de aire de la nave, Terens jadeaba un poco.

—¿Han subido ya a bordo Gareth y Hansa Barne? —preguntó.

—No —respondió el oficial lacónicamente. Era un sarkita y para él un patrullero era sólo otro hombre de uniforme—. ¿Ha recibido usted algún mensaje?

—¡No han embarcado! —exclamó Terens perdiendo la paciencia.

—Eso he dicho. Y no esperaremos. Saldremos a la hora, con o sin ellos.

Terens se alejó y llegó de nuevo al vigilante de la puerta.

—¿Han salido?

—¿Quién, señor?

—Los Barne. Los que se iban a Wotex. No están a bordo de la nave. ¿Han salido?

—No, señor. Que yo sepa, no.

—¿Y las otras salidas?

—No hay más salidas, señor. Ésta es la única puerta.

—¡Compruébalo miserable idiota!

El portero descolgó el tubo de comunicación presa del pánico. Jamás un patrullero le había hablado en aquel tono y temía los

resultados. A los dos minutos volvió a colgar.

—No ha salido nadie, señor.

Terens le miró. Bajo su gorra negra aparecía el cabello de color de arena, del que brotaba sudor que corría por sus mejillas.

—¿Ha salido del puerto alguna nave desde que ellos entraron?

El portero consultó el cuadro de marcha.

—Una —dijo—. La nave de línea Endeavor.

Deseoso de ganarse el favor del colérico patrullero, siguió dándole informaciones.

—La Endeavor hace un viaje especial para llevar de regreso a Florina a lady Samia de Fife.

No se tomó la molestia de explicarle en detalle por qué refinada manera de escuchar detrás de las puertas se había enterado de aquella «información confidencial».

Pero para Terens ya nada importaba. Emprendió el regreso lentamente. Eliminemos lo imposible y lo que queda, por improbable que sea, es la verdad. Rik y Valona habían entrado en el aeropuerto. No habían sido detenidos, pues con toda seguridad el portero lo sabría. No andaban tranquilamente rondando por el puerto, pues a estas horas ya hubiesen sido detenidos. No estaban en la nave para la cual tenían los billetes. Y no habían salido del campo. La única nave que había salido era la Endeavor. En ella, por consiguiente, quizá como prisioneros, quizá como polizontes, iban Rik y Valona.

Y ambas versiones eran equivalentes. Si iban como polizontes no tardarían en ir como cautivos. Sólo una campesina floriniana y un desgraciado demente podían no comprender que ir como polizontes en una nave moderna del espacio era imposible. ¡Y de todas las naves del espacio habían elegido la que llevaba la hija del Señor de Fife!

¡El Señor de Fife!

9
El señor

El Señor de Fife era el individuo más importante de Sark, y por esta razón no le gustaba que le viesen de pie.

Como su hija, era bajo, pero, al contrario que ella, no era perfectamente proporcionado, ya que su falta de estatura residía principalmente en sus piernas. Su rostro era incluso robusto y su cabeza indudablemente majestuosa, pero todo su cuerpo descansaba sobre unas piernas diminutas que tenían que hacer un esfuerzo para llevarlo.

Estaba, pues, sentado detrás de su mesa de trabajo y, a excepción de su hija, sus sirvientes personales y, cuando estaba en vida, su esposa, nadie le había visto nunca en otra posición.

Allí parecía el hombre que era, con su enorme cabeza de amplia boca casi sin labios, su dilatada nariz y su partida y avanzada barbilla que podía parecer alternativamente benigna o inflexible. Llevaba el cabello echado hacia atrás y, prescindiendo de la moda, le caía hasta casi los hombros con tonalidades negro-azuladas sin el menor toque de gris. Una sombra azulada marcaba los lugares de sus mejillas, labios y barbilla donde el barbero floriniano ejercía sus funciones dos veces al día.

El Señor adoptaba una actitud estudiada y lo sabía. Había aprendido a controlar su rostro y mantenía sus manos de cortos dedos apoyadas en la superficie de la mesa completamente desnuda. No había sobre ella un papel, un tubo de comunicación, ni un adorno. Por esta misma simplicidad la presencia del Señor quedaba realzada.

Hablaba con su pálido secretario, de un blanco de pez, en el tono especial y sin vida que reservaba a los empleados civiles de Florina.

—¿Presumo que han aceptado?

No le cabía duda acerca de la respuesta. En el mismo tono sin vida, el secretario respondió:

—El Señor de Bort ha declarado que la urgencia de asuntos anteriores le impedía acudir antes de las tres.

—¿Y qué le ha dicho usted…?

—Le he dicho que la naturaleza de este asunto hacía desaconsejable cualquier retraso.

—¿El resultado?

—Estará aquí, señor. Los demás han aceptado sin reservas.

Fife sonrió. Media hora antes o después no tenía importancia; era una cuestión de principios, nada más. Los Grandes Señores eran demasiado susceptibles en cuestión de independencia y esta independencia había que mantenerla.

Ahora esperaba. La habitación era grande. Los lugares para los demás estaban preparados. El voluminoso cronómetro, cuya diminuta chispa de radiactividad no había fallado desde hacía mil años, marcaba las dos veintiún minutos.

¡Qué explosión durante los dos últimos días! El viejo cronómetro podía ahora ser testigo de acontecimientos iguales a los del pasado.

Y sin embargo, el cronómetro había visto muchas cosas durante su vida. Cuando contó sus primeros minutos, Sark era un nuevo mundo de flamantes ciudades con dudosos contactos con otros mundos más antiguos. El instrumento estaba entonces colgado en la pared del viejo edificio de ladrillos que hoy estaban reducidos a polvo. Había lanzado incluso su voz durante tres cortos «imperios» sarkitas, cuando los indisciplinados soldados de Sark conseguían gobernar durante períodos más o menos largos media docena de mundos circundantes. Sus átomos radiactivos habían hecho explosión durante dos períodos, en que las flotas de los mundos vecinos dictaron su política sobre Sark.

Hacía quinientos años, había marcado el tiempo cuando Sark descubrió que el mundo más cercano a él, Florina, poseía en su suelo un tesoro. Marcó pausadamente los minutos durante dos guerras victoriosas y señaló la hora del restablecimiento de la paz. Sark había abandonado el imperio, absorbido estrechamente Florina y alcanzado el poderío de una forma que ni siquiera Trantor podía igualar.

Trantor anhelaba poseer Florina y otras potencias la habían anhelado también. Los siglos habían definido Florina como un mundo hacia el cual se tendían codiciosas todas la manos en el espacio. Pero había sido Sark el mundo que lo había agarrado y Sark, antes que soltar su presa, aceptaría una guerra en la Galaxia.

¡Trantor lo sabía! ¡Trantor lo sabía!

Era como si el silencioso cronómetro entonase una canción de cuna en el cerebro del Señor.

Eran las dos veintitrés.

Hacía cerca de un año que los cinco Grandes Señores de Sark se habían reunido. Entonces, como ahora, se reunieron en el gran vestíbulo. Entonces como ahora, los Señores, diseminados por la faz del planeta, cada cual en su propio continente, se habían reunido en personificación trifásica.

En sentido lato, equivalía a una televisión tridimensional de tamaño natural con sonido y color. El duplicado podía encontrarse en cualquier casa acomodada de Sark. Donde iba más allá de lo ordinario

era en la carencia de todo receptor visible. A excepción de Fife, los Señores presentes lo estaban en todos los sentidos, salvo en el de la realidad tridimensional.

El cuerpo del Señor de Rune estaba sentado en las Antípodas, el único continente en el cual en aquellos momentos era de noche. El área cúbica que rodeaba inmediatamente su imagen en el despacho de Fife tenía el frío y blanco brillo de la luz artificial, atenuado por la brillante luz del día que la rodeaba.

Reunidos en una habitación, en cuerpo o en imagen, estaba todo Sark. Era una curiosa y no demasiado heroica personificación del planeta. Rune era calvo y colorado, mientras Balle era arrugado y gris. Steen iba empolvado y pintado y tenía la desesperada sonrisa del hombre agotado que pretende aparentar una fuerza que no tiene ya, y Bort delataba su indiferencia hacia las comodidades humanas con su barba de dos días y sus uñas sucias.

Y sin embargo, eran los cinco Grandes Señores.

Eran las cumbres de tres categorías de poderes reinantes en Sark. El más bajo era, desde luego, el Servicio Civil de Florina, que permanecía estático ante todas las vicisitudes que marcaban el alza y baja de las nobles casas de Sark. Eran ellos quienes engrasaban los ejes y hacían funcionar los engranajes del gobierno. Por encima de ellos estaban los ministros y jefes de departamento nombrados por el hereditario (e inofensivo) Jefe del Estado. Sus nombres y el mismo Jefe debían constar necesariamente en todos los documentos oficiales para darles validez, pero sus únicos deberes eran estampar firmas.

La más alta categoría estaba formada por estos cinco, cada uno de los cuales disponía de un continente con la tácita autorización de los otros cuatro. Eran cabezas de familia que controlaban el mayor volumen del comercio de kyrt y de los ingresos de él derivados. En realidad era el dinero lo que daba el poder y, eventualmente, dictaba la política de Sark y ellos lo tenían. Y, de los cinco, era Fife el que tenía más.

El Señor de Fife se había reunido con ellos aquel día, hacía cerca de un año, y dirigiéndose a los dueños del planeta que ocupaba el segundo lugar en la Galaxia en orden de riqueza, les había dicho:

—He recibido un curioso mensaje.

Nadie dijo nada. Esperaban.

Fife tendió una película de metalite a su secretario, el cual fue de una figura sentada a otra, levantándolo para que pudieran verlo bien y permaneciendo el tiempo necesario para que lo leyesen.

Para cada uno de los cuatro que asistían a la conferencia en el despacho de Fife sólo él era real, y los otros, incluyendo a Fife, sombras. La película de metalite era una sombra también. Sólo podían permanecer sentados y observar los rayos de luz que atravesaban los

vastos sectores mundiales desde el continente de Fife a los de Balle, Bort, Steen y el continente insular de Rune. Los mundos que leían eran sombras en la sombra.

Sólo Bort, poco dado a la sutileza, lo olvidó y tendió la mano para coger el mensaje. Inmediatamente se sonrojó, y en el acto retiró la mano.

—Bien, ya lo han visto ustedes —dijo Fife—. Si no tienen inconveniente, voy ahora a leerlo en voz alta a fin de que consideren ustedes su significado.

Se inclinó adelante, y su secretario, apresurando el paso, consiguió colocar la película en la posición conveniente para que Fife pudiese cogerla sin perder un instante.

Fife leía pausadamente, dando un tono dramático a las palabras, como si el mensaje fuese suyo y gozase proclamándolo.

—Éste es el mensaje —dijo—. «Eres el Gran Señor de Sark y nadie puede competir contigo en poderío y riqueza, y sin embargo, este poderío y esta riqueza reposan sobre frágiles fundamentos. Puedes creer que una producción planetaria de kyrt como la que existe en Florina no es, bajo ningún concepto, unos frágiles cimientos, pero ¿te has preguntado hasta cuándo existirá Florina? ¿Para siempre?

»¡No! Florina puede ser destruido mañana. Puede existir durante mil años. De los dos casos, es más probable que sea destruido mañana. No por mí desde luego, sino de una forma que no podemos predecir ni evitar.

»Considera esta destrucción. Considera, también, que tu poderío y tu riqueza han terminado ya, porque pido la mayor parte de ellos. Tendrás tiempo para pensar en ello, pero no demasiado.

»Trata de esperar demasiado y anunciaré a toda la Galaxia, y particularmente a Florina, la verdad acerca de la destrucción que os aguarda. Después de esto no habrá más kyrt, ni poderío, ni riqueza. Tampoco para mí, pero yo ya estoy acostumbrado a ello. Tampoco para vosotros, y esto será extremadamente grave, porque habéis nacido en medio de grandes riquezas.

»Dadme la mayor parte de vuestras propiedades en la cantidad y la forma que os dictaré en el próximo futuro y permaneceréis en posesión de lo que os quede. No os quedará gran cosa comparado con lo que poseéis hoy, desde luego, pero siempre será más que nada, como ocurrirá en caso contrario. No despreciéis tampoco este remanente. Florina puede durar tanto como vuestra vida, y viviréis, si no pródigamente, por lo menos con comodidad».

Fife había terminado. Dio vuelta al mensaje en sus manos y lo dobló suavemente dentro de un cilindro plateado transparente, a través del cual las letras esparcidas aparecían en un rojo opaco. Con su voz más natural, dijo:

—Es una carta divertida. No lleva firma y el estilo de la carta, como habéis oído, es soberbio y ampuloso. ¿Qué pensáis de eso, Señores?

En el rudo rostro de Rune se pintaba el descontento.

—A todas luces es obra de un hombre que no está lejos de la psicosis. Escribe como si fuera una novela histórica. Francamente, Fife, no considero que esta porquería sea una excusa lógica para romper nuestras tradiciones de autonomía continental reuniéndonos a todos, y no me gusta que todo esto tenga lugar en presencia de tu secretario.

—¿Mi secretario? ¿Porque es floriniano? ¿Temes acaso que su mente se inquiete por esta tontería? ¡Absurdo! —Su tono pasaba del humorístico a las escuetas sílabas de mando—. Vuélvete al Señor de Rune.

El secretario obedeció. Tenía los ojos discretamente bajos y su blanco rostro permanecía inalterable. Parecía casi ajeno a la vida.

—Este floriniano —dijo Fife, indiferente a su presencia—, es mi secretario particular. No se separa nunca de mí ni tiene contacto con sus semejantes. Pero no por eso es absolutamente digno de confianza. Miradlo. Mirad sus ojos. ¿No veis claramente que ha pasado por la prueba psíquica? Es incapaz de cualquier idea que fuese ni remotamente desleal para conmigo. Sin ánimo de ofenderos, diría que antes confiaría en él que en ninguno de vosotros.

—No te censuro —dijo Bort, echándose a reír—. Ninguno de nosotros te debe la lealtad de un servidor floriniano sometido a prueba.

Steen se agitaba en su sillón como si fuese calentándose gradualmente.

Ninguno de ellos hizo la menor objeción al uso de la prueba psíquica sobre sus servidores personales. A Fife le hubiera sorprendido profundamente que no hubiese sido así. El uso de la prueba psíquica por cualquier otra razón que el tratamiento de un desarreglo mental estaba prohibido. O la supresión de instintos criminales.

Estrictamente hablando, les estaba prohibido incluso a los Grandes Señores.

Y sin embargo, Fife lo empleaba siempre que lo juzgaba necesario, especialmente cuando el sujeto era floriniano. La prueba en un sarkita era un asunto mucho más delicado. El Señor de Steen, cuya agitación al oír hablar de la prueba no había pasado desapercibida para Fife, tenía la reputación de utilizar la prueba sobre los florinianos de ambos sexos con fines muy ajenos a los del secretario.

—Ahora bien —prosiguió Fife, juntando sus gruesos dedos—; no os he reunido aquí para leeros esta estúpida carta. Eso, espero, está entendido. Temo, sin embargo, que tengamos un importante problema

entre manos. Antes que nada me pregunto ¿por qué preocuparme sólo por mí? Soy el más rico de los Señores, desde luego, pero yo solo no controlo más que una tercera parte del comercio de kyrt. Juntos los cinco, lo controlamos todo. Es muy fácil hacer cinco celocopias de una carta, tan fácil como hacer una sola.

—Empleas demasiadas palabras —murmuró Bort—. ¿Qué quieres?

Los marchitos e incoloros labios de Balle se agitaron en su rostro gris y taciturno.

—Quiere saber, Señor de Bort, si hemos recibido copia de la carta.

—Deja que lo diga él.

—Me parece que lo estaba diciendo —dijo Fife impasible—. ¿Y bien?

Se miraron el uno al otro, con aire receloso o retador, según la personalidad de cada cual.

Rune fue el primero en hablar. Su rostro rosado estaba lleno de sudor y, sacando un cuadrado de tela de kyrt, se secó la grasa que manaba entre los pliegues que cruzaban su rostro de oreja a oreja.

—No lo sé, Fife —dijo—. Puedo preguntárselo a mis secretarios, que son todos sarkitas, dicho sea de paso. Después de todo, aunque una carta de esta especie hubiese llegado a mi despacho hubiera sido sólo considerada como una, ¿cómo podría llamarlo?, como una broma. No hubiera llegado nunca a mis manos. Esto es seguro. Es sólo tu peculiar sistema de secretaría lo que ha impedido que te evitases todo este cuento.

Dirigió una mirada circular sonriendo y mostrando entre sus labios muy húmedos la hilera de dientes artificiales de acero-cromo. Cada uno de ellos estaba profundamente hundido, sujeto a la mandíbula, y era más sólido de lo que cualquier diente de esmalte podría ser. Su sonrisa era también más aterradora que su expresión de ferocidad.

—Me parece que lo que acaba de decir Rune cuenta para todos nosotros —dijo Balle encogiéndose de hombros.

—No leo nunca el correo —saltó Steen—. No, nunca. Es tan aburrido, y llega tal cantidad que no tengo tiempo, verdaderamente.

Miró a su alrededor como si considerase necesario convencer a todo el mundo de la importancia de este hecho.

—¡Cuentos! —exclamó Bort—. ¿Qué os pasa a todos? ¿Tenéis miedo de Fife? Mira, Fife, no tengo secretario porque no necesito ninguno entre mis negocios y yo. He recibido copia de esta carta y estoy seguro de que estos tres también. ¿Quieres saber lo que hice con la mía? La tiré al cesto de los papeles. Y te aconsejo que hagas lo mismo con la tuya. Acabemos con esto. Estoy cansado.

Tendió la mano para pulsar el botón que cortaría el contacto y borraría su imagen de la presencia de Fife.

—Espera, Bort —resonó dura la voz de Fife—. No hagas eso. No estoy derrotado todavía. No querrás que tomemos medidas y decisiones en tu ausencia.

—Sigamos, Señor de Bort —rogó Rune en tono suave, pese a que sus pequeños ojos hundidos en la grasa no fuesen particularmente amables—. Me pregunto por qué se preocupa Fife por esta tontería.

—Bien —dijo Balle con su voz seca que hería los oídos—, quizá Fife imagina que nuestro amigo el autor de la carta tiene información acerca de un ataque de Trantor a Florina.

—¡Bah! —dijo Fife con desprecio—. ¡Cómo iba a tenerlas! Nuestro servicio secreto es eficaz, te lo aseguro. ¿Y cómo pararía el ataque si recibía nuestras posesiones como soborno? No, no… Habla de la destrucción de Florina como si se refiriese a una destrucción física, no política.

—Todo esto es demasiado joco… —dijo Steen.

—¿Sí? —preguntó Fife—. ¿Entonces no ves el significado de los acontecimientos de estas dos últimas semanas?

—¿Qué acontecimientos?

—Parece que ha desaparecido un analista del espacio. Supongo que lo habrás oído decir.

Bort parecía contrariado, pero en modo alguno más tranquilo.

—Se lo he oído decir a Abel, de Trantor. ¿Y qué hay? No sé nada de los analistas del espacio.

—¿Por lo menos habrás leído la copia de su último mensaje a su base de Sark antes de que se diese el parte de su desaparición?

—Abel me lo enseñó. No le presté atención.

—¿Y el resto de vosotros? —dijo Fife, retándolos uno tras otro con la mirada—. ¿Vuestra memoria puede retroceder una semana?

—Lo leí —dijo Rune—. Lo recuerdo también. Hablaba igualmente de destrucción, desde luego. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Estaba lleno de insinuaciones sin sentido —dijo Steen con voz vibrante—. Espero que no vayamos a discutir eso ahora. Me costó mucho librarme de Abel, y era la hora de cenar, además. Muy molesto, de verdad.

—No hay más remedio, Steen —dijo Fife con acentuada impaciencia—. Tenemos que hablar de ello nuevamente. El analista del espacio habló de la destrucción de Florina. Coincidiendo con su desaparición recibimos mensajes amenazándonos también con la destrucción de Florina. ¿Es esto una coincidencia?

—¿Quieres decir que el analista del espacio ha mandado el mensaje como chantaje? —susurró el viejo Balle.

—No es probable. ¿Por qué decirlo primero con su propio nombre

y después anónimamente?

—Cuando habló de ello por primera vez hablaba con su departamento, no con nosotros —dijo Balle.

—Aun así. Un chantajista no trata más que con su víctima, si puede evitar otra cosa.

—¿Entonces…?

—Ha desaparecido. Creo que el analista es honrado, pero radió una información peligrosa. Está ahora en manos de los otros que no son honrados y son los chantajistas.

—¿Qué otros?

Fife se arrellanó en su sillón y sus labios apenas se movieron.

—¿Lo preguntas seriamente? ¡Trantor!

—¡Trantor! —exclamó Steen estremeciéndose.

—¿Por qué no? ¿Qué mejor camino para alcanzar el control de Florina? Es una de las principales ambiciones de su política extranjera; y si pueden conseguirlo sin guerra, tanto mejor para ellos. Mirad, si cedemos ante este imposible ultimátum, Florina es suya. Nos ofrecen un poco… —levantó los dedos dejando un corto espacio entre ellos—, pero ¿cuánto tiempo conservaríamos ni eso siquiera?

»Por otra parte, supongamos que no hacemos caso de esto, y realmente no tenemos elección. ¿Qué hará entonces Trantor? Pues sembrar rumores del fin inminente del mundo de Florina entre los campesinos. Y si los rumores se esparcen y se siembra el pánico, ¿qué puede ocurrir sino el desastre? ¿Qué fuerza puede inducir a un hombre a obrar si cree que el fin del mundo puede llegar mañana? Las cosechas se pudrirán. Los depósitos quedarán vacíos.

Steen se llevó un dedo a la mejilla para arreglarse el colorete mirándose en el espejo de su habitación, fuera del radio visual del tubo transmisor.

—No creo que eso pudiese hacernos mucho daño —dijo—. Si la producción baja, ¿no subirán los precios? Y después resultará que Florina sigue en su sitio y los campesinos volverán al trabajo. Además, siempre podemos amenazar con reducir las exportaciones. No veo, realmente, cómo cualquier mundo civilizado pueda vivir sin kyrt. ¡Ah, sí, es el rey kyrt, desde luego! Mucho ruido para nada.

Adoptó una actitud de aburrimiento con el dedo delicadamente colocado sobre su mejilla. Balle había cerrado sus cansados ojos desde hacía rato.

—Es imposible que haya una subida de precios ya —dijo—. Hemos llegado al tope.

—Exacto —dijo Fife—. No llegaremos a una seria dislocación, de todos modos. Trantor espera el menor signo de desorden en Florina. Si pueden ofrecer a la Galaxia la perspectiva de un Sark incapaz de garantizar los embarques de kyrt, lo más natural sería que hiciesen lo

necesario para mantener lo que ellos llaman orden y asegurar los envíos de kyrt. Y el peligro estaría en que los mundos libres de la Galaxia se unirían probablemente a ellos por interés en el kyrt. Especialmente si Trantor ofrece romper el monopolio, aumentar la producción y reducir los precios. Después, ya será otra historia; pero entre tanto conseguirían su apoyo. Es la única forma lógica como Trantor podría apoderarse de Florina. Si se tratase de una simple muestra de fuerza, la Galaxia libre de fuera de la zona de influencia de Trantor se uniría a nosotros por su propia protección.

—¿Y cómo entra en todo esto el analista del espacio? —preguntó Rune—. ¿Es necesario? Si tu historia es cierta, esto lo explicaría todo.

—Creo que lo es. Estos analistas del espacio son, en su mayoría, desequilibrados, y éste ha creado —los dedos de Fife dibujaron en el aire una vaga estructura— una teoría alocada. No tiene importancia cuál sea, Trantor no puede permitir que circule, o el Centro Analítico del Espacio la refutaría. Apoderarse de este hombre y conocer los detalles les daría, sin embargo, algo que tendría un valor superficial para los no-especialistas. Podrían utilizarlo, hacer que pareciera real. El Centro es un pelele de Trantor, y sus negativas, una vez la historia se hubiese propagado por medio de rumores seudocientíficos, no tendría nunca la fuerza suficiente para sofocar la mentira.

—Me parece muy complicado —dijo Bort—. Tonterías. No pueden dejarlo aparecer, pero, una vez más, aparecerá.

—No pueden dejarlo aparecer como una noticia seria y científica; ni siquiera que llegue al Centro como tal —dijo Fife pacientemente—. Pero sí dejar que se filtre como rumor. ¿No lo ves así?

—¿Entonces por qué está el viejo Abel perdiendo el tiempo en busca del analista del espacio?

—¿Quieres que anuncie públicamente que le ha vencido? Lo que Abel hace y lo que parece que hace son dos cosas muy distintas.

—Bien —dijo Rune—, tienes razón. ¿Qué debemos hacer?

—Conocemos el peligro y esto es lo importante —dijo Fife—. Encontraremos al analista, si podemos. Tenemos que vigilar estrechamente a todos los agentes conocidos de Trantor sin meternos directamente con ellos. Por sus actos podemos conocer el curso de los acontecimientos futuros. Debemos suprimir radicalmente en Florina toda propaganda sobre la destrucción del planeta. El más leve murmullo puede encontrarse instantáneamente con un contraataque de lo más violento. Por encima de todo, debemos seguir unidos. Éste es el verdadero propósito de esta reunión, a mi modo de ver; la formación de un frente común. Todos sabemos cuanto se refiere a la autonomía continental y tened la seguridad de que no hay mejor defensor de ella que yo. Esto en circunstancias ordinarias. Pero éstas no lo son. ¿Lo veis así?

Más o menos a regañadientes, porque la autonomía continental no era cosa para abandonarse a la ligera, lo vieron así.

—Entonces —dijo Fife—, esperaremos la segunda jugada.

Eso había ocurrido un año antes. Fue el fracaso más extraño y completo que pudo caer sobre el Señor de Fife durante su moderadamente larga y algo más que moderadamente audaz carrera.

No hubo segunda jugada. Ninguno de ellos volvió a recibir carta alguna. El analista del espacio siguió perdido mientras Trantor proseguía su inútil investigación. No hubo ni rastro de apocalípticos rumores en Florina, y el cultivo y recolección del kyrt siguió su apacible curso.

El Señor de Rune adquirió la costumbre de llamar a Fife cada semana.

—Fife —solía decir—. ¿Hay algo nuevo?

Toda su masa grasienta se estremecía por la risa que salía difícilmente de su garganta, Fife se tomaba la cosa con calma. ¿Qué podía hacer? Una y otra vez pesaba los hechos. Era inútil. Faltaba algo. Faltaba algún factor vital.

Y entonces todo estalló a la vez y no hubo contestación. Sabía que no había contestación y fue lo que él no había esperado. Convocó una nueva reunión y el cronómetro marcaba las dos veintinueve.

Empezaban a aparecer. El primero Bort, después Steen, con el rostro lavado y limpio de pintura, ofreciendo un pálido y malsano aspecto. Balle, indiferente y cansado, las mejillas hundidas, el brazo en su mullido sillón, un vaso de leche caliente a su lado. El último Rune, con dos minutos de retraso, los labios húmedos y siempre en la oscuridad. Esta vez la luz era tan tenue que no parecía más que una vaga sombra sentada en un cubo de sombras que las luces de Fife no hubieran podido iluminar aunque hubiesen tenido la fuerza del sol de Sark.

—¡Señores! —comenzó Fife—. El año pasado especulé sobre un lejano y complicado peligro. Al hacerlo, caí en una trampa. El peligro existe, pero no es distante, es cercano, muy cercano. Uno de vosotros sabe lo que quiero decir. Los otros lo sabrán en breve.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Bort secamente.

—¡Alta traición! —exclamó Fife.

10
El fugitivo

Myrlyn Terens era un hombre de acción. Se decía esto a sí mismo como excusa, porque mientras abandonaba el puerto espacial se sentía paralizado.

Tenía que mantener su paso cuidadosamente. No demasiado despacio porque podría parecer que ganduleaba.

No demasiado deprisa porque podría parecer que corría. Pausadamente, como andaría un patrullero, un patrullero que estuviese de servicio y fuese a tomar su coche terrestre.

¡Si tan sólo pudiese tomar uno! Pero conducir no entraba dentro de la instrucción de un floriniano, ni siquiera de un Edil floriniano, de manera que trató de no pensar en ello y siguió andando despacio y en silencio.

Y se sentía casi demasiado débil para caminar. Podía no ser un hombre de acción, pero durante un día, una noche y parte de otro día había obrado activamente. Había agotado toda su reserva de energía.

Y sin embargo no se atrevía a detenerse. Si hubiese sido de noche hubiera encontrado algunas horas para pensar antes de decidir el nuevo paso a dar. Pero no disponía más que de sus piernas.

Si pudiese pensar. Ahí estaba todo. Si pudiese pensar…

Si pudiese suprimir todo movimiento, toda acción… Si pudiese dar orden al universo de que se detuviese por unos instantes, mientras él profundizaba la situación… Debía haber alguna manera.

Penetró en las acogedoras sombras de Ciudad Baja. Seguía caminando como se lo había visto hacer a los patrulleros. Las calles estaban desiertas. Los indígenas se habían refugiado en sus cabañas. Tanto mejor.

El Edil eligió su casa cuidadosamente. Era mejor elegir una de las buenas, con plástico de colores en las paredes y cristal polarizado en las ventanas. Siguió un corto sendero hasta la casa. Estaba un poco hundida en la calle, otro signo de calidad. Sabía que no tendría necesidad de golpear en la puerta ni de romperla. Mientras subía la rampa se había producido un visible movimiento en una de las ventanas. (Generaciones de necesidad habían capacitado a un floriniano para saber cuándo se aproximaba un patrullero). La puerta se abriría, y la puerta se abrió.

La abrió una muchacha joven con un círculo blanco alrededor de

los ojos. Iba vestida con un traje cuyos adornos demostraban el esfuerzo de sus padres por elevar su categoría por encima del ordinario «vulgo floriniano». Se apartó un poco para dejarle pasar, jadeando ligeramente.

El Edil le hizo signo de que cerrase la puerta.

—¿Está en casa tu padre, muchacha?

—¡Pa…! —gritó la chiquilla. Y, jadeante, añadió—: Sí, señor.

«Pa» aparecía humildemente desde otra habitación. Andaba despacio. No era nada nuevo para él que en la puerta hubiese un patrullero; pero consideraba más seguro que la chiquilla le abriese la puerta. Era menos fácil que fuese derribada inmediatamente que si abría él, si por casualidad el patrullero estaba encolerizado.

—¿Tu nombre? —preguntó el Edil.

—Jacof, para servirle, señor.

El uniforme del Edil llevaba un pequeño carnet de notas en el bolsillo. Lo abrió, lo estudió brevemente, hizo una rápida marca y dijo:

—Jacof… sí. Quiero ver a todos los miembros de la familia. ¡Pronto!

Si hubiese sido capaz de sentir otra cosa que una opresión casi sin esperanzas, Terens casi se hubiese divertido. No era inmune a los seductores placeres de la autoridad.

Aparecieron todos. Una mujer delgada, inquieta, con un chiquillo de unos dos años en los brazos. La chiquilla que le había abierto la puerta y un hermano más pequeño.

—¿Eso es todo?

—Todo, señor —dijo humildemente.

—¿Puedo ocuparme del pequeño? —preguntó la mujer con ansia —. Es la hora de la siesta. Iba a meterlo en la cama —levantaba al chiquillo en alto como si la imagen de la inocencia pudiese ablandar el corazón de un patrullero.

El Edil no la miró. Un patrullero, pensó, no la hubiese mirado y él era un patrullero.

—Acuéstelo y dele un terrón de azúcar para que se calle. ¡Ahora tú, Jacof!

—Sí, señor.

—¿Eres persona responsable, verdad, muchacho? —un indígena de la edad que fuese era siempre un «muchacho».

—Sí, señor. —Los ojos de Jacof brillaron y sus hombros se enderezaron ligeramente—. Soy empleado de un centro alimenticio. Sé matemáticas superiores, divisiones y logaritmos.

Sí, pensó el Edil, te han enseñado cómo usar una tabla de logaritmos y a pronunciar esa palabra.

Conocía el tipo. Aquel hombre estaba más orgulloso de sus

logaritmos que un Noble de su yate. El cristal polarizado de sus ventanas era la consecuencia de los logaritmos y los ladrillos de colores delataban las matemáticas superiores. Su desprecio por el indígena ineducado sería igual al del Noble medio por todos los indígenas y su odio más intenso por tener que vivir entre ellos y porque le considerasen como uno de ellos sus superiores.

—¿Crees en la ley, verdad, muchacho, y en los buenos Nobles? —prosiguió el Edil manteniendo su impresionante ficción con la consulta de la libreta.

—Mi marido es un buen hombre —saltó la mujer con animación—. No ha tenido nunca disgustos. No se mete en líos. Ni yo tampoco. Tampoco los chiquillos. Siempre…

—Sí, sí… —dijo Terens haciéndola callar con un gesto—. Bien, mira, muchacho. Te vas a sentar aquí y hacer lo que te diré. Necesito la lista de todos los que viven en este bloque de casas. Nombres, direcciones, lo que hacen y qué clase de muchachos son. Especialmente esto último. Si hay algunos de estos perturbadores, quiero saberlo. Vamos a hacer limpieza. ¿Entendido?

—Sí, señor. Sí, señor. En primer lugar está Husting. Vive allí, al final del bloque. Es…

—No, no, así no. Dale un trozo de papel, tú. Ahora siéntate y escríbelo todo. Escribe despacio, porque no puedo leer vuestras patas de gallo.

—Tengo la mano acostumbrada a escribir, señor.

—Veamos, pues.

Jacof se puso manos a la obra escribiendo lentamente. Su mujer le observaba por encima del hombro. Terens se dirigió hacia la chiquilla que le había abierto la puerta.

—Ponte en la ventana y dime si ves más patrulleros por aquí. Puedo querer hablar con ellos. Pero no les llames. Dímelo nada más.

Y entonces, por fin, pudo descansar. Había conseguido hacerse un momentáneo refugio en medio del peligro.

Salvo el ruido del chiquillo, chupando en un rincón, el silencio era absoluto. Le advertirían de la posible aproximación del enemigo y podría intentar una escapatoria.

Ahora podía pensar.

En primar lugar, su papel como patrullero casi había terminado. Probablemente, todas las salidas de la ciudad estaban bloqueadas y sabían que no podía utilizar medios de transporte más complicados que un scooter diamagnético. Los patrulleros de investigación no tardarían en comprender que sólo con un fraccionamiento sistemático de la ciudad, bloque por bloque, casa por casa, podían apoderarse de su hombre.

Una vez lo hubiesen decidido es evidente que empezarían por las

afueras de la ciudad, avanzando hacia el interior. En este caso, aquella casa sería de las primeras en ser registrada, de manera que el margen de que disponía era relativamente limitado.

Hasta entonces, pese a su llamativo uniforme negro y plata, éste había sido efectivo. Los indígenas no habían dudado de él. No se habían detenido al ver la palidez de su rostro floriniano. Ver un uniforme había bastado.

Pero la verdad no tardaría en aparecer ante los sabuesos. En el acto radiarían instrucciones a los indígenas de que desconfiasen de todo patrullero que no pudiese exhibir su documentación en regla, especialmente si tenía un rostro pálido y el cabello de arena. Se darían órdenes a todos los patrulleros auténticos. Se ofrecerían recompensas. Quizá no hubiese más de un indígena por ciento capaz de poner en duda la legitimidad de un uniforme, pero este uno bastaba.

De manera que tenía que dejar de ser un patrullero.

Éste era un punto. Ahora otro: A partir de ahora no estaría seguro en ninguna parte de Florina. Matar a un patrullero era el más negro de los crímenes y dentro de cincuenta años, si fuese capaz de eludir la captura durante tanto tiempo; la persecución seguiría con el mismo calor. De manera que tenía que marcharse de Florina.

¿Cómo? Bien, se daba un día más de vida. Era un cálculo generoso. Esto suponía atribuir a los patrulleros un máximo de estupidez y a él un máximo de suerte. En cierto sentido, era una verdadera ventaja. Sólo veinticuatro horas de vida no eran algo muy arriesgado. Significaba que podía correr riesgos que ningún hombre en su sano juicio se atrevería a correr.

Se levantó. Jacof levantó la vista de su papel.

—No he terminado todavía —dijo—. Escribo con mucho cuidado.

—Déjame ver lo que has escrito. Miró el papel que le había tendido.

—Ya basta. Si vienen otros patrulleros no pierdas el tiempo diciéndoles que has hecho ya una lista. Haz lo que te digan. ¿Viene alguno, ahora?

—No, señor —dijo la chiquilla desde la ventana—. ¿Salgo a la calle a mirar?

—No es necesario. Veamos. ¿Dónde está el más próximo ascensor?

—A un cuarto de milla hacia la izquierda. Saliendo de la casa…

—Bien, bien. Voy a salir.

Un grupo de patrulleros desembocó en la calle en el momento en que el ascensor se detenía en el suelo delante del Edil. Su corazón latió con fuerza. La busca sistemática había empezado y estaban ya sobre sus talones.

Un minuto más tarde, latiéndole todavía con fuerza el corazón, el

ascensor se detenía al nivel del suelo de Ciudad Alta. Allí no había abrigo. Ni pilares, ni techo cementoide encima de él. Tenía la impresión de ser un punto negro que se moviese entre el resplandor de los suntuosos edificios. Le parecía que era visible desde dos millas en todas las direcciones, y desde cinco desde el cielo. Era como si grandes flechas le señalasen.

No había patrulleros a la vista. Los Nobles que pasaban le miraban con indiferencia. Si un patrullero era motivo de terror para un floriniano, no era absolutamente nada para un Noble. Si algo podía salvarle era aquello.

Tenía una vaga idea de la geografía de Ciudad Alta. Por alguna parte de aquella sección estaba Ciudad Jardín.

El paso más lógico era preguntar direcciones, el segundo entrar en el primer edificio de moderada altura y asomarse desde una de las diversas terrazas. La primera era irrealizable; un patrullero no pregunta direcciones. Lo segundo, demasiado arriesgado. En el interior de un edificio un patrullero sería mucho más conspicuo. Demasiado…

Echó sencillamente a andar siguiendo la dirección que la memoria le dictaba por los mapas que había visto. Era indudablemente Ciudad Jardín la que encontró cinco minutos más tarde.

Ciudad Jardín era una extensión verde y cultivada de unos cien acres de extensión. En Sark, la Ciudad Jardín tenía una exagerada reputación de que se la destinaba a diversos usos, desde la bucólica paz a las orgías nocturnas. En Florina, los que habían oído hablar vagamente de esta la imaginaban de diez a cien veces su real extensión y de cien a mil veces su auténtica lujuria.

La realidad era bastante agradable. Con el templado clima de Florina, el jardín estaba todo el año verde; tenía zonas de césped, arbolado y grutas rocosas. En el centro había un gran estanque con peces decorativos en el que los chiquillos podían jugar. Por las noches era artísticamente iluminado con luces de colores hasta que empezaba la suave lluvia. Entre el crepúsculo y la lluvia el parque alcanzaba su máximo de animación. Había baile, espectáculos tridimensionales y parejas que se perdían por los senderos.

Terens no había entrado nunca en él. Al entrar lo encontró de una artificialidad repelente. Sabía que las rocas que pisaba, el agua y los árboles que veía a su alrededor, todo reposaba sobre un suelo de cementoide y eso le contrariaba. Pensaba en los campos de kyrt, vastos y llanos y las cordilleras montañosas del sur. Despreciaba toda aquella artificialidad construida en medio de un paisaje de magnificencia.

Durante media hora Terens anduvo errante al azar por los paseos. Lo que tenía que hacer, tenía que hacerlo en Ciudad Jardín. Incluso

aquí podía ser imposible. En otro lugar, era imposible de verdad.

Nadie le vio. Nadie advirtió su presencia. De eso estaba seguro. Preguntaba a los muchachos nobles que pasaron por su lado: «¿Habéis visto a un patrullero en el parque ayer?». Lo mismo hubiera podido preguntar si habían visto una oruga cruzar el camino.

El parque estaba demasiado tranquilo. Empezó a notar que su pánico aumentaba. Bajó un camino y finas escaleras hasta llegar a una hondonada circular formada por una serie de curvas destinadas a albergar a las parejas sorprendidas por la lluvia de la noche. (Eran más las sorprendidas por otras causas que la casualidad). Y entonces vio lo que estaba buscando. ¡Un hombre! ¡Un Noble, mejor dicho! Un Noble andando arriba y abajo, fumando la colilla de un cigarro con fuertes chupadas y tirándolo finalmente al suelo, donde se apagó. Miró su reloj.

No había nadie más en la hondonada. Era un sitio hecho para la tarde y la noche. Aquel hombre esperaba a alguien. Eso era obvio. Terens miró hacia atrás. Nadie le seguía. Podía quizás encontrar otra oportunidad, desde luego, pero no podía dejar escapar aquélla. Se dirigió hacia el Noble. Éste no le vio, no obstante, hasta que Terens le dijo:

—Si me hace el favor…

Fue muy respetuoso, eso sí, pero un Noble no está acostumbrado a que un patrullero le toque el codo de forma respetuosa o no.

—¿Qué diablos…? —dijo.

Terens no abandonó ni el respeto ni la autoridad de su tono. (Hazle hablar. Haz que fije sus ojos en los tuyos durante medio minuto…).

—Por aquí, señor… —dijo—. Es referente al asesino indígena que se busca por toda la ciudad.

—¿De qué diablos está usted hablando?

—Es sólo cosa de un momento.

Disimuladamente, Terens había sacado su látigo neurónico. El Noble no tuvo tiempo de verlo. Silbó un poco y el Noble se enrigideció y cayó.

El Edil no había levantado nunca la mano contra un Noble. Le sorprendió la desagradable sensación de culpabilidad que experimentaba. Seguía sin haber nadie a la vista. Arrastró el cuerpo inconsciente con sus ojos vidriosos abiertos hasta la cueva más próxima y lo metió en lo más hondo.

Desnudó el cuerpo con dificultad a causa de la rigidez de sus brazos y piernas. Se quitó el polvoriento uniforme de patrullero y se vistió. Por primera vez tuvo la sensación de sentir tela de kyrt entre sus dedos y una parte de su cuerpo.

Acabó de vestirse y se puso el casquete. Éste era necesario. Los

casquetes no estaban muy de moda entre la gente joven pero algunos lo usaban todavía y éste afortunadamente era uno de ellos. Para Terens era indispensable, pues de lo contrario su cabello de arena hubiese hecho su mascarada imposible. Se puso el casquete hundiéndolo hasta las orejas.

Después hizo lo que había que hacer. El asesinato de un patrullero no era, por lo que pudo darse cuenta, el último de sus crímenes. Ajustó su abrasador al máximo de dispersión y lo apuntó hacia el inconsciente ciudadano. A los diez segundos sólo quedaba una masa informe y abrasada cuya difícil identificación desorientaría a los perseguidores. Redujo el uniforme de patrullero a un polvo blanquecino y retiro de él botones y hebillas de plata para hacer más difíciles las pesquisas. Quizás en el fondo ganaba una hora, pero valía la pena también.

Era ya hora de marcharse sin más tardanza. Se detuvo sólo un momento en la entrada de la cueva para husmear. El abrasador funcionaba bien. Sólo quedaba un leve olor de carne abrasada que la brisa no tardaría en disipar en pocos minutos.

Iba bajando las escaleras cuando se cruzó con una muchacha que subía. De momento, bajó la vista por cuestión de costumbre. Era una dama. Los volvió a levantar a tiempo para ver que era joven, bien parecida, y que tenía prisa.

Terens apretó las mandíbulas. No lo encontraría, desde luego. Pero llegaba tarde, de lo contrario él no hubiera mirado el reloj de aquella manera. Podría pensar que, cansado de esperar, se había marchado. Apretó un poco el paso. No quería que la muchacha corriese tras él jadeante y le preguntara si lo había visto.

Salió del parque, caminando sin rumbo. Pasó media hora más.

¿Qué haría ahora? Ya no era patrullero; era un Noble. Se detuvo en una pequeña plazuela en cuyo centro había una fuente rodeada de césped. Se había añadido al agua una buena cantidad de detergente, de manera que formaba espuma y burbujas con una vistosa iridiscencia. Se apoyó en la barandilla de espaldas al sol poniente y poco a poco, uno a uno, fue dejando caer trozos de plata ennegrecida en el fondo del estanque.

Entretanto pensaba en la muchacha que se había cruzado con él. Era muy joven. Después pensó en la Ciudad Baja y el momentáneo espasmo de remordimiento huyó de él.

Los restos plateados habían desaparecido y tenía las manos vacías. Lentamente empezó a registrar sus bolsillos esforzándose en que pareciese natural. El contenido de los bolsillos no tenía nada de extraordinario. Un manojo de llaves de plata, algunas monedas, un carnet de identidad. (¡Bendito Sark! ¡Incluso los Nobles lo llevaban! Pero ellos no tenían que exhibírselo a cada patrullero que pasaba por

la calle). Su nombre, al parecer, era Alstare Deamone. Esperaba no tener que usarlo. Ciudad Alta sólo tenía diez mil habitantes entre hombres, mujeres y niños. La probabilidad de conocer entre ellos a alguien que conociese personalmente a Deamone era muy remota, pero no era insignificante tampoco.

Tenía veintinueve años. De nuevo hizo un esfuerzo por reprimir las náuseas que le producía el recuerdo de lo que había dejado en la cueva. Un Noble era un Noble. ¿Cuántos florinianos de veintinueve años habían encontrado la muerte en sus manos o por orden suya? ¿Cuántos florinianos de veintinueve años?

Tenía también una dirección, pero no tenía para él significado alguno. Su conocimiento de Ciudad Alta era rudimentario.

¡Oh…! Un retrato en color de un chiquillo de unos tres años en tres dimensiones. ¿Un hijo suyo? ¿Un sobrino? Estaba la muchacha aquella del parque, de manera que… no podía ser su hijo, ¿verdad?

¿O estaba casado? ¿Era la cita una de aquellas que se llaman «clandestinas»? ¿Tendría lugar aquella cita a plena luz del día? ¿Por qué no, en ciertas circunstancias?

Terens así lo esperaba. Si la muchacha tenía cita con un hombre casado, no se daría prisa en señalar su ausencia. Pensaría más bien que no había podido dejar a su mujer… Eso le daría tiempo.

No, no era verdad. Los chiquillos, jugando al escondite, tropezarían con los restos y saldrían gritando. Tenía que ocurrir antes de las veinticuatro horas.

Volvió una vez más al contenido de los bolsillos. Un carnet de piloto de yate. Lo hizo a un lado. Todos los sarkitas ricos tenían yate y lo pilotaban. Era la locura del siglo. Finalmente, algunos talones de una cuenta corriente de un banco que podían utilizarse temporalmente.

Entonces recordó que no había comido desde la noche anterior, en la panadería. ¡Con qué rapidez se da uno cuenta de que tiene hambre!

Volvió a examinar el título de piloto de yate. Un momento… Con la muerte de su dueño, el yate no estaba en uso ahora… y era su yate. Estaba amarrado en la sección 26, puerto 9. Bien…

¿Dónde estaría puerto 9? No tenía la menor idea… Apoyó su frente sobre la frescura de la barandilla del estanque. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer ahora? Una voz le produjo un sobresalto.

—¡Hola! ¿Está usted enfermo?

Terens levantó la cabeza. Era un Noble anciano. Fumaba un largo cigarrillo de una hierba aromática y de su muñeca pendía, al final de una cadena de oro, una especie de piedra verde. Tenía una expresión de amabilidad que de momento dejó a Terens sorprendido, hasta que recordó que también él pertenecía a su clase social ahora. Los Nobles

eran seres humanos decentes y educados entre ellos.

—Estaba descansando —respondió Terens—. Decidí dar un paseo y he perdido la noción del tiempo. Ya es tarde para asistir a una cita que tenía.

Movió la mano con un gesto de indiferencia. Gracias a su larga asociación con los sarkitas podía imitar bastante bien su acento, pero no cometió el error de exagerarlo. Era más fácil descubrir la exageración que la insuficiencia.

—Nos hemos quedado sin skeeter, ¿eh? —dijo el otro como si le divirtiese la locura de la juventud.

—No tengo skeeter —confesó Terens.

—Tome el mío —le ofreció el otro en el acto—. Está aparcado en la misma puerta. Fije los controles y vuelva a enviármelo cuando haya terminado. No lo necesitaré hasta dentro de una hora o cosa así.

Para Terens eso era casi ideal. El tipo de skeeter que le ofrecía era capaz de batir a todos los vehículos terrestres utilizados por los patrulleros. Lo único que le impedía llegar a este ideal era que Terens era tan incapaz de conducir un skeeter como de volar sin él.

—No vale la pena. Iré a pie. No está lejos Puerto 9.

—No, no está lejos —asintió el otro.

Esto dejó a Terens como antes. Probó de nuevo.

—Desde luego preferiría que estuviese más cerca. Ir hasta Kyrt Highway ya es hacer bastante salud.

—¿Kyrt Highway? ¿Qué tiene que ver Kyrt Highway con eso?

¿No le estaba mirando de una manera curiosa? A Terens se le ocurrió de repente pensar que las ropas podían no caerle bien. Rápidamente, dijo:

—Pues… me he extraviado un poco, andando. Veamos dónde estoy…

—Mire. Está en Recket Road. No tiene más que bajar hasta Tiffis y tomar a la izquierda, después sigue hasta el puerto. —Había ido señalando automáticamente.

—Tiene razón —dijo Terens sonriendo—. Voy a tener que dejar de soñar tanto y pensar más.

—De todos modos puede usted usar mi skeeter.

—Muy amable, pero…

Terens se alejaba ya, caminando quizá demasiado deprisa, despidiéndose con la mano. El Noble se quedó mirándole.

Quizá mañana, cuando encontrasen los restos del muerto, aquel caballero recordaría la conversación. Probablemente diría: «Hablaba de una manera extraña y no parecía saber dónde estaba. Juraría que no había oído hablar nunca de Tiffis Avenue».

Pero eso sería mañana.

Echó a andar en la dirección que el Noble le había indicado. Llegó

al iluminado letrero de «Tiffis Avenue», casi pálido comparado con el iridiscente edificio anaranjado que formaba su fondo. Tomó a la izquierda.

Puerto 9 estaba animadísimo, con toda la juventud vestida con el uniforme de yachtman, que consistía principalmente en una gorra de alta visera y unos pantalones muy amplios en las caderas. Terens se sentía extraño, pero nadie se fijó en él. El aire estaba saturado de conversaciones en voz alta y salpicadas de expresiones que no entendía.

Encontró la sección 26, pero esperó un momento antes de acercarse. No quería que hubiese cerca de él ningún Noble, nadie que fuese dueño de un yate vecino del suyo y que conociese a Alstare Deamone y pudiese extrañarse de lo que pudiera hacer un desconocido por allí.

Finalmente, cuando vio los dos lados aparentemente seguros, avanzó. La proa del yate asomaba fuera de la casilla hacia el campo abierto, sobre el cual descansaban los dos lados. Avanzó el cuello para asomarse al interior. ¿Y ahora?

Había matado a tres hombres durante las últimas doce horas. Había ascendido de Edil floriniano a patrullero, de patrullero a Noble. Había venido de Ciudad Baja a Ciudad Alta, y a un puerto del espacio. Desde todos los puntos de vista, según todas las normas, era dueño de un yate, una nave suficientemente capaz de llevarle a cualquier mundo habitado de este sector de la Galaxia.

No había más que un obstáculo: era incapaz de tripular un yate del espacio.

Estaba cansado hasta los huesos y tenía un hambre feroz. Había llegado hasta allí, y ahora no podía ir más lejos. Estaba en el borde del espacio, pero no había manera de pasar de ese borde.

En aquellos momentos los patrulleros debían haber decidido ya que el fugitivo no estaba en Ciudad Baja. Se volverían hacia Ciudad Alta en cuanto se hubiesen podido meter en sus duros cerebros lo que era capaz de hacer un floriniano. Entonces podían encontrar el cuerpo y tomar una nueva orientación. Buscarían a un Noble impostor. Así estaba. Había llegado al extremo de un callejón sin salida y de espaldas al extremo cerrado sólo podía esperar a que los débiles rumores de la persecución aumentasen en intensidad y los sabuesos se arrojasen sobre él.

Treinta y seis horas antes la gran oportunidad de su vida había estado en sus manos. Ahora la oportunidad había desaparecido y su vida no tardaría en seguir su camino.

11
El capitán

Era la primera vez, verdaderamente, que el capitán Racety se había visto incapaz de imponer su voluntad sobre un pasajero. De haber sido el pasajero uno de los Grandes Nobles, hubiese incluso podido contar con una colaboración. Un Gran Señor podía ser todopoderoso en su continente, pero en una nave hubiera tenido que reconocer que sólo podía haber un dueño, el capitán.

Una mujer era diferente. Cualquier mujer, y una mujer que era hija de un Gran Señor era completamente imposible.

—Milady —dijo—, ¿cómo puedo permitirle entrevistarlos en privado?

Samia de Fife, echando chispas por los ojos, respondió secamente:

—¿Por que no? ¿Van armados, capitán?

—No, desde luego. No es éste el caso.

—Cualquiera puede ver que no son más que dos desgraciados seres asustados. Tienen un miedo cerval.

—La gente asustada puede ser peligrosa, milady. No se puede contar con que obren razonablemente.

—Entonces, ¿por qué deja que sigan asustados? —Tenía un ligero balbuceo cuando estaba irritada—. Tiene usted tres tremendos marineros armados vigilándoles, pobre gente. Capitán, no olvidaré esto.

No, no lo olvidaría, pensó el capitán. Se daba cuenta de que empezaba a ceder.

—Si milady quisiese decirme exactamente qué es lo que desea.

—Es muy sencillo. Ya se lo he dicho. Quiero hablar con ellos. Si son florinianos, como me ha dicho usted, puedo conseguir de ellos información de gran valor para mi libro. Pero eso es imposible, desde luego, si tienen miedo de hablar. Si pudiese estar a solas con ellos sería magnífico. ¡Sola, capitán! ¿No puede usted entender esta palabra? ¡Sola!

—¿Y qué diría su padre, milady, si se enterara de que la he dejado sola y sin protección con dos desesperados criminales?

—¡Desesperados criminales! ¡Oh, Señor del Espacio! ¡Dos pobres infelices que tratan de huir de su planeta y no se les ocurre más que meterse en una nave destinada a Sark! Por otra parte, ¿por qué tiene que saberlo mi padre?

—Si le hacen daño, lo sabrá.

—¿Y por qué tienen que hacerme daño? —Su diminuto puño se cerraba agitándose amenazador mientras ponía toda la fuerza de que era capaz en su voz—. ¡Se lo exijo, capitán!

—¿Qué le parece este término medio, milady? —dijo el capitán Racety—. Estaré presente. No seré como tres marineros armados. Seré sólo un hombre sin armas a la vista. De lo contrario… —y a su vez puso toda su resolución en la voz—, tengo que negarme.

—Muy bien, entonces —dijo ella sin voz—. Muy bien. Pero si no consigo hacerles hablar por causa de su presencia, me ocuparé personalmente de que no mande usted más naves.

Valona puso rápidamente su mano delante de los ojos de Rik en el momento en que Samia entraba.

—¿Qué le pasa, muchacha? —dijo Samia secamente antes de recordar que tenía que hablarles suavemente.

Valona hablaba con dificultad.

—No está muy bien, lady —dijo—. Podía no saber que era usted una lady. Hubiera podido mirarla. Sin ánimo de hacerle daño, quiero decir, lady.

—¡Oh, Dios mío! ¡Déjele que me mire! —dijo Samia—. ¿Tenemos que quedarnos aquí, capitán?

—¿Preferiría usted un camarote de lujo, milady?

—Seguramente podría procurarnos algo menos sórdido que esto…

—Es sórdido para usted, milady. Para ellos estoy seguro de que es lujo. Tienen agua corriente. Pregúnteles si la tenían en su choza de Florina.

—Bien, diga a estos hombres que se marchen.

El capitán les hizo un gesto. Dieron media vuelta y salieron del recinto. El capitán instaló la silla ligera de aluminio plegable que había traído. Samia la cogió.

Dirigiéndose a Rik y Valona, el capitán les dijo:

—¡Levántense!

—¡No! —interrumpió Samia en el acto—. Que sigan sentados. No intervenga, capitán. ¿Conque es usted una muchacha de Florina? —preguntó dirigiéndose a Valona.

—Somos de Wotex —dijo la muchacha moviendo la cabeza.

—No tiene usted nada que temer. Nadie les hará daño. No tiene importancia que sean de Florina.

—Somos de Wotex.

—Pero ¿no comprendes que prácticamente has reconocido que sois de Florina? ¿Por qué has tapado los ojos de este muchacho?

—No tiene derecho a mirar a una dama.

—¿Incluso los de Wotex?

Valona permaneció silenciosa. Samia le dejó que pensase. Trató de sonreírle amistosamente. Después dijo:

—Sólo los florinianos no tienen derecho a mirar a las damas. Ya ves que has reconocido que sois de Florina.

—¡Él, no! —saltó Valona.

—¿Y tú?

—Yo, sí. Pero él no. No le hagan nada. No es floriniano, de verdad. Sólo le encontraron allí un día. No sé de dónde viene, pero no es floriniano.

Hablaba casi con animación. Samia la miró con cierta sorpresa.

—Bien, hablaré con él. ¿Cómo te llamas, muchacho?

Rik la estaba mirando. ¿Era aquél el aspecto de las mujeres Nobles? Tan pequeña, y de aspecto amistoso, y olía tan bien… Se alegraba mucho de que le hubiese permitido mirarla.

—¿Cómo te llamas? —repitió Samia.

Rik volvió a la realidad, pero le fue imposible articular una sílaba.

—Rik —dijo finalmente. Después pensó: «No, éste no es mi nombre». Pero dijo—: Me parece que es Rik.

—¿No lo sabes?

Valona, ya desaparecido su temor, trató de hablar, pero Samia interpuso una mano conteniéndola.

—No lo sé —dijo Rik moviendo la cabeza.

—¿Eres de Florina?

—No, estaba en una nave —dijo Rik, esta vez categórico—. Vine aquí desde algún otro sitio. —No podía apartar la vista de Samia, pero parecía darse cuenta de que coexistía en la nave con ella. Una nave muy agradable y hospitalaria, además…—. Llegué a Florina en una nave, pero antes vivía en un planeta.

—¿Qué planeta?

Era como si la idea se abriese paso a la fuerza y dolorosamente por unos canales del cerebro demasiado angostos. Entonces Rik recordó, y quedó deleitado con el sonido de su voz, tan largo tiempo olvidada.

—¡Tierra! ¡Vine de Tierra!

—¿Tierra?

Rik asintió y Samia se volvió hacia el capitán.

—¿Dónde está ese planeta Tierra?

—No había oído hablar nunca de él —dijo el capitán con una leve sonrisa—. No se tome a este hombre demasiado en serio, milady. Un indígena miente como respira. Es natural en él. Dice lo primero que le pasa por la cabeza.

—No habla como un indígena. ¿Dónde está Tierra, Rik? —dijo volviéndose hacia él.

—Es… —Se detuvo y se llevó una mano temblorosa a la frente. Después dijo—: En el sector de Sirio… —El tono de la afirmación era casi una pregunta. Samia se volvió hacia el capitán:

—Existe un Sector de Sirio, ¿verdad?

—Sí, existe. Pero me asombra que en eso tenga razón. De todos modos, no hace más real la existencia de Tierra.

—Pero existe. Se lo digo, lo recuerdo —dijo Rik con vehemencia —. Hace tanto tiempo que lo he recordado… no puedo equivocarme ahora. No puedo… —Se volvió, cogió a Valona por los codos, tirando de sus mangas—. ¡Valona, diles que vengo de Tierra! ¡Sí, sí!

—Lo encontramos un día, lady, y había perdido la cabeza —dijo Valona con los ojos abiertos por la inquietud—. No podía vestirse, ni hablar ni andar. No era nadie. Desde entonces va recordando poco a poco. Hasta ahora todo lo que ha ido recordando ha sido así. —Dirigió una rápida mirada al rostro contrariado del capitán—. Puede muy bien haber venido de Tierra, señor. No quiero contradecirle.

La última frase era de un convencionalismo largo tiempo establecido y seguía a cualquier afirmación que pudiese parecer en contradicción con una opinión manifestada por un superior.

—Por las pruebas que tenemos lo mismo puede venir del centro de Sark —gruñó el capitán.

—Sin duda, pero en todo esto hay algo extraño —respondió Samia situándose, como buena mujer, del lado del romanticismo—. Estoy segura… ¿y cómo estaba tan desesperado cuando lo encontraste, muchacha? ¿Estaba herido?

Valona no contestó de momento. Su mirada se posaba incierta en un lado a otro. Primero miró a Rik, que se agarraba el cabello con los dedos, después al capitán, que esbozaba una sonrisa forzada; finalmente a Samia, que estaba esperando.

—Contéstame, muchacha —dijo Samia.

Para Valona representaba una dura decisión, pero en aquellas circunstancias no creía concebible inventar una mentira que pudiese sustituir a la verdad.

—Un doctor lo visitó una vez… Dijo que le habían…, eh…, psicoprobado.

—¡Psicoprobado! —exclamó Samia con una oleada de repulsión que recorrió todo su cuerpo. Alejó su silla, que produjo un chirrido contra el suelo de metal—. ¿Quieres decir que era psicótico?

—No sé qué quiere decir, lady —dijo humildemente Valona.

—No en el sentido que está usted pensando, milady —dijo el capitán casi simultáneamente—. Los indígenas no son psicóticos. Sus necesidades y deseos son demasiado simples. No he oído hablar jamás de un indígena psicótico.

—Pero, entonces…

—Es muy sencillo, milady. Si aceptamos la fantástica teoría que la muchacha nos cuenta, sólo podemos llegar a la conclusión de que este muchacho había sido un criminal, lo cual es una forma de ser psicótico. Si es así, debieron tratarle uno de esos chiflados que practican entre los indígenas, casi lo mataron, y le largaron a una sección desierta para evitar ser descubiertos y perseguidos.

—Pero tenía que haber alguien capaz de hacer la psicoprueba —protestó Samia—. No esperará usted que los indígenas sean capaces de hacerlo…

—Quizá no. Pero en este caso tampoco podemos suponer que un médico autorizado lo hiciese de forma tan inexperta. El hecho de que lleguemos a una contradicción demuestra que la historia es falsa del principio al final. Si quiere usted seguir mi consejo, milady, dejará usted a estos dos seres en nuestras manos. Ya ve usted que es inútil esperar nada de ellos.

—Quizá tenga usted razón —dijo Samia después de vacilar un momento.

Se levantó y miró a Rik con perplejidad. El capitán se puso detrás de ella, levantó la silla portátil y la dobló de un golpe.

—¡Esperen! —dijo Rik levantándose de un salto.

—Por favor, milady —dijo el capitán abriendo la puerta para dar paso a Samia—. Mis hombres lo calmarán.

—¿No le harán daño? —preguntó ella, deteniéndose en el umbral.

—Dudo que nos obligue a recurrir a extremos. Será fácil de manejar.

—¡Lady! ¡Lady! —gritó Rik—. ¡Puedo probar que soy de Tierra!

Samia permaneció indecisa por algunos instantes.

—Veamos lo que tiene que decir.

—Como quiera, milady —dijo el capitán fríamente.

Samia volvió atrás, pero se mantuvo a un paso de la puerta. Rik estaba congestionado. Con el esfuerzo de pensar sus labios esbozaron la caricatura de una sonrisa.

—Recuerdo Tierra. Era radiactiva. Recuerdo las áreas prohibidas y el horizonte azul de la noche. El suelo relucía y no crecía nada en él. Sólo había algunos puntos donde los hombres podían vivir. Por eso era yo analista del espacio. Por eso no quise quedarme en el espacio. Mi mundo era un mundo muerto.

—Vámonos, capitán —dijo Samia encogiéndose de hombros—. Está divagando.

Pero esta vez fue el capitán Racety quien se detuvo, con la boca abierta.

—¿Un mundo radiactivo? —murmuró.

—¿Existe eso? —preguntó ella.

—Sí —dijo, volviéndose perplejo hacia ella—. Pero… ¿dónde

puede haberlo imaginado?

—¿Cómo puede un mundo ser radiactivo y habitado?

—Pues hay uno, y está en el sector de Sirio. No recuerdo su nombre. Podría incluso ser Tierra.

—Es Tierra —dijo orgulloso y confiado Rik—. Es el planeta más antiguo de la Galaxia. Es el planeta donde tuvo sus orígenes la raza humana.

—¡Es verdad! —dijo el capitán suavemente.

—¿Quiere decir que la raza humana tuvo sus orígenes en Tierra? —preguntó Samia, dándole vueltas la cabeza.

—¡No, no! —dijo el capitán de una manera abstracta—. Eso es una superstición. Sólo que es así como oí hablar del planeta radiactivo. Pretende ser el planeta original del Hombre.

—No sabía que tuviésemos un planeta original.

—Supongo que en alguna parte empezaríamos, milady, pero dudo que nadie pueda saber en qué planeta fue. ¿Qué más recuerdas? —añadió, dirigiéndose con súbita decisión a Rik, a punto casi de llamarle «muchacho» pero absteniéndose.

—La nave, principalmente. Y el análisis del espacio.

Samia se unió al capitán. Permanecían de pie, frente a Rik, y Samia sentía la excitación apoderarse de ella.

—¿Entonces todo esto es verdad? Pero, entonces, ¿cómo fue sometido a la psicoprueba?

—¡Psicoprueba…! —dijo el capitán Racety pensativo—. Preguntémosle a él. A ver, indígena, o ser de otro mundo, o lo que seas. ¿Cómo te sometieron a la psicoprueba?

—Eso lo habéis dicho vosotros —dijo Rik perplejo—. Incluso Lona. Pero yo no sé qué quiere decir.

—¿Cuándo dejaste de recordar entonces?

—No estoy seguro. —De nuevo empezó, desesperado—. Fue en una nave.

—Ya lo sabemos. Sigue.

—No hay necesidad de gritar, capitán —dijo Samia—. Le va usted a quitar el poco juicio que tiene.

Rik estaba totalmente absorbido en la lucha contra la penumbra de su mente. El esfuerzo no dejaba lugar para ninguna emoción. Con gran sorpresa, incluso para él, dijo:

—No le tengo miedo, lady. Estoy tratando de recordar. Había peligro. De eso estoy seguro. Un gran peligro para Florina, pero no puedo recordar los detalles.

—¿Peligro para todo el planeta? —preguntó Samia, dirigiendo una rápida mirada al capitán.

—Sí. Era por las corrientes.

—¿Qué corrientes? —preguntó el capitán.

—Las corrientes del espacio.

—¡Esto es una locura! —exclamó el capitán levantando las manos y volviéndolas a dejar caer.

—¡No, no! ¡Déjele seguir! —El flujo de la credulidad había invadido nuevamente a Samia. Tenía los labios abiertos, sus ojos relucían y unos pequeños lunares entre las mejillas y la barbilla le daban una expresión sonriente—. ¿Qué son las corrientes del espacio?

—Los diferentes elementos —dijo Rik vagamente. Lo había explicado ya. No quería tener que volver a explicarlo.

Siguió hablando rápidamente, casi de una manera incoherente, a medida que las ideas acudían a él, casi arrastrado por ellas.

—Mandé un mensaje al centro oficial de Sark. Lo recuerdo muy claramente. Tenía que andar con cuidado. Había un peligro que iba más allá de Florina. Sí, más allá de Florina. Era ancho como la Vía Láctea. Había que tratarlo con cuidado.

Parecía haber perdido todo contacto con los que le estaban escuchando, vivir en un mundo del pasado delante, del que iba desapareciendo lentamente una cortina hecha jirones. Samia puso una mano sobre su hombro tratando de calmarlo, pero no obtuvo reacción alguna a ello tampoco.

—No sé cómo —prosiguió—, mi mensaje fue interceptado por alguien de Sark. Fue un error. No sé cómo pudo ocurrir —frunció el ceño—. Estoy seguro de haberlo mandado al Centro Oficial con nuestra longitud de onda. ¿Cree que el subéter pudo ser captado?

No se extrañó siquiera de que la palabra «subéter» acudiese tan fácilmente a sus labios. Quizás estaba esperando una respuesta, pero sus ojos seguían sin ver.

—En todo caso, cuando aterricé en Sark me estaban esperando.

De nuevo una pausa, esta vez larga y meditativa. El capitán no hizo nada por romperla; parecía estar meditando también.

—¿Quién le estaba esperando? ¿Quién? —interrumpió Samia.

—No… no lo sé —dijo Rik—. No puedo recordarlo. No era en la oficina. Era alguien de Sark. Recuerdo que hablé con él. Yo conocía el peligro y le hablé de él. Estoy seguro de haber hablado. Estábamos sentados delante de una mesa, juntos. Recuerdo la mesa. Estaba frente a mí. Es tan claro como el espacio. Hablamos un rato. Me parece que no deseaba dar detalles. De esto estoy seguro. Tenía que hablar con la oficina primero y entonces él…

—¿Sí? —instó Samia.

—Hizo algo… No, no recordaré nada más. ¡No recordaré nada más!

Dijo estas palabras gritando y de nuevo reinó el silencio, un silencio que fue extemporáneamente roto por el prosaico zumbido del aparato de comunicación de pulsera del capitán.

—¿Qué hay? —pregunto.

La voz que respondió fue precisa y respetuosa.

—Un mensaje de Sark para el capitán. Se ruega lo reciba personalmente.

—Muy bien, voy a los subéteres inmediatamente. —Se volvió hacia Samia—. ¿Puedo recordarle, milady, que es la hora de la cena? —Vio que la muchacha iba a alegar su falta de apetito y a rogarle que la dejase allí y no se preocupase por ella. Más diplomáticamente, prosiguió—: Es también hora de dar de comer a esta pareja. Deben estar probablemente cansados y hambrientos.

Samia no pudo objetar nada contra eso.

—Tengo que volverlos a ver, capitán…

El capitán se inclinó silenciosamente. Pudo ser aquiescencia, pudo no serlo.

Samia de Fife estaba emocionada. Sus estudios sobre Florina colmaban una cierta aspiración intelectual que llevaba en ella, pero el Misterioso Caso del Terrestre Psicoprobado (pensaba en este caso en letras mayúsculas) despertaba en su mente algo mucho más primitivo y más exigente. Toda su curiosidad animal estaba alerta.

¡Era un misterio! Había tres puntos que la fascinaban. Entre ellos no figuraba la quizá razonable cuestión (dadas las circunstancias) de si toda la historia de aquel hombre no era una mentira deliberada e incluso una ilusión, más que la verdad. Creer que fuese otra cosa distinta de la verdad sería desvanecer el misterio y Samia no podía permitírselo.

Los tres puntos eran, por consiguiente, éstos:

1º ¿Cuál era el peligro que amenazaba Florina o, mejor dicho, toda la Galaxia?

2º ¿Quién era la persona que había sometido a Rik a la psicoprueba?

3º ¿Por qué había esta persona utilizado la psicoprueba?

Estaba decidida a profundizar en el asunto hasta quedar satisfecha. No hay nadie suficientemente modesto para no creerse un competente analista aficionado y Samia estaba muy lejos de ser modesta.

En cuanto pudo evadirse decentemente después de la cena, se precipitó hacia el cuchitril.

—Abre la puerta —le dijo al marinero de guardia.

El marinero permaneció perfectamente rígido e inmóvil mirando hacia delante respetuosamente, sin ver.

—Con permiso de Su Excelencia, la puerta no debe abrirse —dijo.

—¿Cómo te atreves a decir eso? —dijo Samia con la boca abierta —. Si no me abres la puerta inmediatamente, informaré al capitán.

Rápidamente subió a las habitaciones del capitán y entró como un

ciclón en un cuerpo de mujer.

—¡Capitán!

—Milady…

—¿Ha dado usted orden de que el Terrestre y la mujer me estén vedados?

—Creía, milady, que se había acordado entre nosotros que sólo podría interrogarlos en mi presencia…

—Antes de cenar, sí. Pero ya ha visto usted que son inofensivos.

—He visto que parecen inofensivos.

—En ese caso, le ordeno que venga usted inmediatamente conmigo.

—No puedo, milady. La situación ha cambiado.

—¿En qué sentido?

—Deben ser interrogados por las autoridades de Sark y hasta entonces deben permanecer solos.

La mandíbula inferior de Samia cayó, pero la recuperó en el acto de su poco digna posición.

—No va usted a entregarlos al Centro de Asuntos Florinianos…

—Pues… —transigió el capitán—, ésta era, en efecto, la intención original. Han abandonado su pueblo sin permiso. Han abandonado incluso su planeta sin permiso. Además, han tomado un pasaje secreto en una nave sarkita.

—Eso fue un error.

—¿De veras?

—En todo caso conocía usted todos sus crímenes antes de nuestra última conversación.

—Pero fue sólo durante esta conversación cuando me enteré de todo lo que el llamado Terrestre tenía que decir.

—El «llamado»… Usted mismo dijo que el planeta Tierra existe.

—Dije que podía existir. Pero, milady, ¿puedo tener la osadía de preguntarle qué desearía usted que se hiciese con esa gente?

—Creo que hay que investigar la historia del Terrestre. Habla de un peligro para Florina y de alguien de Sark que ha intentado deliberadamente evitar que las autoridades competentes tuviesen conocimiento de este peligro. Creo que es incluso un caso para mi padre. En realidad, le llevaré a ver a mi padre cuando llegue el momento oportuno.

—¡Qué inteligente es todo esto! —exclamó el capitán.

—¿Se siente usted sarcástico, capitán?

—Perdón, milady —dijo él sonrojándose—. Me refería a nuestros prisioneros. ¿Me permite usted que hable con cierta extensión?

—No sé lo que quiere usted decir por «cierta extensión», pero me parece que puede usted empezar —respondió ella con ira.

—Gracias. En primer lugar, milady, espero que no quitará usted

importancia a los disturbios de Florina.

—¿Qué disturbios?

—No puede usted haber olvidado el incidente de la Biblioteca.

—¿Un patrullero muerto? ¡Realmente, capitán…!

—Y un segundo patrullero muerto esta mañana, milady, y un indígena, además. No es cosa corriente que los indígenas maten patrulleros, y aquí hay uno que lo ha hecho dos veces y sigue sin haber sido detenido. ¿Es obra de un solo hombre? ¿Ha sido un accidente? ¿O forma parte de un plan cuidadosamente elaborado?

—Al parecer, cree usted esto último.

—Sí, milady. El asesino indígena tiene dos cómplices. Su descripción concuerda con nuestros dos cautivos.

—¡No lo había dicho usted nunca!

—No quería asustar a Su Excelencia. Recordará, sin embargo, que le dije repetidamente que podían ser peligrosos.

—Muy bien. ¿Qué conclusiones saca usted de esto?

—¿Y si los asesinatos de Florina no eran más que detalles accesorios destinados a llamar la atención de los escuadrones de patrulleros mientras estos dos se metían a bordo de esta nave?

—Me parece algo tan tonto…

—¿Sí? ¿Por qué huyen de Florina? No se lo hemos preguntado. Vamos a suponer que huyen de los patrulleros, puesto que ésta es la suposición más razonable. ¿Se les ocurriría elegir Sark entre todos los sitios? ¿Y en una nave que es transporte de Su Excelencia? Y, además, él pretende ser un analista del espacio.

—¿Qué hay con eso? —preguntó Samia frunciendo el ceño.

—Hace un año se comunicó la desaparición de un analista del espacio. Al hecho no se le dio nunca una gran publicidad. Yo lo supe, desde luego, porque mi nave fue una de las que navegaron por el próximo espacio en busca de rastros de la suya. Quienquiera que apoye esos desórdenes de Florina está indudablemente enterado de este hecho y el mero hecho de que la desaparición del analista del espacio les sea conocida demuestra cuán firme y sorprendentemente perfecta organización tienen.

—Podría ser que el analista desaparecido y el Terrestre no tuvieran relación alguna.

—No una relación real, indudablemente, milady. Pero no esperar relación alguna es creer en demasiadas coincidencias. Estamos tratando con un impostor. Por eso pretende haber sido psicoprobado.

—¡Oh…!

—¿Cómo podemos probar que no es el analista del espacio? No conoce ningún detalle del planeta Tierra salvo el hecho de que es radiactivo. No sabe gobernar una nave. No conoce nada del análisis del espacio. Y se cubre insistiendo en que ha sido psicoprobado. ¿No

lo ve, milady?

Samia era incapaz de dar una respuesta directa.

—Pero ¿con qué propósito…? —preguntó.

—El de que pudiese usted hacer exactamente lo que tenía intención de hacer, milady.

—¿Averiguar el misterio?

—No, milady. Llevarlo a su padre.

—No veo el objeto.

—Hay varias posibilidades. En el mejor de los casos, podía estar espiando a su padre, y proceder de Florina o posiblemente de Trantor. Imagino que el viejo Abel de Trantor vendría inmediatamente a identificarlo como Terrestre, no por otra razón que la de embarazar a Sark pidiéndole la verdad acerca de esa ficticia psicoprueba. En el peor de los casos, podría ser el asesino de su padre.

—¡Capitán!

—¿Milady…?

—¡Eso es ridículo!

—Quizá, milady. Pero si es así, el Departamento de Seguridad es ridículo también. Recordará usted que poco antes de cenar recibí un mensaje de Sark.

—Sí.

—Aquí lo tiene.

Samia cogió la delgada cinta transparente con sus letras rojas y leyó: «Se comunica que dos florinianos han tomado pasaje clandestino e ilegal en su nave. Hágase cargo de ellos inmediatamente. Uno de ellos puede pretender ser un analista del espacio y no un indígena floriniano. No debe usted tomar decisión alguna en este asunto. Se le considerará a usted responsable de esas personas. Han de estar bajo custodia hasta su entrega al Depsec. Extremo secreto. Extrema urgencia».

Samia estaba como aturdida.

—¿«Depsec»? —dijo—. Departamento de Seguridad…

—Y Extremo Secreto —dijo el capitán—. Cometo una infracción al decirle esto, pero no me ha dejado usted elección, milady.

—¿Qué le van a hacer? —preguntó ella.

—No podría decírselo con seguridad —dijo el capitán—. Por supuesto que un presunto espía y asesino no puede esperar que se le trate muy gentilmente. Es muy probable que su ficción se convierta en realidad y se entere del sabor que tiene una psicoprueba.

12
El detective

Los cuatro Grandes Nobles miraron al Señor de Fife cada cual a su manera. Bort estaba enfadado, Rune se divertía, Balle estaba contrariado y Steen, asustado.

—¿Alta traición? —dijo Rune siendo el primero en hablar—. ¿Trata quizá de asustarnos con una frase? ¿Qué significa esto? ¿Traición contra quién? ¿Contra usted? ¿Contra Bort? ¿Y quién es el traidor? Y por la salvación de Sark, Fife, estas conferencias cambian mis horas de sueño.

—El resultado puede cambiar las horas de sueño de mucha gente, Rune —dijo Fife—. No me refiero a traición contra ninguno de nosotros, sino traición contra Sark.

—¿Sark? —preguntó Bort—. ¿Y qué es Sark, sino todos nosotros?

—Llamémoslo un mito. Llamémoslo algo en lo cual los sarkitas ordinarios creen.

—No lo entiendo —dijo Steen—. Parece que tengan ustedes interés en derrotarse unos a otros. Realmente, desearía que hubiesen terminado con todo esto.

—Estoy de acuerdo con Steen —dijo Balle.

—Estoy perfectamente dispuesto a explicarme inmediatamente —dijo Fife—. Habrán oído hablar, supongo, de los recientes disturbios de Florina…

—Los despachos del Depsec hablan de varios patrulleros muertos. ¿Es a eso a lo que se refiere?

—¡Pardiez, si tenemos que celebrar una conferencia, vamos a hablar de esto! —saltó Bort con cólera—. ¡Patrulleros muertos! ¡Pues bien se lo merecen ¿Pretende decirnos que un indígena puede acercarse lo suficiente a un patrullero para acabar con él sencillamente? ¿Cómo va a dejar un patrullero que un indígena se le acerque lo suficiente para matarlo? ¿Cómo no ha sido abrasado el indígena a los veinte pasos?

»También me gustaría ver todo el cuerpo de patrulleros desde el capitán al último recluta reducidos a papilla. Todo el cuerpo no es más que un cúmulo de idiotas. Tienen una vida demasiado fácil allí. Yo digo que cada cinco años deberíamos proclamar la ley marcial en Florina y limpiarla de perturbadores. Esto mantendría a los indígenas tranquilos y a nuestros hombres en guardia.

—¿Ha terminado? —preguntó Fife.

—Por ahora, sí. Pero volveré a empezar. Es mi misión aquí, además, ya la sabe. Puede no ser importante como la suya, Fife, pero es lo suficiente como para preocuparme.

Fife se encogió de hombros y se volvió hacia Steen súbitamente.

—¿Y usted, ha oído hablar de disturbios?

—¿Eh…? Sí. Bueno, quiero decir que le he oído a usted decir…

—¿No ha leído usted los comunicados del Depsec?

—¡Hombre, pues…! —Steen parecía intensamente interesado por sus afiladas uñas con su capa cobriza exquisitamente aplicada—. No siempre tengo tiempo de leer todos los comunicados. No me creía obligado a ello. En realidad… —agarró coraje con las dos manos y miró fijamente a Fife—. No sabía que me estuviese usted dictando reglas, Fife.

—No las dicto. De todos modos, en vista de que en todo caso no conoce usted ninguno de los detalles, permítame que le haga un sumario. Los demás pueden encontrarlo interesante también.

Fue sorprendente en cuán pocas palabras podían condensarse todos los acontecimientos de cuarenta y ocho horas, y cuán insignificantes parecían. Primero hubo una inesperada referencia a las pruebas espacio-analíticas. Después el golpe en la cabeza al patrullero con una fractura de cráneo. Después la persecución que terminó en la inviolabilidad del antro de un agente de Trantor. Después, otro patrullero muerto al alba por el asesino disfrazado con el uniforme del patrullero y el agente de Trantor muerto a su vez pocas horas más tarde.

—Y si quiere el último ejemplar de noticias, puede añadir ésta a esas aparentes trivialidades —terminó Fife—. Hace unas horas un cuerpo, mejor dicho, los huesos que quedaban de un cuerpo, fueron encontrados en City Park, Florina.

—¿El cuerpo de quién? —preguntó Rune.

—Un momento, por favor. A su lado se encontró un montón de cenizas que parecían ser los restos carbonizados de telas. Todo lo que fuese metal había sido cuidadosamente retirado de allí, pero el análisis de las cenizas probó que era el resto de un uniforme de patrullero carbonizado.

—¿Nuestro amigo el impostor? —preguntó Balle.

—No es probable —dijo—. ¿Quién lo hubiera matado en secreto?

—Suicidio —dijo Bort con maldad—. ¿Hasta cuándo espera el maldito bastardo este escapar a nuestras manos? Imagino que tuvo mejor muerte así. Personalmente, averiguaré quién es el responsable de haberle dejado llegar al suicidio poniendo una carga explosiva en sus manos.

—No es probable —dijo Fife nuevamente—. Si el hombre se

suicidó, se mató primero, se quitó el uniforme, lo redujo a cenizas, quitó botones y hebillas y se liberó de ellas. O bien, primero se quitó el uniforme, lo quemó, quitó botones y hebillas, salió de la cueva desnudo, o quizás en ropa interior, regresó y se suicidó.

—¿El cuerpo estaba en una cueva? —preguntó Bort.

—En una de las cuevas ornamentales del parque, sí.

—En ese caso tuvo mucho tiempo y mucho secreto —dijo Bort en tono beligerante, porque odiaba abandonar una teoría—. Pudo quitar botones y hebillas primero, y después…

—¿Ha tratado alguna vez de quitar los galones a un uniforme que no ha sido reducido a cenizas primero? —preguntó Fife sarcásticamente—. ¿Y puede usted insinuar un motivo, si el cuerpo era el de un impostor después del suicidio? Además, tengo la memoria de los analistas médicos que estudiaron la estructura ósea. El esqueleto no es ni de un patrullero ni de un floriniano. Es de un sarkita.

—¿De veras? —exclamó Steen.

Balle abrió sus ojos fatigados; los dientes de metal de Rune, que captaban un rayo de luz aquí y allá y añadían un poco de vida al cubo de oscuridad en que estaba sentado, se desvanecieron con los brillos al cerrar Rune la boca. Incluso Bort estaba turbado.

—¿Me siguen? —preguntó Fife—. Ahora comprenden ustedes por qué el metal fue retirado del uniforme. El que mató al sarkita quería que la ceniza pareciera la de las ropas del sarkita; se quitó el uniforme y lo quemó antes de cometer la muerte, a fin de que se pudiese pensar en un suicidio o en el resultado de algún rencor privado completamente ajeno a nuestro amigo el patrullero-impostor. Lo que no sabía era que el análisis de la ceniza podía distinguir el kyrt de las ropas sarkitas de la celulita de los uniformes de los patrulleros, incluso cuando los botones y galones se han quitado. Ahora bien, dada la ceniza de un uniforme patrullero y el cuerpo de un sarkita muerto, sólo podemos suponer que en alguna parte de Ciudad Alta vive un Edil con ropas sarkitas. Nuestro floriniano, después de haberse hecho pasar por patrullero un tiempo suficiente, y considerando el peligro demasiado grande y creciendo por momentos, decidió convertirse en Noble. Y lo hizo como pudo.

—¿Lo han encontrado? —preguntó Bort rápidamente.

—No.

—¿Por qué no? ¡Por Sark! ¿Por qué no?

—Lo encontrarán —dijo Fife indiferente—. De momento tenemos cosas más importantes de qué preocuparnos. La última atrocidad es una bagatela en comparación.

—¡Vamos al grano! —insistió Rune.

—¡Paciencia! Primero déjenme que les pregunte si recuerdan ustedes al analista desaparecido el año pasado.

Steen se echó a reír.

—¿Otra vez eso? —preguntó Bort con profundo desprecio.

—La explosión de ayer y anteayer —prosiguió Fife imperturbable— empezó con la demanda de referencias de ciertos libros sobre el análisis del espacio en la Biblioteca de Florina. Para mí es una relación que me basta. Vamos a ver si consigo que vean ustedes también la relación. Empezaré por describir a las tres personas relacionadas con el incidente de la biblioteca y les ruego que por algún tiempo no me interrumpan.

»Ante todo, tenemos un Edil. Es el más peligroso de los tres. En Sark tenía una excelente ficha como hombre inteligente y digno de confianza. Desgraciadamente ahora ha empleado sus facultades contra nosotros. Es indudablemente el responsable de las cuatro muertes. Es un buen promedio para un hombre solo. Considerando que las cuatro muertes incluyen dos patrulleros y un sarkita, es increíble por parte de un indígena, y sigue en libertad.

»La segunda persona afectada es una mujer indígena. Carece de educación y de importancia. Sin embargo, durante los dos últimos días se ha procedido a una minuciosa búsqueda en todas las facetas de este caso y conocemos su historia. Sus padres eran miembros del «Alma de Kyrt», si es que alguno de ustedes recuerda aquella ridícula conspiración campesina que fue barrida sin complicaciones hará unos veinte años.

»Esto nos lleva a la tercera persona, la más extraordinaria de las tres. Esta tercera persona era un vulgar obrero del molino y un idiota.

Dos ruidosas expulsiones de respiración se oyeron en boca de Bort y Steen. Los ojos de Balle seguían cerrados y Rune permanecía inmóvil en la oscuridad.

—La palabra idiota —prosiguió Fife no se emplea aquí simbólicamente. El Depsec se ha lanzado implacablemente tras él, pero su historia sólo puede rastrearse de unos diez meses a esta parte. Se le encontró en un pueblecito cercano a la metrópoli principal de Florina en estado de completa inconsciencia. No podía hablar ni andar. No sabía siquiera comer solo.

»Ahora, anoten bien esto, su primera aparición tiene lugar pocas semanas después de la desaparición del analista del espacio. Observen, además, que, al cabo de unos meses, aprendió a caminar e incluso a desempeñar un cargo en la fábrica de kyrt. ¿Qué idiota sería capaz de aprender tan deprisa?

—Realmente —interrumpió Steen con afán—, si fue sometido en serio a la prueba psíquica, podía dejarlo en aquel estado… —Su voz fue desvaneciéndose.

—No conozco mayor autoridad en la materia —dijo Fife irónicamente—. Incluso sin la autorizada opinión de Steen, sin

embargo, se me había ocurrido ya esa idea. Era la única explicación posible.

»Ahora bien, la prueba psíquica sólo pudo tener lugar en Sark o en la Ciudad Alta de Florina. Por una simple razón de meticulosidad se visitaron todos los consultorios de los médicos de Ciudad Alta. No se encontró rastro del menor aparato de psicoprueba no autorizado. Entonces uno de nuestros agentes tuvo la idea de revisar las notas de todos los médicos que habían muerto desde la primera aparición del idiota… Me ocuparé de que sea ascendido por haber tenido esta idea.

»Encontraron el rastro de nuestro idiota en uno de los registros de estos dispensarios. Lo había llevado para un control psíquico hace unos seis meses esa campesina que es el segundo personaje de nuestro trío. Aparentemente se hizo en secreto, ya que ella estaba ausente de su trabajo aquel día con un pretexto completamente distinto. El doctor examinó al paciente y anotó la prueba definitiva de que le habían psicoprobado.

»Ahora viene el punto interesante. El doctor era uno de estos que tienen un dispensario en Ciudad Alta y otro en Ciudad Baja. Era uno de esos idealistas que creen que los indígenas merecen cuidados médicos de primera clase. Era un hombre metódico que conservaba anotaciones duplicadas en ambos dispensarios a fin de evitarse el doble recorrido en ascensor. Complacía también su idealismo, imagino, no diferenciar en sus ficheros entre los sarkitas y los florinianos. Pero la ficha del idiota en cuestión no estaba duplicada, y era la única ficha no duplicada.

»¿Por qué tenía que ser así? Si, por alguna razón, había decidido no hacer el duplicado de esa visita, ¿por qué tenía que aparecer solamente en los ficheros de Ciudad Alta que es donde apareció? ¿Por qué no en Ciudad Baja, que es donde no aparecía? Después de todo, ese hombre era floriniano. Le había llevado una floriniana. Había sido examinado en Ciudad Baja. Todo eso estaba claramente consignado en la ficha que encontramos.

»No hay más que una respuesta para este intrigante punto. La anotación fue debidamente consignada en ambas fichas, pero fue destruida en la Ciudad Baja por alguien que ignoraba que quedaría la anotación en el fichero de Ciudad Alta. Pero sigamos.

»Añadida a la anotación de reconocimiento del idiota estaba la anotación definitiva que incluía el diagnóstico de este caso en la memoria reglamentaria del doctor para el Depsec. Esto era completamente correcto. Todo caso de psicoprueba puede incluir un criminal o incluso un subversivo. Pero esa anotación no se hizo nunca. El doctor murió en el plazo de una semana de un accidente de tránsito.

»Las coincidencias sobrepasan la verosimilitud, ¿no?

Balle abrió los ojos y dijo:

—Nos está usted contando una novela policíaca.

—¡Sí! —exclamó Fife con satisfacción—. Una novela policíaca. Y de momento yo soy el detective.

—¿Y quién es el acusado? —preguntó Balle con voz cansada.

—Todavía no. Déjeme hacer de detective un poco más.

En un momento crítico que Fife consideraba el más peligroso que había atravesado Sark, descubría que se estaba divirtiendo inmensamente.

—Examinemos la historia por el otro extremo —prosiguió—. Olvidemos de momento al idiota y volvamos al analista del espacio. Lo primero que he oído de él es la notificación de la Oficina de Transportes de que su nave aterrizará en breve. Un mensaje suyo recibido anteriormente acompaña esta notificación.

»El analista del espacio no llega nunca. No se le localiza en ningún punto del espacio. Más aún, el mensaje expedido por el analista, que fue retransmitido a BuTrans, desaparece. El CAEI pretende que ocultábamos deliberadamente el mensaje. El Depsec creía que estaban inventando un mensaje ficticio con fines propagandísticos. Ahora se me ocurre pensar que ambos estábamos equivocados. El mensaje había sido entregado pero no lo había ocultado el gobierno de Sark.

»Inventemos ahora un desconocido y de momento llamémoslo X, que tiene acceso a los archivos del BuTrans. Se entera del asunto del analista del espacio y su mensaje, y tiene cerebro y posibilidad de obrar rápidamente. Se las arregla para mandar un subeterograma secreto a la nave del analista, dando instrucciones de que aterrice en algún pequeño campo privado. El analista del espacio lo hace así y lo encuentra allí.

»X lleva el mensaje fatal del analista. Para ello puede haber dos razones. Primero, creará la confusión en los posibles intentos de investigación eliminando una prueba importante. Segundo, servirá quizá para ganar la confianza del analista del espacio. Si el analista del espacio considera que sólo puede hablar con los superiores de su ramo, X puede persuadirle de que se confíe a él probándole que está ya en posesión de lo más esencial de la historia.

»Indudablemente el analista habló. Por muy incoherente, loco, y en general incomprensible que lo que dijo pudiese ser, X reconoció en ello un excelente medio de propaganda. Entonces mandó su carta de chantaje a los Nobles, a nosotros. Su procedimiento, tal como él lo planteó, fue, es muy probable, precisamente el que yo atribuí a Trantor en aquel tiempo. Si no aceptábamos sus condiciones, pensaba destruir la producción floriniana propagando rumores de destrucción hasta forzar a la rendición.

»Pero entonces se produjo el primer error de cálculo. Más tarde estudiaremos exactamente en qué consistió. En todo caso, comprendió que tenía que esperar antes de seguir adelante. Esperar, sin embargo, suponía una complicación. X no daba crédito a la historia del analista del espacio, pero no cabe la menor duda de que el analista era totalmente sincero. X tendría que arreglar las cosas de forma que el analista estuviese de acuerdo en dejar a un lado su “maldición”.

»El analista del espacio no podía hacer tal cosa a menos que su ya embrollada mente quedase fuera de servicio. X hubiera podido matarlo, pero soy de la opinión de que el analista le era necesario como fuente de futuras informaciones (después de todo, no sabía personalmente una palabra de análisis del espacio y no podía llevar a buen fin un chantaje fructífero cuando no era más que un “bluff”) y, quizá, como rehén en caso de un fracaso definitivo. Después del tratamiento, no tenía ya en sus manos un analista del espacio, sino un completo idiota que no podía causarle ninguna complicación por algún tiempo. Y al cabo de algún tiempo recobraría sus sentidos.

»¿El próximo paso? Tenía que cerciorarse de que durante el año de espera el analista del espacio no sería localizado, que nadie de importancia lo vería, ni aun en su papel de idiota, y procedió con una magistral simplicidad. Se llevó a su hombre a Florina y durante un año el analista del espacio no fue más que un indígena medio idiota que trabajaba en los molinos de kyrt.

»Imagino que durante aquel año, él, o algún subordinado de confianza, debió visitar la población donde habían “probado” al pobre hombre, para ver si estaba seguro y en relativa buena salud. Durante una de estas visitas se enteró, de alguna manera, de que habían llevado al pobre hombre a un médico que sabía distinguir un paciente sometido a una psicoprueba cuando lo tenía delante. El médico murió y su fichero desapareció, por lo menos del dispensario de Ciudad Baja. Éste fue el primer error de cálculo de X. Jamás se le ocurrió pensar que en el dispensario de Ciudad Alta pudiese haber un duplicado.

»Y entonces vino el segundo error de cálculo. El idiota empezó a recobrar la razón demasiado pronto y el Edil de la Ciudad tenía suficiente inteligencia para comprender que en él había algo más que un simple demente. Quizá la muchacha que se ocupaba del idiota le hablase al Edil de la psicoprueba. Es una simple suposición.

»Y ya saben ustedes la historia.

Fife dio una fuerte palmada y esperó la reacción.

Rune fue el primero en hablar. En su oscuro cubículo se había encendido la luz un momento antes y estaba sentado parpadeando y sonriente.

—Y ha sido una historia pasablemente aburrida, Fife. Un momento más y me quedo dormido.

—Por lo que puedo ver —intervino Balle lentamente—, ha edificado usted una estructura tan insustancial como la del año pasado. Hay un noventa por ciento de suposiciones.

—¡Qué tontería! —exclamó Bort.

—¿Y quién es X, entonces? —preguntó Steen—. Si no sabe usted quién es X, todo lo demás no tiene sentido —y bostezó delicadamente, tapándose sus pequeños dientes blancos con el índice doblado.

—Por lo menos uno de ustedes ve el punto esencial del problema —dijo Fife—. La identidad de X, en efecto, es el punto crucial del asunto. Consideren ustedes las características que X tendría que poseer si mi análisis es correcto.

»En primer lugar, X es un hombre que está en contacto con los Servicios Civiles. Es un hombre que puede hacer practicar una psicoprueba. Es un hombre que cree poder montar una campaña fructífera de chantaje. Es un hombre que se puede llevar a un analista del espacio de Sark a Florina sin dificultades. Es un hombre que puede tramar la muerte de un doctor en Florina. No es un don nadie, ciertamente.

»En una palabra, es definitivamente “alguien”. Podría ser un Gran Noble ¿No lo creen ustedes?

Bort se levantó. Su cabeza desapareció y volvió a sentarse. Steen estalló con una risa histérica. Los ojos de Rune, medio ocultos en la pulpa de la grasa que los rodeaba, brillaron febriles. Balle movía lentamente la cabeza.

—Por la salvación del Espacio, ¿a quién está usted acusando, Fife?

—A nadie todavía —respondió sin inmutarse—. A nadie específicamente. Mírenlo ustedes de esta manera. Aquí somos cinco. Ningún otro habitante de Sark pudo hacer lo que hizo X. Sólo nosotros cinco. Esto puede darse por admitido. ¿Cuál de los cinco es? Para empezar, no soy yo.

—Podemos creerle bajo palabra, ¿verdad? —preguntó Rune.

—No tiene usted que creerme bajo palabra —respondió Fife—. Soy el único aquí que no tiene móvil. El móvil de X es conseguir el control de la industria del kyrt. Yo lo tengo. Poseo un tercio de las tierras cultivables de Florina. Mis molinos, talleres mecánicos y flota comercial es lo bastante predominante como para echar a cualquiera de ustedes de esta industria si quisiera. No acudiría a un chantaje complicado.

Sus gritos dominaban las voces de todos los demás.

—¡Escúchenme! Todos los demás tienen motivos. Rune posee el continente más pequeño y el menor número de acciones. Sé que no le gusta. No puede fingir lo contrario. El linaje de Halle es más antiguo. Hubo un tiempo en que su familia gobernaba todo Sark.

Probablemente no lo habrá olvidado. Pero le ofende perder siempre en las votaciones del consejo y no puede, por lo tanto, dirigir los negocios en su territorio de la manera absoluta y autoritaria que quisiera. Steen tiene gustos caros y sus finanzas están en mal estado. La necesidad de recuperarse es muy imperativa. Ya lo ven. Todos los motivos Posibles. Envidia. Ansia de poder. Codicia de dinero. Cuestión de prestigio. Ahora, ¿cuál de ustedes es?

En los ojos de Halle relució una centella de malicia.

—¿No lo sabe?

—No tiene importancia. Ahora escuchen esto. He dicho que algo asustó a X (sigamos todavía llamándolo X) después de sus primeras cartas. ¿Saben ustedes lo que fue? Fue nuestra primera conferencia en la que hablé de la necesidad de una acción conjunta. X estaba presente. Era, y es, uno de nosotros. Sabe que la acción conjunta significa el fracaso para él. Había contado con ganarnos porque sabe que nuestro rígido ideal de autonomía continental nos alentará hasta el último momento y más allá aún. Vio que se había equivocado y decidió esperar hasta que la sensación de urgencia hubiese desaparecido y pudiese actuar de nuevo.

»Pero sigue equivocándose. Seguiremos empleando la acción conjunta y hay una única forma de hacerlo con seguridad, considerando que X es uno de nosotros. La autonomía continental ha llegado a su fin. Es un lujo que no podemos ya permitirnos, porque los planes de X sólo terminarán con el fracaso económico del resto de nosotros o la intervención de Trantor. Yo, personalmente, soy el único en quien puedo confiar, de manera que a partir de ahora presido un Sark unido. ¿Están ustedes conmigo?

Se levantaron todos de sus asientos, gritando. Bort agitaba su puño. Un poco de espuma se le escapaba por la comisura de los labios.

Físicamente, no podían hacer nada. Fife sonreía. Cada uno de ellos estaba a un continente de distancia. Podía seguir sentado detrás de su mesa y verles echar espuma.

—No tienen ustedes elección —dijo—. En el año transcurrido desde nuestra primera conferencia he hecho también mis preparativos. Mientras asistían ustedes tranquilamente a la conferencia, escuchándome, oficiales leales a mí se han apoderado de la flota.

—¡Traición! —gritaron todos.

—Traición a la autonomía continental —respondió Fife—. Lealtad a Sark.

Los dedos de Steen se entrelazaban nerviosamente y sus cobrizas puntas eran la única mancha de color de su piel.

—¡Pero está X! ¡Incluso si X es uno de nosotros, hay tres inocentes! ¡Yo no soy X! —dijo dirigiendo una mirada circular de cólera a los demás.

—Aquellos de ustedes que son inocentes formarán parte de mi gobierno si quieren. No tienen nada que perder.

—¡Pero no dice usted quién es inocente! —exclamó Bort— Tiene que apartarnos del asunto de… —se detuvo jadeante.

—No lo haré. En el plazo de veinticuatro horas sabré quién es X. No les he dicho una cosa. El analista del espacio de que les he hablado está ahora en mi poder.

Reinó el silencio. Se miraban unos a otros con suspicacia y recelo.

—Se están preguntando cuál de nosotros es X —dijo Fife riéndose —. Uno de los cinco lo sabe, estén seguros de ello. Y dentro de veinticuatro horas lo sabremos todos. Y ahora métanse ustedes bien en la cabeza que no pueden hacer nada. Las naves son mías. ¡Buenos días! —Hizo un gesto de despedida.

Uno tras otro fueron desapareciendo como estrellas en las profundidades del vacío borradas de la pantalla de visión por el paso de una división del espacio.

Steen fue el último en desaparecer.

—Fife… —dijo con voz trémula.

—¿Sí? —dijo Fife levantando la vista—. ¿Quiere confesarse ahora que estamos los dos solos? ¿Es usted X?

El rostro de Steen se contorsionó alarmado.

—¡No, no, de verdad! Quería únicamente preguntarle si hablaba usted en serio…, sobre lo de la economía continental, me refiero. ¿Es de veras?

Fife miró el viejo cronómetro de la pared.

—¡Buenos días!

Steen se estremeció. Tendió la mano hacia el botón contacto y también desapareció.

Fife permanecía sentado, pétreo e inmóvil. Terminada la conferencia y el calor de la crítica situación, la depresión se apoderaba de él. Su boca sin labios formaba como un severo hueco en su ancho rostro.

Todos sus cálculos empezaban con un hecho determinado; de que el analista del espacio estaba loco no cabía duda. Pero todo aquello había ocurrido por culpa de un loco. ¿Se habría pasado Junz, del CAEI, un año buscando a un loco?

¿Habría sido tan obstinado en su caza tras de los fantasmas? Esto no se lo había dicho Fife a nadie. Apenas si se atrevía a compartir ese conocimiento con su propia alma. ¿Y si el analista del espacio no había estado nunca loco? ¿Y si la destrucción se balanceaba sobre el mundo del kyrt?

El secretario floriniano apareció delante del Gran Noble; su voz

era seca e incolora.

—¿Qué ocurre?

—La nave de su hija ha aterrizado.

—¿Están sin novedad el analista del espacio y la indígena?

—Sí, señor.

—Que nadie les interrogue en mi ausencia. Que se mantengan incomunicados hasta que yo llegue… ¿Hay noticias de Florina?

—Sí, señor. El Edil está detenido y lo traen a Sark.

13
El yachtman

Las luces del puerto iban aumentando de intensidad a medida que se oscurecía el crepúsculo. En ninguna hora del día la iluminación se apartaba de la normal establecida para la última hora de la tarde. En el Puerto 9, como en todos los demás puertos de yates de Ciudad Alta, era de día durante toda la rotación de Florina. La intensidad de la luz podía adquirir una brillantez inusitada bajo el sol de mediodía, pero ése era el único cambio.

Marjis Genro podía decir que el día propiamente dicho había terminado porque al entrar en el puerto había dejado tras él las luces de colores de la Ciudad. Éstas brillaban con el cielo que iba oscureciendo, pero no tenían la pretensión de sustituir el día.

Genro se detuvo en la entrada principal y no pareció quedar en lo más mínimo impresionado por la gigantesca herradura con las tres docenas de hangares y cinco pozos de despegue. Formaban parte de él como formaban parte de cualquier navegante experimentado.

Sacó un cigarrillo de color violeta con el extremo envuelto en una delicada película de kyrt plateado y se lo puso en los labios. Protegió con sus manos juntas el extremo exterior y le vio cobrar una vida verdosa mientras inhalaba. Ardía lentamente y no dejaba ceniza. Un humo esmeralda salía por los agujeros de su nariz.

—¡Todo como siempre! —murmuró.

Un miembro del club vestido de yachtman, sólo con una discreta letra en el único botón de la guerrera para indicar que era miembro del comité, se había adelantado para recibir a Genro, evitando cuidadosamente dar una sensación de prisa.

—¡Ah, Genro! ¿Y por qué no estaría todo al corriente?

—¡Hola, Doty! Sólo estaba pensando que, con todo este alboroto que arma, a algún brillante cerebro se le podría ocurrir cerrar los puertos. Gracias a Sark no ha sido así.

—Todavía puede ocurrir, ¿sabes? —dijo el miembro del comité—. ¿Conoces la última?

—¿Cómo puedes decir si es la última o la penúltima? —dijo Genro.

—Bien. ¿Te has enterado de que lo del indígena ya es definitivo? ¡El asesino!

—¿Quieres decir que lo han detenido? No lo sabía.

—No, no lo han detenido. Pero ya saben que no está en Ciudad Baja.

—Pues… ¿dónde está entonces?

—En Ciudad Alta. Aquí.

—¡Vamos…! —dijo Genro abriendo los ojos con incredulidad.

—Pues sí —dijo el miembro del comité, un poco ofendido—. Estoy seguro. Los patrulleros andan rondando arriba, y abajo por Kyrt Highway. Han cercado City Park y usan Central Arena como punto de coordinación. Todo eso es auténtico.

—Bien, quizá. —Los ojos de Genro recorrían las naves, inmóviles en sus hangares—. No había estado en el 9 desde hacía meses. ¿Hay alguna nave nueva aquí?

—No. Bueno, sí, está el Flame Arrow de Hjordes.

—Ya la he visto —dijo Genro moviendo la cabeza—. No es más que cromo y nada más. Me molesta pensar que tendré que acabar diseñando la mía.

—¿Vas a vender Comet V?

—Venderlo o desguazarlo. Estoy cansado de estos últimos módulos. Son demasiado automáticos. Con sus relevos automáticos y sus compensadores de trayectoria están matando el deporte.

—He oído decir lo mismo a otros —asintió el miembro del comité —. Si oigo hablar de algún viejo modelo en venta, te avisaré.

—Gracias. ¿Te importa que dé una vuelta por aquí?

—De ninguna manera. Ve —dijo el otro; y saludándolo con un gesto de la mano se alejó.

Genro emprendió su visita con el cigarrillo medio consumido en un lado de la boca. Se detuvo en cada hangar ocupado estudiando atentamente su contenido.

En el hangar 26 desplegó un más profundo interés. Se inclinó sobre la valla baja e interpeló:

—¡Oiga…! —Lo hizo en tono de perfecta cortesía, pero al cabo de unos instantes tuvo que repetirlo con más fuerza y menos cortesía.

El hombre que apareció no tenía un aspecto impresionante. En primer lugar no llevaba uniforme de yachtman.

En segundo, necesitaba afeitarse y la repelente gorra que llevaba se inclinaba sin la menor elegancia. Parecía cubrir la mitad de su rostro. Finalmente, adoptaba una actitud de peculiar y sospechosa cautela.

—Soy Marjis Genro —dijo éste—. ¿Es suya esta nave?

—Sí, señor —respondió el hombre fríamente.

Genro no hizo caso de su tono. Echó la cabeza atrás y estudió cuidadosamente las líneas de la nave. Se quitó lo que quedaba del cigarrillo de los labios y lo lanzó al aire. No había alcanzado todavía la máxima altura de su arco cuando con un leve destello se

desvaneció.

—¿Le importaría que entrase? —preguntó Genro.

El hombre vaciló un instante y se echó a un lado. Genro entró.

—¿Qué clase de motor lleva esta embarcación? —preguntó.

—¿Por qué lo pregunta usted?

Genro era alto, tenía la piel y los ojos oscuros y llevaba el cabello encrespado y corto. Le pasaba al otro media cabeza, y su sonrisa dejaba aparecer unos dientes blancos y espaciados.

—Para serle completamente franco —respondió—, deseo comprar una nueva embarcación.

—¿Quiere usted decir que le interesa ésta?

—No sé. Algo por este estilo, quizá, si el precio es justo. Pero no sé si le molestaría que mirase los controles y motores…

El hombre permanecía silencioso. La voz de Genro adquirió un tono más frío.

—Como quiera, desde luego… —Y dio media vuelta.

—Quizá vendería… —dijo el hombre. Buscó en sus bolsillos—. Aquí está la patente —añadió.

Genro la examinó por todas partes con ojos experimentados.

—¿Es usted Deamone? —preguntó devolviéndosela.

El hombre asintió.

—Puede usted entrar si quiere.

Genro examinó brevemente el gran cronómetro de a bordo, las palancas fosforescentes que relucían brillantemente incluso bajo la luz del día que indicaba la segunda hora después de la puesta de sol.

—Gracias. ¿Quiere mostrarme el camino?

El hombre buscó nuevamente en sus bolsillos y le tendió un manojo de llaves.

Subieron la corta rampa que llevaba a la compuerta de aire y entraron. Lenta y silenciosamente, la compuerta se abrió y Genro penetró en la oscuridad. La luz roja de la compuerta se encendió automáticamente mientras la puerta se cerraba tras ellos. La puerta interior se abrió y mientras entraban en la nave se encendieron las luces blancas en toda su longitud.

Myrlyn Terens no tenía elección. No recordaba ya los remotos tiempos en que la palabra «elección» existía.

Durante largas y desesperadas horas había estado cerca de la nave de Deamone esperando e incapaz de hacer otra cosa. Hasta entonces no le había llevado a nada. No veía que pudiese llevarle a otra cosa que a su detención.

Y entonces aquel desconocido había llegado para mirar la nave. Tratar siquiera con él era una locura. Le sería imposible mantener la

impostura estando en contacto con él. Pero tampoco podía permanecer donde estaba.

Por lo menos en el interior de la nave podía haber comida. Era extraño que no se le hubiese ocurrido antes. Y la había.

—Es cerca de la hora de cenar —dijo Terens—. ¿Querría usted comer algo?

El desconocido no le había mirado ni por encima del hombro.

—Pues…, quizá más tarde. Gracias.

Terens no insistió. Le dejó estudiar la nave y se dedicó a la carne envasada y las frutas envueltas en celulita.

Bebió con sed. Frente a la cocina había una ducha. Se encerró en ella y se duchó. Era un placer poderse quitar aquel gorro, aunque fuese temporalmente. Encontró incluso un estrecho armario en el que pudo cambiarse de ropa.

Cuando Genro regresó era mucho más dueño de sí mismo.

—Oiga, ¿le importaría que pilote? —dijo.

—No hay inconveniente. ¿Sabe usted gobernar este modelo? —preguntó Terens con una perfecta imitación de la indiferencia.

—Así lo creo —dijo el otro con una sonrisa—. Me vanaglorio de poder gobernar cualquier tipo de nave normal. De todos modos, me he tomado la libertad de llamar a la torre de control y hay un pozo de despegue disponible. Aquí tiene usted mi título de navegante si quiere examinarlo antes de que salga.

Terens le dirigió una mirada tan breve como la que Genro había dirigido al suyo.

—Los controles son suyos —dijo.

La nave salió del hangar deslizándose como una ballena aérea, avanzando lentamente, limpiando tres pulgadas de profundidad de la arcilla del campo con su casco diamagnético.

Terens observaba a Genro manejar los controles con una precisión matemática. La nave era un ser vivo bajo sus manos. La reducida imagen del campo reflejada en el visor cambiaba con cada maniobra y cada contacto.

La nave se detuvo asomando la punta en el pozo de lanzamiento. El campo diamagnético iba extendiéndose progresivamente hacia la proa de la nave que empezaba a elevarse. Terens no se dio cuenta de ello cuando la cabina del piloto giró sobre aros de suspensión universal para alcanzar la gravedad de lanzamiento.

Majestuosamente los rebordes laterales de la nave encajaron con las ranuras del pozo. Se mantuvo erguida, señalando el cielo.

La tapa de duralita del pozo de lanzamiento retrocedió en su encaje mostrando la superficie neutralizada de cien yardas de profundidad que recibía las primeras descargas de energía de los motores hiperatómicos.

Genro mantenía un misterioso cambio de información con la torre de control. Finalmente, dijo:

—Diez segundos para el lanzamiento…

Una columna roja ascendente del interior de un tubo de cuarzo iba marcando los segundos transcurridos. Al establecer el contacto el primer empuje de energía les echó atrás.

Terens sintió que aumentaba de peso y empujaba contra el asiento, y el pánico se apoderó de él.

—¿Cómo va eso?

Genro parecía insensible a la aceleración. Su voz tenía la entonación natural cuando contestó:

—Moderadamente bien.

Terens se echó atrás en su asiento tratando de abandonarse a la presión, contemplando las estrellas en el visor, mientras se iban haciendo duras y brillantes a medida que la atmósfera se desvanecía entre la nave y ellas. El kyrt que llevaba tocando a la piel estaba frío y húmedo.

Estaban ya en el espacio. Genro iba poniendo la nave a su marcha normal. Terens hubiera sido incapaz de darse cuenta de ello, pero veía las estrellas cruzar rápidamente el visor mientras los afilados dedos del yachtman manejaban los controles como si fuesen las teclas de algún instrumento musical. Finalmente, el voluminoso segmento anaranjado de un globo llenó la clara superficie del visor.

—No está mal —dijo Genro—. Tiene usted la nave en buen estado, Deamone. Es pequeña, pero tiene sus cualidades.

—Supongo que querrá usted comprobar su velocidad y su capacidad de salto —dijo Terens cautelosamente—. Puede hacerlo si quiere, no tengo inconveniente.

—Muy bien —asintió Genro—. ¿Dónde propone usted que vayamos? ¿Qué le parece…? —Vaciló, y por fin dijo—: Bien…, ¿por qué no Sark?

La respiración de Terens se aceleró ligeramente. Lo había esperado. Estaba a punto de creer que vivía en un mundo de magia. Era curioso cómo las cosas forzaban sus actos, aun sin darse cuenta de ello. No hubiera sido difícil convencerle de que no eran las «cosas», sino el destino el que dictaba las jugadas. Su infancia se había desarrollado en la superstición de que los Nobles se criaban entre los indígenas y estas cosas son difíciles de dominar. En Sark estaba Rik, con su memoria, a la que iba recuperando. El juego no había terminado.

—¿Por qué no, Genro? —dijo con calor.

—A Sark, pues —dijo Genro.

Con el aumento de velocidad el globo de Florina desapareció del campo visual del visor y reaparecieron las estrellas.

—¿Cuál es su mejor recorrido Sark-Florina? —preguntó Genro.

—Nada que haya batido el récord. Un tiempo medio.

—¿Entonces lo ha hecho en menos de seis horas?

—En alguna ocasión, sí.

—¿Tiene algún inconveniente en que pruebe de hacerlo en cinco?

—Ninguno —dijo Terens.

Se necesitaron horas para alcanzar un punto suficientemente alejado de la distorsión de la masa estelar del espacio para hacer posible el salto.

Terens encontraba aquel estado de vigilia una tortura. Aquélla era la tercera noche que no había dormido, o muy poco, y la tensión de los días acentuaba la falta de reposo. Genro le miró de soslayo.

—¿Por qué no se duerme?

Terens hizo un esfuerzo por dar una expresión de vivacidad a sus cansados músculos faciales.

—No es nada –dijo—. Nada…

Bostezaba prodigiosamente y se excusó sonriendo. El yachtman volvió a sus instrumentos y los ojos de Terens se nublaron de nuevo.

Los asientos de las naves del espacio son cómodos por necesidad. Tienen que proteger a las personas contra la aceleración. Un hombre que no esté particularmente cansado puede con mucha facilidad quedarse dormido en ellos. Terens, que hubiera sido capaz de dormir sobre un montón de cristal roto, no se enteró nunca de que hubiesen pasado la línea fronteriza.

Durmió apacible y profundamente. No se movía; no daba más signo de vida que su acompasada respiración cuando le quitaron el casco de la cabeza.

Se despertó lentamente. Durante varios minutos no tuvo la menor noción de dónde se encontraba. Creyó estar de nuevo en su casa de Edil. La verdadera situación fue apareciendo paulatinamente en su cerebro. Pudo incluso sonreír a Genro, que seguía atento a sus controles, y decirle:

—Me parece que me he quedado dormido.

—Me parece que sí. Aquí está Sark —dijo Genro señalando un amplio creciente blanco en el visor.

—¿Cuándo aterrizamos?

—Cosa de una hora…

Terens estaba lo bastante despierto ya para observar un cambio de actitud en su compañero. Fue para él una impresión que lo dejó helado darse cuenta de que el objeto de acero gris que Genro tenía en

la mano resultaba ser el afilado cañón de una pistola-aguja.

—¿Qué diablos…? —dijo Terens poniéndose de pie.

—¡Siéntese! —dijo Genro lentamente. En la otra mano llevaba un casco craneal.

Terens se llevó la mano a la cabeza y vio que sus dedos sólo agarraban su cabello arenoso.

—Sí —dijo Genro—. La cosa está clara. Eres un indígena.

Terens le miraba sin decir nada.

—Sabía que eras un indígena incluso antes de entrar en la nave del pobre Deamone.

Terens tenía la boca seca como el algodón y le ardían los ojos. Miraba el diminuto orificio del cañón de la pistola de aguja y esperaba ver salir de él de un momento a otro un destello silencioso. Había llegado lejos, muy lejos…, y al final había perdido la partida.

Genro no parecía tener prisa. Seguía sosteniendo su pistola de aguja y sus palabras mantenían la misma calma.

—Tu error básico, Edil, fue creer que podías burlar indefinidamente a una policía organizada. Aun así, habrías obrado mucho mejor si no hubieses fijado tu desafortunada elección en Deamone como víctima.

—No le elegí.

—Entonces llámalo mala suerte. Alstare Deamone estaba en City Park hace unas doce horas esperando a su mujer. No había otra razón más que la sentimental para que se encontrase allí accidentalmente y cada año se encontraban en el mismo lugar el día del aniversario de su encuentro. Esta especie de ceremonia entre maridos y mujeres casados no tiene nada de original, pero a ellos les parecía importante. Desde luego, Deamone no pensó jamás que lo solitario de aquel lugar pudiese hacerle fácil víctima de un crimen. ¿Quién hubiera creído eso en Ciudad Alta?

»Era una secuencia normal de acontecimientos que el crimen hubiese podido no descubrirse hasta al cabo de varios días, pero la esposa de Deamone se encontraba en el lugar del suceso a la media hora de haber ocurrido. El hecho de que su marido no estuviese allí la sorprendió. No era hombre, dijo, de marcharse furioso porque ella se hubiese retrasado unos instantes. Le ocurría con frecuencia. Debió incluso suponerlo. Se le ocurrió pensar que podía estar esperándola dentro de “su cueva”.

»Deamone había estado esperándola fuera de “su cueva”, en efecto. Era la más cercana al lugar de la agresión y aquella a la que arrastraron su cuerpo. Su mujer entró en la cueva y encontró…, en fin, ya sabes lo que encontró. Consiguió comunicar la noticia al Cuerpo de Patrulleros a través de nuestras oficinas del Depsec, pese a que se expresaba casi incoherentemente por la emoción.

»¿Qué impresión produce, Edil, matar a un hombre a sangre fría y dejar el cuerpo para que lo encuentre su mujer en un lugar lleno de románticos recuerdos para ambos?

Terens se ahogaba. Trató de respirar a través de un rojo velo de rabia y decepción.

—Vosotros los sarkitas habéis matado millones de florinianos. Mujeres, niños. Os habéis enriquecido a costa de nosotros. Este yate…

Fue todo lo que pudo decir.

—Deamone no tenía la responsabilidad del estado de cosas que encontró al nacer —dijo Genro—. Si hubieses nacido sarkita, ¿qué hubieras hecho? ¿Renunciar a tus tierras, si las tenías, e ir a trabajar a los campos de kyrt?

—Bien, entonces, dispara —dijo Terens—. ¿A qué esperas?

—No hay prisa. Tenemos mucho tiempo para poder terminar mi historia. No estábamos seguros de la identidad de la víctima ni de la del asesino, pero había grandes probabilidades de que fueseis Deamone y tú. Nos parecía claro porque las cenizas que encontramos al lado del cuerpo eran las del uniforme de patrullero que usabas para disfrazarte de sarkita. Nos parecía además probable que fueses hacia el yate de Deamone. No exageres nuestra estupidez, Edil.

»La cosa era todavía más compleja. Eras un hombre desesperado. Hubiera sido insuficiente encontrar tu pista. Ibas armado y sin duda te hubieras suicidado si te hubiésemos acorralado. Esto era lo que no queríamos. Te necesitaban en Sark y te necesitaban en buen estado.

»A mi modo de ver era un asunto particularmente delicado y necesitaba convencer al Depsec de que podía resolverlo yo solo y llevarte a Sark sin ruido ni dificultad. Tendrás que reconocer que eso es precisamente lo que estoy haciendo.

»Para decirte la verdad, te confesaré que al principio me preguntaba si eras nuestro hombre. Ibas vestido con las ropas corrientes de los empleados de los puertos del espacio. Era de un mal gusto increíble. A nadie se le ocurriría, pensé, suplantar a un yachtman sin el traje adecuado. Pensé que lo hacías deliberadamente, llevándonos a detenerte a ti mientras el verdadero culpable se escapaba en otra dirección.

»Vacilé y te sometí a otras pruebas. Traté de usar una llave equivocada de la nave. No hay nave inventada que se abra por la parte derecha de la compuerta de aire. Se abren siempre e invariablemente por el lado izquierdo. No mostraste ninguna sorpresa ante mi error. Ni la más mínima. Entonces pregunté si habías hecho el recorrido Sark-Florina en menos de seis horas y contestaste que, ocasionalmente, sí. Era extraordinario. El récord de duración mínima es de 9 horas.

»Decidí que no podías ser un señuelo. La ignorancia era

demasiado clara. Tu ignorancia tenía que ser natural y tú eras el hombre que buscábamos. Era, pues, cuestión tan sólo de que te quedases dormido (y tu rostro demostraba con claridad que necesitabas dormir), desarmarte y tenerte a raya con el arma apropiada. Te quité el casco más por curiosidad que por otra cosa. Quería ver qué aspecto tenía un traje sarkita con una cabeza roja emergiendo de él.

Terens tenía la vista fija en el arma. Quizá Genro vio los músculos de su mandíbula contraerse. Quizá tan sólo supuso lo que Terens estaba pensando.

—Desde luego no tengo que matarte, aunque me atacases. No puedo matarte ni en legítima defensa, pero no creas que esto te da ninguna ventaja. Haz un movimiento y te parto una pierna.

El impulso de luchar se desvaneció en Terens. Se llevó las palmas de las manos a la frente y permaneció inmóvil.

—¿Sabes por qué te digo todo esto? —preguntó Genro.

Terens no contestó.

—Primero —prosiguió Genro—, porque verdaderamente gozo viéndote sufrir. Detesto a los asesinos y especialmente a los indígenas que matan a sarkitas. Tengo orden de entregarte vivo, pero ninguna orden me obliga a hacerte el viaje agradable. Segundo, porque es necesario que estés bien al corriente de la situación, ya que, en cuanto aterricemos en Sark, los siguientes pasos serán cosa tuya…

—¿Cómo…? —exclamó Terens levantando la vista.

—El Depsec sabe que llegamos. El centro regional de Florina mandó la noticia en cuanto salimos de la atmósfera de Florina. Puedes estar seguro de ello. Pero ya te he dicho que tuve que convencer al Depsec de que podía resolver solo el asunto y toda la diferencia estriba en el hecho de que lo he conseguido.

—No lo entiendo —dijo Terens desesperado.

—He dicho —respondió Genro con calma— que querían que te llevase a Sark, te querían en perfecto estado. Pero no me refiero al Depsec, me refiero a Trantor.

14
El renegado

Selim Junz no había sido nunca un tipo flemático. Un año de desengaños no había ayudado a mejorarlo. No podía saborear un buen vino mientras su orientación mental reposaba sobre bases temblorosas. En una palabra, no era un Ludigan Abel.

Y cuando Junz había proclamado a gritos que bajo ningún concepto se daría a Sark la libertad de raptar y encarcelar a un miembro del CAEI, fuera cual fuese la red de espionaje de Trantor, Abel se había limitado a decir: «Me parece que será mejor que pase la noche aquí, doctor».

—Tengo cosas mejores que hacer —exclamó Junz frenético.

—No lo dudo, hombre, no lo dudo —respondió Abel—. De todos modos, si están apedreando a mis hombres hasta la muerte, Sark tiene que ser osado, desde luego. Hay grandes probabilidades de que le ocurra a usted un accidente antes de que termine la noche. Esperemos, pues, esta noche y veamos qué nos trae el nuevo día.

Las protestas de Junz contra la inacción fueron inútiles. Abel, sin perder siquiera su frío y casi negligente aire de indiferencia, era de repente difícil de oír. Junz se vio acompañado con firme cortesía hasta su habitación.

Ya en la cama, fijó la vista en el techo ligeramente luminoso donde había pintado al fresco una copia mediocremente lograda del cuadro de Lenhaden «Batalla de los Mundos Arcturianos», y supo que no dormiría.

Finalmente hizo una inhalación ligera de gas «somnin» y se quedó dormido antes de necesitar otra. Cinco minutos después, cuando una corriente de aire barrió el anestésico de la habitación, había absorbido el suficiente para asegurarse ocho horas de sueño.

Despertó a la media luz fría de la mañana y miró a Abel.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Las seis.

—Se ha levantado temprano —dijo Junz sacando sus huesudas piernas de las ropas.

—No he dormido.

—¿Eh?

—No respondo ya al «antisomnin» como cuando era más joven.

—Si me permite un momento… —murmuró Junz.

Esta vez los preparativos para la mañana no le llevaron mucho más tiempo. Volvió a entrar en la habitación abrochándose el cinturón de su túnica y ajustando el receptor magnético.

—Bien —dijo—, seguramente no se despierta usted a medianoche y me saca de la cama a las seis si no tiene algo que decirme…

—Tiene razón. Tiene razón… —Abel se sentó en la cama que Junz había dejado vacía y echando la cabeza atrás se echó a reír, mostrando los dientes de plástico amarillento sobre unas encías descarnadas—. Perdone, Junz —dijo—. Tampoco yo estoy muy bien. Esta vigilia con drogas me da pesadez de cabeza. Estoy tentado de aconsejar a Trantor que me sustituyan por alguien más joven.

—¿Ha visto usted cómo al final no han conseguido coger al analista del espacio? —dijo Junz con una pizca de sarcasmo mezclada con una vaga esperanza.

—No. Lo siento, pero es así. Me parece que mi satisfacción se debe solamente a que nuestras redes están intactas.

Junz sintió el deseo de decir: «¡Ah, diablos, sus redes!», pero se abstuvo.

—No cabe la menor duda de que sabían que Khorow era uno de nuestros agentes —prosiguió Abel—. Pueden conocer a otros de Florina. Es pez pequeño. Los sarkitas lo sabían y jamás han considerado útil hacer algo más que tenerlos en observación.

—Mataron a uno —hizo observar Junz.

—No es cierto —respondió Abel—. Fue uno de los compañeros del analista del espacio disfrazado de patrullero quien usó el detonador.

—No lo entiendo —dijo Junz mirándolo.

—Es una historia muy complicada. ¿Quiere usted desayunar conmigo? Tengo una urgente necesidad de comer.

Durante el café, Abel contó la historia de lo ocurrido durante las últimas treinta y seis horas.

Junz estaba asombrado. Dejó su taza de café medio llena y volvió al asunto.

—Aun admitiendo que de entre todas las naves se les ocurriese meterse en aquélla, queda en pie el hecho de que podían no haberla descubierto. Si manda usted hombres al encuentro de esta nave en cuanto aterrice…

—¡Bah…! Hay algo mejor que hacer. Lo sabe usted muy bien. No hay nave moderna que no revele en el acto la presencia del exceso de calor de un cuerpo.

—Pudo pasar desapercibido. Los instrumentos serán infalibles, pero los hombres no.

—Un prudente pensamiento. Mire: en el preciso momento en que la nave, con el analista del espacio, se acerca a Sark, llegan informes perfectamente dignos de crédito de que el señor de Fife está reunido en conferencia con los otros Grandes Nobles. Estas conferencias intercontinentales están tan espaciadas como las estrellas de la Galaxia. ¿Coincidencia?

—¿Una conferencia intercontinental sobre el analista del espacio?

—Un tema sin importancia por sí mismo, sí. Pero nosotros le hemos dado importancia. El CAEI ha estado buscándolo desde hace más de un año con una constante obstinación.

—Los Nobles no lo saben y no se lo creerían si se lo dijese. Además, Trantor se ha interesado también.

—A petición mía.

—Tampoco lo saben ni lo creerían.

Junz se levantó y su silla se apartó automáticamente de la mesa. Con las manos enlazadas con fuerza en su espalda, empezó a pasear sobre la alfombra, arriba y abajo. De vez en cuando miraba duramente a Abel.

Abel, imperturbable, se sirvió otra taza de café.

—¿Cómo sabe todo eso? —preguntó Junz.

—¿Todo qué?

—Todo. Cómo y cuándo el analista del espacio se fugó. Cómo y de qué manera el Edil ha estado eludiendo su captura. ¿Es que tiene usted el propósito de engañarme?

—¡Mi querido doctor Junz…!

—Reconoce usted haber tenido hombres buscando al analista del espacio aparte de mí. Se las arregló usted para tenerme fuera de su camino anoche sin dejar nada al azar… —Junz recordó, súbitamente, su inhalación de somnin.

—He pasado la noche en constante comunicación con mis agentes, doctor. Lo que hice y lo que supe entra dentro del epígrafe de, digamos, material clasificado. Tenía que estar usted fuera del camino, pero en seguridad. Todo lo que acabo de decirle lo he sabido esta noche por mis agentes.

—Para enterarse de lo que se ha enterado necesita usted tener espías en el mismo gobierno sarkita.

—Pues… naturalmente.

Junz se volvió rápidamente hacia el gobernador.

—Venga, diga.

—¿Lo encuentra sorprendente? Desde luego. Sark es proverbial por la estabilidad de su gobierno y la lealtad de su pueblo. La razón es bien sencilla, puesto que el más pobre de los sarkitas es un aristócrata comparado con los florinianos y puede considerarse a sí mismo, por falaz que sea la creencia, un miembro de la clase gobernante.

»Considero, sin embargo, que Sark no es el mundo de billonarios que la mayor parte de la Galaxia cree. Un año de residencia puede haberle convencido a usted de ello. Un ochenta por ciento de la población tiene un nivel de vida que está a la par con el de los demás mundos e incluso no mucho más alto que el del propio Florina. Siempre habrá un cierto número de sarkitas que, impelidos por la codicia, sentirán suficiente envidia de los que viven rodeados de lujo, y se presten a mis fines. El gran error del gobierno sarkita es haberse preocupado solamente de la rebelión contra Florina. Han olvidado ocuparse de sí mismos.

—Estos pocos sarkitas, suponiendo que existan —dijo Junz—, no pueden ser de mucha utilidad.

—Individualmente, no. Colectivamente, constituyen instrumentos muy importantes para nuestros hombres más importantes. Hay miembros incluso de la verdadera clase gobernante que han aprendido de memoria la lección de estos dos últimos siglos. Están convencidos de que al final Trantor asumirá el gobierno de toda la Galaxia; y están convencidos, creo, con razón. Sospechan incluso que el verdadero dominio puede establecerse durante el curso de su vida y prefieren establecerse, por adelantado, en el bando del ganador.

—Da usted de la política interestelar la idea de un juego muy sucio —dijo Junz con una mueca.

—Y lo es; pero, renegando de la suciedad, usted no la evita. No todas sus facetas son mera suciedad. Considere al idealista. Considere los pocos hombres del gobierno de Sark que sirven a Trantor no por dinero, ni por promesas de poder, sino únicamente porque creen con sinceridad que un gobierno unificado de la Galaxia es mejor para la humanidad, y que sólo Trantor puede erigir un tal gobierno. Tengo un hombre de ésos a mi servicio, el mejor de todos, del Departamento de Seguridad de Sark, y en este momento está trayendo al Edil.

—Ha dicho usted que le habían capturado —dijo Junz.

—Por el Depsec, sí. Pero mi hombre pertenece al Depsec y es mi hombre —durante un momento Abel frunció el ceño y cambió de tono —. Su utilidad quedará considerablemente reducida después de esto. Una vez deje evadirse al Edil, será para él la destitución en el mejor de los casos y el encarcelamiento en el peor. ¡En fin…!

—¿Qué está usted planeando ahora?

—Apenas lo sé. Primero, tenemos que ver a nuestro Edil. Sólo estoy seguro de su llegada al puerto espacial. Lo que ocurra después…

Abel se estremeció y su vieja y amarillenta piel cobró aspecto de pergamino en los pómulos.

—Los Nobles esperarán también al Edil —añadió—. Tienen la impresión de que le han cogido, y hasta que uno u otro de nosotros le tenga en sus manos no puede ocurrir nada.

Pero esta afirmación era equivocada.

Estrictamente hablando, todas las embajadas extranjeras de la Galaxia mantenían derechos extraterritoriales sobre las áreas inmediatas a su ubicación. En general, esto no tenía otro valor que un piadoso deseo, a excepción de aquellos planetas cuya fuerza inspiraba respeto. En la práctica actual representaba que sólo Trantor podía mantener la independencia de sus enviados.

La Embajada de Trantor cubría cerca de una milla cuadrada y en su interior patrullaban hombres armados con uniforme trantoriano. Ningún sarkita podía entrar allí si no era por invitación, y jamás un sarkita armado bajo ningún pretexto. Desde luego, todos los hombres y las armas de los trantorianos no podrían resistir el ataque de un regimiento armado sarkita más allá de dos o tres horas, pero detrás de aquellas fuerzas estaba todo el poder de represalias del organizado poderío de un millón de mundos.

Permanecía inviolado.

Podía incluso mantener comunicación material con Trantor sin necesidad de pasar por los puertos sarkitas de aterrizaje o entrada. Bajo el control de una nave madre trantoriana que navegaba en el justo límite de las cien millas que marcaban la frontera entre el «espacio planetario» y el «espacio libre», una serie de pequeñas gironaves de grandes palas equipadas para el viaje atmosférico con un mínimo de consumo de energía, podía elevarse y bajar (medio deslizándose, medio cayendo) al pequeño puerto aéreo que se mantenía en los límites de los terrenos de la Embajada.

La giro-nave que aparecía en aquel momento sobre el puerto de la Embajada no era, sin embargo, ni esperada ni trantoriana. Las minúsculas fuerzas de la Embajada fueron rápida y truculentamente puestas en acción. Un cañón aguja apuntó inmediatamente al aire. Las pantallas de energía se levantaron. Circulaban mensajes radiados de una parte a otra. Se transmitían órdenes y empezaba a reinar la confusión. El teniente Camrum se apartó de su instrumento y dijo:

—No sé. Dice que van a borrarlo del cielo dentro de dos minutos si no le dejamos bajar. Apela a la inmunidad.

—¡Seguro! Y entonces Sark reclamará porque intervenimos en su política, y si Trantor decide dejar que se desarrollen los acontecimientos, tú y yo quedaremos borrados del mapa —dijo el capitán Elyut, que acababa de entrar—. ¿Quién es?

—No lo quiere decir —respondió el teniente bastante exasperado —. Dice que tiene que hablar con el embajador. Dígame usted lo que tengo que hacer, capitán.

El receptor de onda corta lanzó unos chasquidos y con una voz

medio histérica dijo:

—¿Es que no hay nadie ahí? Voy a bajar, se acabó. ¡Les digo que no puedo esperar ni un momento!

—¡Pardiez, yo conozco esta voz! —dijo el capitán—. ¡Déjele hablar! ¡Bajo mi responsabilidad!

Se transmitieron órdenes. La giro-nave bajó más rápidamente de lo que hubiera debido, pilotada por una mano inexperta y presa de pánico en el control. El cañón-aguja se mantenía sobre el blanco.

El capitán estableció una línea directa con Abel y toda la embajada se movilizó en estado de urgencia. El vuelo de las naves sarkitas que aparecieron en el cielo menos de diez minutos después de haber aterrizado la primera, mantuvo una amenazadora vigilancia durante dos horas y después se marcharon.

Abel, Junz y el recién llegado estaban cenando. Con admirable aplomo, teniendo en cuenta las circunstancias, Abel hizo el papel de anfitrión despreocupado.

Durante dos horas enteras se había abstenido de preguntar por qué un Gran Señor acudía a la inmunidad. Junz fue menos paciente. Le susurró a Abel:

—¿Qué va usted a hacer con él?

—Nada —le contestó Abel con una sonrisa—. Por lo menos antes de saber si tengo a mi Edil o no. Me gusta saber qué juego tengo antes de poner una ficha sobre el tapete. Y puesto que ha acudido a mí, la espera le impacientará más que a nosotros.

Tenía razón. Dos veces el Noble inició un rápido monólogo y dos veces Abel dijo:

—¡Mi querido amigo! Una conversación seria tiene que ser muy desagradable para un estómago vacío… —Sonrió y encargó la cena. Ya con el vino, el Noble intentó nuevamente hablar.

—Deben ustedes querer saber por qué me he marchado del continente de Steen…

—No concibo qué motivos puede tener el señor de Steen para huir de las naves sarkitas —confesó Abel.

Steen le miró fijamente. Su delgada figura y su pálido y demacrado rostro aparecían calculadores. Su largo cabello peinado en largos mechones sujetados por diminutos clips que producían un sonido metálico al rozarse cada vez que movía la cabeza parecían querer llamar la atención hacia el desprecio del peinado corriente sarkita. Sus ropas y su piel despedían una suave fragancia.

Abel, a quien no escapaba la leve forma de apretar los labios de Junz y la rápida manera como el analista del espacio se acariciaba su corto cabello, pensó cuán divertida hubiera sido la reacción de Junz si

Steen hubiese aparecido más típicamente ataviado, con las mejillas pintadas de rojo y sortijas en los dedos.

—Hoy ha habido una conferencia intercontinental —dijo Steen.

—¿De veras? —preguntó Abel.

Abel escuchó el relato de la conferencia sin hacer el menor movimiento.

—Y tenemos veinticuatro horas —añadió Steen indignado—. Han pasado ya dieciséis horas. ¡Verdaderamente!

—Y usted es X —exclamó Junz, que se había ido poniendo nervioso durante el relato—. ¡Es usted X! ¡Ha venido aquí porque le han descubierto! Vaya, pues está bien. Abel, aquí tenemos la prueba de la identidad del analista del espacio: podemos utilizarlo para forzar la rendición del hombre.

Steen tenía dificultades para hacerse oír por encima de la voz abaritonada de Junz.

—¡No, de veras…! ¡No, les digo! Está usted loco. ¡Basta! ¡Déjeme hablar, le digo…! Excelencia…, no puedo recordar cómo se llama este hombre.

—Doctor Selim Junz, señor.

—Bien, pues, doctor Selim Junz, jamás en mi vida he visto a este idiota o analista del espacio o lo que pueda ser. ¡De veras! ¡Jamás he oído una tontería parecida! No cabe duda de que no soy X. Les agradeceré que no usen siquiera esa estúpida letra. ¡Imaginan! ¡Dar crédito al estúpido melodrama de Fife!

—¿Por qué ha huido usted, entonces? —dijo Junz agarrándose a esta idea.

—¡Válgame Sark! ¿No está claro? ¡Oh, me estaba ahogando! Mire, ¿no ve usted lo que estaba haciendo Fife?

—Si quiere usted explicarse, señor, no será usted interrumpido —terció Abel lentamente.

—Bien, gracias, por lo menos —continuó con aire de ofendida dignidad—. Los demás no tienen un buen concepto de mí, porque no veo la necesidad de molestarnos con documentos y estadísticas y todos esos horribles detalles. Realmente, ¿para qué sirve el servicio civil, me gustaría saberlo, si un Gran Señor no puede ser un Gran Señor?

»Sin embargo, esto no quiere decir que yo sea un inútil, ¿comprende?, porque me gustan mis comodidades. ¡No! Quizá los demás estén ciegos, pero yo veo claramente que Fife no daría ni un ochavo por el analista del espacio. No creo que exista. Fife tuvo esa idea hace un año y la está explotando desde entonces.

»Nos está tomando por idiotas. ¡De veras! Y los demás lo son. ¡Idiotas repugnantes! Ha inventado toda esa absurda historia de idiotas y analistas del espacio. No me sorprendería que el indígena ese a quien se acusa de estar matando patrulleros a docenas fuese uno de

los espías de Fife con peluca roja, o, si es un verdadero indígena, imagino que está a sueldo de Fife.

»¡Esto no se lo tolero a Fife! ¡De veras! Emplea indígenas contra sus semejantes. Esto demuestra lo bajo que es. De todos modos, es obvio que los emplea sólo como excusa para arruinarnos a nosotros y hacerse dictador de Sark. ¿No lo ven ustedes claro?

»No hay tal X ni cosa que se le parezca, pero mañana lanzará una serie de subetéreos hablando de conspiraciones y peligros y se hará declarar Jefe. No hemos tenido Jefe en Sark desde hace quinientos años, pero eso no le detendrá. ¡Que cuelguen de la horca la constitución! ¡De veras!

»Pero yo tengo la intención de detenerlo. Por eso he tenido que marcharme. Si no me hubiese movido de Steen estaría ya en la cárcel.

»En cuanto la conferencia terminó vi el puerto. El personal estaba vigilado y, ya sabe, sus hombres lo habían ocupado. Era un claro desprecio a la autonomía continental y un acto digno de un chiquillo. ¡De veras! Pero por vil que sea no es inteligente. Pensó que alguno de nosotros podría intentar abandonar el continente e hizo vigilar los espacio-puertos, pero —sonrió con una sonrisa de zorra y emitió una especie de risita—, no se le ocurrió hacer vigilar los giro-puertos.

»Probablemente pensó que no había ningún lugar en el planeta que ofreciese seguridad. Pero se me ocurrió pensar en la Embajada de Trantor, lo cual es más de lo que a los otros se les ocurrió. Me cansaron. Especialmente Bort. ¿Conoce a Bort? Es profundamente molesto, y mala persona. Me habla como si fuese algo malo tener aspecto limpio y oler bien.

Se llevó la punta de los dedos a la nariz y olió complacido.

Abel puso suavemente la mano sobre el puño de Junz al ver que éste se agitaba nervioso.

—Ha abandonado a su familia —dijo Abel—. ¿No ha pensado que Fife tiene todavía un arma contra usted?

—Me era un poco difícil apretujar a toda mi gente en la giro-nave —dijo sonrojándose levemente—. Fife no se atreverá a tocarlos. Además, estaré de regreso en Steen mañana.

—¿Cómo? —preguntó Abel.

Steen le miró sorprendido y abrió los labios.

—Vengo a ofrecerle una alianza, Excelencia. No me va a negar que a Trantor le interesa Sark. Con toda seguridad le habrá dicho usted ya a Fife que todo intento de cambiar la constitución de Sark exige la aprobación de Trantor…

—Veo muy difícil la forma en que esto se llevase a cabo, aunque mi gobierno me apoyase —dijo Abel.

—¿Cómo puede no llevarse a cabo? —corrigió Steen indignado—. Si controla todo el comercio de kyrt, hará subir los precios, pedirá

concesiones para entrega rápida y todo lo necesario.

—¿No controlan los precios en la actualidad ustedes cinco?

Steen se echó atrás en su silla y contestó:

—¡Verdaderamente…! No conozco los detalles. Pronto me preguntará usted las cifras. ¡Pardiez, es usted tan molesto como Bort! Lo digo en broma, desde luego. Lo que quiero decir es que, con Fife fuera de juego, Trantor puede llegar a un arreglo con nosotros. A cambio de su ayuda, sería muy justo que Trantor obtuviese un tratamiento de favor e incluso un pequeño interés en el comercio.

—¿Y cómo evitaremos que esta intervención se convierta en una guerra universal en la Galaxia?

—¡Oh! Pero… ¿no lo ve? ¡Está claro como el día! No serían ustedes los agresores. No harían más que evitar una guerra civil para salvar el comercio de kyrt de una catástrofe. Yo anunciaré que he acudido a usted en demanda de ayuda. Habrá varios mundos alejados de la agresión. Toda la Galaxia estará de nuestro lado. Desde luego, si más tarde Trantor saca un beneficio de ello…, no es asunto de nadie. ¡De veras!

Abel juntó sus roídas uñas y las miró.

—No puedo creer que quiera usted realmente unir sus fuerzas a Trantor —dijo.

Un destello de profundo odio pasó fugazmente por los ojos de Steen.

—Antes Trantor que Fife…

—No me gusta amenazar con la fuerza —dijo Abel—. Podríamos esperar a que los acontecimientos se desarrollasen un poco…

—¡No, no! —exclamó Steen—. ¡Ni un día! Si no se muestra usted firme ahora será demasiado tarde. Una vez haya franqueado la línea crítica será demasiado tarde y no podrá retroceder sin perder la dignidad. Si me ayuda usted ahora, el puesto de Steen estará detrás de mí y los otros Grandes Señores se unirán a nosotros. Si espera usted un solo día el molino de la propaganda de Fife puede empezar a moler. Me considerarán un renegado. ¡De veras! ¡Yo! ¡Un renegado! Echará mano de todos los prejuicios anti-Trantor de que pueda disponer y, ya lo sabe usted, sin ánimo de ofender, no son pocos.

—¿Supongamos que le pidiésemos permiso para interrogar al analista del espacio?

—¿De qué serviría eso? Jugará las dos barajas. Nos dirá que el idiota floriniano es un analista del espacio, pero a ustedes les dirá que el analista del espacio es un idiota floriniano. No conoce usted a ese hombre. ¡Es horrible!

Abel reflexionó marcando el compás lentamente con el índice.

—Tenemos al Edil, sabe usted…

—¿Qué Edil?

—El que mató a los patrulleros y al sarkita.

—¡Ah! ¿De veras? ¡Oh…! ¿Cree usted que a Fife le va a importar eso si se trata de apoderarse de todo Sark?

—Sí, lo creo. No es sólo que tengamos al Edil, ¿comprende?, se trata de las circunstancias de su captura. Me parece, Steen, que Fife me escuchará atentamente…, y con humildad, además.

Por primera vez desde que conocía a Abel, Junz sintió la frialdad disminuir en el tono de su voz, y ser sustituida por un tono de satisfacción, casi de triunfo.

15
El cautivo

Lady Samia de Fife no estaba muy acostumbrada a sufrir decepciones. Era algo sin precedentes, incluso inconcebible, que llevase varias horas decepcionada.

El comandante del espacio-puerto volvía a ser enteramente el capitán Racety. Era cortés, casi obsequioso, parecía contrariado, expresaba su pesar, negaba el menor deseo de llevarle la contraria, pero se mostraba férreo contra sus menores deseos claramente expresados. Finalmente se vio obligada, después de expresar sus deseos y exigir sus derechos, a obrar como si fuese una vulgar sarkita.

—Supongo que como ciudadana tendré el derecho, si quiero, de ir al encuentro de cualquier nave que llegue… —dijo en tono mordiente y duro.

El comandante se aclaró la voz y la expresión de contrariedad se acentuó en sus rígidas y acusadas facciones. Finalmente, dijo:

—Le aseguro, milady, que no tenemos el menor deseo de excluirla. Se trata sólo de que hemos recibido órdenes formales del Señor, su padre, de prohibirle acercarse a la nave.

—¿Es que me da usted orden de que abandone el puerto, entonces? —dijo en tono helado.

—No, milady. —El comandante se alegraba de poder contemporizar—. No tenemos orden alguna de expulsarla del puerto. Puede permanecer aquí si tal es su deseo. Pero, con el debido respeto, tendremos que impedirle que se acerque usted a los pozos.

Se marchó, y Samia seguía sentada en el fútil lujo de su coche, a cien pies en el interior de la entrada principal del espacio-puerto. Habían estado esperándola y observándola. Seguirían seguramente observándola. Si osaba tan sólo hacer dar una vuelta a una rueda, pensaba indignada, le cortarían probablemente la energía.

Rechinó los dientes. Era indigno por parte de su padre hacer aquello. Era un hombre de una pieza. La trataban siempre como si no entendiese nada, y no obstante, ella había creído que su padre la entendía.

Fife se levantó de su sillón para recibirla, cosa que no hacía por nadie desde que su madre había muerto. La abrazó afectuosamente, dándole golpecitos en la espalda, dejó todo su trabajo por ella. Había despedido incluso a su secretario porque sabía que el aspecto

blanquecino de los indígenas le inspiraba repugnancia.

Era casi como en los viejos tiempos, antes de que el abuelo muriese y papá no hubiese sido todavía elegido Gran Señor.

—Mia, hija —dijo—, he contado las horas. No pensé nunca que hubiese un camino tan largo desde Florina. Cuando supe que estos indígenas se habían metido en tu nave, la que yo había mandado precisamente para asegurar tu seguridad, creí volverme loco.

—¡Papá! ¡Si no había nada de qué preocuparse!

—¿Crees que no? ¡Estuve a punto de mandarte la flota entera a sacarte de allí y traerte con todas las garantías militares!

Se rieron los dos de la idea. Transcurrieron algunos minutos antes de que Samia pudiese llevar la conversación al tema que la interesaba.

—¿Y qué vas a hacer con los detenidos, papá? —preguntó Samia con fingida indiferencia.

—¿Y para qué quieres saberlo, Mia?

—¿No creerás que tenían el plan de asesinarme o algo así?

—No debes tener estas feas ideas —dijo Fife sonriendo.

—No lo crees, ¿verdad? —insistió ella.

—Desde luego que no.

—¡Bien! Porque he hablado con ellos, papá, y creo que no son más que dos pobres seres desgraciados. No me importa lo que diga el capitán Racety.

—Tus «pobres seres desgraciados» han infringido una serie de leyes, Mia…

—No puedes tratarlos como vulgares criminales papá —dijo ella con el temor en la voz.

—¿Por qué no?

—El hombre no es un indígena. Es de un planeta llamado Tierra. Ha sido psicoprobado y es irresponsable.

—Bien, en ese caso, hija mía, el Depsec lo averiguará. Dejémoslo en sus manos.

—No, es demasiado importante para confiárselo a ellos. No lo entenderán. Nadie lo entiende. ¡Salvo yo!

—¿Sólo tú en todo el mundo, Mia? —dijo con indulgencia, apartando con un dedo un mechón de cabello que le había caído sobre la frente.

—¡Sólo yo! —respondió Samia con energía—. ¡Sólo yo! Todos los demás creerán que está loco, pero yo estoy segura de que no lo está. Dice que un gran peligro amenaza Florina y toda la Galaxia. Es analista del espacio y ya sabes que se especializó en cosmogonía. ¡Tiene que saberlo!

—¿Cómo sabes que es un analista del espacio, Mia?

—Él lo dice.

—¿Y cuáles son los detalles del peligro?

—No lo sabe. Ha sido psicoprobado. ¿No ves que ésa es la mejor prueba de todo? Sabía demasiado. Alguien tenía interés en que no hablase. —Su voz bajó instintivamente de tono y se hizo confidencial. Dominó un impulso de mirar hacia atrás—. Si sus teorías son falsas —añadió—, ¿no ves que no hubiera habido necesidad de someterle a la psicoprueba?

—¿Por qué no lo mataron en este caso? —preguntó Fife, lamentando en el acto su pregunta. Era inútil atormentar a la muchacha.

Samia reflexionó un momento, infructuosamente; después, dijo:

—Si das orden al Depsec de que me dejen hablar con él, yo lo averiguaré. Tiene confianza en mí. Lo sé. Sacaré más de él que el Depsec. ¡Por favor, papá, di al Depsec que me dejen hablar con él! ¡Es muy importante!

Fife se restregó los puños lentamente y le sonrió.

—Todavía no, Mia. Todavía no. Dentro de pocas horas tendremos a la tercera persona en nuestras manos. Entonces, quizá.

—¿La tercera persona? ¿El indígena que cometió todos los asesinatos?

—Exactamente. La nave que lo transporta aterrizará dentro de una hora.

—¿Y no quieres hacer nada con la indígena y el analista hasta entonces?

—Nada absolutamente.

—¡Bien! Me voy a la nave —dijo levantándose.

—¿Adónde vas, Mia?

—Al puerto, padre. Tengo mucho que preguntar sobre este otro indígena. Te demostraré que tu Mia puede ser un buen detective —añadió echándose a reír.

Pero Fife no se hizo eco de su risa. En su lugar contestó:

—Preferiría que no fueses, Mia.

—¿Por qué no, papá?

—Es esencial que no se filtre nada referente a la llegada de ese hombre. Resultarías demasiado visible en el puerto.

—¿Y qué más da?

—No puedo explicártelo, estrategia espacial, Mia…

—Estrategia espacial…, ¡bah! —Se inclinó hacia él, depositó un beso en medio de su frente y salió.

Más tarde permanecía sentada y desfallecida en el puerto mientras muy alto sobre su cabeza aparecía un punto negro que iba aumentando de tamaño, destacándose sobre la brillantez del cielo de la tarde.

Apretó el botón que abría la guantera y sacó sus lentes de polo. Ordinariamente sólo los usaba para seguir las evoluciones de los

artefactos giroscópicos individuales que servían para jugar al polo estratosférico, pero podían tener una utilidad más seria también. Se los puso y el punto que bajaba se convirtió en una nave miniatura, con el brillo del timón en la popa claramente visible.

Por lo menos vería a los hombres cuando se marchasen, averiguaría cuanto pudiese sobre ellos sólo por la vista, y arreglaría una entrevista como fuese, como fuese, después.

Sark llenaba la visiplaca. Un continente y medio océano, oscurecido en parte por el blanco algodón de las nubes aparecía en la parte baja.

Con la voz un poco temblorosa que era el único indicio de que toda su atención estaba fija en los controles que tenía delante, Genro dijo:

—El puerto no estará severamente custodiado. Yo mismo se lo insinué. Les dije que unas precauciones inusitadas a la llegada de la nave podrían advertir a Trantor de que algo se tramaba. Dije también que el éxito dependía de que Trantor no se diese cuenta en ningún momento de la verdadera situación hasta que fuese demasiado tarde. Bien, dejemos esto.

—¿Qué diferencia puede haber? —dijo Terens encogiéndose de hombros con indiferencia.

—Mucha para ti. Puedes salir con toda seguridad por detrás en cuanto aterrice. Anda deprisa, pero no demasiado, hacia la puerta. Tengo algunos papeles que pueden facilitarte la salida sin obstáculos, pero también pueden no servir de nada. Dejo en tus manos proceder a la acción necesaria si hay dificultades. Por tu historia pasada, juzgo poder confiar en ti hasta aquí. Fuera de la puerta habrá un coche esperando para llevarte a la embajada. Eso es todo.

—¿Y usted?

Sark iba transformándose lentamente de una gran esfera sin forma con verdes, azules y pardos cegadores y blancas nubes en algo más vivo, en una superficie rota por los ríos y arrugada por las montañas.

En el rostro de Genro se esbozaba una sonrisa fría y malhumorada.

—Tus preocupaciones pueden terminar contigo mismo. Cuando descubran que te has fugado puedo ser fusilado por traidor. Si me encuentran completamente inconsciente e incapaz de haberte detenido, pueden considerarme sólo un imbécil. Esto último, supongo, es preferible, de manera que voy a pedirte, antes de que te marches, que uses el látigo neurónico sobre mí.

—¿Ya sabe usted cómo es un látigo neurónico? —preguntó el

Edil.

—Muy bien —dijo Genro, con gotas de sudor en su frente.

—¿Cómo sabe que no voy a matarle después? Soy el asesino de un Noble, ya lo sabe…

—Lo sé. Pero matarme a mí no te ayudará. No hará más que hacerte perder el tiempo. He corrido peligros mayores.

La superficie de Sark iba extendiéndose por el visor con los arrugados bordes fuera del campo visual. El centro crecía y aparecían nuevos bordes en lugar de los antiguos. Podía verse ya algo parecido al arco iris de la ciudad sarkita.

—Espero que no tengas la idea de lanzarte otra vez adelante —dijo Genro—. Sark no es lugar para eso. Es Trantor o los Nobles. Recuérdalo.

La visión era ya netamente la de una ciudad con una mancha de color pardo oscuro en las afueras que era el espacio-puerto. Parecía subir flotando hacia ellos a velocidad moderada.

—Si Trantor no te ha cogido en el espacio de una hora —dijo Genro—, los Nobles te tendrán antes de que el día haya terminado. No te garantizo lo que Trantor haría contigo, pero puedo garantizarte lo que hará Sark.

Terens había estado en el Servicio Civil. Sabía muy bien lo que Sark hacía con el asesino de un Noble.

El puerto seguía apareciendo en el visor, pero Genro no lo miraba ya. Manejaba los instrumentos colocando la nave de cola a tierra. A cien yardas sobre el pozo los motores tronaron con más fuerza. Terens sentía el estremecimiento de los resortes hidráulicos. Se agitaba en su silla.

—Toma el látigo —dijo Genro—. Pronto ya. Cada segundo cuenta. La compuerta de peligro se cerrará detrás de ti.

Necesitarán cinco minutos para preguntarse por qué no abro la compuerta principal, cinco más para entrar, otros cinco para empezar a buscarte. Tienes quince minutos para salir del espacio-puerto.

El estremecimiento cesó y en medio del profundo silencio Terens supo que habían establecido contacto con Sark. Los campos diamagnéticos entraron en acción. El yate se inclinó majestuoso y se posó lentamente sobre su flanco.

—¡Ya! —dijo Genro. Su uniforme estaba empapado de sudor.

Terens, dándole vueltas la cabeza y los ojos negándose a enfocar nada, levantó su látigo neurónico…

Terens sintió la dentellada del otoño sarkita. Había pasado años en sus rigurosas estaciones hasta haber casi olvidado el suave y eterno junio de Florina. Ahora los días de su Servicio Civil volvían a él como

si no hubiese abandonado jamás aquel mundo de Nobles.

Salvo que ahora era un fugitivo y suspendido sobre él estaba el peor de los crímenes, el asesinato de un Noble.

Andaba al ritmo de los latidos de su corazón. Tras él quedaba la nave y en ella Genro, helado en el sufrimiento del látigo. La compuerta se había cerrado suavemente tras él, y ahora andaba por un ancho sendero pavimentado. A su alrededor había una multitud de trabajadores y mecánicos. Cada cual con su trabajo y sus preocupaciones. No se detenían para mirar a un hombre a la cara. No tenían ningún motivo.

¿Le habría visto alguien, sin embargo, salir de la nave? Se dijo que no debía haberle visto nadie, o hubiese ya estallado el tumulto de la persecución.

Se llevó la mano al sombrero y vio que estaba aún hundido hasta las orejas y la pequeña insignia que llevaba era suave al tacto. El hombre de Trantor le había dicho que aquello le serviría de identificación. Los hombres de Trantor buscarían precisamente aquel medallón que relucía al sol.

Podría quitárselo, andar errante por su cuenta, buscar otra nave, algo… Podría huir de Sark…, como fuese.

Escapar…, como fuese.

¡Demasiados «como fuese»! En el fondo de su corazón sabía que había llegado al final, que, como Genro le había dicho, era Trantor o Sark. Odiaba y temía a Trantor, pero sabía que con elección o sin ella no podía, no debía permanecer en Sark.

—¡Usted! ¡Usted, aquí!

Terens se quedó helado. Levantó la vista presa de pánico. La puerta estaba a un centenar de pies. Si echaba a correr… Pero no dejarían que un hombre que corría saliese; Era algo que no se atrevía a hacer. No tenía que correr.

La muchacha le estaba mirando desde la ventanilla de un coche como Terens no había visto nunca, ni durante sus quince años en Sark. Brillaba como el metal y centelleaba como una sustancia translúcida.

—Suba —dijo ella.

Las piernas de Terens le llevaron lentamente al coche. Genro le había dicho que un coche le esperaría fuera del puerto. ¿No era eso? ¿Y mandarían una mujer con esa misión? Una muchacha, en realidad. Una muchacha con el rostro moreno, bello.

—Ha llegado usted en la nave que acaba de aterrizar, ¿verdad?

Terens permaneció silencioso.

—¡Vamos, le he visto salir de la nave! —exclamó ella poniéndose impaciente y señalando sus lentes. Terens los había visto ya otras veces.

—Sí, sí… —murmuró Terens.

—Suba, entonces.

Le abrió la puerta. El coche era más lujoso todavía por dentro. El asiento era blando, todo él olía a nuevo y fragante y la muchacha era muy bella.

Le estaba poniendo a prueba, pensó Terens. Se llevó los dedos al medallón.

—Ya sabe usted quién soy —dijo.

Sin el menor indicio de la fuerza que lo movía, el coche avanzó.

Al llegar a la puerta, Terens se reclinó en el suave asiento tapizado de kyrt como para esconderse, pero no tenía por qué tomar precauciones. La muchacha habló autoritariamente y pasaron.

—Este hombre es de los míos —dijo—. Soy Samia Fife.

Tan cansado estaba Terens, que necesitó algunos segundos para oír y entender aquello. Cuando de nuevo se incorporó en su asiento, el coche avanzaba a cien millas por hora.

Un trabajador del interior del espacio-puerto levantó la vista desde donde estaba y le murmuró algo a su solapa. Después volvió a entrar en el edificio y reanudó su trabajo. Su superintendente frunció el ceño y tomó mentalmente nota de hablar con Tip de esa costumbre de salir y pasarse media hora fumando cigarrillos.

Fuera del puerto, uno de los dos hombres que ocupaban un coche le dijo al otro con indiferencia:

—¿Que ha entrado en un coche con una muchacha? ¿Qué coche? ¿Qué muchacha? —Pese a su traje sarkita, su acento pertenecía indiscutiblemente a los muchos sarkitas del Imperio Trantoriano.

Su compañero era un sarkita, bien versado en transmisiones visuales. Cuando el coche en cuestión franqueó la puerta y adquirió velocidad, se incorporó sobre su asiento y dijo:

—Es el coche de lady Samia. No hay ninguno como el suyo. ¡Por la Galaxia…! ¿Qué hacemos?

—Seguirlo —dijo el otro brevemente.

—Pero lady Samia…

—Para mí no es nadie. No debe serlo tampoco para ti, de lo contrario, ¿qué estás haciendo aquí?

Su coche iba siguiendo también el mismo itinerario y alcanzando las pistas donde sólo las más altas velocidades estaban permitidas.

—No podemos alcanzar a ese coche —gruñó el sarkita—. En cuanto se dé cuenta, la perderemos de vista. Su coche puede hacer las doscientas cincuenta.

—Hasta ahora no se mueve de las cien —dijo el arcturiano.

Pasaron algunos minutos y añadió:

—Me pondría a volar por el espacio si supiese adónde va. Va a

salir de la ciudad otra vez.

—¿Cómo sabemos que es el asesino del Noble quien va allá? —preguntó el sarkita—. Supón que sea un truco para apartarnos de nuestro puesto. No trataría de sorprendernos ni usaría un coche como éste si no quisiera que la siguiesen. Es imposible perderlo de vista a dos millas de distancia.

—Lo sé, pero Fife no mandaría a su hija para quitarnos de su camino. Un escuadrón de patrulleros hubiera hecho mejor el oficio.

—Quizá no sea milady quien va allá…

—Vamos a averiguarlo, hombre. Modera la marcha. Pásala como una centella y detente detrás de la curva.

—Quiero hablar con usted —dijo la muchacha.

Terens comprendió que no era el tipo de trampa en que había creído caer. Era milady Fife. Tenía que serlo. No parecía ocurrírsele siquiera la idea de que nadie tuviese o pudiese intervenir en sus actos.

No se había vuelto ni una sola vez para ver si la seguían. Tres veces durante los virajes Terens se había dado cuenta de que el mismo coche les seguía, ni acortando la distancia que los separaba ni aumentándola.

No era sólo un coche. Eso era cierto. Podía ser Trantor, en cuyo caso todo iba bien. Podía ser Sark, en cuyo caso la dama sería un importante rehén.

—Estoy dispuesto —dijo él.

—¿Iba usted en la nave que transportaba al indígena de Florina? ¿El que buscan por todos aquellos asesinatos?

—Ya le dije que sí.

—Muy bien. Ahora le he traído aquí, de manera que nadie nos molestará. ¿Fue interrogado el indígena durante su viaje a Sark?

Una tal ingenuidad, pensó Terens, no podía ser fingida. Verdaderamente, no sabía quién era él.

Cautelosamente, respondió:

—Sí.

—¿Estaba usted presente en el interrogatorio?

—Sí.

—Bien. Me lo imaginaba. A propósito, ¿por qué ha abandonado usted la nave?

Ésta, pensó Terens, era la primera pregunta que hubiera debido hacerle.

—Tenía que comunicar un informe especial a…

Vaciló y ella saltó en el acto sobre su vacilación.

—¿A mi padre? No se preocupe por eso. Yo le protejo. Diré que ha venido usted conmigo por orden mía.

—Muy bien, milady —dijo él.

La palabra «milady» resonaba extrañamente en su conciencia. Era una «lady», la más importante del mundo, y él un floriniano. Un hombre capaz de matar patrulleros podía aprender fácilmente a matar nobles y un asesino de nobles podía, con la misma osadía, mirar a una lady cara a cara.

La miró con los ojos duros y escrutadores. Levantó la cabeza y bajó la vista hacia ella. Era muy bella. Y porque era la dama más importante de aquella tierra no se dio cuenta de su mirada.

—Quiero que me diga todo lo que oyó del interrogatorio —dijo—. Quiero saber todo lo que dijo el indígena. Es muy importante.

—¿Puedo preguntar por qué se interesa usted por él?

—No —dijo secamente.

—Como quiera, milady.

No sabía qué iba a decir. Con media conciencia estaba esperando que el coche que les perseguía los alcanzase. Con la otra media iba dándose cuenta creciente del rostro y el cuerpo de la muchacha que tenía al lado.

Los florinianos del Servicio Civil y los que actúan como Ediles eran, teóricamente, solteros. En la práctica, la mayoría eludían esta restricción cuando les era posible. Terens había hecho lo que había podido y osado en ese sentido. En el mejor de los casos, sus pruebas no habían sido nunca satisfactorias.

Así, la cosa resultaba mucho más importante por el hecho de que no se había encontrado nunca tan cerca de una muchacha tan bella en un coche tan lujoso y en tales condiciones de soledad.

Samia esperaba que él hablase, sus ojos negros (¡ay qué ojos!) inflamados por el interés, los labios rojos y plenos separados por la expectación, su cuerpo tanto más bello por ir envuelto en el más bello kyrt. Jamás hubiera podido pensar que nadie, nadie, pudiese tener la osadía de albergar peligrosos pensamientos acerca de la Dama de Fife.

La mitad de su conciencia que esperaba la llegada de los perseguidores se desvaneció.

Se dio súbitamente cuenta de que el asesinato de un Noble no era, al fin y al cabo, el último de los crímenes.

No se dio cuenta de que se movía. Supo solamente que aquel delicioso cuerpo estaba en sus brazos, que se ponía rígido, que por un instante gritaba, y de que él ahogaba sus gritos con sus labios.

Sintió la presa de unas manos sobre su hombro y la corriente de aire al abrirse la portezuela del coche. Sus dedos buscaron el arma, pero era ya demasiado tarde. Le fue arrebatada de la mano.

Samia jadeaba sin poder hablar.

—¿Ha visto lo que ha hecho? —dijo el sarkita.

—¡Olvídalo! —respondió el arcturiano—. ¡Cógelo! —dijo, metiéndose un pequeño objeto negro en el bolsillo.

El sarkita arrastró a Terens fuera del coche con la energía de la furia sin contención.

—Y ella le ha dejado… —murmuró—. Le ha dejado.

—¿Quiénes son ustedes? —exclamó Samia con súbita energía—. ¿Les ha mandado mi padre?

—Nada de preguntas, por favor —dijo el arcturiano.

—Usted es un extranjero —dijo Samia con cólera.

—¡Pardiez, hubiera debido partirle la cabeza —dijo el sarkita levantando el puño.

—¡Basta! —mandó el arcturiano agarrando el puño del sarkita y echándolo atrás.

—Para todo hay un límite —gruñó el sarkita tristemente—. Soy capaz de detener un asesino y tener ganas de matarlo yo mismo, pero estar aquí viendo lo que ha hecho el indígena es demasiado para mí.

Con una voz extraña y un tono agudo anormal, Samia dijo:

—¿Indígena?

El sarkita se inclinó hacia delante y arrancó brutalmente la gorra de Terens. Éste palideció pero no hizo ningún movimiento. Mantenía la mirada fija en la muchacha y su cabello de arena se movía bajo la brisa.

Samia se deslizó hacia el fondo del asiento del coche cuanto pudo y allí, con un rápido movimiento, se cubrió el rostro con las dos manos con tal fuerza que sus dedos se pusieron blancos por la presión.

—¿Qué hacemos con ella? —preguntó el sarkita.

—Nada.

—Nos ha visto. Va a mandar a todo el planeta detrás de nosotros antes de que hayamos recorrido una milla.

—¿Vas a matar acaso a la Dama de Fife? —preguntó el arcturiano sarcásticamente.

—No, pero podemos estropear su coche. En el tiempo en que llegue a un radio-fono estaremos a salvo.

—No es seguro. —El arcturiano se asomó al interior del coche—. Milady, tengo sólo un momento. ¿Puede usted escucharme?

Samia no se movió.

—Será mejor que me escuche —prosiguió el arcturiano—. Lo siento; la he interrumpido a usted en un momento tierno, pero por suerte este momento me será útil. Obré rápidamente y he registrado la escena en tri-cámara. No es un «bluff». Transmitiré el negativo a un lugar seguro pocos minutos después de haberla dejado y a partir de entonces cualquier interferencia por su parte me obligará a obrar cruelmente. Estoy seguro de que me entiende…

—No dirá nada —dijo alejándose—. Ni una palabra. Vamos, vente conmigo, Edil.

Terens le siguió. No pudo siquiera volver la cabeza hacia el blanco rostro del interior del coche.

Pasase lo que pasase ahora, había realizado un milagro. Durante un momento había besado a la orgullosa dama de Fife, había sentido el blando contacto de sus suaves y fragantes labios.

16
El acusado

La diplomacia tiene un lenguaje y una serie de actitudes que le son propias. Las relaciones entre los representantes de las naciones soberanas, mantenidas estrictamente de acuerdo con el protocolo, son estilizadas y embrutecedoras. La frase «desagradables consecuencias» se convierte en un sinónimo de guerra, y «con arreglo conveniente», en rendición.

Cuando se sentía él mismo, Abel prefería abandonar aquel doble lenguaje diplomático. Con una línea directa y personal conectándolo con Fife, hubiera podido tomársele por un hombre de más edad hablando amistosamente con él por encima de dos vasos de vino.

—Ha sido muy difícil de conseguir, Fife —dijo.

Fife sonrió. Parecía estar muy tranquilo y despreocupado.

—Un día muy ocupado, Abel…

—Sí, lo he oído decir.

—¿Steen…? —preguntó con indiferencia.

—En parte. Ha estado siete horas con nosotros.

—Lo sé. Es culpa mía, además. ¿Tiene usted intención de entregárnoslo?

—Temo que no.

—Es un criminal.

Abel se rió y examinó atentamente el vaso que tenía en la mano, contemplando las lentas burbujas.

—Me parece que podremos encontrar un pretexto para considerarlo como refugiado político. La ley interestelar lo protegerá en territorio trantoriano.

—¿Le apoyará a usted su gobierno?

—Creo que sí, Fife. No llevaré treinta y siete años en Asuntos Exteriores sin saber lo que Trantor apoyará o no.

—Puedo hacer que Sark le llame a usted.

—¿Y qué sacará con eso? Soy un hombre pacífico con quien está usted en buenas relaciones. Mi sucesor podría ser cualquiera.

Hubo una pausa. El carácter de Fife se impacientaba.

—Me parece que tiene usted alguna proposición que hacer.

—La tengo. Usted tiene un hombre nuestro.

—¿Qué hombre suyo?

—Un analista del espacio. Un hombre de Tierra que, dicho sea de

paso, pertenece a los dominios de Trantor.

—¿Steen le ha dicho a usted eso?

—Entre otras cosas.

—¿Ha visto al hombre de Tierra?

—No lo ha dicho.

—Bien. Pues no lo ha visto. En estas circunstancias, dudo que pueda usted tener fe en su palabra.

Abel dejó su vaso. Se llevó las manos al regazo y dijo:

—De todos modos, estoy seguro de que el terrestre existe. Le digo, Fife, que tendríamos que actuar juntos en este asunto. Yo tengo a Steen y usted tiene al terrestre. En cierto modo estamos a la par. Antes de que siga usted adelante con sus planes de las corrientes, antes de que su ultimátum expire y su *coup d'état* tenga lugar, ¿por qué no celebrar una conferencia sobre la situación general del kyrt?

—No veo la necesidad. Lo que ocurre actualmente en Sark es un asunto puramente interno. Estoy dispuesto a garantizar personalmente que no habrá interferencia alguna en el mercado de kyrt debido a los acontecimientos políticos de aquí. Creo que esto debe colmar los legítimos deseos de Trantor.

Abel tomó un sorbo de su vino y pareció reflexionar.

—Parece que tenemos un segundo refugiado político —dijo al final—. Es un caso curioso. Es uno de sus súbditos florinianos, por cierto. Un Edil. Myrlyn Terens, dice llamarse…

Los ojos de Fife echaron súbitamente chispas.

—Lo sospechábamos. ¡Por Sark, Abel, las abiertas interferencias de Trantor en este planeta tienen un límite! El hombre que han raptado ustedes es un asesino. No pueden ustedes hacer de él un refugiado político…

—Bien, entonces, ¿quiere usted a ese hombre?

—¿Tiene usted una proposición en vistas? ¿Es ésta?

—La conferencia de que le hablado.

—¿Por un asesino floriniano? ¡De ninguna manera!

—Pero la manera como el Edil consiguió escaparse es muy curiosa. Quizá pueda interesarle…

Junz andaba arriba y abajo de la habitación moviendo la cabeza. La noche estaba ya bastante avanzada.

Hubiera querido poder dormir, pero sabía que necesitaría el somnin una vez más.

—Pude haber amenazado con la fuerza, como propuso Steen. Pero no hubiese estado bien. Los riesgos hubieran sido horribles y los resultados inciertos. Sin embargo, hasta que trajeron al Edil, no vi alternativa, a excepción, desde luego, de una política de inacción.

—¡No! —exclamó Junz moviendo la cabeza violentamente—. ¡Había que hacer algo! Y sin embargo equivalía a un chantaje. Exactamente lo que hizo. No soy hipócrita, Abel. O por lo menos trato de no serlo. No voy a condenar sus métodos cuando pienso sacar pleno provecho de sus resultados. Pero ¿qué hay de la muchacha?

—No le pasará nada mientras Fife respete lo convenido.

—Me da lástima. He acabado detestando a estos aristócratas sarkitas por lo que han hecho en Florina, pero no puedo evitar sentir lástima por ella.

—Como individuo, sí. Pero la verdadera responsabilidad reside en Sark mismo. Mire usted, ¿ha besado usted alguna vez una muchacha en un coche?

Un esbozo de sonrisa apareció en la comisura de los labios de Junz.

—Sí…

—Yo también, si bien tengo que evocar recuerdos más remotos que usted, imagino. Mi nieta mayor está probablemente practicándolo en este momento; no me extrañaría. ¿Qué es un beso robado en un coche, de todos modos, sino la expresión del sentimiento más natural en la Galaxia?

—Oiga, oiga, amigo mío. Aquí tenemos una muchacha reconocida como perteneciente a la más alta clase social que se encuentra por error en el mismo coche que un, digamos, criminal. Aprovecha la oportunidad para besarla. Lo hace por impulso y sin su consentimiento. ¿Qué sentimientos tienen que ser los suyos? ¿Qué sentimientos tienen que ser los de su padre? ¿Disgustado? Quizá. ¿Contrariedad? Ciertamente. ¿Ofendida? ¿Insultada? ¿Odio? Todo eso, sí. Pero ¿deshonrada? ¡No! ¿Suficientemente deshonrada como para aceptar poner en peligro importantes asuntos de estado para evitar verse delatada? ¡No!

»Pero ésta es exactamente una situación que sólo puede presentarse en Sark. Lady Samia sólo es culpable de consentimiento y una cierta candidez. Ha sido besada muchas veces ya, estoy seguro de ello. Si vuelve a besar, si besa innumerables veces, a quien sea, menos a un floriniano, nadie dirá nada. ¡Pero besó un floriniano!

»No tiene importancia que no supiese que era un floriniano. No tiene importancia que él la besase a la fuerza. Dar publicidad a la fotografía que tenemos de Lady Samia en brazos del floriniano sería hacer la vida insoportable para ella y para su padre. Vi el rostro de Fife cuando vio la reproducción. No había forma de dar por cierto que el Edil era un floriniano. Llevaba un traje sarkita y una gorra que cubría perfectamente su cabello. Era de piel blanca, pero eso no es una prueba. Sin embargo, Fife sabía que el rumor la aceptarían gustosamente hombres interesados en el escándalo y la sensación, y

que la fotografía se consideraría prueba irrefutable. Y sabía que sus enemigos políticos sacarían todo el provecho posible de ella. Puede usted llamarlo chantaje, Junz, y quizá lo sea, pero es un chantaje que no surtiría efecto en ningún otro planeta de la Galaxia. Su corrompido sistema social nos da un arma y no tengo el menor remordimiento en usarla.

—¿Qué se ha convenido finalmente? —preguntó Junz con un suspiro.

—Nos reunimos mañana a mediodía.

—¿Su ultimátum se ha aplazado, entonces?

—Indefinidamente. Estaré en su despacho en persona.

—¿Es necesario ese riesgo?

—No es tan arriesgado. Habrá testigos, y siento verdaderas ansias de encontrarme en presencia material de ese analista del espacio que tanto tiempo lleva usted buscando.

—¿Asistiré yo? —preguntó Junz con ansia.

—¡Oh, sí! Y el Edil también. Lo necesitamos para identificar al analista del espacio. Y Steen, desde luego. Todos estarán presentes en personificación tridimensional.

—Gracias.

El embajador de Trantor ahogó un bostezo.

—Y ahora, si no le importa, llevo dos días y una noche sin dormir y temo que mi anciano cuerpo no pueda soportar más esta situación. Necesito descanso.

Con la personificación tridimensional perfeccionada, las conferencias raras veces se celebraban cara a cara. Fife sentía con intensidad un algo de inconveniencia en la presencia material del viejo Embajador. Su tez olivácea no podía decirse que se hubiese oscurecido pero en sus facciones se dibujaba un odio silencioso.

Tenía que permanecer en silencio. No podía decir nada. Tenía que limitarse a mirar melancólicamente a los hombres que tenía enfrente.

¡Junz! Un hombre de piel oscura y cabello crespo cuyas intervenciones habían provocado la crisis.

¡Abel! Un viejo decrépito vestido de harapos con un millón de mundos tras de él.

¡Steen! ¡El traidor! ¡Temeroso de afrontar sus ojos!

¡El Edil! Mirarle a él era lo más difícil de todo. Era el indígena que había deshonrado a su hija sólo con el tacto, y sin embargo, permanecía a salvo e intocable detrás de los muros de la Embajada de Trantor. Hubiera podido rechinar los dientes y destrozar su mesa si hubiese estado solo. En esta situación, ni un solo músculo de su rostro podía moverse pese a que temblase y se torciese bajo la tensión.

Si Samia no hubiese… Dejó correr la cuestión. Su propia negligencia había dado origen a su independencia y voluntad y ahora no podía censurárselo. No había tratado de excusarse, sino de admitir su culpabilidad. Le había contado toda la verdad sobre su intento de hacer el papel de espía interestelar y la forma horrible en que había terminado. Se había confiado enteramente, en su vergüenza y amargura, a su comprensión, y no había quedado defraudada. No había quedado defraudada, aunque aquello representase la ruina de toda la maquinación que él había estado edificando.

—Esta conferencia me ha sido impuesta —dijo—. No veo la necesidad de decir nada. Estoy aquí para escuchar.

—Me parece que Steen quisiera ser el primero en hablar —dijo Abel.

Fife contempló con desprecio al repulsivo Steen.

—¡Usted me ha obligado a volverme hacia Trantor, Fife! —exclamó Steen—. ¡Ha violado usted el principio de autonomía! No podía esperar que yo lo tolerase. ¡De veras!

Fife no contestó nada y Abel, no sin un cierto desprecio también dijo:

—Limítese a su papel, Steen. Dijo usted que tenía que decir algo. ¡Dígalo!

Los pómulos de Steen enrojecieron sin necesidad de colorete.

—¡Lo diré! Y ahora mismo. Desde luego, no pretendo ser el detective que el señor de Fife se jacta de ser, pero puedo pensar. ¡De veras! Y he estado pensando. Fife nos contó ayer una historia acerca de un misterioso traidor llamado X. Me di cuenta de que no era más que un pretexto para declarar el estado de emergencia. No me engañó ni un solo minuto.

—¿Entonces no existe X? —preguntó Fife tranquilamente—, ¿Entonces por qué huyó? El hombre que huye no necesita otra acusación.

—¿Lo cree así? ¿De veras? Pues yo huiría de un edificio que ardiese, aunque no lo hubiese incendiado yo.

—Siga adelante, Steen —dijo Abel. Steen se pasó la lengua por los labios y permaneció un minuto contemplando sus uñas, puliéndolas mientras hablaba.

—Pero entonces pensé: ¿para qué inventar toda esa historia con todas sus complicaciones y fantasías? No es su estilo. ¡De veras! No es el estilo de Fife. Lo conozco. Todos lo conocemos. ¡Es un bruto! No tiene la menor imaginación, Excelencia. Casi tan malo como Bort.

—¿Es que dice algo, Abel, o sólo divaga? —preguntó Fife.

—Seguiré, si me dejan hablar. ¡Pardiez! ¿De qué lado está usted? ¿Por qué inventaría Fife una historia como ésa?, me dije. No había más que una respuesta. Era incapaz de inventarla. ¡Con su cerebro…

no! Luego era verdad. Tenía que ser verdad. Y, desde luego, los patrulleros habían sido asesinados, pese a que Fife es absolutamente incapaz de haberlo tramado.

Fife se encogió de hombros.

—Pero… ¿quién es X? —prosiguió Steen—. No soy yo. ¡De veras! Sé que no soy yo, y admitiré que sólo podía ser un Gran Señor. Pero ¿qué Gran Señor sabía más acerca de esto? ¿Qué Gran Señor había tratado de utilizar la historia del analista del espacio para inducirnos a lo que él llama «acción común» y yo llamo sumisión a la dictadura de Fife?

»Yo os diré quién es X. —Steen se levantó rozando con la parte alta de su cabeza el borde del cubo-receptor. Levantó un dedo tembloroso señalando a Fife—. ¡Él es X! ¡El señor de Fife! Él encontró al analista del espacio. Él lo apartó de su camino cuando vio que el resto de nosotros no nos dejábamos impresionar por sus estúpidas observaciones durante la primera conferencia, y después lo volvió a hacer aparecer una vez hubo preparado un golpe de mano militar.

Fife se volvió cansado hacia Abel.

—¿Ha terminado? Si es así, échelo de aquí. Su presencia es una ofensa intolerable para todo hombre decente.

—¿Tiene usted algún comentario que hacer a lo que dice? —preguntó Abel.

—No, desde luego. No merece ningún comentario. Este hombre está desesperado. Sería capaz de decir cualquier cosa.

—No puede limitarse a despreciarlo, Fife —dijo Steen, mirando a los demás. Sus ojos se achicaron y la piel de la nariz se puso blanca por la tirantez. Seguía de pie—. ¡Escuche! Dijo que sus investigadores encontraron las fichas en el dispensario de un médico. Dijo que el doctor murió de accidente después de haber diagnosticado que el analista del espacio había sido víctima de la psicoprueba. Dijo que el doctor fue asesinado por X para conservar secreta la identidad del analista del espacio. Esto es lo que dijo. Pregúntaselo. Pregúntenle si no es lo que dijo.

—Y si lo dije, ¿qué? —preguntó Fife.

—Entonces pregúntenle cómo podía tener el fichero de un médico que llevaba varios meses muerto y enterrado a menos que lo hubiese tenido desde el principio. ¡De veras!

—Todo esto es una locura —dijo Fife—. No podemos perder el tiempo indefinidamente de esta manera. Otro médico se hizo cargo de la clientela y del fichero del difunto. ¿Hay aquí alguien que crea que los ficheros médicos se destruyen con la muerte de un médico?

—No, desde luego que no —dijo Abel.

Steen se tambaleó ligeramente y se sentó.

—¿Qué más? —dijo Fife—. ¿Tiene usted algo más que decir?

¿Más acusaciones? ¿Más de algo? —Bajaba la voz. La amargura aparecía en su tono.

Abel le contestó:

—Bien, todo esto son cosas que dice Steen y se las hemos dejado decir. Ahora bien, Junz y yo estamos aquí para un asunto diferente. Quisiéramos ver al analista del espacio.

Fife había tenido en todo momento las manos apoyadas sobre su mesa. Ahora las levantó y se agarró con fuerza a su borde. Sus negras cejas se juntaron.

—Tenemos bajo nuestra protección un hombre de mentalidad subnormal que pretende ser un analista del espacio —dijo—. Lo mandaré traer aquí.

Jamás Valona March había soñado ni remotamente en su vida que tales imposibilidades pudiesen ocurrir. Desde hacía más de un día ya, constantemente desde que aterrizó en el planeta Sark, había notado un toque de maravilla en cuanto veía. Incluso en las celdas de la cárcel donde a Rik y a ella les habían separadamente encerrado tenían una especie de calidad irreal y magnífica. El agua corriente brotaba de una tubería cuando se apretaba un botón. De la pared brotaba calor, pese a que el aire exterior era más frío de lo que jamás ella imaginó posible, y todos los que hablaban con ella llevaban ropas magníficas.

La llevaron a habitaciones en las cuales había una serie de cosas que no había visto nunca. Aquélla era más grande que las demás, pero estaba casi desnuda. Había más gente en ella, además. Detrás de una mesa había un hombre de aspecto severo, y otro mucho más viejo, arrugado, sentado en una silla, y tres más…

¡Uno de ellos era el Edil!

Valona pegó un salto y se abalanzó hacia él.

—¡Edil! ¡Edil!

Pero no estaba allí. Se había levantado haciéndole un gesto con la mano.

—¡Quédate atrás, Valona! ¡Quédate atrás!

Y Valona pasó a través de él. Ella había tendido la mano para cogerle de la manga pero él se apartó. Se lanzó adelante, medio tambaleándose, y pasó a través de él. De momento se quedó sin aliento. El Edil se había vuelto, estaba frente a ella otra vez, pero ahora sólo podía fijar la vista en sus piernas.

Ambos estaban luchando a través del pesado brazo del sillón en que estuvo sentado, podía verlo claramente, con su color y su solidez. Rodeaba sus piernas pero no lo sentía. Avanzó una mano temblorosa y sus dedos se hundieron una pulgada en la tapicería pero no la sentía tampoco. Sus dedos permanecían invisibles.

Tuvo un estremecimiento y cayó, su última sensación fue la de que los brazos del Edil se tendían automáticamente hacia ella y que su cuerpo caía a través de su círculo como si fuesen trozos de aire coloreados de carne.

De nuevo se encontró en su silla. Rik le sostenía una mano e inclinaba su arrugado rostro sobre ella.

—No te asustes —iba diciendo—. No es más que una imagen. Una fotografía, ¿comprendes?

Valona miró a su alrededor. El Edil estaba sentado allí, pero no la miraba.

—¿No está aquí? —preguntó señalando con un dedo.

—Es una personalización tridimensional, Valona —dijo Rik precipitadamente—. Está en otro sitio, pero podemos verle desde aquí.

Valona movió la cabeza. Si Rik lo decía, era verdad. Pero bajó la vista. No se atrevía a mirar a aquella gente que estaba allí pero no estaba allí.

—¿Conque sabe usted lo que es la personificación tridimensional, muchacho? —le preguntó Abel a Rik.

—Sí, señor.

Había sido un día tremendo para Rik también, pero mientras Valona se encontraba crecientemente aturdida, él encontraba las cosas crecientemente familiares y comprensibles.

—¿Dónde lo ha aprendido?

—No lo sé. Lo sabía ya… antes de que olvidase. Durante el arranque de Valona al encuentro de Edil, Fife se había levantado de su mesa.

—Siento haber tenido que interrumpir esta reunión trayendo una indígena histérica —dijo con acidez—. El llamado analista del espacio requería su presencia.

—Perfectamente —dijo Abel—. Pero observo que su floriniano subnormal está familiarizado con la personificación tridimensional.

—Deben haberle instruido bien, imagino.

—¿Ha sido interrogado desde su llegada a Sark?

—Ciertamente.

—¿Con qué resultado?

—Ninguna novedad.

—¿Cómo se llama? —preguntó Abel volviéndose hacia Rik.

—Rik es el único nombre que recuerdo —dijo éste con calma.

—¿Conoce usted a alguien aquí?

Rik miró un rostro después de otro, sin el menor temor.

—Sólo al Edil y a Lona, desde luego —dijo.

—Éste —dijo Abel señalando a Fife— es el más grande Señor que jamás ha vivido. Posee el mundo entero. ¿Qué piensa de él?

—Soy de Tierra —dijo Rik osadamente—. No me posee a mí.

Abel se volvió confidencialmente hacia Fife.

—No creo que a un indígena floriniano adulto pueda inducírsele a tal desafío.

—¿Ni aun con una psicoprueba? —respondió Rik con desprecio.

—¿Conoce usted a este caballero? —preguntó Abel dirigiéndose a Rik.

—No, señor.

—Es el doctor Selim Junz. Es un importante funcionario del Centro Analítico del Espacio Interestelar.

Rik lo miró largo rato intensamente.

—Entonces tiene que haber sido uno de mis jefes. Pero… no le conozco —añadió con desaliento—. O quizá sólo no lo recuerdo.

—No le he visto en mi vida, Abel –dijo Junz moviendo la cabeza tristemente.

—Ahora escuche, Rik —dijo Abel—. Voy a contarle una historia. Quiero que la escuche usted con toda atención y piense. ¡Piense y piense! ¿Me comprende?

Rik asintió; Abel hablaba lentamente. Su voz fue el único sonido que se oyó en la habitación durante largos minutos.

Mientras proseguía, Rik cerraba los párpados con todas sus fuerzas apretándolos. Se mordió los labios, se llevó los puños cerrados al pecho y su cabeza cayó adelante. Tenía el aspecto de un hombre que sufre intensamente.

Abel seguía hablando, reconstruyendo uno tras otro todos los acontecimientos tal como los había presentado antes el Señor de Fife. Habló del mensaje original del desastre, de su intercepción, del encuentro entre Rik y X, de la psicoprueba, de cómo habían encontrado a Rik y le habían llevado a Florina, del doctor que le hizo el diagnóstico y murió inmediatamente después, de la memoria que iba recobrando.

—Ésta es toda la historia, Rik —dijo—. Se la he contado toda. ¿Hay algo que le resulte familiar?

Lentamente, dolorosamente, Rik contestó:

—Recuerdo la última parte. Los últimos pocos días, ¿comprende? Recuerdo algo anterior también. Quizá fuese el doctor… cuando empecé a hablar. Pero todo es muy nebuloso… Eso es todo.

—Pero recuerda usted algo anterior… Recuerda el peligro para Florina —dijo Abel.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Eso fue lo primero que recordé!

—Entonces, ¿no puede recordar nada después de eso?

—No puedo… No puedo recordar —gimió Rik.

—¡Pruebe! ¡Pruebe!

Rik levantó la vista. Su rostro estaba mojado de sudor.

—Recuerdo un mundo…

—¿Qué mundo, Rik?

—No tiene ningún sentido.

—¡Dígalo de todos modos!

—Va unido a una mesa. Hace mucho, mucho tiempo. Muy vago. Yo estaba sentado. Alguien más, quizá, me parece, estaba sentado, y él estaba de pie, mirándome fijamente, y hay una palabra…

—¿Qué palabra? —preguntó Abel pacientemente.

—¡Fife!

Todos menos Fife se pusieron de pie.

17
El acusador

Con una energía que hizo cuanto pudo por dominar, Fife dijo:

—Vamos a terminar con esta farsa…

Había esperado antes de hablar, con los ojos duros y el rostro sin expresión, hasta que finalmente el resto de los presentes se vio obligado a recuperar sus asientos. Rik había inclinado la cabeza, con los ojos dolorosamente cerrados, tratando de calmar su dolorida mente. Valona le atrajo hacia sí, tratando en vano de apoyarle la cabeza en su hombro, acariciando suavemente sus mejillas.

—¿Por qué dice usted que esto es una farsa? —dijo Abel con voz agitada.

—¿No lo es acaso? —respondió Fife—. Acepté asistir a esta conferencia sólo por una amenaza que dirigieron ustedes contra mí. Incluso en este caso me hubiera negado si hubiese sabido que la conferencia estaba destinada a ser mi proceso, con renegados y asesinos actuando de acusadores y jurado.

Abel frunció el ceño y su voz adquirió un tono de helado formalismo:

—Esto no es un proceso, señor. El doctor Junz está aquí con el fin de recuperar a un miembro del CAEI, como es su derecho y su deber. Yo estoy aquí para proteger los intereses de Trantor durante una época de agitación. En mi cerebro no cabe la menor duda de que este hombre, Rik, es el desaparecido analista del espacio. Podemos dar por terminada esta conferencia inmediatamente si están ustedes de acuerdo en entregar este hombre al doctor Junz para ulterior examen, incluyendo la aprobación de las características físicas. Necesitaremos, desde luego, su ulterior ayuda para encontrar al culpable de la psicoprueba y establecer una salvaguardia contra una posible repetición de tales actos contra lo que es, después de todo, una agencia interestelar que se ha mantenido con firmeza al margen de la política regional.

—¡Vaya discurso! —dijo Fife—. Pero lo obvio sigue siendo obvio y sus planes siguen siendo transparentes. ¿Qué ocurrirá si entrego este hombre? Estoy convencido de que el CAEI se las arreglará para descubrir lo que quiere descubrir. Pretende ser una agencia interestelar sin ligámenes regionales. Pero es un hecho, ¿no es verdad?, que Trantor contribuye con dos terceras partes a su

presupuesto anual. Dudo que ningún observador razonable admita hoy considerarlo neutral en la Galaxia. Sus descubrimientos referentes a este hombre convendrán con toda seguridad a los intereses imperiales de Trantor.

»¿Y cuáles serán estos descubrimientos? Es obvio también. La memoria de este hombre volverá lentamente. El CAEI publicará boletines cotidianos. Poco a poco irá recordando más y más detalles necesarios. Primero mi nombre. Después mi aspecto. Después mis palabras exactas. Seré solemnemente declarado culpable. Se exigirán reparaciones y Trantor se verá obligado a ocupar Sark temporalmente, ocupación que en cierto modo se convertirá en permanente.

»Hay límites más allá de los cuales todo chantaje fracasa. El suyo, señor embajador, termina aquí. Si quiere usted a este hombre, diga a Trantor que mande una flota a buscarlo.

—No es cuestión de fuerza —dijo Abel—. Sin embargo, observo que ha evitado usted, cuidadosamente evitado, negar las derivaciones de las últimas palabras del analista del espacio.

—No hay ninguna derivación que me obligue a dignificarme desmintiéndola. Recuerda a un hombre, o dice que lo recuerda. ¿Qué significa eso?

—¿No significa acaso nada que lo recuerde?

—Nada absolutamente. El nombre de Fife es muy conocido en Sark. Aun admitiendo en principio que el presunto analista del espacio sea sincero, ha tenido durante un año la oportunidad de oírlo pronunciar en Florina. Ha llegado a Sark en una nave que traía a mi hija, una oportunidad todavía mejor de oír pronunciar el nombre de Fife. ¿Qué tiene de particular que ese nombre se haya mezclado a sus nebulosos recuerdos? Desde luego, puede no ser sincero. Los paulatinos recuerdos de este hombre pueden muy bien haber sido ensayados.

A Abel no se le ocurrió nada que decir. Miró a los demás. Junz fruncía intensamente el ceño, acariciándose lentamente la barbilla con los dedos de la mano derecha. Steen se agitaba nervioso y murmuraba algo en voz baja. El Edil de Florina contemplaba sus rodillas sin expresión.

Fue Rik quien rompió el silencio, escapando a la presa de Valona y poniéndose en pie.

—Escuchen… —dijo. Su pálido rostro estaba contorsionado. Sus ojos reflejaban el dolor.

—Otra revelación, supongo… —dijo Fife.

—¡Escuchen! —dijo Rik—. Estábamos sentados a una mesa. El té estaba drogado. Habíamos disputado, no recuerdo por qué. Entonces no pude moverme. Sólo podía permanecer sentado. No podía hablar. No podía pensar… ¡Había sido drogado! Quería gritar, gritar, correr,

pero no podía. Entonces llegó el otro, Fife. Me había estado gritando. Pero ahora no gritaba. No tenía necesidad. Dio la vuelta a la mesa. Se detuvo a mi lado, dominándome. Yo no podía decir nada. No podía hacer nada. Sólo podía tratar de volver los ojos hacia él.

Permaneció de pie, en silencio.

—¿Este otro hombre era Fife? —preguntó Selim Junz.

—Recuerdo que su nombre era Fife.

—Bien. ¿Era este hombre?

Rik no se volvió para mirar.

—No puedo recordar cómo era —dijo.

—¿Está seguro?

—He estado intentándolo… —estalló—. ¡No saben ustedes cuán duro es! ¡Duele! ¡Es como una aguja al rojo blanco! ¡Profundamente! ¡Aquí dentro! —Se llevaba las manos a la cabeza.

—Sé que es duro. Pero debe usted intentarlo —dijo Junz suavemente—. Debe usted seguir intentándolo. ¡Mire a este hombre! ¡Vuélvase y mírelo!

Se volvió hacia el Señor de Fife. Estuvo contemplándolo fijamente un momento, después apartó la mirada.

—¿Puede recordarlo ahora? —preguntó Junz.

—¡No! ¡No!

—¿Es que su hombre ha olvidado el texto o la historia parecerá más digna de crédito si recuerda mi rostro la próxima vez? —preguntó Fife con sarcasmo.

—No había visto jamás a este hombre ni había hablado nunca con él —dijo Junz con calor—. Jamás hemos conspirado contra usted y estoy cansado de sus acusaciones en este sentido. Sólo estoy buscando la verdad.

—Entonces, ¿puedo hacerle algunas preguntas?

—Diga.

—Muchas gracias por su amabilidad. Dígame, Rik, o como se llame usted…

Empleaba el tono de un Noble dirigiéndose a un floriniano.

—Recuerda usted a un hombre que se acercó a usted procedente del otro lado de la mesa mientras estaba usted sentado drogado e impotente…

—Sí, señor.

—¿Lo último que recuerda es al hombre mirándole fijamente a usted?

—Sí, señor.

—¿Usted le devolvió la mirada o lo intentó?

—Sí, señor.

—Siéntese.

Rik obedeció.

Durante un momento Fife no hizo nada. Su boca sin labios quizá se apretó un poco más y la sombra negroazulada de sus pómulos se oscureció un poco más por la presión de las mandíbulas. Después se deslizó de su silla. ¡Resbaló hacia abajo! Era como si hubiese caído de delante de su mesa. Pero salió de detrás de ella y se hizo plenamente visible.

Las piernas deformadas de Fife se movían bajo su cuerpo con esfuerzo, haciendo avanzar la informe masa del cuerpo y la cabeza hacia adelante. Su rostro estaba congestionado pero conservaba intacto su aire de arrogancia. Steen se echó a reír estrepitosamente, pero se interrumpió en el acto cuando aquellos ojos se fijaron en él. El resto de los concurrentes permanecían en un silencio fascinado.

Rik, con los ojos muy abiertos, lo vio aproximarse.

—¿Fui yo el hombre que se acercó a ti dando la vuelta a la mesa? —le preguntó.

—No puedo recordar su rostro, señor.

—No te pido que recuerdes el rostro. ¿Puedes haber olvidado mi aspecto, mi manera de caminar?

Aquel hombre, tan formidable físicamente sentado, se había convertido en un lamentable pelele.

—Parece que no, señor —dijo Rik penosamente—, pero no lo sé.

—Pero tú estabas sentado, él estaba de pie, y lo mirabas hacia arriba…

—Sí, señor.

—Él te miraba hacia abajo, «dominándote», por decirlo así.

—Sí, señor.

—¿Recuerdas esto, por lo menos? ¿Estás seguro de ello?

—Sí, señor.

Los dos hombres estaban ahora cara a cara.

—¿Te miré yo desde arriba?

—No; señor —respondió Rik.

—¿Me miras tú desde abajo?

—No, señor.

Rik sentado y Fife de pie se miraban frente a frente en el mismo nivel.

—¿Puedo ser yo aquel hombre?

—No, señor.

—¿Estás seguro?

—Sí, señor.

—¿Sigues afirmando que el nombre que recuerdas es Fife?

—Recuerdo ese nombre —insistió Rik obstinadamente.

—Quienquiera que fuese, entonces, ¿usó mi nombre como disfraz?

—Es…, es posible.

Fife dio media vuelta y con lenta dignidad regresó a su presa y se encaramó a su silla.

—Jamás había permitido que nadie me viese de pie hasta este día —dijo—. ¿Hay algún motivo para que esta conferencia continúe?

Abel estaba a la vez embarazado y perplejo. Hasta ahora la conferencia se había desarrollado lamentablemente.

Fife había conseguido quedar bien cada vez y hacer quedar mal a todos los demás. Había conseguido presentarse triunfalmente como un mártir. Se había visto obligado a asistir a aquella conferencia por el chantaje de Trantor y había aniquilado el tema de la falsa acusación en el acto.

Ya se ocuparía él de que el resumen de lo ocurrido en la conferencia se extendiese por la Galaxia y no tendría que apartarse mucho de la verdad para hacer de ello una excelente propaganda antitrantoriana.

Abel hubiera querido limitar sus pérdidas. El analista del espacio psicoprobado no podía ser ya de utilidad alguna para Trantor. Cualquier «recuerdo» que tuviese ya sólo sería de risa, ridículo, por verdadero que fuese. Se consideraría como un instrumento del imperialismo trantoriano, y un instrumento roto, además.

Pero vacilaba, y fue Junz quien habló.

—Me parece que hay una razón muy convincente para no dar por terminada todavía la conferencia. No hemos dilucidado todavía quién es el responsable de la psicoprueba. Usted ha acusado al Señor de Steen y Steen le ha acusado a usted. Admitiendo que ambos se hayan equivocado, y por lo tanto ambos sean inocentes, quedó en pie el problema de que uno de los Grandes Señores es culpable. ¿Cuál de ellos, entonces?

—¿Qué importa eso? —preguntó Fife—. En cuanto a usted hace referencia, estoy seguro de que no. Esta cuestión hubiera quedado aclarada ya de no haber sido por la interferencia de Trantor y del CAEI. Eventualmente, encontraré al traidor. Recuerden que el autor de la psicoprueba, quienquiera que sea, tenía la intención original de hacerse con el monopolio del comercio del kyrt, de manera que no es probable que lo deje escapar. Una vez el autor de la psicoprueba haya sido identificado y nos hayamos entendido con él, este hombre le será devuelto incólume. Ésta es la única oferta que puedo hacer, y me parece muy razonable.

—¿Y qué hará usted con el autor de la psicoprueba?

—Eso es una cuestión puramente interna que no le concierne a usted.

—¡Claro que me concierne! —exclamó Junz con energía—. No se trata únicamente del analista del espacio. Hay algo de mayor importancia afectado también, y me sorprende que no se haya

mencionado todavía, Rik no fue sometido a la psicoprueba únicamente porque fuese un analista del espacio.

Abel no estaba muy seguro de cuáles eran las intenciones de Junz, pero puso su peso en la balanza.

—El doctor Junz se refiere, desde luego —dijo—, al mensaje original del peligro del analista del espacio.

—Por lo que sé hasta ahora —dijo Fife encogiéndose de hombros —nadie ha dado importancia alguna a eso, incluyendo al doctor Junz, durante el año transcurrido. Sin embargo, su hombre está aquí, doctor Junz. Pregúntele qué significa todo esto.

—Naturalmente no se acordará —respondió Junz con cólera—. La psicoprueba es sobre todo efectiva sobre las cadenas más intelectuales de razonamiento almacenadas en la mente. El hombre puede no recuperar nunca los aspectos cuantitativos de su trabajo.

—Entonces está listo —dijo Fife—. ¿Qué le vamos a hacer?

—Algo definitivo. Ésa es la cuestión. Hay alguien más que sabe y es el psicoprobador. Pudo no ser un analista del espacio también; puede no saber detalles precisos. Sin embargo, con este hombre, cuando tenía la mente intacta, pudo aprender lo suficiente para ponernos sobre la buena pista. Sin haber sabido lo suficiente no se hubiera atrevido a destruir la fuente de sus informaciones. Sin embargo, en cuanto al fichero…, ¿recuerda usted, Rik?

—Sólo que había peligro y que éste afectaba a las corrientes del espacio —murmuró Rik.

—Aunque lo descubriese usted —dijo Fife—, ¿qué obtendría? ¿Hasta dónde son dignas de crédito las abracadabrantes teorías que los exaltados analistas del espacio nos exponen constantemente? Muchos de ellos creen conocer todos los secretos del universo cuando apenas son capaces de leer sus instrumentos.

—Es posible que tenga usted razón. ¿Tiene usted miedo de dejármelo intentar?

—Soy contrario a propalar rumores alarmantes que, verdaderos o falsos, puedan afectar a la industria del kyrt. ¿No está usted de acuerdo conmigo, Abel?

Abel se estremeció interiormente. Fife estaba maniobrando de forma que cualquier irregularidad en las entregas de kyrt resultante de su propia actuación pudiese achacarse a las maniobras de Trantor. Pero Abel era un hábil jugador. Recogió el guante tranquilamente y sin emoción.

—Yo, no —dijo—. Propongo que escuche usted al doctor Junz.

—Gracias —dijo—. Ha dicho usted, señor de Fife, que quienquiera que sea el autor de la psicoprueba, tiene que haber matado al doctor que reconoció a Rik. Esto supone que el autor de la psicoprueba tuvo que mantener una cierta vigilancia sobre Rik

mientras estuvo en Florina.

—¿Y bien?

—Tiene que haber rastros de esa vigilancia.

—¿Quiere usted decir que aquellos indígenas tienen que saber quién los estaba vigilando?

—¿Por qué no?

—No es usted sarkita, y por lo tanto se equivoca —dijo Fife—. Le aseguro a usted que los indígenas se mantienen en su lugar. No se acercan jamás a los Nobles, y si algún Noble se acerca a ellos saben que su obligación es fijar la vista a sus pies. No sabrían una palabra de que fuesen vigilados.

Junz se estremecía con visible indignación. Los Nobles tenían su despotismo tan arraigado que no veían nada malo ni vergonzoso en hablar abiertamente de ello.

—Los indígenas ordinarios, quizá —dijo—. Pero aquí tenemos a un hombre que no es un indígena ordinario. Creo que nos ha demostrado con suficiente claridad que no es siquiera un floriniano debidamente respetable. Hasta ahora no ha aportado nada a la discusión y creo que sería hora de que le hiciésemos algunas preguntas.

—¡Las declaraciones de los indígenas no tienen valor! —dijo Fife —. Y aprovecho una vez más la oportunidad para pedir que Trantor lo entregue para que se lo juzguen debidamente los Tribunales competentes de Sark.

—Déjeme hablar con él primero.

—Yo creo que no haría ningún daño hacerle algunas preguntas, Fife —intervino Abel suavemente—. Si se muestra reacio a la cooperación o indigno de confianza, podemos tener en cuenta su demanda de extradición.

Terens, que hasta entonces había permanecido concentrado en el estudio de sus dedos entrelazados, levantó la vista. Junz se volvió hacia él y le dijo:

—Rik estuvo en su ciudad desde que lo encontraron, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y estuvo usted todo el tiempo en la ciudad? Es decir, ¿no salió con alguna misión durante algún tiempo?

—Los ediles no cumplen misiones en el campo. Su trabajo radica en la ciudad.

—Perfectamente. Ahora tranquilícese, y no se ofenda. Imagino que debe formar parte de su trabajo estar al corriente de cualquier Noble que fuese de la ciudad. ¿No es eso?

—Seguro. Cuando vienen.

—¿Y vienen?

—Una o dos veces —dijo Terens—. Pura rutina, se lo aseguro. Los

Nobles no se ensucian las manos con el kyrt. El kyrt sin elaborar, quiero decir.

—¡Sea respetuoso! —bramó Fife.

Terens le dirigió una larga mirada y le dijo:

—¿Puede usted conseguirlo?

—Dejemos esto entre este hombre y el doctor Junz, Fife —intervino Abel conciliador—. Usted y yo somos espectadores.

Junz sentía un destello de placer por la insolencia de Terens, pero dijo:

—Conteste mis preguntas sin comentarios superfluos, por favor. Ahora bien, ¿quiénes fueron exactamente los Nobles que visitaron su ciudad durante el pasado año?

—¿Cómo quiere que lo sepa? —respondió Terens con altivez—. No puedo contestar a esa pregunta. Los Nobles son Nobles y los indígenas son indígenas. Yo puedo ser un Edil, pero sigo siendo un indígena para ellos. No los recibo en las puertas de la ciudad y les pregunto sus nombres. Recibo un mensaje, eso es todo. Viene dirigido al «Edil». Dice que habrá una inspección de los Nobles tal o cual día y que tengo que tomar las disposiciones pertinentes. Entonces tengo que ocuparme de que los obreros lleven sus mejores ropas, que el molino esté limpio y en buen funcionamiento, que el suministro de kyrt sea vasto, que todo el mundo parezca contento y satisfecho, que las casas estén limpias y las calles en orden, que haya algunos bailarines a mano por si se da el caso de que los Nobles quieran disfrutar de algún baile indígena, que quizás alguna linda…

—Eso no interesa ahora, Edil —dijo Junz.

—A usted no le ha interesado nunca eso. A mí sí.

Después de su experiencia con los florinianos del Servicio Civil, Junz encontraba al Edil refrescante como un vaso de agua fresca. Tomó la decisión de que cualquier influencia que el CAEI pudiese aportar tenía que emplearse para impedir la entrega del Edil a los Nobles.

En un tono más pausado, Terens siguió su relato:

—De todos modos, ése es mi papel. Cuando vienen, lo arreglo todo con los demás. No sé quiénes son ni hablo con ellos.

—¿Hubo alguna de esas inspecciones la semana antes de que el doctor de la Ciudad Alta encontrase la muerte? Supongo que sabe usted qué semana ocurrió…

—Me parece que oí algo de eso en el noticiario de la radio. No creo que hubiese ninguna inspección por aquel tiempo. No podría jurarlo.

—¿A quién pertenece su tierra?

Terens hizo un gesto de desprecio con los labios.

—Al señor de Fife.

Steen intervino, rompiendo el diálogo con sorprendente rapidez.

—¡Oh, oiga, de veras! ¡Con este interrogatorio está usted siendo un juguete en manos de Fife, doctor Junz! ¿No ve usted que no llegará a ninguna parte? ¿Imagina usted que si Fife quisiese montar una guardia alrededor de ese hombre se tomaría la molestia de hacer viajes a Florina para vigilarlo? ¿Para qué están los patrulleros? ¡De veras!

—En un caso como éste —dijo Junz, al parecer perplejo—, con toda la economía mundial y acaso su propia seguridad física residiendo en el contenido del cerebro de un hombre, es natural que el autor de la psicoprueba no quisiese dejar su custodia a los patrulleros.

—¿Incluso después de haber borrado todos los recuerdos de esa mente, por si acaso? —intervino Fife.

Abel avanzó su labio inferior y frunció el ceño. Veía su última jugada caer en manos de Fife como todas las demás.

—¿Había algún patrullero o grupo de patrulleros que estuviese ya en pie? —intentó nuevamente Junz, vacilando.

—No lo sé. Para mí no son más que uniformes.

Junz se volvió hacia Valona, produciendo el efecto de un súbito empujón. Un momento antes se había puesto de una palidez mortal y sus ojos se abrieron sin ver. A Junz no se le había escapado.

—¿Y qué hay de ti, muchacha? —le preguntó.

Pero ella se limitó a mover la cabeza, sin decir una palabra.

Abel estaba pensando: «No hay nada más que hacer. Todo ha terminado».

Pero Valona se había puesto de pie, temblando. Con un ronco susurro, dijo:

—Quiero decir algo.

—Adelante, muchacha —dijo Junz—. ¿Qué es?

Jadeante, con el terror pintado en cada línea de sus facciones y retorciéndose los dedos nerviosamente, Valona tomó la palabra.

—No soy más que una muchacha campesina. Por favor, no se enfaden conmigo. Es sólo porque me parece que las cosas sólo pueden ser de una manera. ¿Tan importante era mi Rik? ¿En la forma como han dicho ustedes, quiero decir…?

—Creo que era muy, muy importante. Creo que todavía lo es —dijo Junz amablemente.

—Entonces debió ser como usted ha dicho. Cualquiera que lo llevase a Florina no debía atreverse a apartar los ojos de él ni un minuto. ¿No cree? Quiero decir…, supongamos que el superintendente del molino le pega una paliza a Rik o los chicos le apedrean o se pone enfermo y muere… ¿No irían a dejarlo abandonado en los campos, donde podía morir antes de que nadie le recogiese, no? No supondrían que sólo la suerte podría conservarle la vida.

Hablaba ya con una extremada vehemencia.

—Sigue —dijo Junz, observándola.

—Porque había una persona que vigilaba a Rik desde el principio. Lo encontró en los campos, se arregló de forma que pudo hacerse cargo de él, lo salvó de todas las dificultades y tenía noticias suyas todos los días. Sabía incluso todo lo del doctor, porque yo se lo dije. ¡Era él! ¡Era él!

A voz en grito, con intensidad, su dedo señalaba rígido a Myrlyn Terens, el Edil.

En aquel momento incluso la sobrehumana calma de Fife sucumbió, sus brazos se pusieron rígidos sobre su mesa, levantando su monstruoso cuerpo una pulgada de su asiento, y volvió rápidamente la cabeza hacia el Edil.

18
Los vencedores

Fue como si una parálisis vocal se hubiese apoderado de todos ellos. Incluso Rik, con la incredulidad en los ojos, se limitaba a mirar sin expresión, primero a Valona, después a Terens.

Y de repente el silencio quedó roto por la estentórea risa de Steen.

—¡Lo creo! ¡De veras! —exclamó—. Lo he dicho siempre. Dije que el indígena estaba a sueldo de Fife. Eso demuestra la clase de hombre que es Fife. ¡Le paga a un indígena para…!

—¡Eso es una mentira infernal!

No era Fife quien había hablado, sino el Edil. Estaba de pie, sus ojos brillaban con intenso fuego.

Abel, que de todos ellos parecía el menos agitado, preguntó:

—¿Qué es eso?

Terens se quedó mirándole un momento, sin comprender después dijo, riendo:

—Lo que ha dicho el señor. No estoy a sueldo de ningún sarkita.

—¿Y lo que ha dicho la muchacha? ¿Es mentira también?

—No —dijo Terens, después de haber mojado sus secos labios con la punta de la lengua—. Esto es verdad. Yo soy el autor de la psicoprueba. No me mires así, Lona… —añadió apresuradamente—. No quería hacerle daño. No quería nada de todo lo que ha ocurrido.

Y volvió a sentarse.

—Todo esto parece una estratagema —dijo Fife—. No sé qué están ustedes planeando exactamente, Abel, pero, ante todo lo que ocurre, parece imposible que este criminal pueda haber incluido este crimen en su repertorio. Es definitivo que sólo un Gran Señor puede haber tenido los conocimientos y facilidades necesarias. ¿O es que quieren sacar a este Steen del gancho preparando una falsa confesión?

Terens, con las manos juntas y apretadas, se inclinó hacia delante.

—No recibo dinero de Trantor tampoco —dijo.

Fife no le hizo caso. Junz fue el último en volver en sí. Durante algunos minutos le fue imposible admitir el hecho de que el Edil no estaba en realidad en la misma habitación que él, que estaba en algún otro lugar de la embajada de Trantor, que sólo podía verlo en imagen y forma, no más que Fife, que estaba a veinte millas de allí. Quería acercarse al Edil, agarrarle por el hombro, hablarle a solas, pero no podía.

—Me parece inútil discutir antes de oír lo que dice —dijo—. Vamos a ver los detalles. Si es realmente el psicoprobador, necesitamos detalles. Si no lo es, los detalles que tratará de darnos lo demostrarán.

—Si quieren saber lo ocurrido —dijo Terens—, se lo diré. Callarlo por más tiempo no puede serme ya de ninguna utilidad. Se trata de Sark y Trantor, al fin y al cabo, y del Espacio con ellos. Esto me dará por lo menos la oportunidad de exponer algunas cosas a la luz.

Señaló a Fife con profundo desprecio.

—Aquí tienen al Gran Señor. Sólo un Gran Señor, dice este Gran Señor, puede tener los conocimientos y facilidades necesarios para efectuar una psicoprueba como ésta. Y lo cree, además. Pero ¿qué sabe? ¿Qué sabe ninguno de los sarkitas?

»¡No son dueños del gobierno! ¡Son los florinianos! ¡El Servicio Civil floriniano! Tienen los papeles, archivan los papeles. Y son los papeles los que gobiernan Sark. Desde luego, la mayoría de nosotros estamos demasiado maltratados para rebelarnos, pero ¿saben ustedes lo que somos capaces de hacer si queremos, incluso ante las narices de esos malditos Señores? Bien, pues verán lo que he hecho yo.

»Hace un año era director de tránsito en el espacio-puerto. Formaba parte de mi instrucción. Figura en los registros. Tendrán ustedes que profundizar un poco para encontrarlo porque el director titular de tránsito es un sarkita. Él tiene el título pero yo hacía el trabajo. Mi nombre pueden encontrarlo en la sección especial titulada Personal Indígena. Ningún sarkita hubiera querido ensuciarse los ojos leyéndola.

»Cuando el CAEI mandó el mensaje del analista del espacio al puerto con la indicación de que fuese a recibir la nave con una ambulancia, yo lo recibí. Transmití lo que era seguro. Lo de la destrucción de Florina no lo transmití.

»Me las arreglé para recibir al analista en un pequeño aeropuerto suburbano y pude hacerlo fácilmente. Todos los hilos y resortes que controla Sark pasaban por mis dedos. Yo estaba en el Servicio Civil, recuérdenlo. Un Gran Señor que hubiese querido hacer lo que hice yo no hubiera podido, a menos que ordenase a algún floriniano que lo hiciese en su lugar. Yo podía hacerlo sin la ayuda de nadie. Tenía los conocimientos y los resortes.

»Recogí al analista del espacio y lo oculté de Sark y del CAEI. Saqué de él todas las informaciones que pude y me dispuse a utilizarlas en favor de Florina y contra Sark.

—¿Mandó usted aquellas primeras cartas? —salió como a la fuerza de los labios de Fife.

—Mandé aquellas primeras cartas, Gran Señor —dijo Terens con calma—. Creí poder obtener el control de una cantidad suficiente de

kyrt y tierras de cultivo para poder tratar con Trantor en mis condiciones y echarles a ustedes del planeta.

—Estaba usted loco.

—Quizá. En todo caso, no salió bien. Yo le había dicho al analista del espacio que era el Señor de Fife. Tenía que hacerlo, porque sabía que Fife era el hombre más importante del planeta y mientras creyese que yo era Fife estaba dispuesto a hablar claramente. Me reía pensando que imaginaba; que Fife estaba deseoso de hacer cuanto fuese conveniente para Florina.

»Desgraciadamente, era más impaciente que yo. Insistía en que cada día que pasaba era una calamidad, mientras yo sabía que mis proyectos acerca de Sark necesitaban tiempo por encima de todo. Llegó un momento en que me fue imposible detenerlo por más tiempo y tuve que acudir a la prueba psíquica. Podía procurarme el instrumento. La había visto practicar en los hospitales. Sabía algo acerca de ello. Desgraciadamente, no lo bastante.

»Dispuse la prueba para borrar la ansiedad de las capas superficiales de su cerebro. Es una operación sencilla. Sigo ignorando qué ocurrió. Creo que la angustia se profundizaba más y más, y la prueba automáticamente la siguió, penetrando en lo más consciente de su cerebro con ella. Me encontré con un ser desprovisto totalmente de cerebro en mis manos… Lo siento, Rik.

Rik había estado escuchando intensamente, y con voz triste dijo:

—No hubiera usted debido interferir en mí, Edil, pero comprendo cuáles debieron ser sus sentimientos…

—Sí —dijo Terens—; ha vívido usted en el planeta. Conoce a los patrulleros y a los Nobles, y sabe la diferencia que hay entre Ciudad Alta y Ciudad Baja.

De nuevo reanudó el relato de lo ocurrido.

—Así, pues, me encontraba con un analista del espacio absolutamente indefenso en mis manos. No podía abandonarlo para que cualquiera lo encontrase y descubriese su identidad. No podía matarle. Estaba seguro de que su memoria volvería y yo necesitaba su ayuda, sin contar con que matarlo hubiera sido traicionar la buena voluntad de Trantor y del CAEI, que eventualmente podía serme necesaria. Además, en aquellos tiempos era incapaz de matar.

»Me las arreglé para hacerme nombrar Edil en Florina y me llevé al analista del espacio con papeles falsos. Hice que lo encontrasen y busqué a Valona para que se hiciera cargo de él. Posteriormente, ya no hubo más peligro que aquella vez por el médico. Entonces, tenía que entrar en las centrales de energía de Ciudad Alta, lo cual no era imposible. Los ingenieros eran sarkitas, pero los mecánicos eran florinianos. En Sark había aprendido lo suficiente sobre mecánica para saber disminuir la intensidad de la energía. Necesité tres días para

encontrar el tiempo necesario. Después de eso, podía matar con facilidad. Jamás supe, no obstante, que el doctor conservaba un duplicado de sus ficheros en sus dos dispensarios. Ojalá lo hubiese sabido.

Desde donde estaba sentado, Terens podía ver el cronometro de Fife.

—Entonces, hace cien horas…

—Me parece que hace cien años… —Rik empezó a recordar de nuevo.

—Y ya saben ustedes toda la historia —culminó Terens.

—No —dijo Junz—, no la sabemos. ¿Cuáles son los detalles de la historia del analista del espacio sobre la destrucción planetaria?

—¿Cree usted que entendí los detalles de lo que tenía que decir? Era una especie de…, perdóneme, locura de Rik.

—¡No lo era! —saltó Rik—. ¡No podía serlo!

—El analista del espacio tenía una nave… ¿Dónde está?

—En los depósitos de desguace desde hace tiempo —dijo Terens —. Se dictó una disposición para desmontarla. Mi superior la firmó. Un sarkita no lee nunca lo que firma, desde luego. Fue desguazada sin discusión.

—¿Y los papeles de Rik? Ha dicho antes que le enseñó sus papeles.

—Entréguenos a este hombre —dijo Fife súbitamente y averiguaremos lo que sabe.

—No —dijo Junz—. Su primer crimen fue contra el CAEI. Raptó y enajenó la mente de un analista del espacio. Nos pertenece.

—Junz tiene razón —dijo Abel.

—Ahora, escuchen —dijo Terens—. No diré una palabra sin garantías. Sé dónde están los papeles de Rik. Están donde ni un sarkita ni un trantoriano podrán encontrarlos jamás. Si los quieren ustedes, tendrán que reconocerme como refugiado político. Todo lo que he hecho ha sido por mero patriotismo, por servir las necesidades de mi planeta. Un sarkita o un trantoriano puede reclamar que se le reconozca su patriotismo, ¿por qué no un floriniano?

—El embajador —dijo Junz— ha dicho que sería usted entregado al CAEI. Puedo asegurarle que no se le pondrá a disposición de Sark. Será usted procesado por el tratamiento a que sometió al analista. No puedo garantizar el resultado, pero si está usted dispuesto a cooperar ahora con nosotros, eso contará en su favor.

Terens miró interrogativamente a Junz. Después dijo:

—Correré ese riesgo con usted, doctor… Según el analista del espacio, el sol de Florina está en fase prenova,

—¡Cómo! —La exclamación o su equivalente salió de todos los labios menos de los de Valona.

—Está a punto de estallar y hacer «bum» —añadió Terens sarcásticamente—. Y el día que esto ocurra todo Florina hará «bum» también y se disolverá como una bocanada de humo.

—No soy analista del espacio —dijo Abel—, pero he oído decir que no hay manera de predecir cuándo una estrella hará explosión.

—Es verdad. Sólo hasta ahora, sin embargo. ¿Le ha explicado Rik qué le hace pensarlo? —preguntó Junz.

—Supongo que sus papeles lo demostrarán. Lo único que puedo recordar es algo acerca de una corriente de carbono.

—¿Cómo?

—Iba diciendo: «La corriente de carbono del espacio. La corriente de carbono del espacio…». Esto y las palabras «efecto catalítico».

Steen se echó a reír. Fife frunció el ceño. Junz miraba fijamente.

—Perdonen —dijo este último—. Vuelvo enseguida.

Salió de los límites del tubo receptor y se desvaneció. A los quince minutos estaba de vuelta y dirigió una mirada circular de estupefacción. Sólo Abel y Fife estaban presentes.

—¿Dónde…? —pregunto.

—Le hemos estado esperando, doctor Junz —dijo Abel al instante —. El analista del espacio y la muchacha están camino de la Embajada. La conferencia ha terminado.

—¡Terminado! ¡Por la Gran Galaxia, si no ha hecho más que empezar! Tengo que explicarles las posibilidades de novaformación.

—No es necesario, doctor —dijo Abel agitándose nervioso en su silla.

—Es muy necesario. Es esencial. Deme cinco minutos.

—Déjenme hablar —dijo Abel sonriendo.

—Tomémoslo desde el principio —dijo Junz—. Según los más primitivos anales científicos de la civilización galáctica, ya se sabía que las estrellas recogen su energía de las transformaciones nucleares de su interior. Era también sabido que, dado lo que sabemos de las condiciones del interior de las estrellas, dos tipos, y sólo dos tipos de transformaciones nucleares pueden suministrar la energía necesaria. Ambas comportan la conversión de hidrógeno en helio. La primera transformación es directa; dos átomos de hidrógeno y dos neutrones se combinan para formar un núcleo de helio. La segunda es indirecta, con distintas fases. Termina con el hidrógeno convirtiéndose en helio, pero en las fases intermedias intervienen los núcleos de carbono. Estos núcleos de carbono no se consumen, se forman de nuevo a medida que se producen las transformaciones, de manera que una cantidad insignificante de carbono puede utilizarse una y otra vez, sirviendo para convertir una gran cantidad de hidrógeno en helio. En otras palabras, el carbono actúa como catalizador. Todo eso se sabía desde los tiempos de la prehistoria, desde los tiempos en que la raza humana

estaba limitada a un solo planeta…, si es que ese tiempo ha existido jamás.

—Sí, todos lo sabemos —dijo Fife—. Me parece que lo que hace usted únicamente es hacernos perder el tiempo.

—Pero eso es lo único que sabemos. Utilicen las estrellas una u otra de las transformaciones, o ambas, los procesos nucleares no han quedado determinados nunca. Siempre han existido escuelas de pensamiento mantenedoras de una de las dos alternativas. Generalmente la opinión se ha inclinado por la conversión directa del hidrógeno en helio, por ser la más sencilla de las dos.

»Ahora bien, la teoría de Rik puede ser ésta. La conversión directa hidrógeno-helio es la fuente normal de la energía estelar, pero en determinadas condiciones se añade la catálisis del carbono, acelerando el proceso, dándole velocidad, calentando la estrella.

»Hay corrientes en el espacio. Esto lo saben ustedes muy bien. Algunas de ellas son corrientes de carbono. Las estrellas que atraviesan estas corrientes absorben un sinnúmero de átomos. La masa total de átomos absorbidos es sin embargo increíblemente microscópica comparada con el peso de la estrella y no la afecta en modo alguno. ¡A excepción del carbono! Una estrella que pasa a través de una corriente que contenga una concentración anormal de carbono se vuelve inestable. No sé cuántos años o centenares, o millares de años se necesitan para que los átomos del carbono se difundan en el interior de la estrella, pero probablemente se necesita mucho tiempo. Esto quiere decir que la corriente de carbono tiene que ser ancha y una estrella tiene que cortarla en un ángulo muy pequeño. En todo caso, una vez la cantidad de carbono filtrada en el interior de la estrella sobrepasa una determinada magnitud crítica, la radiación de la estrella queda tremendamente afectada. Las capas externas ceden ante una inimaginable presión y se produce una “nova”. ¿Comprenden?

Junz esperó.

—¿Ha explicado usted todo esto en dos minutos como resultado de alguna vaga frase que el Edil recordaba por habérsela oído decir al analista del espacio hace un año? —preguntó Fife.

—Sí. No hay nada sorprendente en ello. El análisis del espació da claramente esta teoría. Si Rik no hubiese venido a comunicárnosla, en breve hubiera venido alguien más. En realidad, se han expuesto ya teorías similares otras veces, pero nunca se consideraron serias. Se expusieron antes de que la técnica del análisis del espacio se hubiese desarrollado y nadie era capaz de explicar la súbita adquisición de un exceso de carbono por la estrella en cuestión.

»Pero ahora sabemos que existen corrientes de carbono. Podemos seguir sus recorridos, descubrir qué estrellas han efectuado una

intersección en estos recorridos durante los diez mil últimos años, confrontar todo esto con nuestros archivos de formaciones de “nova” y variaciones de radiación. Esto es lo que Rik debe haber hecho. Éstos debieron ser los cálculos y observaciones que trató de mostrar al Edil. Pero todo esto es ajeno a la cuestión esencial.

»Lo que hay que disponer desde este momento es la inmediata evacuación de Florina.

—Ya sabía yo que acabaríamos en esto —dijo Fife.

—Lo siento, Junz —dijo Abel—, pero eso es totalmente imposible.

—¿Por qué es imposible?

—¿Cuándo tiene que estallar el sol de Florina?

—No lo sé. A juzgar por la ansiedad demostrada por Rik hace un año, diría que tenemos muy poco tiempo.

—Pero ¿no puede usted adelantar una fecha?

—Desde luego que no.

—¿Cuándo cree usted poder avanzarla?

—Es imposible decirlo. Aunque dispusiese de los cálculos de Rik, sería necesario comprobarlo todo de nuevo.

—¿Podría usted garantizar que la teoría del analista del espacio resultaría exacta?

—Personalmente, estoy convencido de ello —dijo Junz frunciendo el ceño—, pero no hay ningún científico que pueda garantizar una teoría por adelantado.

—Entonces, ¿resulta que quiere evacuar Florina por una simple especulación?

—Creo que el riesgo de ver toda la población de un planeta aniquilada no es de los que se pueden correr.

—Si Florina fuese un planeta ordinario, estaría de acuerdo con usted. Pero Florina contiene todo el suministro de kyrt de la Galaxia. Es imposible hacerlo.

—¿Es éste el acuerdo a que llegó usted con Fife mientras estuve ausente? —dijo Junz con cólera.

—Déjeme que se lo explique, doctor Junz —intervino Fife—. El gobierno de Sark no consentirá nunca evacuar Florina aunque el CAEI proclame tener pruebas de esa teoría «nova» suya. Trantor no puede obligarnos, porque así como la Galaxia puede apoyar una guerra contra Sark con el propósito de mantener el comercio de kyrt, jamás la apoyará con el propósito de acabar con él.

—Exacto —dijo Abel—. Temo que ni nuestro mismo pueblo nos apoyaría en una guerra de esta especie.

Junz sentía que la repulsión iba creciendo en él. ¡Un planeta lleno de hombres no significaba nada ante los dictados de una necesidad económica!

—Escúchenme —dijo—. Aquí no se trata de un planeta, sino de

toda la Galaxia. Cada año se originan veinte «novas» en el seno de la Galaxia. Además, unas dos mil estrellas entre los cien billones de la Galaxia cambian sus características de radiación lo suficiente para hacer inhabitables todos los planetas de su sistema. Los seres humanos ocupan un millón de sistemas estelares de la Galaxia. Esto quiere decir que, por término medio, cada cincuenta años alguno de los planetas habitados de la Galaxia aumenta de temperatura hasta el punto en que la vida se hace imposible en él. Estos casos son sólo datos históricos. Cada cinco mil años, un planeta habitado tiene un cincuenta por ciento de probabilidades de convertirse en gas por una «nova».

»Si Trantor no hace nada por Florina, si permite que se evaporice con todos sus habitantes, servirá de aviso a toda la Galaxia de que cuando les llegue su turno no pueden esperar ayuda, si esta ayuda se cruza en el camino de la conveniencia económica de algunos hombres poderosos. ¿Quiere usted correr este riesgo, Abel?

»Por otra parte, ayude usted a Florina y habrá demostrado que Trantor antepone su responsabilidad ante el pueblo de la Galaxia al mantenimiento de unos meros derechos de propiedad. Trantor ganará con ello una buena voluntad que no conseguirá nunca por la fuerza.

Abel bajó la cabeza. Después la movió desalentado.

—No, Junz. Lo que dice usted me afecta, pero no es práctico. No puedo contar con emociones para contrarrestar el efecto político de toda tentativa de acabar con el comercio de kyrt. Sólo la idea de que pudiese ser verdad haría demasiado daño.

—Pero…, ¿y si es verdad?

—Tenemos que partir de la suposición de que no lo es. Supongo que cuando se ha ausentado usted unos minutos ha sido para ponerse en contacto con el CAEI.

—Sí.

—No importa. Espero que Trantor tenga suficiente influencia para poner fin a sus investigaciones.

—Me parece que no. No a estas investigaciones. Señores, pronto tendremos el secreto del kyrt barato. Dentro de un año no habrá monopolio del kyrt, se produzca o no una «nova».

—¿Qué quiere usted decir?

—La conferencia alcanza ahora su punto esencial, Fife. De todos los planetas habitados, sólo Florina produce kyrt. Sus semillas producen celulosa ordinaria en los demás. Florina es probablemente el único planeta habitado, por una simple cuestión de azar, que es corrientemente prenova y ha sido probablemente prenova desde que por primera vez entró en una corriente de carbono, quizá hace miles de años, si el ángulo de intersección era pequeño. Parece probable, por lo tanto, que el kyrt y la fase prenova vayan juntos.

—Absurdo… —dijo Fife.

—¿Sí? Debe haber alguna razón para que el kyrt sea kyrt en Florina y vulgar algodón en los demás planetas. Los científicos han intentado por todos los medios producir kyrt artificialmente, pero lo han intentado a ciegas y por eso han fracasado siempre. Ahora sabrán que se debe a factores relacionados con un sistema estelar prenova.

—Han intentado duplicar la calidad de radiación en el sol de Fife —dijo éste con desprecio.

—Con arcos de luz apropiados, sí, pero duplicaron sólo el espectro visible y ultravioleta. ¿Qué hay de la radiación infrarroja y más allá? ¿Y de los campos magnéticos? ¿Y de la emisión de electrones? ¿Y de los efectos de los rayos cósmicos? No soy un físico bioquímico, de manera que puede haber factores de los que yo no sé nada. Pero los físicos bioquímicos lo tendrán en cuenta ahora; todos los de la Galaxia. Dentro de un año se habrá encontrado la solución.

»La economía se ha puesto ahora del lado de la humanidad. La Galaxia necesita kyrt barato, y si lo consigue, y se supone que lo encontrará en breve, querrán evacuar Florina, no sólo por humanidad, sino también por el deseo de que las cosas se vuelvan finalmente contra los devoradores de kyrt, los sarkitas.

—«Bluff» —gruñó Fife.

—¿Lo cree usted así, Abel? —preguntó Junz—. Si ayuda a los Nobles, se considerará a Trantor no como salvador del comercio del kyrt, sino del monopolio del kyrt. ¿Quiere usted correr ese riesgo?

—¿Puede Trantor correr el de una guerra? —preguntó Fife.

—¿Una guerra? ¡Absurdo! Dentro de un año sus posesiones no tendrán valor alguno, con «nova» o sin ella. ¡Venda! Venda todo Florina. Trantor puede pagarlo.

—¿Comprar un planeta? —preguntó Abel con desmayo.

—¿Por qué no? Trantor tiene fondos suficientes y el beneficio en buena voluntad del pueblo de todo el universo se lo recompensará mil veces. Si decirles que está usted salvando centenares de millones de vidas no es bastante, dígales que les dará kyrt más barato. Esto surtirá efecto.

—Lo pensaré —dijo Abel, mirando a Fife, que cerraba los ojos.

—Lo pensaré —dijo también éste, después de una pausa. Junz se echó a reír con una risa estridente.

—No lo piense demasiado tiempo. La historia del kyrt no tardará en conocerse. Nada puede detenerlo. Después, ni ustedes ni yo tendremos libertad de acción. Pueden ustedes hacer ahora mejor negocio.

El Edil parecía extenuado.

—¿Es realmente verdad? —iba repitiendo—. ¿Realmente verdad?

¿Se acabará Florina?

—Es verdad —dijo Junz.

Terens abrió los brazos y volvió a dejarlos caer a los lados.

—Si quiere los documentos que obtuve de Rik, están archivados entre estadísticas vitales en mi casa. Se remontan a más de cien años atrás. Nadie irá a buscarlos allí.

—Mire —dijo Junz—, estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo con el CAEI. Necesitamos a un hombre en Florina, alguien que conozca al pueblo de Florina, que pueda decirnos cómo explicarles las cosas, cómo organizar mejor la evacuación, cómo alcanzar los planetas más aptos para su refugio. ¿Quiere ayudarnos?

—¿Y quedarme tranquilo de esa manera, quiere decir? ¿Escapar del asunto del asesinato? ¿Por qué no? —súbitamente aparecieron lágrimas en los ojos de Terens—. Pero salgo perdiendo, de todos modos. No tengo mundo, no tengo hogar. Todos perdemos. Los florinianos pierden su mundo, los sarkitas pierden su riqueza, los trantorianos su posibilidad de poseer aquella riqueza. No hay ganancias en ninguna parte.

—Por lo menos —dijo Junz— con suavidad dese cuenta de que en la nueva Galaxia, una Galaxia libre de la amenaza de la inestabilidad estelar, una Galaxia con el kyrt accesible para todos, una Galaxia en la cual la unificación política será mucho más estrecha, habrá ganancias al fin y al cabo. Los pueblos de la Galaxia; ésos serán los que ganen.

Epílogo
Un año después

—¡Rik! ¡Rik! —Selim Junz corría a través del espacio-puerto con las manos tendidas hacia la nave—. ¡Y Lona! Jamás les hubiera reconocido. ¿Cómo están? ¿Cómo están?

—Tan bien como es de desear. Nuestra carta llegó a sus manos, por lo que veo —dijo Rik.

—Desde luego. Dígame, ¿qué piensa de todo esto?

Andaban juntos, en dirección a la oficina de Junz.

—Esta mañana hemos visitado nuestra vieja ciudad —dijo Valona tristemente—. Los campos están vacíos…

Sus ropas eran ya las de una dama del Imperio en lugar de las de una campesina de Florina.

—Sí, tiene que ser terrible para una persona que ha vivido allí. Es terrible incluso para mí, pero estaré todo el tiempo posible. Los datos de radiación del sol de Florina son de un interés teórico extraordinario.

—¡Una evacuación como ésta en menos de un año! Dice mucho en favor de una excelente organización.

—Hacemos todo lo que podemos, Rik. ¡Oh, me parece que debería llamarle ya por su verdadero nombre…

—¡No, por favor! Nunca podría acostumbrarme. Soy Rik. Es todavía el único nombre que recuerdo.

—¿Ha decidido ya si va a volver al análisis del espacio? —preguntó Junz.

—Lo he decidido —dijo Rik moviendo la cabeza—, pero la decisión es no. Jamás podré recordar lo suficiente. Esta parte se ha borrado para siempre. Pero no me preocupa, sin embargo. Voy a regresar a Tierra… A propósito, espero ver al Edil.

—No lo creo. Se ha marchado hoy. Me parece que no desea verle. Se siente culpable ante usted. ¿No le guarda usted rencor?

—No —respondió Rik—. Su intención era buena y ha hecho que mi vida cambiase en otra mejor en ciertos aspectos. En primer lugar, he conocido a Lona —y pasó el brazo alrededor del hombro de la muchacha.

Valona le miró y le dirigió una sonrisa.

—Por otra parte —prosiguió Rik—, me ha curado algo. He descubierto por qué era analista del espacio. Sé por qué casi la tercera

parte de los analistas del espacio se reclutan en un solo planeta, Tierra. Todo el que vive en un mundo radiactivo está destinado a vivir en el miedo y la inseguridad. Un paso en falso puede significar la muerte, y la superficie de nuestro planeta es el peor enemigo que tenemos. Esto desarrolla en nosotros una especie de ansiedad, doctor Junz, el terror de los planetas. No nos sentimos seguros más que en el espacio; es el único lugar en que somos felices.

—¿Y no se siente usted así ya?

—Ciertamente no. No recuerdo siquiera haberme sentido de esa manera. Es así, ¿sabe usted? El Edil me sometió a la psicoprueba para quitarme la sensación de ansiedad y no se preocupó de establecer los controles de intensidad. Creía que sólo tenía que curar una perturbación reciente y superficial, y en lugar de eso se trataba de una ansiedad profunda y arraigada de la que no sabía nada. Lo liberó todo. En cierto modo valía la pena de liberarse de eso, aunque con ello se fuese mucho más. Ya no necesito permanecer en el espacio. Puedo regresar a Tierra. Puedo trabajar en ella y Tierra necesita hombres. Siempre los necesitará.

—¿Sabe usted por qué no podemos hacer por Tierra lo que estamos haciendo por Florina? —preguntó Junz—. Porque no hay necesidad de inducir en los habitantes de Tierra un estado de temor e inseguridad. La Galaxia es vasta.

—No —dijo Rik con vehemencia—. Es un caso diferente. Tierra tiene su pasado, doctor Junz. Hay mucha gente que quizá no lo crea, pero nosotros, los habitantes de Tierra, sabemos que Tierra era el planeta original de la raza humana.

—Bien, quizá. No podría decirlo, de una u otra forma…

—Lo era. Es un planeta que no se puede abandonar; no debe abandonarse. Algún día haremos que su superficie vuelva a ser lo que en otros tiempos tiene que haber sido. Hasta entonces…, seguiremos allí.

—Ahora soy un habitante de Tierra —dijo Valona.

Rik tenía la vista fija en el horizonte. Ciudad Alta era tan deslumbrante como siempre, pero los habitantes se habían marchado.

—¿Cuánta gente queda en Florina? —preguntó.

—Unos veinte millones —respondió Junz—. Trabajamos despacio pero sin descanso. Tenemos que equilibrar la retirada. La gente que queda tiene que mantenerse siempre como una unidad económica durante los meses que restan. Desde luego, la reinstalación está en su fase inicial. La mayoría de los evacuados están todavía en campos provisionales en mundos vecinos. Hay dificultades inevitables.

—¿Cuándo se marchará el último habitante?

—Nunca, en realidad.

—No lo entiendo.

—El Edil ha pedido oficiosamente permiso para quedarse. Le ha sido concedido, oficiosamente también. No será objeto de registro público.

—¿Quedarse? —dijo Rik escandalizado—. Pero… ¡por toda la Galaxia! ¿Por qué?

—No lo sé —dijo Junz—. Pero creo que usted lo ha explicado al hablar de Tierra. Siente lo mismo que usted. Dice que no puede soportar la idea de dejar a Florina morir sola.

Table of Contents